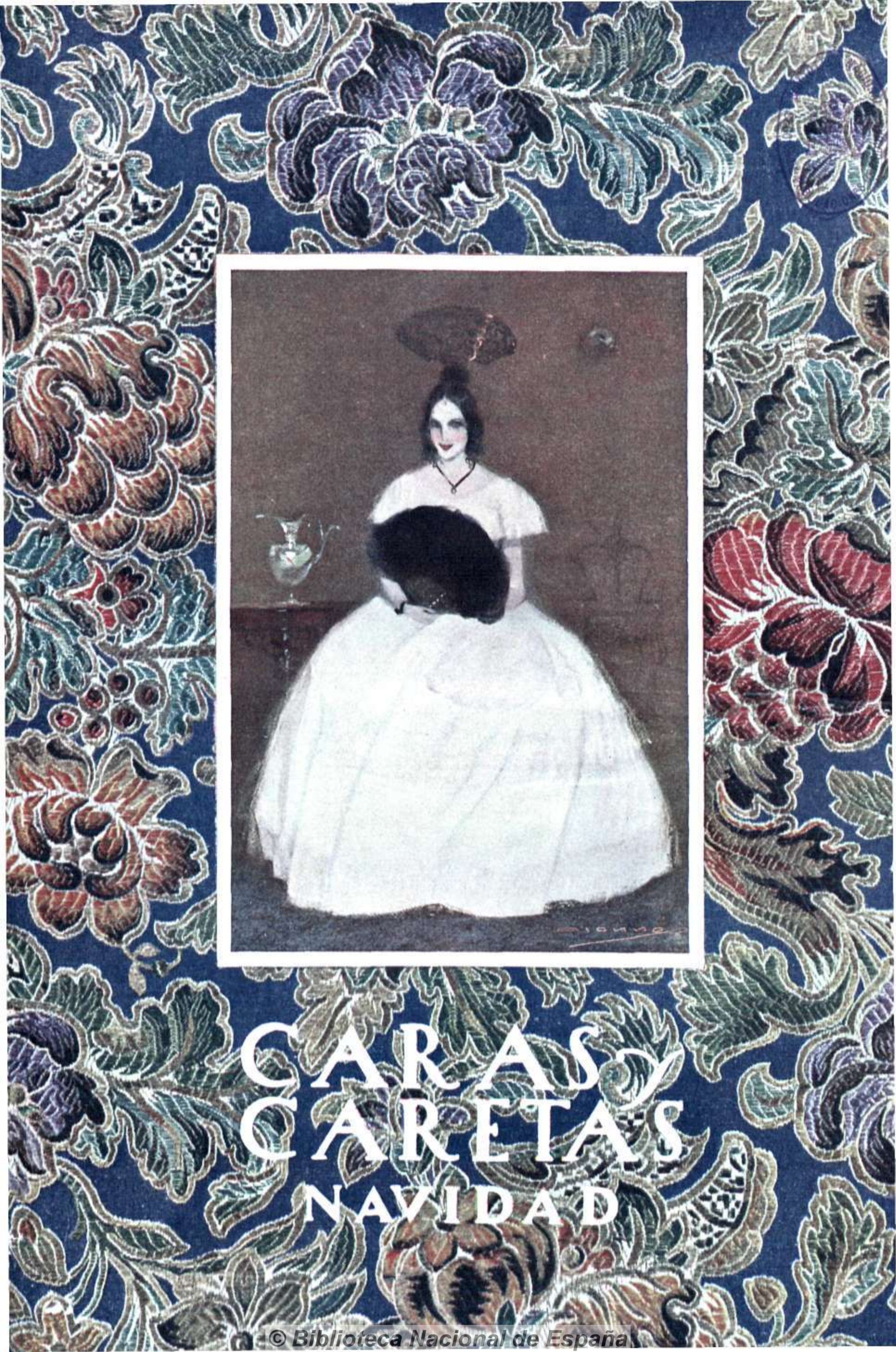

CARAS y CARETAS
NAVIDAD

Vltimas palabras de Rabindranath Tagore

antes de partir para Europa

En el momento de escribir estas páginas para "Caras y Caretas" el gran poeta hindú Rabindranath Tagore se halla en Berlín, despues de haber permanecido en España unas cuantas semanas.

Antes de partir de Nueva York, el ilustre mensajero de Oriente se dignó concedernos una entrevista en su hotel.

Dada la importancia de sus opiniones y el interés con que serán leídas en la Argentina, transcribiré íntegramente las palabras del ya tan célebre y laureado musageta de la India.

Durante los últimos días de julio la prensa neoyorkina se ha ocupado de reproducir el texto inglés de las conferencias que el vate pronunció con extraordinario éxito en Alemania. En estas conferencias Rabindranath Tagore ratificaba con más o menos amplitud lo que él mismo nos dijera—en forma sintética — como un último e interesante matiz de su honda filosofía, antes de partir para el viejo continente.

En estos momentos, al evocar la personalidad magnífica de Tagore, surge ante mí su figura patriarcal en flotante vestido oriental, de pie entre dos raras lámparas indias, como un símbolo de su propio y selecto espíritu.

Así apareció durante sus conferencias en Nueva York. Pero el Tagore que despues encontré escribiendo sentado ante un escritorio en el hotel me pareció más moderno, aunque exquisitamente sugeridor del misticismo de Oriente. Más tarde, recuerdo, lo volví a encontrar en la suntuosa residencia de un príncipe bengalí, amigo suyo. Entonces, se me antojó que era de nuevo el "bagaván" de una religión: el santo del Ganges.

Hay una notable apariencia de distanciamiento en este filósofo y poeta de la India. Es un agudo observador, que parece contemplar la vida desde la distancia. Su simpatía por la humanidad — la esencia de la filosofía — se desliza a través de él y cubre, como con una suave nube de primavera, todo lo que dice.

"Siendo un extranjero, invariablemente me preguntan que impresión tengo en general de América, comenzó diciendo Rabindranath, hablando rapidamente, con ese inglés puro y exacto del que lo estudió en los libros. Pero creo, que no debo caer en el error de responder. Primero, porque la vida de todo país es variadísima. Para un extraño es desconcertante y asombrosa. Esta es verdaderamente mi primera vista, puesto que en mi estancia anterior sólo estuve viajando en trenes y descansando en hoteles, lo más retirado que me fué posible. Aun ahora no he tenido tiempo de familiarizarme con América."

"La India ha sufrido por los apresurados juicios de los viajeros. Naturalmente, las fases desagradables de la vida en un país le impresionan a uno primero. Y las cosas molestas se destacan más a nuestra vista. Es obvio que el viajero apresurado mira un cuadro pesimista; solamente debido a su prisa o a su falta de cuidado o de sensibilidad."

"Verdaderamente la mayor amenaza actual a la nueva civilización del mundo se debe a la falta de entendimiento entre las razas y las naciones, al fracaso de unir a la tierra con lazos de humanidad. Solo éste entendimiento puede acabar con las guerras."

"Así, sintetizar vuestra vida social o vuestras costumbres, sería una injusticia de mi parte. Hasta cierto punto estoy familiarizado con la literatura americana. Naturalmente, la literatura inglesa es fácil de obtener en la India, aunque nos llega poca literatura de América. Desde que abandoné la escuela, siendo muy joven, para educarme me aproveché de esos libros. Y así es como me familiaricé con la vida inglesa, por medio de Swinburno, Mattoew, Arnald, y Brownig; y más tarde conocí a América por medio de Poe y de Walt Whitman. Creo que este último es mi favorito, pues tanto su arte como poeta, como su mensaje profético, me impresionan."

"Pero no se puede juzgar a una nación por su literatura. El leer en otro idioma crea una cualidad estática. No puede uno seguir el crecimiento y desarrollo de una literatura sin vivir en su medio no puede uno darse cuenta exactamente de los matices, los delicados tonos y luces de un idioma que se desarrolla, sin vivir en su medio."

Despues, Rabindranath Tagore se refirió a los tópicos mundiales. "El viejo ré-



gimen de civilización occidental está bamboleándose. En todas partes hay signos de este derrumbamiento. La guerra mundial ha probado que es un fracaso."

"Debemos estar prevenidos de que esta civilización está en su lecho de muerte y debemos prepararnos para su funeral. Debemos alistarnos para dar la bienvenida a una nueva edad y traducir su mensaje."

"Yo no sé lo que será, pero si sé que las bases del viejo régimen se encuentran *podridas*. Hay algo radicalmente falso. Creo que la mente occidental está obsesionada con el amor a las máquinas y a los métodos y, consecuentemente, de sus resultantes: el poder y la riqueza. Se está desmoronando, debido a que depende más de las máquinas que de su personalidad".

"Los directores de éste régimen están en una situación peligrosa. El único remedio que aparentemente pueden ver, es reajustar la máquina de manera diferente o construir una nueva máquina. Miran a su alrededor desesperados, y crean otra máquina, *La Liga de las Naciones*, pero fracasarán en humanizar el mundo."

"Frecuentemente oigo decir en el oeste, que la religión ha fracasado. No es que la religión haya fracasado, sino que el mundo no ha sido fiel a su religión. Gradualmente, *la mente del Occidente se ha desviado*, la corriente del pensamiento se ha distanciado los de ideales religiosos. Es como si un río hubiese cambiado su curso o abandonado su lecho. Ahora, lo que *llamáis religión*, es meramente una senda pedregosa. La corriente de la vida se está precipitando en su curso por otro camino."

"El mundo occidental no ha sido leal a la religión. Su corazón ha sido atraído por la tentación del poder y por lo que la ciencia puede ofrecer."

"La maquinaria no ha sido moldeada para ayudar a la sociedad. La ciencia y la religión pudieron haber marchado felizmente unidas. Pero el Occidente se ha dedicado a la ciencia teniendo por mira su propio engrandecimiento, para alcanzar gloria y obtener poder. No quiero decir que el Occidente no ha escuchado muchas veces el llamado de la humanidad. Frecuentemente ha ido en busca y ha mejorado las miserias del mundo. Pero estas miserias han sido creadas por el mismo mal por cuyo medio procuraba aliviar el daño."

"En lo principal las corrientes del pensamiento occidental han tenido por objeto el poder individual, la ganancia y la comodidad. Gran parte de la ciencia y de la riqueza del mundo ha sido gastada en erigir pesadas máquinas que aplastan la personalidad y la vida del hombre."

"Sólo hay una solución. Una real humanidad no solamente entre el pueblo de una nación o raza, sino entre todas las naciones y las razas. Debemos entendernos los unos a los otros, entendernos con humildad, simpatía y justicia. *La máquina actual* construída con ambición de poder y de codicia, debe ser hecha añicos."

"Hoy, en los llamados días de paz, estamos sembrando las semillas de una nueva guerra. En verdad, hay guerra hoy en todos los rincones del globo. Y, si continuamos pensando asistidos por el odio y la envidia, estamos preparándonos para otra cosecha."

Dichas estas palabras, Rabindranath Tagore enmudeció. Mientras tanto miraba meditabundo a través de las ventanas del hotel las numerosas y pobladas calles de Nueva York. La ciudad estaba en su apogeo del vértigo. El humo de las fábricas y de los rascacielos parecía querer elevarse hasta el infinito. De pronto cerró la ventana y con su voz muy suave y muy dulce continuó: "La cosecha no está lejana. Más y más guerras se sucederán en tanto que se permita a las mentalidades producidas por la última catástrofe mundial continuar enseñando el odio y la envidia."

De nuevo el poeta hizo una pausa. Parecía estar cansado, pero al instante su voz tomó la característica peculiar de las melodías que se eternizan a través de los ecos y de los sonidos...

Y terminó con estas palabras: "Aquí y allá veo un lamentable esfuerzo individual por alcanzar la felicidad personal. De cierta manera se hace una abstracción del todo que es la vida y se la *llama felicidad*. El perseguir tal idea es seguir algo irreal, una quimera. En realidad, la felicidad es una vida perfecta, un pensamiento perfecto, y una perfecta acción. Cualquier cosa que no sea esto es meramente una sombra simulada."

Estas fueron sus últimas palabras. Allá afuera, en las avenidas, la muchedumbre iba de un lado a otro. Broadway estaba lleno de gente... y de pecado. Las mujeres más bonitas de Nueva York paseaban sus ojeras y sus ritmos por la nueva Babilonia. Todo el mundo danzaba enloquecido y furioso...

Y allá, en un hotel de segundo orden, Rabindranath Tagore, el maravilloso mensajero de Oriente, seguía meditando, meditando en los perfeccionamientos espirituales que ha de evolucionar los temperamentos y los esfuerzos de cada uno y de todos.

Y al terminar estas páginas, mi pensamiento evoca una vez más su figura patriarcal, con sus inmensas barbas de nieve, y con su vestido todo blanco, de pie, entre dos candelabros exóticos, pareciendo un dios antiguo...

CARLOS DEAMBROSIS MARTINS

Nuevas profesoras normales de la escuela de Asunción, Paraguay



Señorita María Felicidad González, directora de la escuela normal de profesores. Sentadas, de izquierda a derecha, 1.ª fila: Manuela Torales, Natividad Galiano, Sara Caballero. 2.ª fila, sentadas: Alicia D. Alvarez, Bienvenida García. 3.ª fila: Encarnación López, Celina Ayala, Matilde Céspedes, Virginia Cardozo, Elida Galeano, Elena Cardozo, Pilar Finestra, Encarnación Rodríguez, Concepción Torales. 4.ª fila: Teodoro Rodríguez, Margarita Rapelti, Nidia Pane, Nidia Sánchez, Francisco Gaona, Encarnación Gauto, Irene Trinidad, Isabel Molinas, Delia Delvalle, Victoriano Samaniego.


IPERBIOTINA
MALESCI
Insuperable Reconstituyente de la Sangre y de los Nervios
Establ. Quimico Dr. Malesci = Firenze (Italia)

LOS GRANDES POETAS. — CAMOENS

Luis de Camoens nació en Lisboa en 1524. El genial poeta lusitano era oriundo de una familia galaica que pasó a Portugal. De que hablaba y escribía el castellano no queda ninguna duda puesto que sus mejores poesías pastoriles y amorosas están escritas en ese idioma. Hizo sus primeros estudios en Coimbra, y durante su estada en la Universidad ya se manifestó poeta, escribiendo "La Elegía de la pasión". Camoens frecuentó la corte de Juan III, corte letrada y erudita donde la poesía era considerada como un blasón de nobleza. Como todos los genios tuvo sus enemigos, los que tomaron asidero de su sátira "Auto del Rey Seleuco" para malquistarlo con el monarca. Como todos los nobles de su época fué guerrero, habiendo perdido el ojo derecho en el asalto a Ceuta. En 1549 sentó plaza uniéndose al virrey de la India Alfonso de Noronha. En 1552 fué encarcelado por un percance que tuvo durante la procesión del Corpus. Se supone que en la cárcel escribió su primer canto de "Os Lusiadas". Poco después se embarcó para la India, yendo a la colonia portuguesa de Macao. Durante todo este tiempo continuó su inmortal poema, pasando después a Goa y Mozambique donde padeció mil penurias y coleccionó sus poesías líricas con el título "Parnaso", y cuya obra le fué robada al llegar a Portugal. El 12 de marzo de 1572 aparecieron en Lisboa "Os Luisadas", y el rey Sebastián, en atención a sus méritos, le concedió una pensión. Sus biógrafos aseguran que pasó hambre y que se vió perseguido por los envidiosos. Torcuato Tasso y Fernando de Herrera le manifestaron su admiración, y Schlegel asegura que: "Nunca, desde Homero, poeta alguno fué tan honrado y amado por su nación como Camoens". A su muerte, la que ocurrió el 10 de junio de 1580, en Lisboa, se hallaba tan pobre que el Conde de Vimioso hubo de prestar una sábana para amortajarle.



A DON MANUEL DE PORTUGAL, CON UN EJEMPLAR DE LOS LUSIADAS

¿Del Pindo a quién darán las moradoras
Tan bellas y elocuentes,
Guirnaldas florecientes
De triunfante laurel o mirto verde,
De la gloriosa palma que no pierde
La presunción sublime,
Ni por razón de peso algún se oprime?

¿A quién darán de su halda delicada
Rosas, la rubia Cloris;
Conchas, la blanca Doris;
Estas, flores del mar; del campo aquéllas;
Rubias, blancas o argénteas como estrellas,
Con danzas y coreas
De preciosas Nereidas y Napeas?

¿A quién harán los himnos, odas, cantos,
En Tebas, Amphion,
En Lesbos, Arion,
Si no es a vos, por quién restituída
Se ve de la poesía ya perdida
La honra y gloria igual,
Gran Señor Don Manuel de Portugal?

A imitación de espíritus pasados,
Nobles y altos señores,
Dais benignos honores
A mi tan bajo ingenio éuan celoso.
Para mí sois Mecenas bondadoso,
Y por sacro tendré
Vuestro nombre y cual sacro le honraré.

Mi áspero cantar, que resucita
Las horas sepultadas,
Las palmas olvidadas,
De nuestros belicosos lusitanos,
Cual muestra de los hechos soberanos,
Por vos, Señor, prescinde
De la ley a la cual todo se rinde.

En vuestro árbol, armado de honra y gloria,
Halló tronco excelente
La yedra floreciente
De muy obscura y de muy poca estima,
Y a él para subir busca y se arrima;
Y a él vos subiréis
Tan alto cual las ramas extendéis.

Siempre fueron ingenios peregrinos
De Fortuna envidiados;
Que cuanto son alzados
Por un brazo en las alas de la fama,
Tanto por otro aquella que os desama
Con peso y gravedad,
Oprímeos con la vil necesidad.

Mas corazones, dignos del Imperio.
Que vencen la Fortuna,
Fueron siempre coluna
De la ciencia gentil. Tales Graciano,
Escipión, Alejandro y Octaviano
Que se inmortalizaron,
Y vos, cuyas bondades me alcanzaron.

Pues en cuanto la cítara sonora
Se estime por el mundo
Cual són docto y jocundo,
Y pueda el Tajo producir o el Duero
Pechos de Febo blondo y Marte fiero
Tendréis gloria inmortal
Gran Señor Don Manuel de Portugal.

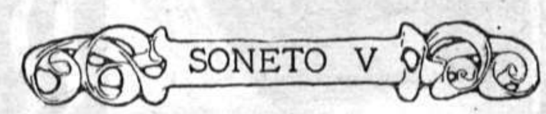


Mientras quiso Fortuna que tuviese
Esperanza de hallar algún contento
O placer de algún nuevo pensamiento,
Me hizo que sus efectos escribiese.

Pero temiendo Amor que aviso diese
Mi pluma al que tuviese el juicio exento,
Me obscureció el ingenio con tormento
Para que sus engaños no dijese.

¡Oh, vos a quien Amor tiene en prisiones
De ajena voluntad! cuando leyéreis
En un volumen casos tan diversos,

Sabed que son verdades, no ficciones
Y sabed que, según amor tuviéreis,
Tendréis inteligencia de mis versos.



Con lazo indecoroso viví atado,
Vergonzoso castigo de mis yerros;
Y empiezo ahora a sacudir mis hierros
Que a mi pesar la muerte ha quebrantado.

Sacrifiqué la vida a mi cuidado;
Que amor no quiere ovejas ni becerros;
Vi penas, vi miserias, vi destierros;
¡Paréceme que estaba así ordenado!...

Contentéme con poco, conociendo
Que era el contentamiento vergonzoso,
Sólo por ver lo que era vivir ledo.

Mas mi estrella; que ahora ya la entiendo.
La muerte ciega, el paso peligroso,
Me hicieron de los gustos tener miedo.



El estreñimiento, llamado también sequedad de vientre, estiptiquez, constipación, es más que una simple dolencia fastidiosa. Es una enfermedad grave, que debería ser atendida muy seriamente, porque sus consecuencias son algunas veces terribles.

Cuando por efecto del estancamiento de las materias fecales en el intestino, se producen las fermentaciones, los microbios abundan. La cadaverina, la putresceína que se desarrollan al mismo tiempo son absorbidas por la mucosa del intestino y llevadas a la sangre que poco a poco se envenena. Es, entonces, después de un tiempo más o menos largo que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea en forma de dolores de cabeza, mal aliento, lengua pastosa, inapetencia; otras veces por fuertes dolores de barriga o de estómago; otras bajo forma de reumatismo articular, etc., etc.

Hay que evitar el estreñimiento. ¿Cómo?, diréis. No les vamos a aconsejar ni las desagradables aguas purgantes, ni las repugnantes magnesias, ni el asqueroso aceite de castor, ni los purgantes drásticos que, como el áloe, la podofilina, el ruibarbo, aparentan hacer bien y en realidad aumentan la constipación; vamos simplemente a recomendarles un remedio que desde hace algunos años venimos haciendo conocer.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es el remedio soñado para curar el estreñimiento, porque es agradable, no irrita el intestino, no produce cólicos. Bajo forma de deliciosa pastilla de chocolate, es un laxante que gusta a todos. Una pastilla es laxante, dos o tres son purgantes.

Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará usted su estreñimiento.

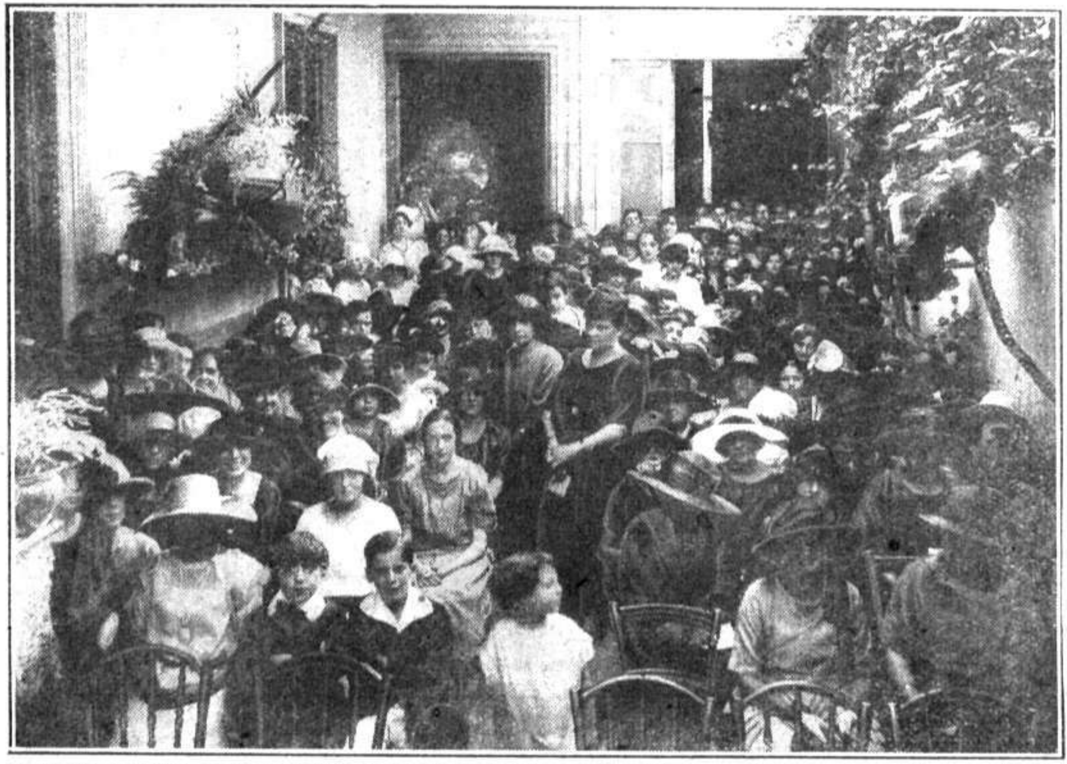
Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

«YACO»

Festival escolar



Fiesta escolar realizada en la escuela N.° 6 del consejo escolar IV, con motivo de la terminación de las clases, de la que es directora la señorita Ana María Durante.


M. ZABALA
Bmé. MITRE y ESMERALDA - Buenos Aires
GRAN SASTRERIA Y CASA DE
: : CONFECCIONES PARA : :
HOMBRES, JOVENES Y NIÑOS
SASTRERIA — Sección Medida
TRAJES de saco empleando casimires ingleses de lana y seda, a $ 180.—, 160.—, 150.— y.......... $ 120.—
TRAJES de saco empleando casimires ingleses de pura lana, a $ 140.—, 110.—, 100.—, 90.— y..... $ 85.—
Sección Modelos
TRAJES de saco en todos los gustos y estilos de moda, confeccionados con iguales materiales y requisitos empleados para los de medida, listos para entregar inmediatamente, a $ 160.—, 150.—, 140.—, 120.— y.......... $ 110.—
Confecciones para Hombres
TRAJES de saco confeccionados con casimires de pura lana, a $ 70.—, 65.—, 60.—, 50.—, 45.— y $ 39.—
AMBOS: compuestos de cazadora y breeche en brin kaki superior, colores lisos, a.............. $ 22.—
AMBOS: saco y pantalón de brin holandés, liso o rayado, a.. $ 12.—
PANTALONES de franela blanca, calidad superior, a $ 26.—, en brin blanco, a.................. $ 12.—
SACOS SPORT, de franela, pura lana, gustos a franjas, a...... $ 29.—
IMPORTANTE
Además de las muchas ventajas de calidad y precio hay que agregar la muy importante de poder adquirir nuestros artículos, pagaderos en 10 mensualidades mediante
CREDITOS
que otorgamos liberalmente sin exigir desembolso inmediato y sin recargo alguno en los precios de los artículos.
M. ZABALA
Bme MITRE Y ESMERALDA

Picnic



Fiesta campestre organizada por la sociedad "Ordenanzas Municipales", la que tuvo lugar en el bosque de Palermo y a la que concurrió la mayoría de los socios.

HISTORIA DEL AGUARDIENTE

La historia del aguardiente es una vergüenza de currupción, crueldad y ruina. Robó a la cara la gloria del ojo, su brillo de vida, y lo tornó oscuro y encarnado. Quitó la belleza y atractivos del rostro, y lo dejó deforme. Robó a las piernas su firmeza y su elasticidad a los pies, para hacerlos débiles y falsos. Eliminó en la sangre su vitalidad y la llenó de veneno y de gérmenes de enfermedad y de muerte. Borró del rostro su virilidad y fortaleza, y dejó en su lugar las señales del sensualismo y la brutalidad. Corrompió la lengua, hecha para la gracia y la nobleza, con maldiciones y necedades. Inclinó las manos al mal, convitiendolas en instrumentos de brutalidad y asesinato en vez de serlo de utilidad. Rompió los vínculos de la amistad y sembró los gérmenes del odio. Hizo del padre bondadoso, caritativo, un tirano áspero, bestial, homicida. Transformó a la madre cariñosa en fiera infernal, encarnación de la torpeza. Robó a la masa popular su abundancia, y obligó al proletariado a morir de hambre y a pedir limosna en la calle. Quitó a los cuerpos los vestidos de paño y de seda, y los cubrió con andrajos. Llenó nuestro mundo, mundo tan bello, de lágrimas, gemidos y lamentaciones, y a muchos seres dejó en el desamparo, la miseria y la desesperación.

Sin la fe la conciencia es un abismo,
y el peor compañero es uno mismo.

Campoamor.

Hemos dicho que este aviso vale

$1. $1.

KALISAY ES EL MEJOR APERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO AR
GENTINO KALISAY ES EL MEJOR VINO QUINADO TONICO Y RECONS
TITUYENTE KALISAY TOMADO HELADO ES DELICIOSO KALISAY ES
EL MEJOR APERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO
KALISAY ES EL MEJOR VINO QUINADO TONICO Y RECONSTITUYENTE
KALISAY TOMADO HELADO ES DELICIOSO KALISAY ES EL MEJOR APERITIVO KALISA
Y ES EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO KALISAY ES EL MEJOR VINO QUINADO TONICO Y
RECONSTITUYENTE KALISAY TOMADO HELADO ES DELICIOSO KALISAY ES EL ME
JOR APERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO KALISAY ES EL ME
JOR VINO QUINADO TONICO Y RECONSTITUYENTE KALISAY TOMADO HELADO E
S DELICIOSO KALISAY ES EL MEJOR APERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO
ARGENTINO KALISAY ES EL MEJOR VINO QUINADO TONICO Y RECONSTITUYENT
KALISAY TOMADO HELADO ES DELICIOSO KALISAY ES EL MEJOR A
PERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO KALISA
Y ES EL MEJOR VINO QUINADO TONICO Y RECONSTITUYENTE KA
LISAY TOMADO HELADO ES DELICIOSO KALISAY ES EL MEJOR
APERITIVO KALISAY ES EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO KALISA

$1.

$1. $1.

AL COMERCIO:

Rogamos quieran aceptar este aviso (la hoja completa) por el valor de $ 1, el cual le será canjeado por nuestra casa en la misma forma que los comerciantes lo canjearon al cliente.

Deseando que en todos los hogares donde se lee **"Caras y Caretas"** se pueda apreciar la bondad y lo exquisito que es el

APERITIVO KALISAY

recomendado por los médicos como el mejor estimulante del apetito, hemos resuelto aceptar — a título de propaganda — el presente aviso por

el valor de $ 1.— m/n.

Para mayor facilidad del público, el presente aviso, que vale $ 1.— m/n, podrá ser canjeado en todo el comercio de la capital que tenga en venta el KALISAY, y en caso de que por cualquier circunstancia el comerciante no quisiera aceptarlo, el público podrá dirigirse a nuestra casa directamente, enviando este aviso más $ 1.50 m/n en efectivo y le entregaremos una botella de un litro de KALISAY, cuyo valor es de $ 2.50 m/n en la capital.

(RECORTE LA PAGINA ENTERA)

Lagorio, Esparrach y Cía.
24 de Noviembre, 480
Buenos Aires

NOTA IMPORTANTE

Para las personas que residen en el interior de la República, el valor de la botella de KALISAY es de $ 2.80, debido a los impuestos con que están gravados los aperitivos.

Este aviso, que vale $ 1.— m/n, podrán canjearlo por una botella en cualquier casa que tenga en venta el KALISAY, agregando $ 1.80 en efectivo, y si algún comerciante se rehusara a recibirlo por dicho valor de $ 1.— podrán dirigirse [a nuestras sucursales y representantes, cuya nómina publicamos:

Rosario.	Corrientes, 1000.	Sres. Lagorio, Esparrach y Cía.
Córdoba.	Paraná, 70.	Sr. Clemente Chiantaretto
Mendoza.	P. Mendocinas, 1602.	Sres. Colombi y Cía.
Tucumán.	C. Alvarez, 569.	Sr. Santiago Ruggeri
Sgo. del Estero.		» Amado Ger
Salta.	J. B. Alberdi, 160.	Sres. De la Vega y Caramés
San Juan.	Bmé. Mitre, 599.	Sr. Alberto G. Garrone
La Plata.	49 número 454.	» Félix Esandi
Chivilcoy.	9 de Julio, 132.	» E. López Lastra.
Pr aná.	España, 87.	» Luis Muzio.

Este aviso podrá ser canjeado desde el 22 del corriente hasta el 25 de Enero del año 1922.



EL HOMBRE



ALLÁNDONOS una noche del pasado invierno al amor de la lumbre tras un día entero de lluvia empleado en visitar a esa maravilla de las maravillas que se llama Baalbek, oí contar a un árabe que con nosotros venía desde Damasco, la leyenda que aquí transcribo ordenando mis notas de viaje.

"El soberbio y generoso león acababa de ser muerto, dejando en la selva, para honrar su memoria y perpetuar su raza, a la leona y al cachorro.

Este ardía en deseos de recorrer el mundo.

Su madre le decía:

—¿Por qué quieres abandonarme?... ¿No estás bien aquí?... Mira, hijo mío: más allá de estas soledades que forman tu imperio, encontrarás, entre otros peligros, al más terrible, al más cruel de tus enemigos: al que te ha hecho huérfano... a ese ser temible que se llama hombre.

Cansado de oír todos los días la eterna amenaza y sin consultar más que a su valor, el heredero del león se marchó una tarde, diciendo a su madre:

—No temas por mí; soy joven, soy fuerte, soy valiente como lo fué mi padre; no temo nada ni a nadie; si yo encuentro al hombre ¡se acordará de mí!

Y el león se fué.

El primer día encontró a un buey en su camino.

—¿Eres tú el hombre? — le preguntó.

—No — contestó el tranquilo rumiante; — el ser de quien hablas es mi amo; él me engancha al arado, y si mi marcha le parece lenta, para activar mi paso me pincha las carnes con una punta de acero...

El león se alejó pensativo.

Al día siguiente vió en una pradera a un caballo con los remos trabados.

—¿Eres tú el hombre? — le preguntó el feroz viajero.

— Señor — contestó el caballo, — no soy el hombre, sino su servidor y su montura: cuando no corro como él desea, me clava en los ijares unas ruedecillas llenas de pinchos.

El león sacudió su melena, hizo crujir sus dientes y prosiguió su camino, preguntándose lleno de coraje quién podría ser aquel que en el mundo parecía haber sometido todos los seres a sus caprichos, a su fuerza y a su voluntad.

Algún tiempo después llegó a la India. Pronto descubrió allí a un animal de enorme tamaño y, al parecer, de invencible fuerza.

—Ese será sin duda — dijo al acercarse: — tú eres el hombre ¿no es verdad?

—Te equivocas; soy el elefante, y ese cuyo nombre acabas de pronunciar es mi amo y señor. Lo llevo sobre mi lomo cuando desea viajar o cazar al tigre, y como tiene confianza en mí, me hace guardar sus hijos.

Oyendo estas palabras se alejó el león, cada vez más preocupado.

De pronto, unos golpes sordos que se oían a intervalos iguales le sacaron de su preocupación.

Y observó que los ruidos salían del fondo de la selva.

Internóse en ella, columbró un sitio despejado, se acercó a él, viendo un roble cortado por el hacha próximo a caer. Ni en ésta ni en el leñador reparó al principio el viajero, que dirigiéndose al roble le preguntó:

—¿Eres tú el hombre?

—No — dijo el coloso de la selva; — el hombre es ese que acaba de cortarme, y a cuyos golpes muero.

Sólo entonces se dignó el león posar sus ojos en el extraño ser a quien el roble acababa de nombrar, y al verle tan débil y de tan pequeñas proporciones, dejó caer desdeñosamente estas palabras:

—¿Y tú eres ese de quien mi madre me hizo terrible pintura? ¿Y uno de tus semejantes fué quien osó matar a mi padre? ¿Y eres tú de quien me aconsejaban que huyese?

—Sí, soy yo — contestó sencillamente el leñador.

—Pero, desgraciado, ¡si eres la imagen de la debilidad! Mi nombre sólo debía hacerte palidecer. Como que de un zarpazo puedo dejarte muerto a mis plantas.

El hombre, sin dignarse responder, hizo un corte profundo en el roble que acababa de morir; luego, volviéndose al león, le dijo:

—¿Te parezco débil? ¡Mira ese roble! Orgulloso de su fuerza se alzaba derecho y robusto, y sin embargo, ahí lo tienes tumbado, inerte...; ya ves lo que puede mi brazo. En cuanto a tu nombre, no me hace palidecer, porque conozco otra fiera más terrible ¡la miseria! y tus rugidos poderosos son menos terribles para mi oído que los de mis cachorros cuando me piden pan. No son en verdad mis flojos músculos únicamente lo que puedo oponer a tu fuerza. La idea, el pensamiento, el cálculo, me hacen dueño de ti. ¿Dudas aún? Pues bien: mete una pata en esa hendidura si te atreves — añadió mostrando el corte que había hecho en el tronco y mantenía abierto con el hacha.

Al oír "si te atreves", el león metió la pata sin vacilar.

El leñador entonces retiró el hacha, impregnada aún con la savia del gigante de los bosques, y la fiera quedó apresada.

—Y ahora, reconócelo, ¿soy el hombre? — dijo gravemente el leñador; — ¿soy tu dueño? ¿soy el rey de la Creación?

Anonadado por tanta audacia el león bajó la cabeza y guardó silencio, como conviene a todo el que se confiesa vencido.

En cuanto le fué devuelta la libertad, se echó sobre el musgo y empezó a lamerse tristemente la pata cubierta de sangre.

La fiera, vencida, repasó afligida en su memoria todos los incidentes del viaje, y recordó el consejo de su madre.

El hombre entonces se acercó al león, y después de lavarle la herida, sin añadir una palabra, sin volver la cabeza, descuidado y con el hacha al hombro, tomó tranquilamente el camino de la cabaña.

Largo tiempo le siguió con la vista el león, y cuando se vió solo, lleno de vergüenza y dudando ya de su fuerza y de su poder, dos gruesas lágrimas nublaron sus ojos; se levantó cojeando, y volvió lentamente hacia el desierto.

Desde aquel día se ha convenido en que el león no atacará jamás al hombre valiente."

FEDERICO FEBVRE

UN REGALO BIEN PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO



Vos que sos más alto escondela en el ropero de mamá.- papá la trajo de regalo para abuelita.

LICOR DE LOS 8 HERMANOS

Escuela pedagógica Sarmiento

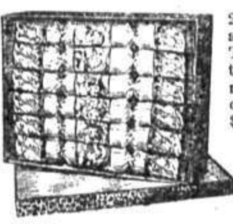
Alumnas de 2.° año de extensión universitaria, anexa a la escuela pedagógica de Tucumán, y visitadoras de la higiene, señora Argelia Carreras de O'Farrell; señoritas Mercedes Sivori, Angela Demesi, Amanda Suárez, Casimira Aguilera, Elvira Steiner, Margarita Bringas, Irma Boros y Angela Nieva.

En Harrods

EXPOSICION DE JUGUETES

Magnífica e indescriptible variedad en juguetes científicos, mecánicos, panoplias militares, juegos de playa o jardín, de sorpresa, etc.

SALONES DE VENTA: Segundo Piso.



25. — **Crackers,** de la acreditada marca Tom Smith; gran surtido en todos los tamaños. La caja de 12 crackers, desde **1.50** $ 15.- hasta $

18. — **Caja,** conteniendo animales varios, en madera; muy bien pintados. Medida de la caja: 41x27 centímetros, $ **2.50**



1. — **Muñeca,** vestida de seda, cara de biscuit, ojos movibles; articulada; 45 centímetros de alto

$ **30.—**

16. — **Bonito juego para agua,** en vidrio de Bohemia, decorado en finos colores; altura del botellón: 12 centímetros. El juego......$ **2.50**

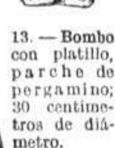
22. — **Oso de peluche,** juguete muy durable, en colores gris, negro, colorado o verde. De 34 centímetros de alto

$ **7.—**



7. — **Moldes para arena,** en hierro pintado, criba muy sólida; 23 centímetros de diámetro.

$ **2.—**



13. — **Bombo** con platillo, parche de pergamino; 30 centímetros de diámetro.

$ **6.50**

10. — **Rifle,** a resorte, con seis proyectiles adheribles al blanco, sistema ventosa, con dos blancos en colores, de 65x33 cm. $ **12.-** **El mismo,** con látigo y trompa caza $ **17.50** **Igual modelo,** material más sólido, escopeta de doble caño, morral, látigo y trompa cazadora. En caja de 85 x 35 cm. $ **30**



26. — **Medias "Santa Clauss"** de Tom Smith, conteniendo un variado surtido de juguetes, para niñas y niños. En todos los tamaños. Desde $ 20.— hasta

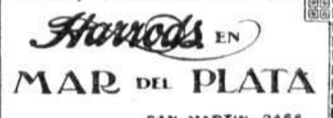
$ **1.75**

100. — **Juego de mesa,** en aluminio, sólido y pulido, en bonita caja, de 32 x 45 centímetros, pesos.................... **12.50**
Otros modelos, de idéntica calidad y presentación, con mayor número de piezas. Tamaño: 40 x 60 centímetros, $ 24.—; 37 x 56, $ 18.50; 29 x 38........ $ **9.50**



46. — **Yacht,** a vela, casco hueco, pintado a fuego. De 135 centímetros, $ 40.—; de 127, $ 32.—; de 96, $ 20.—; de 77 centímetros $ **7.50**

19. — **Cama para muñeca,** en latón, madera y bronce, con calados a los costados, pintada al laqué blanco, elástico muy sólido; de 30 x 16 centímetros.......... $ **8.25**



CRÉDITOS

Acordamos en cuotas pagaderas por mensualidades.

Solicite informes.

CALLES:

Florida, Paraguay, San Martín y Córdoba

Primeros doctores de bioquímica y farmacia. Curso 1920






Señorita Lucía Negrete. — Señorita Catalina Di Pascal. — Señorita Rosa Ana Naliy. — Señor Damián Maggi.






Señor Antonio Badía. — Señor Ramón Alcaraz. — Señor Atilio Sartor. — Señor Antonio Mantovani.







Señor Fernando Manghi. — Señor Eleodoro Ponce. — Señor J. Miguel Reyes. — Señor Anastasio J. Herrera. — Señor Rogelio Bubaglia.

GREGUERÍAS

Las estanqueros toman una actitud de potentadas cuando ofrecen su caja de habanos al que los pide... Exigen timidez al pedirlos, dan la mercancía como si la regalasen, por conmiseración. ¡Ah! Pero temblad si sólo les pedís un sello. Entonces os atravesarán con su mirada.

Mirando al cielo y al mar, no al cielo en el horizonte, sino al cielo sobre nosotros, al cielo en total; no sólo al mar en su línea media, la que nos distrae del resto, sino al mar de un golpe, al mar en total, se ve que es pequeño el espacio y que estamos, como en una habitación aguardillada, en el ángulo de una arista cerrada y baja.

Aquella mujer era bajo la luz del día como una bombilla eléctrica encendida en pleno sol... Quedaba reducido su rostro a un óvalo amarillo, apagado, sin aureola, sin irradiación, sin toda la luz que en la noche esplende ella sobre todos los objetos y hace llegar a los rincones de la habitación y de los espejos.

Las estrellas a veces están más brillantes que nunca, como si el cristal de la gran claraboya hubiese sido lavado, hubiese sido limpiado.

Da gana de saludar a la luna con un saludo regocijante, de rigodón y de locura, quitándonos el sombrero hasta los pies.

R. Gómez de la Serna.

Primeros doctores de bioquímica y farmacia. — Curso 1920



Señor Angel Avila Domínguez. — Señor Bartolomé De Bernardi. — Señor Luis Corrias. — Señor Emeterio Gogenuri. — Señor Angel Dascanio. — Señor Ciro T. Rietti. — Señor Francisco Cignoli.








Señor Enrique E. Rebagliati. — Señor Eugenio Valentini. — Sr. Manuel Troncoso Serantes. — Señor Francisco Pilar. — Señor Angel Borroni. — Señor Raúl B. Laguinge. — Señor Raúl Girla Corbella.








Señor Victor Scasso. — Señor Antonio Alvarez Tamayo. — Señor Ricardo López. — Señor Ubaldo D'Inzeo. — Señor Ernesto Repetto. — Señor Emilio C. Negrete. — Señor Roque H. Fumasoli.

LA BELLEZA IDEAL

LO QUE ES Y COMO POSEERLA

No ha leído usted nunca una novela, cuyas páginas iniciales han despertado poderosamente su atención, por la similitud de sus circunstancias o de su carácter con el de la protagonista?...

Y más adelante, en la 4.ª o 5.ª página, ¿no ha leído usted un párrafo ponderativo de los encantos físicos de la heroína, diciendo — más o menos — «Su cabello, de brillantes ondas, orlaba su hermoso rostro de cutis límpido, fresco y sonrosado. Velaban sus grandes ojos largas y sedosas pestañas; y en su boca perfecta jugueteaba una sonrisa, mientras deshojaba una blanca rosa cuyos pétalos hacían resaltar la blancura inmaculada de su fina mano, etc., etc...»?...



Seguramente, al terminar ese párrafo, ha de haber usted suspendido la lectura para comparar su físico con el de tan exquisita criatura...

¿Cuáles fueron los resultados de su análisis?... ¿Resultóle muy desventajosa la comparación?... ¡Acaso no encontró un solo detalle en su apariencia digno de parangonar con tales encantos!... Y entonces, imposibilitada ya de seguir identificándose con la heroína, la novela pierde para usted mucho de su interés inicial...

Pero, ¿por qué no piensa usted que, con un poco de paciencia y constancia, sin necesidad de recurrir a medios artificiales ni costosos, puede usted realizar en sí misma el milagro de tan ideal belleza?...

Por supuesto, no le es posible cambiar sus facciones; pero note que la descripción no hace precisamente referencia a las facciones de la heroína. Pondera sus ojos, sus manos y, sobre todo, su cabello y su cutis, primordiales atributos de belleza femenina.

Puede usted lograr que también su cabello sea brillante y ondulado, si para lavarlo, en lugar de jabones y shampoos en polvos ya preparados — que resultan la mayoría de las veces perjudiciales — usa simplemente stallax. Confiere al cabello una suavidad, brillantez y ondulación simplemente admirables. Si, por haberlo maltratado, su cabello está opaco y escasea, no deje de probar esta sencilla receta, cuyos resultados la sorprenderán.

Pero — volviendo a la heroína — se preguntará usted ansiosa: ¿Cómo obtener un cutis límpido, fresco y sonrosado?... ¿Cómo librarlo del vello y de los feos barrillos que lo afean?... Y, sobre todo, ¿cómo conservarlo a través del tiempo y de tantos agentes exteriores que lo pejudican?... Esto ha de parecerle imposible, ¿verdad?... Pues no lo es. ¡Ni siquiera es difícil!...

Hay verdad en muchos proverbios; y toda la moderna ciencia de la belleza está basada en la verdad de aquel que dice: «La hermosura tiene sólo la profundidad de una capa de cutis».

Debajo de su actual cutis — por manchado, áspero y descolorido que usted lo vea — existe un cutis nuevo, fresco y rosado cual el de un niño. ¿Cómo sacar esa capa de materia muerta, tan fuertemente adherida, que lo aprisiona?... Naturalmente, el cutis del rostro no admite tratamientos enérgicos. Se ha descubierto que la cera pura mercolizada (pure mercolized wax) contiene oxígeno y es bien conocida la potencia destructiva de toda materia muerta que el oxígeno encierra. Aplicando sobre el rostro y cuello, inmediatamente antes de acostarse, cera mercolizada, extendiéndola como si fuera coldcream, será absorbida imperceptiblemente toda la cutícula muerta que adherida a flor de piel es causa de palidez, manchas y arrugas y quedará a la vista la piel nueva luciendo toda su fresca y rosada belleza.

No se desespere usted tampoco si afean su rostro barrillos grasientos y porosos. ¡Es tan fácil extirparlos!... Un simple lavado del rostro con agua estimolizada, preparada con una sola tableta de stymol disuelta en un vaso de agua, bastará para librar su rostro de tan feos defectos. Y los buenos resultados que usted obtendrá de inmediato con este tratamiento, se convertirán en permanentes si lo repite unas cuantas veces con pocos días de intervalo.

Quizás — sobre todo si es usted morena — quede algo en su rostro, de lo cual está exento el de la heroína, que le parecerá imposible eliminar: ¡El vello! ¡Tantas mujeres lo han visto reproducirse con más fuerza, después de tantos tratamientos y hasta de dolorosas extracciones!... Sin embargo, es fácil eliminarlo por completo y matar sus raíces. Aplíquese directamente a las partes que se desee depilar, porlac puro pulverizado. Los resultados son maravillosos, sin que el cutis sea afectado en lo más mínimo.

Si tiene usted el buen tino de evitar el uso de cremas y polvos costosos y recurre a las simples substancias enunciadas — conocidas de tan antiguo, — a las dos semanas de tratamiento podrá también ser aplicable a usted la elogiosa descripción de la bella heroína... Sus encantos merecerán la ponderativa admiración de cualquier crítico, que — por observador que fuere — no podrá dudar de su naturalidad ni sospechar siquiera que ha sometido usted a tratamiento su rostro y cabello.

Peritos mercantiles egresados de la E. S. de comercio de la nación


Señor Miguel Naón.


Señor Víctor Pizzariello.


Señor Mario Noziglia.


Señor Antonio Bettati.


Señor Carlos Caloni.


Señor Enrique Espejo.


Señor Alfredo Haran.


Señor Pedro Hernández.


Señor V. M. Lecce.


Señor Romeo Rivolta.


Señor Juan Suter.


Señor Luis Manzini.


Señor Alejandro C. Negri.


Señor Francisco Barba.


Señor Ernesto Invernizi.


Señor Humberto Burzio.


Señor Juan Folco.

25 de Diciembre de 1921

6 de Enero de 1922

Victrola

es el regalo indicado para las fiestas de fin de año

No hay seguramente mejor manera de practicar las costumbres de hacer regalos por las Pascuas de Navidad y Fiesta de Reyes que obsequiando a su familia con una Victrola.

Deje que todos disfruten de las delicias exquisitas que proporciona el divino arte. La Victrola reproduce insuperablemente la mejor música del mundo. Con uno de estos instrumentos en su hogar, su familia puede celebrar las mejores Pascuas y Fiesta de Reyes que jamás hayan disfrutado. No olvide que la Victrola proporcionará placeres indescriptibles por espacio de muchos años.

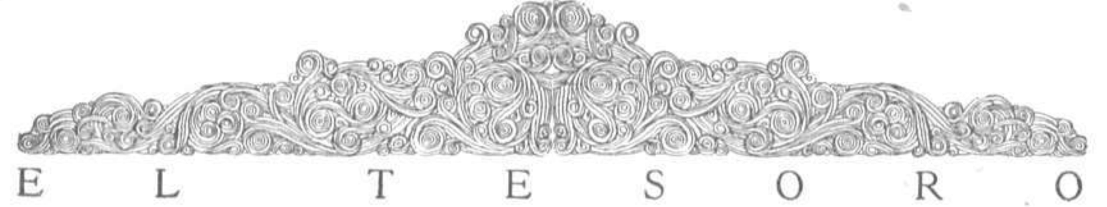
Donde haya una Victrola, una colección de Discos Victor constituirá *también un regalo que será muy apreciado.*

Oiga este instrumento en el establecimiento de cualquier comerciante Victor.

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.
Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

Comerciantes Victor al por mayor
Sarmiento, 626-636 - PRATT Y Cía. - Buenos Aires
DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733 Montevideo





E L T E S O R O

I

Los tres hermanos de Medranos, Ruy, Guannes y Rostabal, eran entonces en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los palacios de Medranos, a los cuales el viento de la sierra había arrancado las vidrieras y las tejas, pasaban las tardes de ese invierno, helados en sus capotes de piel de camello, batiendo las suelas rotas sobre las losas de la cocina, delante del vasto fogón negro, donde desde mucho antes no crepitaba lumbre ni hervía la olla de hierro... Al obscurecer devoraban una corteza de pan negro, untada con ajo. Después, sin candela, al través del patio, iban a dormir al muladar, para aprovechar el calor de tres yeguas sarnosas que, hambrientas, somo ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había hecho a estos señores más bravíos que lobos.

En la primavera, en una silenciosa mañana de domingo, andando todos tres por el matorral de Roquelanes, espiando residuos de caza y cogiendo hongos entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba nueva de abril, los hermanos de Medranos encontraron, por detrás de una enramada de espinares, en una cueva de roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre fuerte, conservaba sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa había un dístico en caracteres árabes, indescifrable a través de la herrumbre. ¡Y dentro, hasta los bordes, estaba lleno de doblones de oro!...

En el terror y en el resplandor de la emoción, los señores quedaron más lívidos que cirios. Después, sumergiendo furiosamente las manos en el oro, estallaron a reír, en una risa de tan enorme ímpetu, de las hojas tiernas de los olmos, en derredor, temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se miraron a la cara, con los ojos llameantes, en una desconfianza tan desabrida, que Guannes y Rostabal palpaban en los cinturones los puñales de las facas grandes...

Entonces Ruy, que era gordo y rubio y el más astuto, levantó los brazos como un árbitro y comenzó por decir que el tesoro — viniese de Dios o del demonio — pertenecía a los tres, y entre ellos se repartiría rigurosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿cómo podrían cargar para Medranos, para las cimas de la sierra, aquel cofre tan lleno? Ni convenía que saliesen del matorral con su tesoro antes de cerrar la obscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guannes, como más ligero, debía trotar hacia la villa vecina de Retortillo, llevando ya oro en la bolsa, y comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y así repuestos, señores y cabalgaduras, guardarían el oro en las alforjas y subirían para Medranos bajo la seguridad de la noche sin luna.

— ¡Bien tramado! — gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, de larga guedeja y con una barba que le caía desde los ojos, estriados de sangre, hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guannes no se apartaba del cofre, encogido, desconfiado, restregando entre los dedos la piel negra de su pescuezo de grulla. Por fin, bruscamente, dijo:

— ¡Hermanos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

— ¡También yo quiero la mía, mil rayos! — rugió en seguida Rostabal.

Ruy sonrió. ¡Ciertamente, ciertamente! A cada dueño del oro correspondía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno, en silencio, agachado delante del cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente Guannes, desarrugado el entrecejo, saltó en la yegua y se entró por las veredas de olmos, camino de Retortillo, lanzando a la enramada su canción acostumbrada y doliente:

¡Ole, ole!...
Sale la cruz de la iglesia
vestida de negro luto...

II

En el claro del bosque, enfrente a las zarzas que encubrían el tesoro (y que los tres habían desbrozado a cuchilladas), un hilo de agua, brotando entre rocas, caía sobre una vasta losa excavada, donde hacía como un estanque claro y quieto antes de fluir hacia las hierbas altas... Y al lado, a la sombra de una haya, yacía un viejo pilar de granito, caído y musgoso. Allí vinieron a sentarse Ruy y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas esquilaban la buena hierba, salpicada de amapolas y botones de oro. Por la enramada andaba un mirlo silbando... Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al sol, bostezaba de hambre.

Entonces Ruy, que se había quitado el sombrero y le alisaba las viejas plumas rojas, comenzó a meditar, en su habla prudente y mansa, que Guannes en aquella mañana no había querido bajar con ellos al matorral de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! Pues que si Guannes se hubiera quedado en Medranos, ¡sólo ellos dos hubieran descubierto el cofre y sólo entre ellos dos se dividiría el oro! ¡Gran pena! Tanto más cuanto que la parte de Guannes sería pronto disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

— ¡Ah, Rostabal, Rostabal! Si Guannes hubiera encontrado este oro, paseando por aquí solito, no dividía con nosotros, Rostabal.

El otro rezongó sordamente y con furor, dando un tirón a las barbas negras:

— ¡No, con mil rayos! Guannes es avaro... Cuando el año pasado, ¿no te acuerdas?, ganó los cien ducados al espadero de Fresno, no me quiso prestar tres para comprar un jubón nuevo.

— ¿Ves tú? — gritó Ruy, resplandeciente.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como impulsados por la misma idea que los deslumbraba. Y a través de sus largas zancadas, las hierbas altas silbaban.

— ¿Y para qué? — proseguía Ruy. — ¿Para qué le sirve todo el oro que se nos lleva? ¿No le oyes de noche cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura ni hasta las otras nieves, Rostabal! Pero para entonces habrá disipado los buenos doblones que debían ser nuestros, para levantar nuestra casa, y para que tú tuvieses jinetes, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solarengos, como compete a quien es como tú, el mayor de los Medranos...

— ¡Pues que muera, y muera hoy! — clamó Rostabal.

— ¿Quieres?

Vivamente, Ruy había agarrado el brazo del hermano y apuntaba para la vereda de olmos por donde Guannes se había marchado cantando.

— Allá adelante, al fin de las mieses hay un sitio bueno, entre las zarzas. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro... Un golpe de punta por las espaldas. Y es justicia de Dios que seas tú quien lo des... que muchas veces en las tabernas, sin pudor, te trataba Guannes de *cerdo* y de torpe, porque no sabes las letras ni los números.

— ¡Malvado!...

— ¡Ven!...

Echaron a andar. Ambos se emboscaron por detrás de unas zarzas que dominaban el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal, escondido tras de la valla, tenía ya la espada desnuda... Un viento ligero estremeció en la cuesta

las hojas de los álamos... Sintieron el repicar suave de las campanas de Retortillo. Ruy, acariciándose la barba, calculaba la hora por el sol, que ya se inclinaba hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, comenzó de nuevo a bostezar con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas.

¡Por fin!... ¡Alerta!... Se oía en la vereda la canción doliente y ronca, lanzada a los ramajes:

¡Ole, ole!...
Sale la cruz de la iglesia
toda vestida de negro...

Ruy murmuró: "¡El golpe en la cadera! ¡Apenas pase!..." La pezuña de la yegua removió los guijarros; una pluma en un sombrero enrojeció sobre la punta de las zarzas...

Rostabal salió de entre las zarzas por una brecha, sacó el brazo y la larga espada; y toda la lámina se embebió blandamente en la cadera de Guannes, cuando, al rumor, éste se había levantado en la silla, bruscamente. Con un sordo golpe cayó de lado sobre las piedras... Ya Ruy se abalanzaba a los frenos de la yegua. Rostabal, cayendo sobre Guannes, que daba las boqueadas, de nuevo le hundió la espada — agarrada por la hoja como un puñal — en el pecho y en la garganta.

—¡La llave! — gritó Ruy.

Y arrancada la llave del cofre al pecho del muerto, ambos corrieron por la vereda; Rostabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero quebrada y torcida, la espada aun desnuda, apretada bajo el brazo, todo encogido, estremecido con el sabor de sangre, que le abrasaba la boca; detrás Ruy, espoleando desesperadamente los frenos de la yegua, que con las patas clavadas en el suelo pedregoso, apretando la larga dentadura amarilla, no quería dejar a su amo, así estirado, abandonado a lo largo de las *sebes*.

Tuvo que pincharle las ancas escuálidas con la punta de la espada; y corriendo sobre ella, con la espada en lo alto, como si persiguiese a un moro, desembocó en el claro del bosque, donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había arrojado a la hierba el sombrero y la espada; y de bruces sobre la losa, excavada en forma de estanque, con las mangas arremangadas, se lavaba ruidosamente las barbas y el rostro.

La yegua, quieta, comenzó de nuevo a pastar, cargada con las alforjas nuevas que Guannes había comprado en Retortillo. De la más ancha, abarrotada, salían dos cuellos de garrafas... Entonces Ruy sacó una enorme faca, lentamente, de la cintura... Sin un rumor en la hierba espesa, deslizóse hasta Rostabal, que se refregaba, con las largas barbas pringándole agua... Y serenamente, como si clavase una estaca en un macizo de arbustos, enterró la hoja toda en el ancho dorso doblado, yendo certera al corazón... Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con la cara y los largos cabellos fluctuando en el agua. Su vieja escarcela de oro había quedado aplastada bajo la cadera. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Ruy levantó el cuerpo; y una sangre más espesa chorreó y corrió al borde del estanque...

III

¡Ahora eran de él, sólo de él, las tres llaves del cofre!... Y Ruy, estirando los brazos, respiró deliciosamente... Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la hilera de yeguas por los senderos de la sierra, subiría a Medranos y enterraría en la bodega su tesoro... Y cuando allí, en la fuente, y más allá, frente a las zarzas, sólo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, sería el magnífico señor de Medranos, y en la capilla nueva del solar resucitado mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos... ¡Muertos! ¿Cómo?... ¡Como deben morir los de Medranos: peleando contra el moro!...

Abrió las tres cerraduras, palpó un puñado de doblones, que hizo resonar sobre las piedras. ¡Qué puro oro, de finos quilates!... ¡Y era suyo!... Después fué a examinar la capacidad de las alforjas; y encontrando las dos garrafas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre inmensa. Desde la víspera sólo había comido una cola de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo hacía que no probaba el capón!... ¡Con qué delicia se sentó en la hierba, con las piernas abiertas y entre ellas el ave rubia, que olía bien, y el vino del color del ámbar! ¡Ah, Guannes había sido buen mayordomo! ¡Ni de las aceitunas se había olvidado! Pero ¿por qué había traído para tres comensales sólo dos garrafas? Rasgó un ala del capón; devoraba a grandes dentelladas...

La tarde descendía, pensativa y dulce, con nubecitas de color de rosa. Más allá, en la vereda, una bandada de cuervos graznaba. Las yeguas, hartas, dormitaban con el hocico colgante. Y la fuente cantaba, lavando al muerto... Ruy puso a la luz la botella de vino... Con aquel color añejo y cálido, no habría costado menos de tres maravedíes. Y poniendo el cuello de la botella en la boca, bebió en sorbos lentos, que le hacían ondular el pescuezo velludo... ¡Oh vino bendito, que tan prontamente calentabas la sangre!...

Tiró la botella vacía y destapó otra. Pero, como era astuto, no bebió, porque la jornada hasta la sierra, con el tesoro, exigía acierto y firmeza. Apoyado en el codo, tendido, descansando, pensaba en el palacio de Medranos, cubierto de teja nueva, en las altas llamas del fogón, en noches de nieve, y en su lecho con brocados donde habría siempre mujeres...

De repente, atacado de una ansiedad, tuvo prisa por cargar las alforjas... Ya entre los troncos se hacía más densa la sombra... Empujó a una de las yeguas junto al cofre, levantó la copa, cogió un puñado de oro... Pero vaciló soltando los doblones, que resonaron en el suelo, y llevó las dos manos afligidas al pecho. ¿Qué es eso, don Ruy?... ¡Rayos del cielo!... era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro y le subía hasta la garganta... Ya había rasgado el jubón y quería dar unos pasos inciertos... Con la lengua colgante, jadeando, limpiábase gruesas gotas de un sudor horrendo, que le helaba como la nieve... ¡Oh Virgen Madre!... Otra vez el fuego, más fuerte, que le incendiaba... Entonces gritó:

—¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guannes! ¡Rostabal!...

Sus brazos torcidos batían en el aire desesperadamente. Y la llama dentro aumentaba, y sentía los huesos estallarse como las vigas de una casa incendiada... Rodó hasta la fuente para apagar aquella hoguera, y tropezó con el cadáver de Rostabal; y con la rodilla clavada en el muerto, arañando la roca, buscaba, entre horrendos alaridos, el hilo de agua que recibía sobre los ojos y por los cabellos... Pero el agua le quemaba más, como si fuese un metal derretido... Retrocedió, cayó encima de la hierba, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiendo a la vez los dedos para chupar su frescura... Aun se levantó con una baba espesa corriéndole por las barbas; y de repente, abriendo pavorosamente los ojos, gritó como si comprendiese al fin la traición en todo su horror:

—¡Es veneno!...

¡Oh don Ruy, el astuto, era veneno!... Porque Guannes, apenas había llegado a Retortillo, aun antes de comprar las alforjas, corrió cantando a una callejuela, detrás de la catedral, a comprar al viejo droguero judío el veneno que, mezclado con el vino, le haría a él solamente dueño de todo el tesoro...

Anocheció. Dos cuervos, entre la bandada que graznaba más allá de las zarzas, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guannes La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrada en la hierba negra, toda la cara de Ruy se había puesto negra...

Una estrellita tremelucía en el cielo...

El tesoro aun está allí, en el matorral de Roquelanes...

EÇA DE QUEIROZ



Tenedores de libros egresados de la Escuela Superior de Comercio



Señor Manuel Slafer. — Señor Raúl Giacomatti. — Señor José Juan Garibaldi. — Señor José Sergio Pampin. — Señor Pedro Hernández. — Señor Aníbal Camurati.









Señor Juan Paveetich. — Señor Humberto Heile. — Señor Luis H. Dasimoni. — Señor José A. Avella. — Señor Bernardo Sagreras. — Señor Manuel F. Asorey. — Señor Antonio P. Vigano.









Señor José Domínguez. — Señor José Fagioli. — Señor Luis Repetto. — Señor Mario A. Scolari. — Señor Alfredo Montecelli. — Señor Elo Gamboiu. — Señor Ovidio Fernández.

En la escuela normal N.° 9 de maestras de la capital

Distribución de diplomas a las alumnas egresadas durante el corriente año, a cuyo acto asistió el ministro de Justicia e Instrucción Pública.


PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO
TIRASSO
Ofrece sus tradicionales Cajones Surtidos
CAJON N.° 2. — Contiene: $ 20
1 botella Champagne
2 bot. Moscato Champagne
1 » Moscatel Añejo
1 » Oporto
1 » Cotes
1 » Pinot tinto.
1 botella Clarete
1 » Jugo de Uva
1 » Sauternes
1 » Barbera
1 » Medoc
SURTIDO ESPECIAL $30
SURTIDO ESPECIAL $12
¡PRECIO EXCEPCIONAL! $20 GRAN SURTIDO
CANASTA N.° 1. — Contiene:
1 botella Champagne 1905
2 botellas Champagne Sec
1 botella Champagne Demi Sec
2 botellas Moscato Champagne
$ 30.—
CAJON N.° 3. — Contiene: $ 12
1 bot. Champagne Demi Sec 1 bot. Clarete
1 » Moscato Champagne 1 » Moscatel añejo
1 » Pinot tinto 1 » Sauternes.
LUIS TIRASSO
SARMIENTO, 847 - Buenos Aires
SUCURSALES:
ROSARIO: Sarmiento, 1028
CORDOBA: Alvear, 125
BAHIA BLANCA: Zelarrayán, 302
TUCUMAN: Las Heras, 783
PEDRO MIGLIORINI.
El importe se puede remitir con giro postal o bancario. — Se efectúa también la expedición contra reembolso.

Egresados de la escuela industrial de la nación. Sección electrotécnica


Señor Juan Lleonart.


Señor Luis Capian.


Señor Juan Müller.


Señor Carlos Macchi.


Señor Erasmo J. Núñez.


Señor Manuel J. Questa.


Señor Roberto Colombo.


Señor Oscar Borzone.


Señor José Giuppone.


Señor Pedro Turri.


Señor B. Benincasa Addone.


Señor Juan L. Casalis.


Señor Adolfo P. Pacagnini.

De "Gaspar de la Noche".

MICER JUAN

— Micer Juan — le dijo la reina, — id al patio de palacio a ver por qué libran batalla esos dos lebreles. Y él fué.

Y cuando estuvo allí, el senescal amonestó de una manera rigurosa a los dos lebreles, que se disputaban un hueso de jamón.

Pero éstos, tirándole de los negros gregüescos y mordiéndole las medias rojas, lo derribaron como a un gotoso, encima de sus cayados.

— ¡Eh... eh...! ¡Venid en mi ayuda! Y los partesaneros de la puerta corrieron a él, pues el hocico de los dos trasijados había hurgado ya en la delicada escarcela del infeliz.

En tanto la reina se moría de risa asomada a una ventana, en su alto griñón de Malinas, tan rígido y tan plegado como un abanico.

— ¿Y por qué reñían, micer? — Reñían, señora, porque uno sostenía contra otro que vos sois la princesa más bella, más sabia y más grande del universo.

Luis Bertrand.

La juventud es avara de aprender, pero se cansa fácilmente del estudio; un trabajo seguido le es penoso, como lo es a la edad madura.

La Harpe.

El derecho de propiedad ha nacido de la ley. No es, pues, un derecho natural, sino social.

Laboulaye.

Nuevas maestras

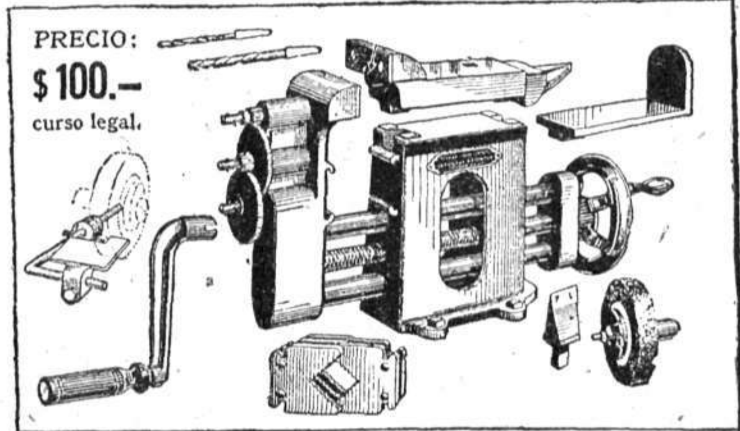
Alumnas egresadas de la escuela normal N.° 4 de la capital con el título de maestras, después de haber dado brillantes exámenes.







Equipo Combinación "COOPER"



Es un equipo de alta calidad y esmerada fabricación que no debe faltar en ningún GARAGE, TALLER MECANICO, HERRERIA o ESTABLECIMIENTO DE CAMPO, como asimismo en las CASAS PARTICULARES, por ser un aparato de suma utilidad que reporta grandes beneficios.

Si Vd. comprara sueltas todas las herramientas que acompañan al "COOPER" al precio de mayorista, pagaría un 100 % más de lo que vale la combinación "COOPER".

Cada una de las herramientas que acompaña a este equipo son de uso diario y de fácil manejo, con las cuales Vd. podrá hacer muchas reparaciones, ahorrando tiempo y dinero.

Adquiriendo Vd. una combinación de herramientas "COOPER" tendrá en su casa un taller mecánico moderno.

A este equipo se le puede adaptar además de la piedra esmeril una pequeña *sierra circular o una rueda de pulir*. Con el "COOPER" puede hacer Vd. mismo, composturas en casa y afilar toda clase de herramientas de filo.

El "COOPER" se compone de las siguientes piezas: Una bigornia fuerte y práctica. Una morsa poderosa con abertura de 4 1/2" por 4" de ancho. Una morsa para cañerías, con dientes de acero templado para caños hasta 1 1/2". Una rueda de esmeril de 5" por 1". Una máquina de agujerear de dos velocidades con dos mechas. Una trancha de acero para cortar metales. Una llave para ajustar los tornillos del aparato y cuatro tornillos para fijar el aparato al banco.

El "COOPER" tiene una combinación de tres velocidades, una directa, otra de 4 a 1 y otra de 16 a 1, la cual se puede regular con sólo cambiar de lugar la manija.

En el caso que desee hacer funcionar el aparato por fuerza motriz, podemos surtirle con una polea de hierro, cobrando $ 1.50 extra.

A cada instalación de máquinas esquiladoras es indispensable uno de estos *equipos para atender las reparaciones* generales.

INTRODUCTORES:

WILLIAM COOPER & NEPHEWS LTD.

MAIPU, 87 — **BUENOS AIRES**







Tenía la cara tan pequeña como una inmensa rosa; la vida parecía hecha expresamente para ella, como un jardín. No solamente era exquisita, sino que todo sonreía a su alrededor; su papá era dichoso, y su mamá exactamente tan dichosa como él.

Una muchedumbre de criados, de parientes o de amigos acudían por todas partes a recibir sus órdenes como si fueran regalos. Hasta los extraños y los viejos apreciaban la pequeña gloria de acatar sus mandatos.

No había en los cuentos de hadas, ni aun en la historia de Francia, una reina que a su edad tuviera más poderío. Y, sin embargo, la niña no se acostumbraba a sonreir, su preciosa fresca figura se obscurecía mejor que se aclaraba. ¿Por qué? Nadie lo sabía explicar, y ella menos que nadie.



A medida que crecía, que sus pies parecían más diminutos, marchaba hacia un destino insípido, en medio de la ternura y de los cariños; su inteligencia se afinó y su sensibilidad se agrandaba; pero su melancolia indecisa no la abandonó.

Se puso a inquirir el porqué antes se entregaba por instinto a ser desgraciada, y en adelante lo fué más sabiamente y mejor. Los demás no adivinaban la herida que escondía en el corazón. Sus padres se limitaban a protegerla por su fuerte amor único, y a sentirse mejor y más unidos el uno al otro cuantas veces se daban la mano.

Hacia los doce años ella experimentó el cambio de las estaciones; del parque verde al parque dorado, al parque violeta, eran estas decoraciones vacías de sentido, por más que los dramas invisibles que ocurrían demostraban el paso del tiempo. En abril, cuando se ve a través de los cristales que la hierba levanta sus flores como sombreros, ¿no es cierto que se piensa en las flores acabadas, muertas por el frío? Y que se dice: ¡Pobre invierno! ¿Y no es cierto que está feo el no tener lástima cuando el hermoso verano agosta a la linda primavera?

Una tarde, inclinando su frente y poniendo sus finas manos de cinco pétalos sobre su falda corta, como una pantalla, se puso a suspirar:

—¡Cuando yo era pequeña!

Todo el mundo rió muy alto, muy brutalmente. Nadie la comprendía, a pesar de que ella estaba segura de tener razón.

Así guardó en el fondo de su alma secretos, impresiones, ideas vagas que nadie poseía.

Iba de año en año acumulando, como un avaro, todos los motivos de tristeza, grandes y pequeños. Ahora, a la muchedumbre de servidores se añadieron, de repente, desconocidos esclavizados. Cuando ella avanzaba, los jóvenes se sentían dichosos al mirarla, y cada uno de ellos murmuraba la súplica de ser mirado.

Ella dejó que uno de ellos la escogiera. Y he aquí que, de repente, se encontró transportada como él.

Sentía placer en luchar y en razonar; era dichosa. En pleno esplendor de la vida, se consideraba gloriosamente vencida por el amor.

Fué novia; su corazón se calmó. A veces, por la tarde, se separaba un poco de la dicha presente para reflexionar sobre el pasado. Decía:

—¡Cómo se cambia!

Después repetía:

—¡Cómo he cambiado!

Cuando su novio le decía que se hacía cada vez más hermosa ella comprendía que variaba.

Ya casada, decidió que la vida grave comenzó para ella, y que estaba bien el ser previsora. Había dicho antes:

—¡Cuando yo era pequeña!

Y ahora, en plena floración, se atrevía a decir:

—¡Cuando yo era joven!

Habiendo encontrado en un cajón su retrato de hacía algunos años, notó que, lo mismo que las muñecas, los retratos están muertos. Contempló con envidia lo que había sido ella en épocas medio fantásticas, en que la vida ofrecía misteriosas reservas y promesas de cosas desconocidas.

Cuando se le recordó que a los diez y ocho años había dicho: —¡Ahora todo ha acabado para mí! — respondió moviendo su rostro implacable y magnífico:

—Hace siete años de eso... Entonces me equivocaba. Ahora es verdad.

A los treinta y cinco años vió en la sien lo que buscaba desde hacía tiempo: un cabello de plata tan delgado, tan perdido y aun tan dorado como los demás.

Entonces dijo:

—Tengo el cabello blanco; soy muy vieja.

Envejecía. Todas sus penas anticipadas, sus cuidados precoces, sus remordimientos exagerados concluyeron por tener razón. Sus sienes tomaron color de nácar; sus mejillas tersas, se complicaron; la profundidad de sus grandes ojos transparentes se perdió. No tuvo ya gran importancia para los demás; los que antes la servían, habían desaparecido uno a uno; su imperio radiante fué enterrado. Otros, los supervivientes, los extraños, la miraban con indiferencia al pasar. Entonces ella pareció despertar; se animó, se exaltó como los que salen de una pesadilla. Después del matrimonio de su hija, cuando había quedado verdaderamente sola, alguna antigua voz amiga le dijo:

—Es preciso resignarse.

Ella exclamó: —¡Jamás!, — admirada de que pudiera admitirse la resignación.

Entonces vivió locamente. Se puso gasas vaporosas, ocultando su cuello arrugado; sombreritos para mostrar sus cabellos demasiado rubios.

A la vista de un retrato antiguo suyo, ella rió y exclamó:

—¡Cómo cambia la moda!

Todo el mundo admiraba sus dientes postizos cuando sonreía. Corría de salón en salón, de convite en convite, durante el tiempo que no consagraba a su tocado.

Un día de fiesta, en un parque, un joven estudiante rondó alrededor de ella. Ella le llamó. El se apresuró a reunirse con ella; con la mirada baja, tembloroso, como si confesara una falta a su mamá, la dijo que la encontraba muy hermosa.

—¡Pero si yo soy casi vieja — murmuró ella temblando:

—¡Oh, señora!

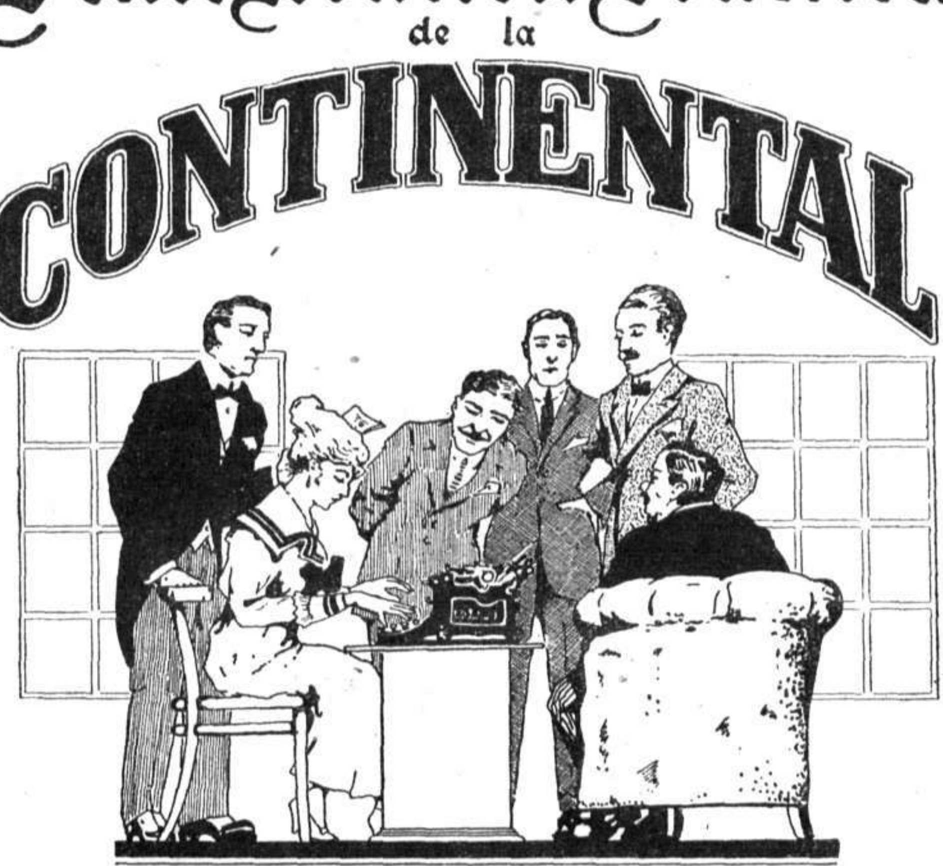
El escolar, enamorado, levantó hacia ella sus ojos, muy puros y muy tiernos. ¡Vieja! No lo creían, ni el uno ni la otra.

Cada

Demostracion Practica

de la

CONTINENTAL



SIGNIFICA LA CONQUISTA DE NUEVOS CLIENTES.

OBSERVAR SU FUNCIONAMIENTO ES RECONOCER SU ABSOLUTA SUPERIORIDAD

UNICOS IMPORTADORES **CURT BERGER & CIA** Bs. AIRES RECONQUISTA 379

Peritos mercantiles egresados de la Facultad de Ciencias Económicas



Señor Esteban J. L. Estévanez. — Señor Blas J. S. Venturo. — Señor Ovidio V. Schiopetto. — Señor Hugo P. Edgar. — Señor Francisco José Calegari. — Señor Emilio Calvo. — Señor Osvaldo Doni.









Señor Francisco Santangelo. — Señor Tomás R. Bardi. — Señor Luis C. Marvaldi. — Señor Alfonso I. Montes. — Señor Andrés Pace. — Señor Antonio Rago. — Señor Enrique O. Weisberg.










Señor Raúl P. Castelli. — Señor David Firpo. — Señor José Pérez. — Sr. Manuel Carrevedo, hijo. — Señor Enrique Castro. — Señor Juan L. Redolfi. — Sr. Bartolomé Tovamasso. — Señor Carlos Vernal.

El número de diciembre de



aparecerá el día

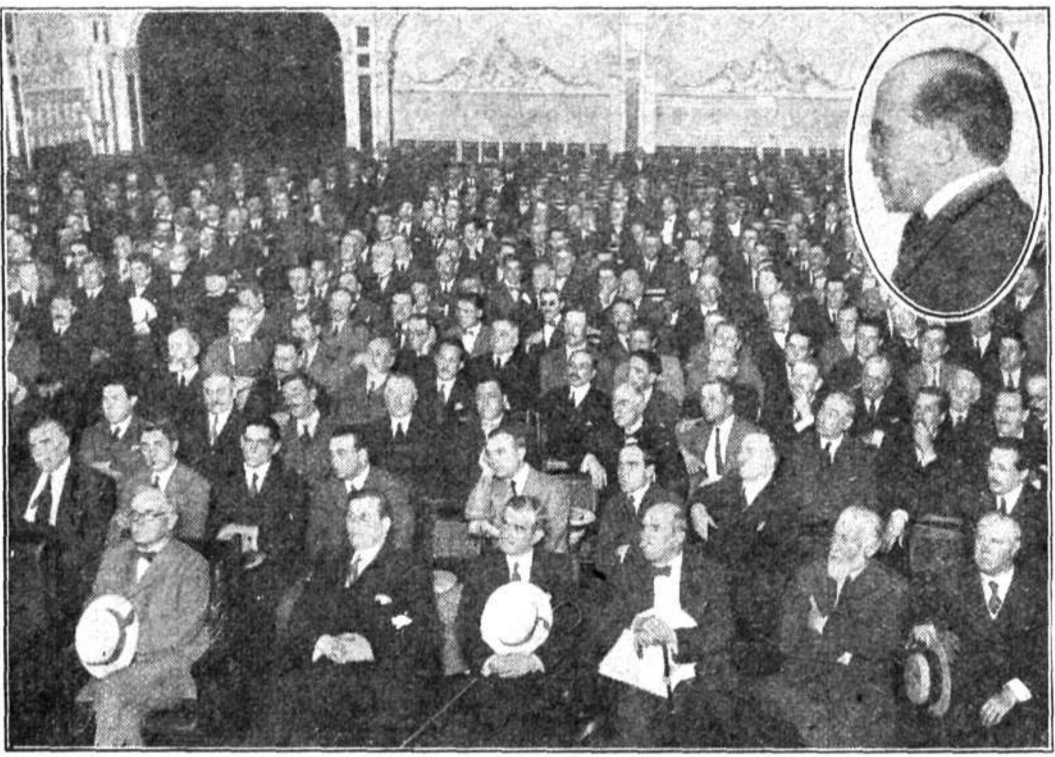


SUMARIO:

"Filosofías de automóvil", por **Miguel de Unamuno**, ilustraciones de **Macaya.** "Baile de trajes", por **Manuel Ugarte.** "Los ojos del otro", por **Arturo S. Mom**, ilustraciones de **Sirio.** "El collar de perlas". "Un film aristocrático", por **Roxana.** "El arte de la opereta", por **Clara Patek.** "Frente a dos retratos", por el **vizconde de Lascano Tegui**, ilustraciones de **Alvarez.** "La canción de la aguja", por **Adelia Di Carlo**, ilustración de **Sirio.** "Ante el entierro del conde de Orgaz", por **José M. Salaverría.** "Florencio Parravicini", por **Julio F. Escobar.** "Octavio Pinto", por **Fernán Félix de Amador.** "La kermesse de la Germania Schule". "El homenaje a los reyes de España". "Un nuevo retrato de San Martín" y diversas notas artísticas y sociales.

Reproducciones en colores: "Retrato de don Pedro Christophersen", óleo de **Konstrand.** "Deux enfants", óleo de **Gustave Pierre.** "La señora Emilia L. del Castillo y su hija", por **Anselmo Miguel Nieto.** "Señorita María Rosa Christophersen", fot. de **Witcomb.**

En el Príncipe Jorge



Reunión de ganaderos de la república para resolver el problema que afecta y compromete la economía de la nación. En ángulo: El doctor Emiliani explicando a la asamblea el objeto de la reunión.

Fiesta campestre



Concurrentes al picnic que realizó últimamente el Club Atlético Empleados "Caras y Caretas" en las playas de Quilmes, fiesta que dejó gratos recuerdos entre los asistentes.

EL OPTÓFONO

Otro invento maravilloso

Es una invención verdaderamente maravillosa para los ciegos, puesto que con muy poco costo y con muy pocos meses de instrucción los habilita para poseer y leer libros. Pero acaba de darse otro paso mucho más notable y por medio del cual el ciego, con respecto a la lectura de libros, viene a equipararse con el hombre de perfecta vista. El optófono, basado en las leyes de reflexión y refracción de la luz y en la transformación de las ondas luminosas en ondas sonoras, da al ciego capacidad para poder leer toda clase de periódicos, toda clase de revistas y toda clase de libros, tal como los lee el hombre que ve. La única diferencia es que el hombre normal lee con sus propios ojos y el ciego oye lo que el opfófono le está leyendo. Las dificultades que al presente ofrece este invento son: primera, se requiere un oído amaestrado o, por decirlo así, musical; segunda, el costo es bastante crecido; tercera, la lectura es bastante lenta, unas veinticinco palabras por minuto. El inventor de este aparato es el doctor E. E. Fournier d'Albe, de la Universidad de Birmingham.

No hay en la naturaleza ni astronomía, ni física, ni química, ni mecánica; éstos son métodos subjetivos de observación. No hay más que una sola unidad. Lo infinitamente grande es idéntico a lo infinitamente pequeño. El espacio es infinito sin ser grande. Estrellas y átomos son una misma cosa.

Camilo Flammarión.

Industrias Argentinas

LA RAZON

TABACOS - S. A.

LIBRE DEL MONOPOLIO — CAPITALES ARGENTINOS: $ 2.000.000



Personal de máquinas. (Turno diurno).



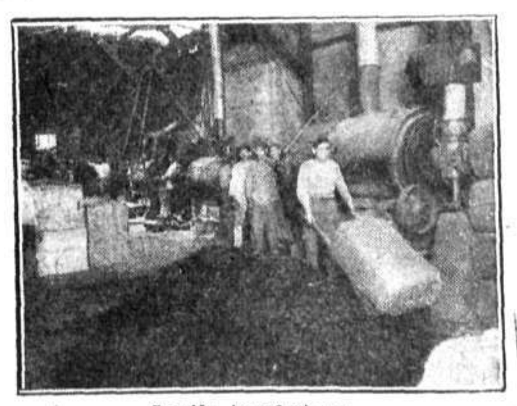
Salón N.º 3, de empaquetadoras.



Algunas empaquetadoras.



Vista parcial del salón de máquinas.



Sección torrefactores.

LA PRIMERA MARCA QUE DEVOLVIO AL PUBLICO LOS 14 CIGARRILLOS.

Exploradores del Plata

Fiesta organizada por la institución Exploradores del Plata de la parroquia de la Santísima Trinidad y comisión de señoritas protectoras de la misma, la que tuvo lugar en el Parque Saavedra.





LA NODRIZA

El señor y la señora Loisel hacían una de esas vidas casi pobres pero casi elegantes; como la de una multitud de matrimonios parisienses. El marido, que tenía a su cargo una plaza de profesor, en una escuela municipal, con tres mil quinientos francos de sueldo al año, era muy dulce, muy laborioso, muy amante, muy bueno; la mujer, hija de comerciantes al menudeo, era viva, despierta, llena de inteligencia y naturalmente distinguida. Ambos habitaban el sexto piso de una casa, modesta pero bien ventilada, sita en las inmediaciones de la plaza del Trono.

A fuerza de industria y de gusto, sin gastar casi nada, aprovechando las "ocasiones" y los "saldos" de los grandes almacenes, la señora se hacía, con sus propias manos, vestidos y sombreros que después de todo le iban admirablemente.

El salón minúsculo de su casa, muy modesto en realidad, tenía cierto aspecto alegre gracias a la multitud de objetos menudos y a los ramos de flores que adornaban las ventanas desde principios de abril hasta fines de otoño.

En cuanto a diversiones, contentábanse con ir al teatro cuatro o cinco veces al año y algunos domingos al concierto, con visitar las exposiciones y con hacer algunos paseos por las calles y por los alrededores de París. Siendo pacientes, entreteniéndose con cualquier cosa, esperando sin murmurar los tranvías de los *boulevards* y los vaporcitos del Sena, gozando platónicamente con la elegancia y con la riqueza de la gran ciudad, explotando, en fin, todas las diversiones gratuitas, hacían una vida agradable y sencilla, gozando aún del placer de economizar algo todos los meses.

Una ocasión la señora Loisel se sintió madre; y ese fué un día de fiesta para el matrimonio... ¡Un hijo! ¡Ah! Ella lo alimentaría con su mismo pecho; ella tomaría una muchacha que no costase caro, para el servicio de la casa; ella sería dichosa, muy dichosa... Y envolviendo sus esperanzas en el velo de los sueños, no tuvo, en adelante, más ocupación que la de confeccionar el hatillo.

Al fin llegó el parto. Durante veinticuatro horas la pobre madre no hizo más que gritar. El dolor fué cruel y la operación difícil. Pero cuando pudo tener delante de sus ojos al pobre recién nacido, su mueca de agonía se trocó en esa sonrisa profunda, pálida, llena de ternura que las mujeres guardan para tal ocasión...

Y hablando como las hadas de los cuentos azules:

—Es muy bonito—murmuró.—Y yo quiero que se llame Jorge... y que sea muy bueno... y que sea muy dichoso...

Al día siguiente la señora Loisel sintióse acometida por los dolores de la metritis.

El médico que la asistía dijo:—Si usted quiere salvarse es necesario abandonar desde luego la idea de alimentar personalmente al niño.

—Entonces...

—Entonces... lo preciso es buscar una nodriza. No hay otro camino, señora. Si fuese robusto, usted podría arreglárselas con un biberón; pero ¡es tan débil!

Los esposos pensaron en la situación... "¿Una nodriza en casa? ¡imposible! Las más baratas costaban setenta francos mensuales. Además la habitación era demasiado pequeña y cambiar de alojamiento dificilísimo. La enfermedad podía ser larga y entonces habría necesidad de una criada... Todos esos gastos iban a arruinarlos... Luego el recién nacido era raquítico y tenía necesidad de aire libre..."

El señor Loisel fué, pues, a la oficina de las nodrizas; después de mucho escoger se quedó con una que le pareció buena no sólo por su cara amable sino también por su estatura colosal, por su color de manzana normanda y por sus carnes abundantísimas. Rosalía Baulard, que habitaba una aldea de Beauce, a veinte leguas de París, era casada con un bravo carretero y tenía dos hijos: uno "grande" de 8 años, otro "pequeñín" de quince días. Los certificados que el cura y el alcalde de su pueblo le habían dado eran excelentes.

La enferma quiso ver a la mujer en cuya casa iba su hijo a vivir.

—Usted lo cuidará mucho ¿no es verdad?

—¡Ah! Lo que es por eso, la señora puede estar tranquila... Todo el pueblo conoce mi honradez... Hasta sería capaz de dejar con hambre a mi hijo por no molestar al "niño"... Cuando se hace una cosa es preciso hacerla como Dios manda... ¿No es verdad, patrona?... Además el chiquillo es encantador... No hay más que mirarlo una vez para quererlo... Si la señora lo permite le daré de mamar en su presencia. La leche me hace mal...

La pobre madre estaba contenta—aunque un poco celosa—de mirar el buen apetito con que Jorge acercaba su boquita por primera vez al pecho de la nodriza.

Después de entregarle los pañales, la señora Loisel quiso hacer un regalo a Rosalía, y no contenta con darle unas enaguas nuevas, sacó del guardaropa un vestido suyo en buen uso todavía.

—Casi no me lo he puesto... Con ensancharlo un poco estará bueno para usted...

La nodriza se mostró muy agradecida:

—Mil gracias, un millón de gracias... Ya estoy mirando que ustedes son buenos... Dios se lo pague. Lo que es por el niño, no tengan ningún cuidado.

El momento de la separación fué terrible. La enferma no pudo contenerse. Su beso de despedida fué tierno, profundo, silencioso... Y sus lágrimas abundantes mojaron la carita pálida y arrugada de Jorge.

El padre condujo a Rosalía a la estación y dijo al volver:

—Decididamente, esta muchacha tiene buen aspecto y estoy seguro de que sabrá cuidar a nuestro hombrecito.

El estado de la señora Loisel — cuya conversación con la nodriza había agotado sus fuerzas — agravóse mucho en los días siguientes. La fiebre y el delirio, siempre en aumento, hacían temer una peritonitis.

Al fin vino la mejoría, sin embargo, y luego la curación completa, pero su debilidad era tan grande que el médico le prohibió terminantemente poner los pies en la calle.

No pudiendo ver a su hijo empleaba su tiempo y gastaba sus fuerzas en hacerle un vestido de muletón lleno de dibujos complicados y constelado de cintas y de borlas color de rosa, que fué enviado a la nodriza junto con mil recomendaciones.

La familia de Rosalía, por su parte, no dejaba nunca pasar una semana sin escribir. Siempre sus cartas decían lo mismo: "Tomo la pluma para decir a usted que el niño goza de muy buena salud, y que si la señora lo viera no había de reconocerlo, de tal manera que está fuerte y gordo. También tengo la pena de decirle que si le fuese posible mandarme un suplemento, se lo agradecería en el alma, porque en estos tiempos las cosas se han puesto muy caras y tengo necesidad de comprar jabón y azúcar porque es necesario muchas cosas para mantener a un niño de buena familia, etc., etcétera.

Y los buenos señores aumentaban cinco francos a la pensión de Rosalía y le daban las gracias...

Todos esos gastos, sin embargo, comenzaban a causarles gran pena. La enfermedad había costado un dineral, y como además había sido preciso tomar una criada las economías se agotaron.

Luego, para colmo de males, la convalecencia se prolongaba, haciéndoles siempre dejar "para el domingo que viene" sus visitas a Jorge.

—¡Cuánto habría llorado la pobre señora Loisel si alguien hubiese podido revelarle la manera con que su hijo era tratado!...

En realidad Rosalía no era lo que se llama una mala mujer, pero teniendo ella también un hijo, consideraba muy natural comenzar por él... Y como Fred era muy grande y mamaba mucho, casi nunca quedaba leche para Jorge. Así, el pobre "parisiense" tenía que alimentarse con leche de vaca, no siempre fresca, y aun con grandes empanadas que caían en su estómago delicadísimo como fragmentos de piedra.

Pero eso no era todo. Siendo muy buena madre y no conociendo, en su ignorancia, las delicadezas de conciencia que constituyen la honradez, Rosalía despojaba de sus pañales y de sus cosas bonitas al hijo ajeno en favor del hijo propio. Cuando llegó el trajecito lleno de borlas rosadas, su primer movimiento fué vestir con él a Fred.

—¡Ah! ¡que precioso!...

Y como a Jorge se le ocurriese protestar de la injusticia con gritos y lloriqueos:

—Cállese usted, parisiense — respondió. — Totor, llévatelo al jardín para que no moleste.

Palabras que se repetían cada vez que Jorge lloraba; y estando mal alimentado y enfermo del estómago, lloraba a menudo.

Totor por su parte, no queriendo sacrificar su libertad en favor del pobre chiquillo extraño, lo depositaba tranquilamente entre los haces de heno y corría a jugar con sus camaradas de aldea.

Semejante manera de vivir había dado a Jorge un aspecto parecido al de esos monos raquíticos del Jardín de Plantas, que se mueren lentamente de tisis y de tristeza...

Al fin — un día que la convaleciente se encontró mejor — el señor y la señora Loisel tomaron el camino de hierro con objeto de visitar a Jorge; y habiéndose decidido en un segundo, no tuvieron tiempo para avisarlo a la nodriza.

El pueblo de Rosalía se encontraba a una media legua de la estación del ferrocarril. El día estaba horrible. En medio de la planicie inmensa y monótona, bajo el cielo pesado y gris, un caserío miserable se revolcaba entre el estiércol. La señora Loisel se figuró que su hijo estaba muy lejos de ella viviendo en un país tan feo.

Una mujer sentada en el umbral de una puerta les indicó, con el dedo, la casa de los Boulard.

La pobre madre sintió que el corazón se le oprimía al entrar en aquel cuarto de campesinos, sucio, desnudo y oliente a queso seco. Su casa de París, tan pequeñita y tan limpia y la cuna comprada, de antemano, siempre vacía, siempre confortable, se presentaron ante su remordimiento... La alegría soñada comenzó a desvanecerse.

Fred estaba sentado en una silla pequeñita, junto a la chimenea, luciendo el hermoso traje de Jorge. El parisiense andaba por el jardín bajo la vigilancia de Totor y por casualidad no lloraba.

La señora Loisel se precipitó sobre Fred:

—¡Ah! mi chiquitín!... ¡mi Jorgito!... ¿Verdad que está divino?... Y además fuerte... Si no fuese por el traje no lo habría reconocido... ¡Por qué le pone usted el traje elegante todos los días?...

Rosalía comprendió lo difícil de la situación en un momento. Su respuesta fué decidida:

—Le va tan bien — dijo — que no me atrevo a guardárselo sólo para los domingos... Vamos, niño, aquí está la mamaíta... Una risita para ella... Es admirable como se parece al señor. ¿No es verdad, señora?...

¡En realidad lo que Fred parecía, rojo y lleno de grasa, era un salchichón, un salchichón enorme, muy enorme!

El señor Loisel dijo a su mujer refiriéndose al bebé que ellos tomaban por Jorge:

—Pues mira, lo que es bonito, bonito, no me parece. Y eso que soy su padre.

—¿Qué no es bonito? El señor tiene un gusto difícil de contentar, — replicó Rosalía con tal acento de convicción, tan secamente, que el señor Loisel se lo agradeció en el alma.

—¿Y vuestro chico, nodriza? — preguntó la señora. — ¿No quiere usted enseñárnoslo?

—¿El mío?... Está en la casa de su abuela, con su hermano... La pobre señora quería verlo... Y como ya le tengo casi destetado... para darle toda mi leche al niño de usted, apenas le doy de mamar sino una vez en la mañana y otra en la noche...

—Pero usted hace mal, nodriza... Usted podría repartir en partes iguales... A mí no me gusta que...

—¡Ah! Lo que es por eso no se inquiete. Mi muchacho es bien fuerte... Ustedes lo verán... si acaso se quedan algunos días...

—Tenemos que irnos por el tren de las seis.

—Entonces por lo menos comerá algo... ¿verdad?... una tortilla... un poco de marrano... Lo mejor es el vino, eso sí, buen vino... Los señores no han de desairarme...

Y con pretexto de buscar los huevos, Rosalía salió de la habitación. En el jardincillo encontró a Totor:

—Mira — le dijo, — llévate al parisiense... a casa de la abuela... a donde te dé la gana... Ahí tienes el biberón... pero no vuelvas hasta la noche si no quieres que te rompa las costillas.

En el momento en que ella volvía a entrar, la señora Loisel murmuraba un éxtasis delante de Fred:

—¡Ya comienza a sonreirme! Mira, mira, cómo no me tiene nada de miedo! Parece que ya me hubiese reconocido, que ya supiese que yo soy su mamaíta...

Un mes después, el pobre matrimonio recibía una carta en que Boulard les anunciaba la muerte de Jorge: "Todos lo habían cuidado bien, sin embargo... La cosa era terrible, Rosalía estaba enferma de la tristeza..."

El pequeño parisiense había, pues, tenido el destino inexplicable, horroroso, de esos niños que, después de llorar y de sufrir durante algunos meses, abandonan el mundo sin haber comprendido nada en él.

La cosa no había sido larga. Una noche no había querido dormir. Luego había rehusado el biberón y la empanada y aún el pecho de Rosalía... El festín le había sido ofrecido muy tarde... Sus ojos se volteaban no dejando ver sino la parte blanca...

Sus mejillas pálidas tomaron un color de tierra... Luego comenzó a agonizar sin gritos, con gemidos dulces de persona formal... ¡Su madre había sido muy dichosa no presenciando aquella escena!...

Cuando el señor y la señora Loisel llegaron a la aldea el agua caía a torrentes. La pobre señora, que no había cesado de llorar desde su salida de París, no podía ya tenerse en pie y marchaba vacilante, con los ojos encendidos bajo el velo espeso.

Rosalía tuvo cuidado de enviar a Fred y a Totor, desde por la mañana, a casa de la abuela... Ella también lloraba, lloraba sinceramente y de tal manera que la señora Loisel fué desde luego a besarla.

Después, la pobre madre fijó sus miradas en la humilde cuna de mimbre donde yacía el cadáver.

Jorge llevaba, por primera vez, el traje elegante que Fred había ensuciado. Su delgadez era espantosa: su nariz estaba seca, sus párpados azulados, y su boca entreabierta, pálida, llena de espuma en el fondo, avivábase en los bordes con un tinte violeta.

—Pobre chiquito de mi corazón —decía la madre sollozando— ¡cómo estás cambiado!

El señor Loisel miró atentamente al niño muerto, sin decir una palabra, pero atormentado ya por una duda terrible...

—Vamos —dijo Rosalía— ¡no lo miréis así, eso os hace daño!

De repente Totor entró sin prevenir, teniendo a Fred como un paquete, entre sus brazos.

Rosalía se puso pálida. El estúpido de Totor se puso a decir que la abuela estaba enferma y no había querido recibirlos. Y Fred, cubierto con un bonete de Jorge, calzado con sus zapatos, reventando de gordo, con un aire de buen muchacho, púsose a sonreír a las dos personas que tanto le habían acariciado un mes antes.

Súbitamente ellos lo comprendieron todo. La señora Loisel miró a Rosalía como queriendo asesinarla con los ojos, y su marido levantó los puños con tal expresión que la nodriza tuvo necesidad de refugiarse en un ángulo de la pieza. La pobre madre comenzó de nuevo a llorar y el padre pensó: "¿Para qué hacer un escándalo? Ella lo negará todo y de nada servirá que yo la reviente..."

Y ambos volvieron a sentarse al lado de la cuna, con la cabeza sobre el pecho, mientras Rosalía se revolcaba en el suelo desesperada sollozando como un animal...

Al fin vino el carpintero y luego el cura acompañado de un monaguillo sucio que tenía entre las manos una cruz vieja y desplateada que parecía querer escaparse del mango.

Esos entierros de niños parisienses que atraviesan a veces las calles desiertas de las aldeas, llevando por todo cortejo, detrás del féretro, pequeño como una caja de violín, a un caballero y a una dama enlutados que van, con los ojos cubiertos, a dejar un pedazo del corazón en el extremo de un cementerio perdido, mientras los campesinos los miran curiosamente desde las granjas del camino, son desgarradores.

Cuando la primera paletada de tierra comenzó a ocultar las tablas minúsculas del ataúd, la señora Loisel, a quien la enfermedad había hecho olvidar el único beso dado a Jorge, exhaló este grito:

—¡Ah! ¡hijito de mi corazón! ¡Ni siquiera pude besarte vivo una sola vez!...

Al volver del cementerio, Rosalía dijo inconscientemente a madame Loisel:

—Si la señora tuviese dentro de poco otro bebé, supongo que no se olvidaría de darme la preferencia...



J U L I O L E M A I T R E

M A E S T R O A M O R

Maestro has de serme tú,
Y yo discípulo atento:
Tú en irme dando palabras,
Yo en ir haciendo los versos.

Si logramos una palma,
Los dos nos la partiremos:
Tú para adornar tu frente,
Yo para llevar su peso.

Más apacible existencia
Ni la busco ni la espero:
Sólo son nuestras disputas
De discípulo a maestro.

Apenas apunta el sol,
Nuestra cátedra ponemos:
Las lecciones son de todo
Lo que ves y lo que veo.

Y, en el celestial oficio
Que de consuno ejercemos,
Yo pongo tan sólo el canto,
Tú pones el sentimiento.

Ni tú escatimas el uno
Ni yo en el otro te cedo:
Las gentes que nos escuchan
Dicen que nos entendemos.

Y lo que yo busco, Amor,
Es llegar a un desacuerdo
Es quedarme sin canción
Delante del sentimiento.

Crezca el sentimiento, Amor,
Y no te inquietes por ello;
Que, aunque me falten palabras,
Haré el mejor de mis versos.

El mejor, que he de llevar
Eternamente en mi pecho.

E D U A R D O M A R Q U I N A

Necrología



Señora Haydée Saborido de Weigel Muñoz. — Capital.



Señora María Berestain de Schlieper. — Rosario.



Señorita Teresa Baralé.—Banderaló.



Señora Ventura Díaz, viuda de Iranzo. — Capital.



Señora Luisa Marconi de Rossi. — Capital.



Doctor Julián Goñi. — Capital.



Señor Juan Cruz Romeo. — Capital.



Señor Pablo Ferrando. — Rosario.


¡Deslícese hacia ellos!
Más despacio . . . . . ! Quieto . . . . . ! No haga ruido . . . . . Póngalos a tiro!
Apunte ahora su Stevens "Favorite". Descubra bien la pieza y . . . . . Fuego! Lo ha cogido.
El Stevens "Favorite", calibre .22 es el rifle sin igual para la caza menuda y para tiro al blanco, por su precisión, ligereza y seguridad.
Ya podrá Ud. impedir esas incursiones matinales de raposas u otros enemigos del corral.
El almacenista lo mostrará a Ud.
NACIONAL LEAD COMPANY, S. A.
Calle 25 DE MAYO, 158.
J. STEVENS ARMS CO.,
Chicopee Falls, Mass., E. U. A.
Oficina de Exportación:
50 Church Street, Nueva York.
Stevens

Instituto Técnico Femenino



Acto de la inauguración de las obras del Instituto Técnico Femenino, siendo madrinas las señoras Teodelina Alvear de Lezica, Carolina Lagos de Pellegrini, María Unzué de Alvear y Sara García Lagos de Becú, y al que asistieron el doctor Pueyrredón, el Intendente Municipal y varias ilustres personalidades.

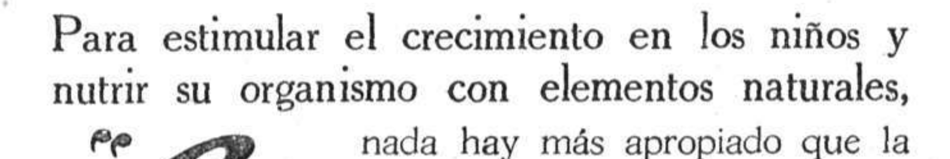
PUERTAS SIN HOJAS

Un inventor vecino de Boston ha ideado una nueva puerta que puede permanecer abierta sin que por eso entren por ella la lluvia, la nieve, las moscas, ni insectos de ninguna especie. La gente puede entrar y salir sin siquiera sospechar que por donde pasa un hombre no pasa un mosquito, ni una pajilla, ni una brizna de las que suelen flotar en el aire de la calle durante los días secos y ventosos. El invento es muy sencillo. Bajo el umbral de la puerta hay un ventilador movido por electricidad que envía una corriente de aire por un tubo al dintel de la misma puerta, donde todo está dispuesto de modo que la corriente abarque el ancho del vano, caiga en el umbral y pase por una malla, yendo otra vez al ventilador que la encauza por el tubo para salir de nuevo por el dintel y continuar girando por todo el tiempo que el motor funcione. La corriente de aire es muy suficiente para impedir el paso de las cosas menudas arriba mencionadas, y, sin embargo, una persona puede pararse en el umbral sin sentir ninguna impresión extraña. El ventilador funciona con una fuerza de un cuarto de caballo.

ANDAR CUBIERTO

En tono de cuchufleta
—¿Cómo andas (díjome un pillo)
Con camisa y calzoncillo
De lana?... ¡Pobre poeta!
—Ruda invectiva me zampas,
Respondíle, mas de cierto,
Mejor quiero andar cubierto
De franela que de trampas.

Francisco A. de Figueroa.



Para estimular el crecimiento en los niños y nutrir su organismo con elementos naturales, nada hay más apropiado que la

"Germinase"

(El alimento que contiene **todas** las Vitaminas).



Asociado a la leche de vaca, en substitución del te o café con leche, evita los penosos desarreglos intestinales de los niños.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación.

Para la merienda o como postre, son insuperables los exquisitos

DULCES DE QUILMES

MARCA "SWALLOW BRAND" (GOLONDRINA)
DE G. A. BROUGHAM

Fabricados a base de fruta fresca y cuidadosamente elegida.

Si no llevan la marca «GOLONDRINA» no son legítimos.
Se venden en todos los Almacenes.

Unicos Distribuidores para la Venta:

J. F. Macadam & Cía.

Balcarce, 326 - U. T. 5422, Avenida
Buenos Aires

Bahia Blanca:
MURRAY & Cia. - Chiclana, 157

Montevideo:
GONZALEZ y Cia.
San José, 1216

FINEST DESSERT PEACHES



Tipo de india toba civilizada por la misión.



Un cañaveral en floración.

LAS MISIONES FRANCISCANAS *EN EL* CHACO

Su obra de progreso

Las misiones franciscanas han desarrollado en el país una obra patriótica y benemérita durante estos últimos años, llevando la civilización y el progreso hasta los parajes más apartados e inexplorados; tal es lo que acontece, por ejemplo, en San Francisco del Laishi (Chaco Austral), donde se ha establecido un importante centro agrícola.

Hay más de 180 chacras, que tienen de 2 a 8 hectáreas de extensión cada una, formando un total de unas 600 hectáreas cultivadas.

Las chacras son atendidas por familias de indios tobas, tomando parte en los trabajos tanto los hombres como las mujeres y niños, poniendo de manifiesto, siempre, la mayor obediencia y respeto por las indicaciones que les formulan los encargados de la dirección y vigilancia de las explotaciones.

Los cultivos se llevan a cabo con mucho esmero, destacándose los del maíz, algodonero y caña de azúcar, contando también la misión con un ingenio para la elaboración de la misma.

Igualmente se explota la industria de la madera, para lo cual se halla instalado un aserradero.

La cría de las gallinas se ha difundido bastante, como asimismo la del cerdo, cuyos productos se destinan al consumo de las familias de los cultivadores o a la venta en los mercados vecinos.

Una chacra indígena. Misión de San Francisco del Laishi.



Monseñor Locatelli, monseñor Piceda, reverendo padre Barilaro (actualmente guardián del convento de San Lorenzo) visitando una chacra de la misión.



Familia indígena desgranando maíz.

Cuenta la misión con una chacra experimental, a cargo de un agricultor avezado, en donde los indios realizan la práctica agrícola necesaria.

Una estación de la oficina meteorológica lleva el registro de las lluvias, temperaturas, etc.

Los productos que cosechan los indios tienen fácil colocación en los mercados de la zona, utilizando para su transporte una numerosa tropa de carros construidos en la misión, y una pequeña flota de embarcaciones automóviles.

Todas las tareas para las necesidades internas de la vida diaria en la misión se efectúan con los elementos propios.

La enseñanza de los indígenas es atendida por los religiosos con la eficacia y constancia que les caracteriza.

En la organización y progreso de la misión de San Francisco del Laishí ha tenido y sigue teniendo una consagración ejemplar el reverendo padre Buenaventura Giuliani.

En los adelantos de las misiones franciscanas en el país interviene siempre la descollante actuación del prefecto general de las mismas, el reverendo fray Pedro Iturralde, quien no omite esfuerzos para que la humanitaria obra de civilización alcance los más altos destinos.



HUGO MIATELLO (HIJO)

Fotografías de las misiones franciscanas.



El prefecto general de las misiones franciscanas, reverendo fray Pedro Iturralde, con la primera familia indígena que se hizo cristiana.

Demostración

Banquete dado por los vecinos de la sección 24, en honor del comisario Guillermo Villagra y subcomisario Bernabé Bacigaluppo, festejando el merecido ascenso de ambos funcionarios.

LA NUCLEODYNE

No es un Sánalotodo

Es simplemente un tónico, pero un tónico que da fuerzas, probablemente lo mejor que ha sido creado hasta hoy. Claro es que no curará enfermedades, pero mejora en seguida los estados de debilidad, en los cuales el organismo está a la merced de cualquier enfermedad que pasa.

Es un medicamento completamente indicado para los neurasténicos, los agotados por cualquier causa que sea, los flojos, los débiles, los decaídos física y moralmente, y esto es comprensible; en la NUCLEODYNE, producto que tenemos el orgullo de haber creado en nuestros laboratorios, entran: la estricnina, tónico de los nervios; el fósforo vital, indispensable a la célula, y el zumo vital de toros jóvenes, cuya acción sobre el sistema glandular ha sido puesto en evidencia por el inmortal Brown-Sequard.

Si no la necesita no la tome, pero si está Vd. débil por cualquier causa, tómela y verá Vd. cómo lo pone bien en seguida.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

SARMIENTO y FLORIDA — BUENOS AIRES

DEBILIDAD GENERAL, MALAS DIGESTIONES,

HINCHAZON DEL VIENTRE

Bolívar, F. C. S., octubre 29 de 1921.

Señor doctor SANDEN. — Buenos Aires.

Muy señor mío:

Después de haber usado su Faja Eléctrica me declaro muy satisfecho con sus resultados. Me encuentro contento, con más ánimo para todo. Después de las comidas ya no siento pesadez, ni el vientre hinchado, cualquier alimento me sienta bien. Los dolores de cintura han desaparecido totalmente y yo creo estar tan sano como antes.

Ahora, en agradecimiento a sus atenciones y como testimonio de los que como yo sufren, pongo a su disposición la presente, por lo que me declaro de usted atento y S. S.

Firmado: TIMOTEO GARCIA.

SI USTED ESTA ENFERMO ¿POR QUE NO NOS CONSULTA?

A vuelta de correo le diremos qué podemos hacer por usted, y le enviaremos los folletos que explican el sistema "SANDEN".

Compañía "SANDEN" — C. Pellegrini, 105 — Bs. Aires

Consulta, Consejos, Folletos GRATIS. — Horas de oficina de 9 a 18.



Notas Sociales

El continuo rodar de autos de lujo, el acompasado y menudo trotecito de los caballos de fiacre, turban de tal manera mi lectura que me decido a abandonar periódicos y revistas para participar de la vida exterior, yendo a acodarme en la balaustrada de mi exigua terraza para contemplar la corriente incesante de luces y sonidos que se alejan camino de Palermo. Es una noche singularmente bochornosa... Y el espectáculo de esos millares de puntos luminosos que corren velozmente, como en frenética huída, me sugiere una extraña impresión: que la ciudad del ruido emigra en masa, abandonando las viejas y estrechas moradas que se levantan en sus calles caldeadas como hornos, en los modernos palomares en los que se condensa la vida de familias y familias...

La caravana acrece más y más: es el momento clásico en que la *haute gomme* porteña empieza a vivir las horas gratas del bullicio y la alegría; son las diez y media de la noche... Confieso que no me es posible olvidar el hábito de toda una vida para echar cuentas apresuradamente, y decir son las veintidós horas y pico, o equivocarme de medio a medio... Han dado, pues, las diez y media, y evoco involuntariamente la visión de las coquetas mundanas que combinan apresuradamente el programa de su noche; entonces recuerdo el anunciado corso de flores, la fiesta tradicional, y comprendo hacia donde corren los millares de puntos luminosos que pasan y se alejan en medio de tan confuso rumor. La tentación es más poderosa que el sincero propósito de dedicar esas horas al trabajo... ¡Debo explicar, sin embargo, tan inesperada resolución a mi viejo Pushy, aduciendo que en Palermo ha de correr un aire delicioso, que la animada fiesta estará en todo su apogeo! Es inútil que mi fiel compañero entorne sus ojos verdes, y ronronee con profundo escepticismo... Breves minutos me bastan para prepararme y subir al desvencijado fiacre que me llevará siguiendo la animada brillante peregrinación...

Veo erguirse a la distancia el pórtico deslumbrador, en cuyas líneas elegantemente trazadas, parecen engastarse los rubíes y diamantes de la leyenda de Aladino; y el pórtico, tan intensamente luminoso, me fascina como a tantos de los peregrinos del bullicio y del placer; pero, al igual que pasa con muchos de los anhelos humanos, el mágico miraje se desvanece al salvar el dintel de la región encantada...

Confieso que falto en este caso a la práctica establecida para toda crónica mundana, en la que debe consignarse el éxito, más o menos brillante, pero siempre el éxito... Que procedo con imperdonable indiscreción; sea invocado en mi descargo, que no hago más que reflejar la impresión de todas ustedes, lectoras amigas...

La rutina del público porteño, esa rutina que ha impuesto que la fiesta de la luz y del color, de la floración primaveral, se celebre entre las sombras de la noche, y cuando las flores agonizan de calor, acabará por privar a nuestra sociedad de una fiesta llena de poético encanto, cuyo producido ha sido dedicado desde su iniciación, a los enfermitos pobres, a las míseras criaturas que se asisten en el Hospital de Niños, donde se alinean cientos y cientos de camitas blancas y en cuyas salas se lucha incesantemente contra el dolor físico y también contra la congoja moral de los que sufren en una edad en que no debieran conocerse más que juegos y risas... Involuntariamente se apodera de mí la obsesión de aquellas camitas blancas, que vi en una reciente visita, unidas por guías de follaje; los doloridos cuerpecitos se incorporaban para contemplar con ojos deslumbrados aquellos polichinelas, aquellos fantásticos animaluchos de colores inverosímiles, las minúsculas cocinitas que les repartían las buenas hadas que velan incesantemente por ellos, acariciándolos al entregarles esos dones — ¡tan maravillosos para ellos! — como si quisieran probarles que están en el propio hogar...

Pero estamos en plena fiesta, muy lejos del hospital... Se ha seguido la norma impuesta por el público, es cierto; pero el entusiasmo ha ido decayendo poco a poco... Se ha perdido indudablemente esa tendencia sentimental, esa deliciosa expectativa con que las jovencitas de otros tiempos esperaban recibir un homenaje especial en el *corso de flores*; pero nuestro modernismo no concibe que pueda iniciarse un *flirt* en la forma romántica de hace quince o veinte años... Los *snobs* de hoy desdeñan tomar parte en el *que fué* animadísimo combate de flores... Dos o tres palcos, en los que se ha congregado aristocrático elemento femenino, trata de sostener una animación que languidece: nada reemplaza el lujo de aquellos equipajes, arrastrados por soberbios troncos, de aquellos landeaux y mail-coachs, cuyos lacayos llevaban enormes cestas llenas de rosas Desfilan también hoy por la Avenida de las Palmeras autos magníficos ocupados por figuras completamente nuevas para mí, tanto, que me parece estar de viaje, muy lejos de nuestra ciudad del ruido... De pronto, un vibrante toque de clarín anuncia el paso de algún carro alegórico, profusamente iluminado, nota carnavalesca, muy fuera de lugar en una fiesta en la que debe armonizarse la elegancia señoril con la viva alegría de la juventud... Está visto que todo pasa en este mundo... ¿No sería posible tratar de modernizar ahora el tradicional corso de flores? ¿Desdeñar la rutina impuesta por un público que no responde ya como en otros años al llamado de la caridad, celebrando la fiesta de la luz y de las flores, en pleno mes de octubre, en las horas de la tarde? ¿Que asistirá muy poca gente? Pues igual cosa sucede ahora, desde que los espectadores deciden estacionarse fuera del recinto encantado, viendo cruzar los autos que franquean el pórtico luminoso sin llevar ni siquiera un mazo de rosas o claveles...

Y al volver, profundamente desencantada, cuando creí ver renovarse para otras mis lejanas y brillantes impresiones, comprendí — ya tarde, lo confieso — que era muy fundado el escepticismo de mi viejo Pushy...

La dama duende.

Buenos Aires, diciembre de 1921.

E N L A C E



Señorita Noemí Susana Trápaga con el Dr. Eusebio L. Salazar. — Capital Federal.


TOME
ANISADO REFINADO
VICENTE BOSCH
DE BADALONA (ESPAÑA)
ANISADO
REFINADO
VICENTE BOSCH
BADALONA
ESPAÑA
Soy genuinamente español.
Soy el más antiguo.
Soy el predilecto.
Pruébelo y compárelo.
GRENIER y Cía.
Buenos Aires
Grenier, Aldao y Cía.
Montevideo
AGENTES-DEPOSITARIOS
GRENIER & Cía
JUNCAL 1001
BUENOS AIRES
TODO PRODUCTO DE NUESTRA IMPORTACIÓN DEBE LLEVAR ESTA ETIQUETA DE GARANTÍA

Profesores normales de letras egresados de la E. N. de profesores N.° 2



Señor Manuel Torres. — Señor Miguel A. Jalón. — Señor Nicandro Santos y San Martín. — Señor Ernesto R. Grasi. — Señor M. Dermidio Mongelos. — Señor Agustín R. López.








Señor Jorge Rey Cazes. — Señor Emilio A. Badie. — Señor Mauricio Hendler. — Señor J. Ernesto Fontao. — Señor Benito Vergareche. — Señor Angel Enrique Galimberti.







Señor Miguel A. Rossi. — Señor Abel Iglesias Gorbea. — Señor Horacio Francon. — Señor Carlos Guichón. — Señor Estelredo J. Sosa. — Señor Isidro Puig.

Profesores normales de letras egresados de la E. N. de Prof. N.° 2





Señor Juan Carlos Bozzini. Señor Marcelo F. Olivari. Señor C. Beltrán Cabrera.





Señor Juan Carlos Caviglia. Señor Eugenio Laforge. Señor Mario Cabana.

GREGUERÍAS

Todos los que somos ya un poco viejos — un cuarto de siglo sobre poco más o menos — tenemos que contar una historia entrañable de bailarinas... Es extraordinario... ¿Cómo demonios ha podido haber bailarinas para todos los hombres?...

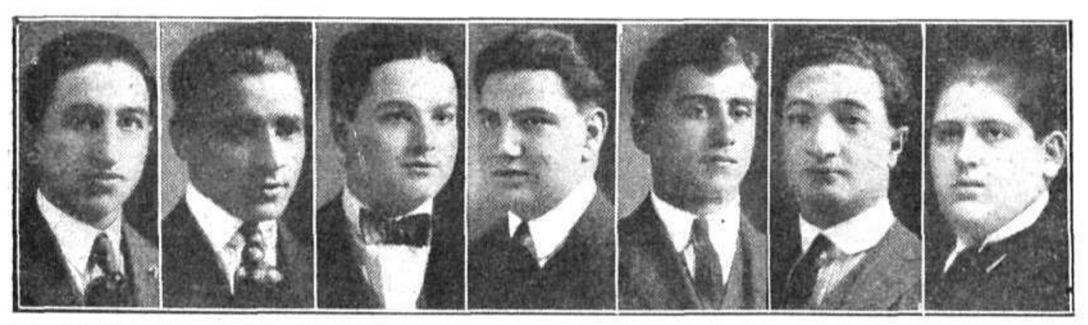
En las vacunas de las mujeres morenas, como en las de las blancas, hay un punto, una bujía incandescente que alumbra las voluptuosidades, que es en ellas un sutil faro, que es como el «contraste» de que la carne es realmente carne.

Una media a la que se le ha ido un punto hace a la pierna más encantadora, más humana, más mortal, más pueril... Es una incorrección que corrige la corrección de cartón con que se acartonan las piernas en el trato asiduo y teatral...

Equivocados, hemos sido cogidos un día entre la puerta de la calle, cerrada, y las puertas de los pisos de la casa extraña... Nos hemos quedado como esos gatos que mayan desoladamente. Nos ha dado mucho miedo de asustar al vecino que iba a entrar, nos ha dado miedo de ser mordidos por la portera escamada, nos hemos sentido presos para siempre, reos de alta traición, reos en capilla perdidos, turulatos, hasta que al fin hemos podido salir y hemos cogido la calle como pájaros o moscas encerrados un momento en una mano.

R. Gómez de la Serna.

Peritos mercantiles egresados de la escuela superior de comercio (sur)



Señor Félix J. R. Oddicini. Señor Eduardo F. Torre. Señor Juan Rossell. Señor Carlos F. Canella. Señor Gerardo Seivane. Señor Amadeo Tucci. Señor Pablo Schuster.

EL BESO

La noche del Huerto, Judas durmió unos momentos, y soñó, soñó con Jesus, porque sólo se sueña con lo que se ama o con lo que se mata. Y Jesús le dijo:

— ¿Por qué me besas? Pudiste, clavándome con tu espada, señalarme. Mi sangre estaba pronta, como una copa, para tus labios; mi corazón no rehusaba morir. Yo esperaba que asomara tu rostro entre las ramas.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo, porque tu lo has hecho, y todo lo que se besa, por amor, en la tierra, los follajes y los soles, rehusarán la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañe o caigan los lirios de esta primavera? ¡He aquí que has pecado contra la confianza del mundo!

¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con garfios y cuchilla se lavaron; ya son puros. Antes había la hoguerra y el hierro; pero no había el beso.

¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda las cortezas con llaga; pero tú, para dar otros besos, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre, encanecería como blanquearon de estupor, al comprender, los olivos que te miraron.

— Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso?

— La prostituta — respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza gangrenada.

Y sobre la cabeza de Judas, los labios quedaron, perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos, para juntarlos; el gusano los mordió para desgranarlos; la lluvia los empapó en vano, para pudrirlos. ¡Besan, siguen besando aún sobre la tierra!

GABRIELA MISTRAL.

AUGURIOS y FELICITACIONES

NAVIDAD

AÑO NUEVO



TRES V. V. V.
Cuellos y puños de hilo con ojales reforzados
Enero, 1922

A todos los consumidores de la República del
MARSALA N. 1, de Antonio Florio y Cía.
(ETIQUETA AMARILLA)
MIL FELICIDADES EN EL NUEVO AÑO
Tacuarí, 949|55 — Enero, 1922

A. DE MICHELI & Cía.
(en reedificación)
Casa de Confecciones
Especial para HOMBRES y NIÑOS
Buenos Aires, Mar del Plata
Avenida de Mayo, 1001 — Enero, 1922

AZARETTO HERMANOS
Sarmiento esq. Río Bamba — Enero, 1922

AL SOL DE ORO
DANIEL BASSI & Cía.
Desea a todos los consumidores del
CHOCOLATE GODET,
muchas felicidades
B. Mitre, 2538 — Enero, 1922

GRIGIO HERMANOS
Milán: Via Giulini, 6. — Montevideo: Mercedes, 811. — Rio de Janeiro: Vde. Inhaúma, 37. — São Paulo: Rua Do Carmo, 11
Calle Bmé. Mitre, 1702 — Buenos Aires — Enero, 1922

ROSSI & LAVARELLO
Importadores de Optica y Fotografía
Corrientes, 678 — Enero, 1922

TESTONI y FACETTI
Importadores de ferretería y armería
271, DEFENSA, 275 — Enero, 1922

AMARO MONTE CUDINE
Gerónimo Bonomi e Hijo
MIL FELICIDADES
A todos sus favorecedores
Belgrano 2280 — Enero, 1922

TALLER NACIONAL DE GRABADOS
GOTTUZZO Y PIANA
Mil felicidades
Cangallo, 872 — Enero, 1922

Luis Magnasco y Cía. Ltda., S. A.
MANTEQUERIA MODELO
Administración
San José, 1646 — Enero, 1922

Mazzucchelli, Casals y Cía.
Manufactura de cueros curtidos, correas para máquinas, etc.
2371, Belgrano, 2375 — Enero, 1922

"COLUMBIA"
SOCIEDAD ANÓNIMA NACIONAL DE SEGUROS
Nueva Sección: Accidentes del trabajo
Banquero: NUEVO BANCO ITALIANO
Reconquista, 30 — Enero, 1922

CASA RIGHINI
Pieles, Paraguas, Sombrillas, Abanicos, Carteras, Fantasías, Artículos para Regalos
Carlos Pellegrini, 101 — Enero, 1922

CONFITERIA JOCKEY CLUB
MIRASSOU y TRICERRI
A toda su distinguida clientela, felicidades y prosperidades en el nuevo año
Sarmiento y Cerrito — Enero, 1922

"CASA FLEXOR"
F. GNOCCHI
Fabricante de artículos de goma en general
Callao, 451 — Enero, 1922

"ROMA"
COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA DE SEGUROS GENERALES
Bartolomé Mitre, 460 — Enero, 1922

Pineral
A TODOS LOS CONSUMIDORES
MIL FELICITACIONES
Enero, 1922

"LA AGRARIA"
Compañía de Seguro contra GRANIZO
Maipú, 245 — Enero, 1922

UBOLDI Hermanos
Fábrica de Calzado Fino para Hombre, Señora, Niño y Niña
Rivadavia, 2458 — Enero, 1922

SAVOY HOTEL
Cangallo y Callao
PALACE HOTEL
TANDIL (F. C. S.)
bajo la dirección del
PALACE HOTEL
25 de Mayo, 215
Buenos Aires — Enero, 1922

PEDRO MERLINI
GRAN ESTABLECIMIENTO MECANICO
Casa importadora de máquinas
Larrea, 530
Defensa, 124 — Enero, 1922

TACCHI Hnos.
Buenos Aires - Rosario (Santa Fe)
Importadores de ferretería, pinturería y artículos navales
Sarmiento, 1502, esq. Paraná — Enero, 1922

MIGUEL S. ONETO
Molino, fábrica de hielo y heladora
MIL FELICIDADES EN EL AÑO 1922
Solís, 1934

JOSE RICCA y Cía.
Fábrica de Paraguas y Sombrillas
Desean a su clientela feliz Año Nuevo
COMO (Italia) — BUENOS AIRES
Sáenz Peña, 164 — Enero, 1922

CARLOS CATTANEO
Fábrica de Mosaicos de Cemento comprimido
Fundada el año 1886
Corrientes, 3553 — Enero, 1922

Fratelli NARICE
Productores e Importadores de Vinos Italianos
CANELLI - BUENOS AIRES
MIL FELICIDADES
Cerrito, 751 — Enero, 1922

LA ITALIA
COMPAÑIA DE SEGUROS
Bmé. Mitre, 383 — Enero, 1922

Domingo Dellepiane
GRAN BAZAR DE CALZADOS
Desea felicidad y prosperidad a toda su distinguida clientela
Sarmiento, 1089 — Enero, 1922

PEDRO VERCESI
CONFITERIA PARIS
Charcas, 1201,
esq. Libertad — Enero, 1922

Cayetano Brenna
a toda la distinguida clientela de la CONFITERIA DEL MOLINO, les desea mil felicidades
Rivadavia y Callao — Enero, 1922

CASA ORLANDINI
La más importante y surtida en toda clase de pieles
A TODA SU DISTINGUIDA CLIENTELA
MIL FELICIDADES
Corrientes, 1116 — Enero, 1922

"VINO LEON"
Bodegas y viñedos de Furlotti Hnos. y Cía.
Maipú (Mendoza)
Representante: Gerardo Peluso
Rincón, 134 - B. Aires — Enero, 1922

Peritos mercantiles egresados de la escuela superior de comercio (sur)








Señor Toribio Ormaechea. — Señor Jerónimo Olivari. — Señor Carlos Pierepont. — Señor Antonio Company. — Señor Horacio de Gracia Jiménez. — Señor Víctor Lanteri.








Señor Carlos Bossi. — Señor Mateo Servente. — Señor Ricardo Oneto. — Señor Luis E. D. Candenberg. — Señor Antonio Nicoló. — Señor Carlos Marvaldi.









Señor Francisco Aramburu. — Señor Juan S. Lamoure. — Señor José Gallego. — Señor Alfonso Proto. — Señor Manuel Carrevedo. — Señor Héctor M. Ferrari.



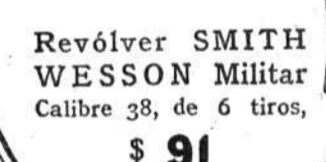
CARLOS RASETTI

SARMIENTO
esquina MAIPÚ
Buenos Aires

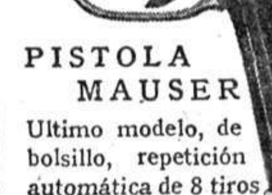
CASA IMPORTADORA DE ARMAS, MUNICIONES Y CUCHILLERÍA

LA CASA
MÁS ANTIGUA
EN EL PAÍS

FUNDADA EN 1857



Revólver SMITH WESSON Militar
Calibre 38, de 6 tiros,
$ 91



PISTOLA MAUSER
Ultimo modelo, de bolsillo, repetición automática de 8 tiros
Calibre 7.65 . . . **$ 37**



ESCOPETAS

El mejor surtido en modelos y calibres lo encontrará usted en esta casa.

Precios Excepcionales

Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.

Visiten el nuevo local

Provisto de lo que consideré necesario para la caza de la garza azul, cuyas plumas alcanzan elevado precio, me interné en la pantanosa región de Florida, llamada los Everglades. Llevaba un buen rifle de repetición, municiones, brújula de bolsillo, maíz, te, café y jamón, pensando permanecer nada más que diez días a lo sumo en la solitaria y peligrosa región, y durante largo tiempo recorrí en mi canoa las orillas del pantano, admirando las bellezas naturales del paisaje y buscando un lugar adecuado para acampar, pero no logré mi intento. Se echó encima la noche rápidamente, y cuando calculé que era hora de batirse en retirada me encontré perdido entre los diversos cursos de agua que se extendían en todas direcciones como un laberinto acuático. No me alarmé, sin embargo, acordándome de la brújula, pero cuando abrí el estuche me encontré con la desagradable sorpresa de que no funcionaba, ignoro por qué causa. Entonces y sólo entonces me di cuenta exacta de mi situación. Sólo los que se hayan encontrado en mi caso podrán comprender lo horrible que es verse perdido en un país salvaje, lejos de toda humana ayuda.



Impulsado por la desesperación erré sin rumbo por los lagos y los riachuelos sin salida, cortándome cruelmente las manos y los brazos con las hojas de la llamada hierba-sierra o hierba de los pantanos, hasta que finalmente hube de decidirme a pasar la noche en el fondo de mi canoa; y al despertarme por la mañana me encontré horriblemente entumecidos los miembros, por haber dormido materialmente en un baño, pues la canoa hacía agua, y cuando reanudé mis esfuerzos para buscar la salida lo hice con tan mala fortuna que zozobró la embarcación y se fueron al fondo del agua el rifle, las municiones y los víveres. Con agua clara no me habría sido difícil recuperar el arma y los cartuchos; pero la del pantano estaba aceitosa y negra, y aunque buceé y registré el fondo no conseguí mi objeto, de suerte que sólo pude salvar la canoa y esto con gran trabajo. Transcurrió el día y volví a pasar la noche en el espantoso pantano, y el día siguiente lo invertí en inútiles viajes de un lado a otro sin hallar la anhelada salida. El hambre comenzaba a molestarme y tuve que saciarla comiendo grillos, caracoles y lagartos crudos, porque no tenía cerillas y por lo tanto no podía encender lumbre. Como únicas variantes de este repugnante menú disponía de algunas plantas silvestres que sabía que podían comerse sin temor a envenenamientos. Algunas veces, después de un largo acecho entre los juncos, conseguía coger una garza azul cuya carne es nauseabunda, pero a la cual no podía hacer ascos un hombre que se estaba muriendo de hambre.

Los mosquitos me atacaban en numerosos enjambres haciéndome la vida insoportable, y sólo encontraba alivio cubriéndome con cieno la cara y las manos y permaneciendo en el agua sumergido hasta el cuello. La frialdad del líquido mitigaba el intolerable dolor causado por las ponzoñosas picaduras de los mosquitos.

Por la noche, el constante croar de las ranas gigantes semejaba a un trueno continuo que sólo cesaba cuando golpeaba el agua con el remo, pero en seguida volvía a comenzar un poco más lejos con redoblado vigor.

Dos semanas de indecible tortura pasé allí viviendo como un salvaje, sin encontrar la salida por ninguna de las innumerables vías de agua, todas iguales, al parecer, y sin embargo todas diferentes. ¿Puedes imaginarte, lector, lo que aquellas dos semanas significaban para mí, sin descubrir jamás una señal de la presencia humana, sin oir nunca el eco de una voz? Era una verdadera y horrorosa pesadilla.

Una mañana me ocurrió una nueva desgracia. Mi canoa chocó con un tronco de árbol y se abrió yéndose a fondo rápidamente. Desde entonces comenzaron mis mayores sufrimientos. Día tras día me abrí camino a través de la espesura, esquivando los ataques de las serpientes acuáticas llamadas mocasines, que permanecían enroscadas en las ramas de los árboles y en las grietas de las raíces de los mangles. Una mordedura de aquellos reptiles significaba la muerte.

Otras veces encontraba grupos de aligatores de aspecto terrorífico y de cuatro o cinco metros de largo, que nadaban perezosamente hacia mí como extrañados de mi presencia. Para aumentar las angustias de mi situación se apoderó de mí la fiebre de los pantanos y mis sufrimientos eran horribles al caminar más muerto que vivo, pidiendo a Dios que tuviera piedad de mí en mi soledad y en mi desgracia.

Ya tenía la ropa tan rota que apenas me pro-

tegía contra el aire penetrante y la humedad de las nieblas que se formaba en la superficie de las aguas.

Una vez que atravesaba a nado uno de los lagos me encontré cerrado el paso por una pequeña colonia de serpientes mocasines, y al detenerme alarmado, las vi aparecer por todos lados. Veíanse sus cabezas sobre el agua con las bocas abiertas enseñando los dientes en actitud amenazadora. Horrorizado me sumergí en el agua y nadé hacia la orilla.

En una ocasión vi un hombre en una canoa con un pequeño equipo de campo, y acercándome a la orilla le pedí auxilio a gritos, pero tal vez porque le alarmase mi aspecto, el hombre me miró y lanzando un grito se alejó remando a toda velocidad y no volví a verle.

A toda prisa seguí la dirección que había tomado, evitando todo lo posible los bancos de arenas movedizas que eran muy numerosos, y dando grandes rodeos para buscar terreno seguro.

El sol estaba poniéndose una tarde cuando descubrí una islita en la que se advertían signos de la presencia humana.

Por encima de la baja línea de la neblina del pantano se elevaba una columna de humo y se oía rumor de voces.

¿Podéis imaginaros la sensación que se experimenta al volver a ver seres humanos después de haber estado enterrado vivo o poco menos? Si podéis os daréis cuenta de la sensación de alegría que inundó mi ser, alegría que me hizo avivar el paso olvidándome de las serpientes, de las arenas movedizas y de todos los peligros.



Pero precisamente cuando iba a salir del agua oí una conmoción detrás de mí y sentí que me cogían por los pantalones y los calzoncillos, dándome un violento tirón que casi me hizo perder el equilibrio. Buscando asidero, me agarré a las raíces de un mangle y traté de librarme de mi ignorado aprehensor, pero inútilmente. Fuera quien fuese quería arrastrarme al agua. Volví la cabeza y descubrí con horror que mis pantalones se hallaban cogidos por las fauces de un espantoso aligator que se esforzaba por acercarse más a mí. Yo luché desesperadamente. Tenía el rostro cubierto de gruesas gotas de sudor frío. Mientras tanto el aligator golpeaba el agua con la cola, levantando espuma y doblando el cuerpo con extraños movimientos trataba de arrastrarme al centro del canal. Una vez creí que se me escurrían las manos de las raíces en que me asía, y al agudizarse el horror de la situación hice un esfuerzo supremo y sentí el ruido de la tela al desgarrarse. El aligator me había arrancado un trozo de pantalón y se sumergía con él, agitando las turbias aguas.

Entonces salté a tierra avanzando con paso incierto hasta que caí desvanecido. Cuando recobré el conocimiento distinguí, a un centenar de metros, el resplandor de una hoguera y oí murmullo de voces, y me encaminé hacia el lugar de donde procedían. En mi camino encontré una pequeña aldea de indígenas completamente desierta; seguí adelante hasta llegar al borde del claro donde ardía la hoguera y me detuve para ver que sucedía, escondido entre la vegetación.

El espectáculo era imponente. Los indígenas estaban celebrando la ceremonia del Vudú, culto entre cuyos horribles ritos figuraba la adoración de la serpiente, los sacrificios de niños y el canibalismo. Conociendo lo terrible y salvaje de aquel culto supersticioso temí por mi vida, y poniéndome a gatas me dirigí silenciosamente a las desiertas chozas en las que busqué precipitadamente víveres y cerillas. Después corrí a la orilla de la isla, me embarqué en una canoa de las que tenían allí amarradas los salvajes y me alejé remando lo más vigorosamente posible.

La posesión de víveres y de canoa me infundió nuevos ánimos; recobré las fuerzas y pude pensar con la imaginación despejada. Siguiendo el curso de varios riachuelos llegué al río Miami. Lo conocí inmediatamente y siguiendo las revueltas del río llegué al fin a Miami donde me apresuré a adquirir ropa y me dispuse a recuperar la salud, porque me hallaba realmente necesitado de una dosis de quinina y de una dieta nutritiva. Luego pasé dos semanas en Tanglewood con un amigo mío, y, finalmente, salí para Nueva York.

Antes de concluir creo oportuno explicar que los Everglades de Florida miden unos doscientos kilómetros de largo por cincuenta de ancho. Calculando el número de kilómetros cuadrados de esta vasta faja de terreno desolado, puede el lector formarse idea de las dificultades con que hube de luchar en mi desesperada y ciega excursión por aquellos lugares deshabitados y espantosos.



La primera sesión realizada por el nuevo Concejo Deliberante para distribuir los cargos entre los nuevos concejales electos.

EL AUMENTO DE LOS SUICIDIOS

¿Se está derramando sobre los Estados Unidos una ola de suicidios? El aumento extraordinario en el número de los que acaban con su propia vida durante la primera mitad delpresente año se debe a alguna causa peculiar. Según los datos de la Liga para salvar una vida», durante este período ocurrieron 6.509 suicidios comparados con 2.771 en los primeros seis meses de 1920. El número de varones suicidas ascendió de 1.810 que eran a 4.527, y el número de niños de 225 a 507. Que el número de suicidas se duplique en sólo un año es un fenómeno social alarmante. ¿La indicada baratura de la vida humana es una reacción a la guerra? Si es así, ¿por qué ha ocurrido el aumento a medida que se alejan más las memorias de la guerra? El aumento de los suicidios entre los jóvenes y el hecho de que el promedio de los suicidios de varones ocurrió alrededor de los cuarenta y tres años señalarían otros motivos impulsores.

No hay duda de que la depresión y la pérdida de trabajo son factores importantes.

Impulsos tan conflictivos entran en el suicidio que es difícil deducir las verdaderas causas. Pero hay una cuestión acerca del hecho lamentable del repentino acceso de suicidios. Lo más penoso de todo es la desesperación juvenil demostrada en el gran aumento de suicidios de jóvenes y muchachas. Hay algo radicalmente equivocado en las condiciones de vida cuando se observa que 507 niños cometen suicidio en sólo seis meses.



En JUGUETES

ES REALMENTE MARAVILLOSO
EL SURTIDO QUE PRESENTA

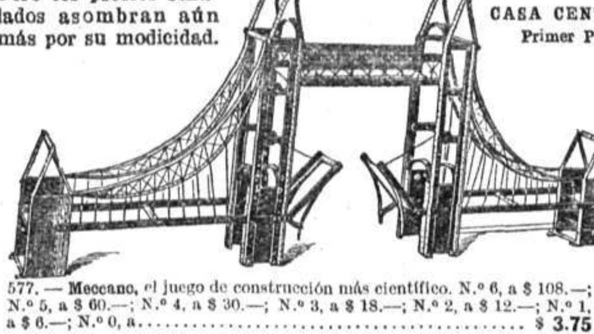
GATH & CHAVES

Pero los precios señalados asombran aún más por su modicidad.

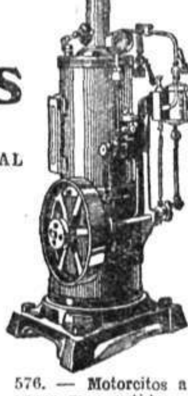
CASA CENTRAL
Primer Piso



579. — **Escopetas Eureka,** con flechas de goma, varios modelos, a $ 14.50, 12.50, 9.80, 7.80, 5.50 y..... $ **4.50**



577. — **Meccano,** el juego de construcción más científico. N.º 6, a $ 108.—; N.º 5, a $ 60.—; N.º 4, a $ 30.—; N.º 3, a $ 18.—; N.º 2, a $ 12.—; N.º 1, a $ 6.—; N.º 0, a.. $ **3.75**

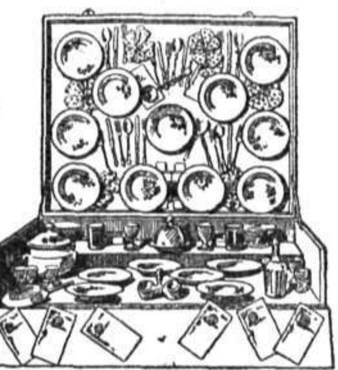


576. — **Motorcitos a vapor,** gran surtido en diferentes modelos, a $ 140.—, 120.—, 95.— 75.—, 55.—, 35.— 15.50, 10.50 y $ **4 50**



601. — **Bebé París.** Muñeca ricamente vestida, articulada, cabello natural, cierra los ojos, varios tamaños. Desde pesos 155, a $ **25.50**

Bebé París, en camisa. Desde $ 55.—, a........ $ **13.50**



596. — **Juegos de loza,** para muñecas; variedad en modelos y tamaños. Desde pesos 15.50, a .... $ **4.90**



551. — **Velocípedo** norteamericano, artículo muy fino, con municiones, llantas de goma, en tres tamaños, a $ 105.—, 95.—, 82.—, 72.—, 66.— y pesos................ **59.—**

Sin munición, a $ 49.—, 46.— y.................. $ **39.—**



602. — **Muñeca en camisa,** completamente articulada, cierra los ojos. Desde $ 32.— a $ **2.60**



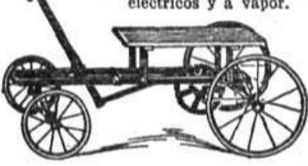
578.— **Ferrocarril a cuerda,** variedad de modelos, a $ 30.50, 27.50, 22.—, 19.—, 15.50, 12.50 y.......................... $ **9.90**

Variado surtido en ferrocarriles eléctricos y a vapor.

Para las FIESTAS de DICIEMBRE

Solicite el Catálogo de **Comestibles, Bombones, Turrones, Mazapanes, Vinos finos y Canastos-Aguinaldos**

DEPARTAMENTO DE COMESTIBLES
Cangallo y Florida
Esquina N. O.



553. — **Manomóviles** con engranaje y llantas de goma, a municiones, recomendables por su duración, a $ 120.—, 110.—, 90.—, 80.— y $ **49.—**

Idem sin munición. Para niños de 6 a 10 años, a $ 39.— y $ 35.—; de 3 a 4 años, a...... $ **22.50**

Otro modelo, sin engranaje y sin llantas de goma. De 6 a 8 años, a $ 14.—; de 3 a 4 años, a $ **9.50**

Modelo especial para dos niños; a munición, $ 60.—; sin munición, a............... $ **48.—**

REGALOS UTILES

GATH & CHAVES presenta en sus Establecimientos, un bien seleccionado surtido de ARTÍCULOS para REGALOS.

Casa Central - Anexo Comestibles

GATH & CHAVES

CASA CENTRAL: FLORIDA - CANGALLO - ANEXO: AV. DE MAYO PERU - RIVADAVIA



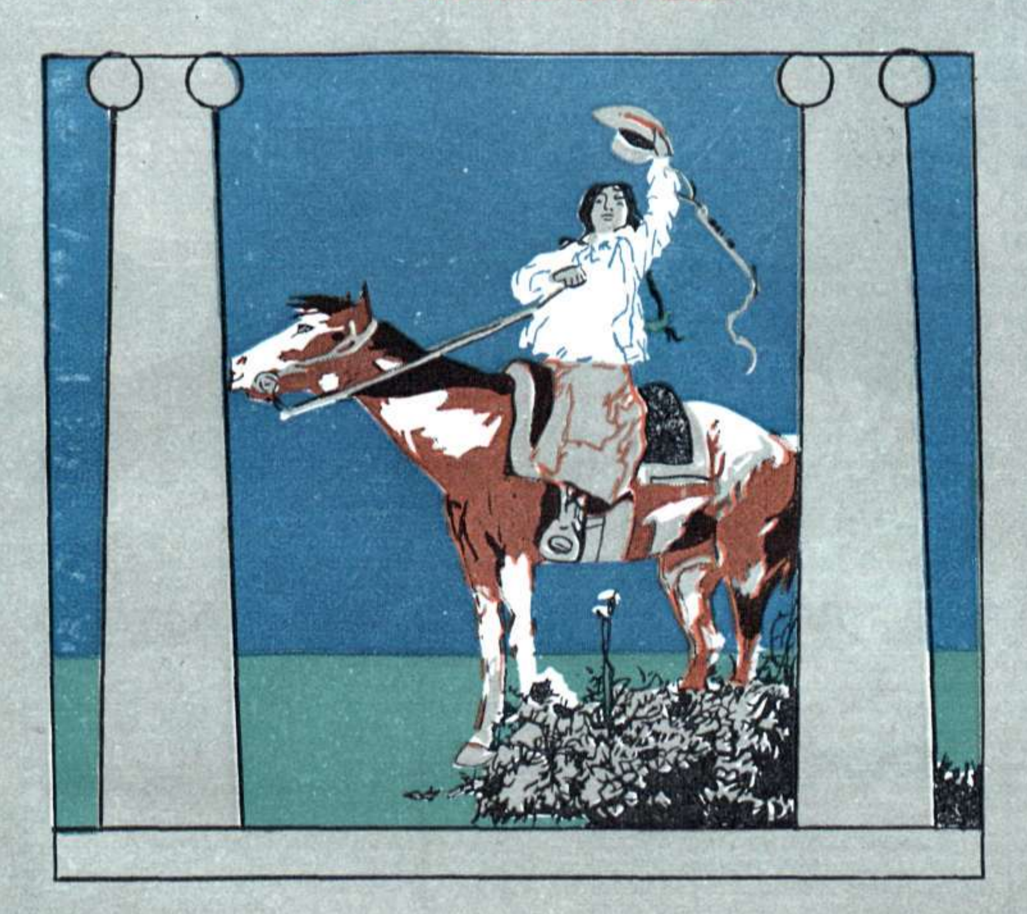
Son universalmente apreciadas las propiedades tónicas del buen Jerez así como también la excelente tonicidad de la corteza de quina bien seleccionada.

Ambos elementos de primer orden forman el renombrado tónico aperitivo **XEREZ-QUINA RUIZ** que usted oye nombrar con tanta frecuencia.

No existe en el mundo aperitivo comparable a éste, por cuanto su tonicidad es suave, reconfortante y asimilable por las personas más delicadas de salud.

Tome usted únicamente **XEREZ-QUINA RUIZ** poco antes de sus comidas y palpará de inmediato los benéficos resultados de esta bebida saludable.

CARAS Y CARETAS



Caras y Caretas en su XXIV número extraordinario de Navidad ofrece al lector un conjunto literario y artístico donde figuran valiosas firmas nacionales y notas consagradas a diversos países colaboradores de la cultura argentina

BVENOS-AIRES MCMXXI

AÑO XXIV · Nº MCCXII



¡JUNTO A LA VENTANA

POR

ALFONSINA STORNI

En la tarde de otoño, un sol blanco y dormido,
Tiñe las aguas muertas del lago amarillento,
Mi corazón palpita cada día más lento...
¿Busca morir? Lo ignora, más no quiere hacer ruido.

Nuestros ojos persiguen los lejanos reflejos...
¿Es la felicidad lo que lejos buscamos?
¡Oh! muchas veces, muchas, dijimos:—nos amamos.
Pero ¿por qué los ojos vagan siempre tan lejos?

Digo tan quedamente que más bien lo adivinas:
— ¿Me olvidarás? Levantas los tristes ojos suaves
Y leo en ellos: «¡Pobre mujer! Cuando las aves
De primavera vuelvan, mi amor estará en ruinas».

Y leo: «tan humilde como las hierbas eres,
Te doblas en mis manos y con tu vida juego;
Eres buena, mi sierva; pero hay otras mujeres;
Tienen los ojos mansos y la boca de fuego».

De la llanura muerta, sube un silencio sumo;
Allá lejos la cresta de una nube se dora;
Se arrastra un tren distante, y el penacho de humo
Con una raya negra entristece la hora.

Yo beso dulcemente los ojos que venero,
Perversos, sin quererlo, al confesarse tanto,
Y ni mi boca tiembla ni se me anima el llanto:
¡Yo no odio ni sufro, solamente me muero!

DIBUJO DE SIRIO.



Los hombres consideramos como espiritualmente superficiales a las mujeres porque sólo leen novelas, versos y obras de teatro. En realidad, esta preferencia femenina denota lo contrario: una inclinación hacia lo permanente. Es que a ellas les interesan las pasiones, los caracteres humanos, el choque de los sentimientos, el desacuerdo entre los ensueños y las realidades. Es decir lo eternamente humano. A los hombres, en cambio, nos interesan más las cosas transitorias: las doctrinas, las leyes, por ejemplo. Las mujeres están por las esencias; nosotros, los hombres, por las formas.

Por esto los hombres no leemos, en general, sino libros de información. Libros que no son verdaderos libros, según Ruskin. Libros que reemplazan al periódico o a la carta del amigo y que nos exponen tal doctrina nueva, o nos refieren el número de escuelas que existen en tal país, o los procedimientos que en tal otro dieron resultado para combatir el alcoholismo o la desocupación. A los hombres nos preocupa la política, que es la cosa *más transitoria* que existe; las mujeres no entienden de política. Como tampoco entienden de leyes, ni de estadísticas, ni de sociología, ni de todo aquello que se relaciona con las formas de la vida. Ellas entienden de la vida. Les apasiona el nacimiento y la muerte, el amor y el odio, la venganza y el dolor. Si contamos ante un grupo de personas el argumento de una tragedia de Esquilo, o un vulgar asesinato del día anterior, las mujeres sentirán todo lo trágico del relato mientras los hombres permanecerán más o menos indiferentes. Y si un hombre y una mujer de igual cultura e inteligencia leen al mismo tiempo una novela, el hombre buscará en ella la composición, el estilo, el color local, las influencias de otros libros; la mujer sufrirá con los que sufren, se alegrará con los felices, odiará a los perversos, amará a los buenos. A la mujer le interesará lo esencial: la vida y las almas; al hombre, lo secundario y lo formal.

Es un lugar común considerar a la mujer como menos evolucionada que el hombre. Yo no puedo creer en esta evolución del ser humano. En tres mil años, por lo menos, que la humanidad tiene conciencia de sí misma, el alma humana no ha mejorado en lo más mínimo. La literatura, por ejemplo, no ha progresado nada después de Homero. Y yo no sé que en estas épocas tan evolucionadas exista en el mundo un hombre capaz de realizar la obra de pensamiento y de belleza que realizó Platón. Pero si aquel lugar común fuese una realidad, ello ¿no probaría que la mujer, por ser menos evolucionada, está más cerca de la naturaleza, y, por consiguiente, de las raíces humanas?

Hay que repetirlo una vez más: la mujer siente más lo permanente que el hombre. Y por eso es más religiosa, como que nada hay tan permanente como la preocupación del más allá; y por eso es más sensual, como que la sensualidad es una de las cosas más fundamentalmente naturales y arraigadas que hay en el ser humano, pues viene desde el fondo mismo de la animalidad. Y por eso la mujer moderna tiene tan pronunciadas inquietudes filosóficas, mientras el hombre desdeña la filosofía y se dedica a la economía política.

Más cerca de la vida que nosotros, quizá porque de ellas procede la vida de los hombres, las mujeres no son, por esto, creadoras de belleza. Ellas saben que la literatura es cosa efímera y que sólo la vida es permanente. Gozan de ver la vida reflejada en los libros, pero ellas no podrían realizarla, por escepticismo trascendental. Ellas saben que, más que componer libros y bellas frases, vale vivir, amar, consolar, padecer por los demás, gozar, soñar. En su excelente lógica, que es la lógica de la vida, ellas no admiran a los sociólogos, a los estadísticos, a los juristas, a los que se ocupan de las formas de la vida. Admiran y aman sólo a los que crean fragmentos de vida, a los que, como Balzac, dan existencia a verdaderos seres humanos. Esos escritores, los Balzac, los Dickens, los Tolstoi, han parido, como ellas, y saben el dolor que cuesta dar la vida a un hombre. Pero entre todos los géneros literarios, las mujeres preferirán siempre el teatro. En las novelas hay almas, pasiones y vida pero también hay paisajes, descripciones de cosas, todo lo anecdótico de la realidad. En el teatro no hay sino almas y pasiones. El teatro es el género literario que da menos lugar a lo accesorio y a lo formal. Así, todo es esencia en Sófocles y en Shakespeare. Todo es en ellos permanente

M A N U E L
G Á L V E Z





"Those days are gone — but Beauty still is here..."

CHILDE HAROLD — CANTO IV.

UNA AVENTURA EN EL SIGLO XVIII O EL ESPEJO VENECIANO

DULCE amiga, tú que compartes conmigo, junto con la posesión, el cariño por nuestras humildes cosas viejas, comprendiendo que más allá de su sencilla apariencia, más allá de su silencio resignado, corre tal vez una línea imprevista, fluye tal vez una voz familiar, sólo para nosotros accesibles, escucha la historia de una de ellas, la más preciada de todas por su profunda irrealidad; el espejo veneciano.

Sabrás entonces el significado de su alma vaporosa, agua en éxtasis que tantas veces ha sorprendido el secreto de tu belleza, prestándole peregrina interpretación y encanto ambiguo. Y al mismo tiempo, —¡oh! impenitente romántica — conocerás la historia de uno de mis poemas.

Cuando llegó el momento melancólico de abandonar la Serenísima, después del año de gracia hondamente vivido en la sombra glauca de sus viejos canales, pensé en llevarme un discreto recuerdo, un símbolo preciso, donde hallar mañana el hilito precioso que me permitiera desenvolver la madeja azul de mis fantasías y de mis añoranzas.

Entre las innumerables cosas bellas que me lo solicitaban —abanicos galantes de la mercería, platos blasonados del Rialto, copas triunfales de Murano — hube de decidirme por los espejos. En efecto, ¿qué mejor símbolo que un espejo, para la rubia Anadiómena de las lagunas, que gusta contemplar su belleza inmarcesible sobre el cristal antiguo del Adriático? Mejor que la «máscara de Italia», del lord vagabundo y tornadizo, Venecia fué un espejo, el clásico espejo de su gracia y su galantería.

¡Cuántos, cuántos espejos tuve en mi mano, en procura del símbolo de mi sueño! Desde los grandes y suntuosos del seiscientos, que reflejaron la desnudez altiva de las mujeres del Vecellio, hasta los pequeños y sutiles del siglo XVIII, que copiaron con las blancas pelucas la «mouche» picaresca de las marquesitas de Rosalba.

«Fragmentos de laguna o fragmentos de cielo», fueron para mí, en su refracción cambiante e infinita, la reconstrucción del pasado, y más allá de su romántico azogue vi levantarse, desde el fondo del tiempo, una Venecia intacta y dorada, como aquella triunfal de la apoteosis del Cailiari, rica de todas sus glorias, iluminada por todas sus sonrisas!...

Pero fué entre los espejos pequeños del siglo XVIII, más cercanos, más confidenciales, que fijé mi decisión. Hallé el «mío», entre el polvo de una «bottega d'arte» de San Giovanni y Paolo, junto a unas minúsculas chinelas atribuidas a los piececitos de la Gasparina del Goldoni y un «redingote



noisette» que, según un anticuario, usó en vida el autor de los «Carnavales venecianos», messer Alessandro Busanello, poeta festivo.

Era, como puedes verlo, una pieza auténtica, cuyo valor de estilo se aminoraba, no obstante, por el marco florido, que alejándose de su época llegaba casi a los confines del Renacimiento en procura de una belleza clásica, que contrastaba extrañamente con el espíritu de su luna, ambigua, aterciopelada e insinuante como un madrigal.

Al abandonar la *bottega* polvorienta de San Giovanni con mi alucinante espejo bajo del brazo, caía la tarde

«como una gota de miel,
como una pluma ligera...»

Tarde violeta y triste de un otoño precoz, en que la ciudad moribunda se embellecía hasta lo imposible, en la divina irrealidad de la bruma. Las viejas arquitecturas de los canales muertos cobraban extraña vida, y el romance con su capa de seda sentábase familiar en los mármoles rosas de las escalinatas.

Era la Venecia de Byron, «the city of the heart», la de la eterna aventura que nunca tendrá fin, mientras haya una góndola — sensitivo cisne negro — que lleve un doble sueño entre las estrellas que vagan sobre las aguas.

Al poner el pie en el desembarcadero del Zottere, bajo el aplauso unánime y fragante de los laureles rosas que fomentaron, en su hora, el meticuloso lirismo del viejo Ruskin, llevaba, a mi vez, en el corazón la semilla maravillosa del prodigio.

La casa donde yo vivía, no lejos del canal de San Hilario, era una verdadera reliquia del siglo XVII, a quien cupo el honor de figurar en una de las telas más características del Canaletto, hoy en el museo Correr. El pintor de Venecia fué, por otra parte, según se desprende de mis prolijas averiguaciones, su propietario. El hotelito, perfectamente conservado y hermoso en su sencillez, destacábase, por su pulcritud y por la alegría de sus grandes ventanas, de entre la masa obscura y ruinosa de los edificios del barrio, en cuya pobreza ambiente aparecía como un hidalgo venido a menos. Era una arquitectura viva, de aquellas que, por raro privilegio, prolongan indefinidamente una existencia propia, a la vera del siglo, en un esfuerzo casi humano de juventud y de arte.

Sabiamente restaurado en su interior, que ennoblecía la gracia parsimoniosa de unos pocos muebles auténticos, conservaba la atmósfera tibia y perfumada de una intimidad inquebrantable. El reloj olvidábase, inmóvil, de desmenuzar las horas que fueron, que como rosas secas eternizábanse por los rincones, y una presencia de siglos vagaba, pálido fantasma, entre los cortinados obscuros. Tal era la sugestión extraña del ambiente, que hasta los antiguos retratos que ornaban las paredes volvíanse a poco familiares y hasta contemporáneos, a pesar de sus pecheras de encaje, sus desmesurados anillos y sus rizadas pelucas.

Cuando coloqué el pequeño espejo sobre la chimenea de mármol del salón, entre «el Sueño de Santa Ursula» y el «San Jorge combatiente» del Carpaccio, tuve la sensación curiosa de volverlo a su sitio, y tanto, que hasta coincidió exactamente con un claro dejado en el papel.

Llena el alma de imágenes pretéritas, fuí a tenderme frente a la ventana en un viejo sillón. Anochecía; sobre las aguas desiertas del canal de la Giudecca erraba un último reflejo, y un eco moribundo de serenata se deshojaba en el melancólico silencio.

Perdí la noción del tiempo, y una peregrinación de sombras suaves fué llegando dulcemente a los dinteles del alma. Tal la virtud inmensa del romanticismo hace olvidar la vida en el coloquio inefable de las sombras.

De pronto, un ruido imperceptible me hizo estremecer y volví el rostro hacia la estancia: la noche estaba en ella; sólo como un enorme topacio perdido en la penumbra el espejo antiguo brillaba sobre el raso nocturno.

Junto a él movíase como una sombra vaga. Iba a levantarme curioso cuando, rompiendo el silencio, oí una voz familiar y cristalina que decía en el más puro dialecto veneciano: — *¿Qué obscuridad es esta Antonio? ¿Es así como me recibes? ¿Qué has hecho de tu galantería?* — Al mismo tiempo la luz se hizo y vi, con inexplicable contento, a una encantadora silueta de otra edad sonriéndome desde el fondo del espejo.

Sobre su rostro pálido como un lirio se abrían dos ojos negros, inconmensurables y turbadores, que yo no podía olvidar. Sí, no cabía duda, era la dama galante y tentadora del cuadro de Longhi,

«Lista para el baile»; la supuesta esposa de messer Alessandro Busanello, llamada Bárbara por antonomasia, cuya gentilísima persona, perfuma ambiguamente las páginas más escabrosas de las alegres crónicas de su tiempo.

Con idéntica actitud que la del cuadro, Bárbara recogía ante mí su primorosa falda de seda, dejando ver el breve pie, mientras su mano fina hacía girar la lívida «banta», esa pequeña máscara de muerte, que sonríe, sin embargo, a la vida. La única diferencia sensible con el cuadro era que aquí no bastaba, como allí, toda la obscuridad discreta de un tricornio para ocultar la luz de sus cabellos, que la fantasía de su carnestolenda llevaba en bucles de cobre, según el supremo arte «biondeggiante» del siglo XVI.



FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

Lo extraño del caso es que la insólita aparición no me causó asombro alguno; bien por el contrario, como si fuera la voz de otro, la del «huésped desconocido» sin duda, oí la mía responder a la dama:

— Bárbara, bella y gentil, me has vuelto a la realidad de una dulce vida; vagaba en este instante más allá del siglo, en la época del turismo y del vapor — dos horribles neologismos cuyo significado ignoras ¡gracias a Dios! — época triste, que verá la agonía de nuestra Serenísima, pero mi corazón te esperaba, Bárbara, como una flor en un vaso; no fué más que un vano sueño...



— *Oye, ¡lagarto del gonfalone!* — interrumpió Bárbara — *nada de agüerías Tonio, ciñe tu capa y recoge tu máscara; es la noche más bella de Venecia y estoy libre. El carnaval corre por los canales alegres, y la mandolina infatigable de los galanteos te espera con el amor sobre los cojines de mi góndola. Vamos...*

Pero no eternizaré mi relato, amiga mía, en las interminables locuras de aquella noche inverosímil; sería, más que inútil, escabroso; puedes imaginártela cabalmente con recordar alguna de las que hemos vivido, ya que la divina locura de amor es siempre la misma y está al margen de todo tiempo y todo lugar. Conténtate con saber que Bárbara era tan bella como tú y por cierto de una frivolidad incomparable; y que en su graciosa compañía, corrí toda Venecia:

> «del Corso de San Marco al Jardín de Murano
> y desde el Dornoduro hasta la casa de oro...»

Pero estaba de Dios, sin embargo, que aquella fácil aventura no iba a terminar, como era lógico, entre dos besos y una copa vacía...

Debo confesarte, aunque con vergüenza y dolor míos, que tuvo un desenlace trágico, impropio del tiempo y del lugar, porque en el gabinete de la hostería galante del Rialto, donde «el faisán de oro dijo su secreto», apareciósenos intempestivamente, clásico aguafiestas, el «redingote noisette» y la abultada persona de messer Alessandro Busanello, dueño y señor de Bárbara.

Demasiado gentileshombres para apostrofarnos, nos inclinamos ante la fatalidad y mientras la bella pecadora ocultaba precipitadamente bajo su *banta* el falso arrepentimiento de sus lágrimas, salimos desafiados.

La noche clara y transparente me hizo suspirar, mientras un gato negro que atravesaba un *campo*, dióme con su nefasta presencia; *le regret de la vie...*

Brillaron en la sombra los aceros y la voz bien templada del Busenello, propia del madrigal y de la ironía, exclamó cortésmente:

— *In guardia, signore!*

El encuentro fué breve; más hábil que yo messer Alessandro, hizo honor a la clásica escuela de su patria y bien pronto, como un relámpago, sentí en el pecho penetrar, con la hoja vengadora, la certidumbre de la muerte.

Con el dolor punzante caí... es decir, creo que desperté.

Estaba, como al iniciarse la aventura, arrellanado en el viejo sillón, cerca de la ventana entreabierta. Amanecía; tenues nubecitas rosadas jugaban sobre la iglesia del Palladio, y en el canal azul desperezábase, somnolienta, una barcaza de Chioggia, cargada de frutas.

Fué solo un sueño, me dije no sin cierta melancolía, mientras mis ojos se posaban en los objetos familiares. Todo estaba en su sitio: los retratos antiguos, las estampas del Carpaccio, el espejo... ¿pero qué era aquello, y en virtud de qué misteriosa coincidencia aparecía sobre el mármol de la chimenea?

Como dos símbolos tangibles y reales del soñado romance, junto al espejo encantado había una banta olvidada y una rosa deshecha...

Fué entonces, dulce amiga, que vuelto a la vida del siglo, y sobrecogido por el hondo misterio de las cosas, encerré en este soneto el amor y el temor que me inspira nuestro preciado espejo veneciano:

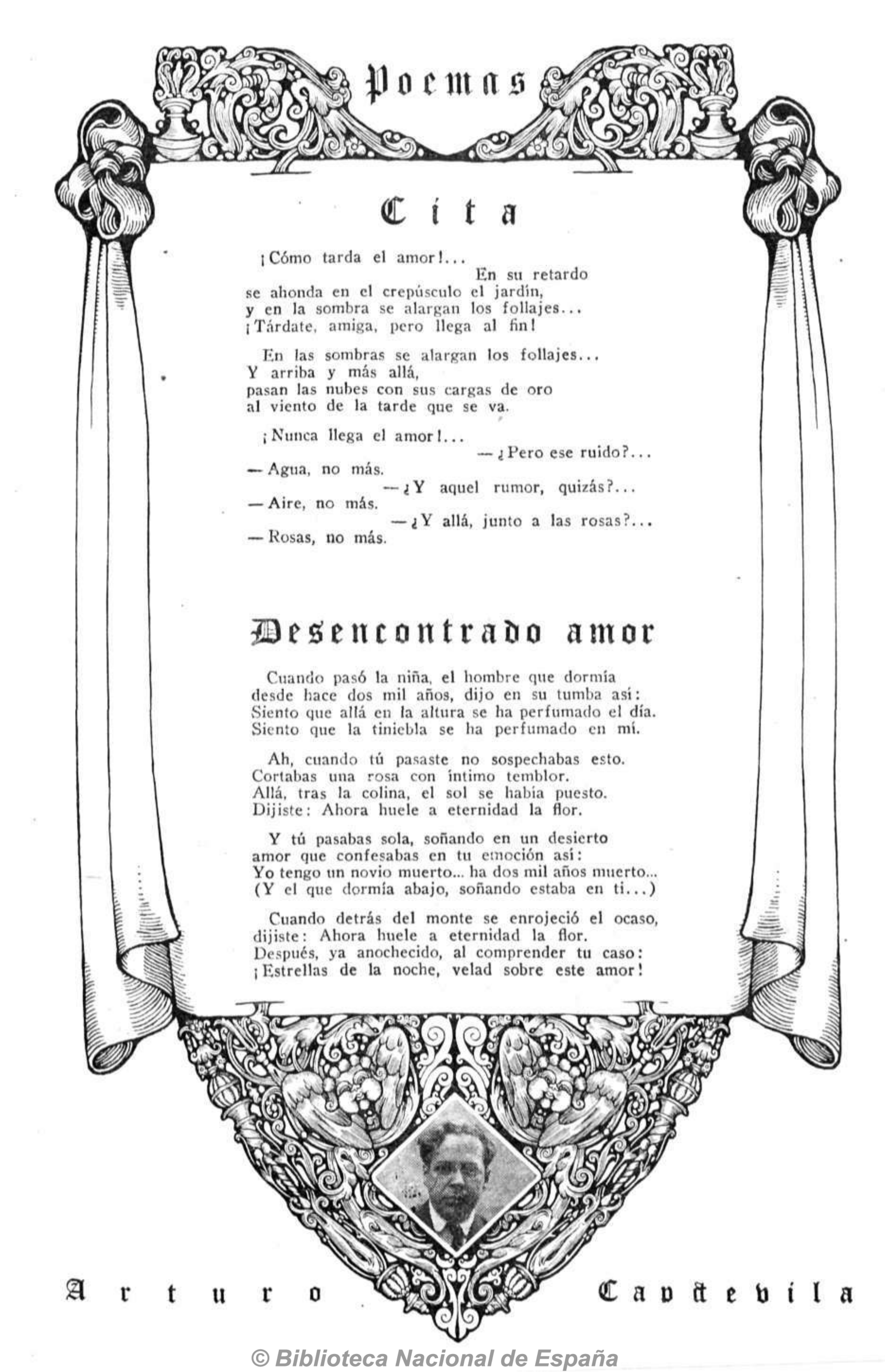
Espejo, ¿qué agua en éxtasis vale tu verde claro?
¿tu verde pensativo como de terciopelo,
fragmento de laguna o fragmento de cielo,
símbolo de un silencio, intransigente y raro?

Tu marco florecido, Renacimiento puro,
te abre en el muro antiguo una gloria dorada,
que es como una ventana de la vida pasada,
— sedas, labios y perlas, guarda tu claroscuro.

¿Fué acaso Monna Lisa que te tuvo en su mano,
o Desdémona pálida en su traje de bodas,
o aquella dogaresa, hija del Padovano

que escondió en la laguna, su corona y su amor?
¿O la reina de Chipre más hermosa que todas.
cuando te dió Venecia, su isla, como una flor?

Así el poema, dulce amiga; en cuanto a la infidelidad de aquella aventura, te he dicho lo bastante para que comprendas que no fuí culpable; había prestado tan sólo mi cuerpo al espíritu ligero de messer Antonio Canale, detto il Canaletto, pintor veneciano.



Poemas

Cita

¡Cómo tarda el amor!...
En su retardo
se ahonda en el crepúsculo el jardín,
y en la sombra se alargan los follajes...
¡Tárdate, amiga, pero llega al fin!

En las sombras se alargan los follajes...
Y arriba y más allá,
pasan las nubes con sus cargas de oro
al viento de la tarde que se va.

¡Nunca llega el amor!...
—¿Pero ese ruido?...
— Agua, no más.
—¿Y aquel rumor, quizás?...
— Aire, no más.
—¿Y allá, junto a las rosas?...
— Rosas, no más.

Desencontrado amor

Cuando pasó la niña, el hombre que dormía
desde hace dos mil años, dijo en su tumba así:
Siento que allá en la altura se ha perfumado el día.
Siento que la tiniebla se ha perfumado en mí.

Ah, cuando tú pasaste no sospechabas esto.
Cortabas una rosa con íntimo temblor.
Allá, tras la colina, el sol se había puesto.
Dijiste: Ahora huele a eternidad la flor.

Y tú pasabas sola, soñando en un desierto
amor que confesabas en tu emoción así:
Yo tengo un novio muerto... ha dos mil años muerto...
(Y el que dormía abajo, soñando estaba en ti...)

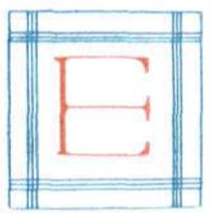
Cuando detrás del monte se enrojeció el ocaso,
dijiste: Ahora huele a eternidad la flor.
Después, ya anochecido, al comprender tu caso:
¡Estrellas de la noche, velad sobre este amor!

Arturo Capdevila

Sobre el amor

Pequeña disquisición





En alguna parte he leído — quizá en Dubois o en Ribot — una hipótesis realmente interesante del sentimiento amoroso y su contrario, el sentimiento *de odio o de repulsión.* Decía allí que estos sentimientos se manifiestan por un movimiento en espiral en ciertas fibras cerebrales: de realizarse hacia la izquierda se traduce en amor; hacia la derecha, en odio. La hipótesis es sugestiva. Explica cómo para nada interviene la inteligencia en la gestación de esas dos formidables paralelas afectivas, tan caprichosas y tiránicas.

Que un hombre culto, afinado de espíritu, selecto de gustos, se enamore perdidamente de una zafia sin encanto y sin belleza moral, no hace más que justificar el movimiento hacia la izquierda...

También una mujer delicada, tierna, amorosa, que muere por un hombre adocenado y vulgar, reafirma la hipótesis de Dubois o de Ribot... Esas antipatías *y repulsiones instantáneas, ilógicas*, a que tan frecuentemente se ve uno inclinado, constituyen el movimiento en espiral hacia la derecha... Sin duda que tal concepto simplista reduce a un estricto fenómeno fisiológico el tópico más discutido y examinado por la moderna psicología.

Ya nos dió Schopenhauer con su clara definición del «genio de la especie» una interpretación luminosa del sentimiento amoroso. Pero, comprobando en la vida las premisas del gran pesimista de Francfort, vemos que su teoría no tiene esa unidad categórica que aparenta. No hace mucho, un novelista francés, León Daudet, ofrecía en «El Heredo» y «El Mundo de las Imágenes» un caudal de observaciones y un método hipotético bien construído al que podría deducirse infinidad de datos *ilustrativos para una futura teoría del amor.*

Al lado de esos datos abrillantados por un barniz científico debiera colocarse la parte intuitiva, pasional. Claro que esto habría que hacerlo con Stendhal y Balzac en manos. Estos dos espíritus han clarificado en parte el misterio: Balzac con una cadena ideológica un poco gruesa y pesada; Stendhal con desenvoltura, con agilidad y con una fuerza de intuición extraordinaria. Para él el amor equivale a un estado alucinatorio, a una fiesta de los sentidos, realzada por el bullente espejismo de la imaginación. Recordemos su célebre hallazgo comparativo: la *ramita escueta*, desnuda de hojas, arrojada a las profundidades de las minas de sal de Salzburgo y sacada después toda cubierta, arropada en brillantes cristalizaciones...

Así, el sentimiento primitivo, descarnado, se trueca, por obra de la imaginación, en uno más completo, más armónico, añadiéndole facetas y fulgores desconocidos...

Este concepto es de esencia perfectamente espiritualista y la inteligencia juega en él un rol de suma importancia. El concepto de Schopenhauer es más rígido: la especie no se ocupa para nada del interés individual y se consagra a su propio mantenimiento, con tendencia a una realización de tipo ideal perfeccionado...

Por eso, sólo al objetivarse en cada individuo, bifúrcase en una suerte de esplendentes irisaciones; irisaciones que constituyen el amor, con todo su cortejo de sugestivos mirajes y que es como la carnada que atrae la pesca...

Ambas teorías, como se ve, difieren absolutamente de la hipótesis del movimiento cerebral a que aludimos. Preguntamos ahora: ¿este movimiento en espiral, es o no es permanente?... ¿subsisten sus efectos o tienen un carácter transitorio?

La biografía y la observación parecen negarlo. Rodenbach (tomando un nombre al azar) escribe «Brujas la muerta», a objeto de probarnos sólo una cosa: que el amor no reconoce ningún imperativo de perpetuidad *y que vive hoy, como ayer, subordinado a las contingencias* e impresiones momentáneas. El matrimonio parece dar igualmente un rotundo mentís a la teoría fisiológica del movimiento en espiral... Comenzando por una fusión rápida, por una soldadura artificial, concluye por el retraimiento, el examen y la vivisección mutua de los actores... El epílogo es conocido.

Dubois arguye que en tal caso consúmase la extinción vibratoria operada en el sutil teclado del cerebro; el movimiento ha sido lento, remiso, y sin el grado intensivo que requiere para establecer una disposición permanente o al menos perdurable. ¿Y en los casos de egolatría, tan frecuente en las mujeres, cómo se explicaría el fenómeno?

A este respecto Dubois guarda un silencio muy discreto... La *hipótesis* es por eso *cómoda: aprovecha* de los argumentos favorables y no menciona para nada los contrarios...

Lo cierto es que con semejante teoría del amor quedan mal parados los poetas que proclaman las excelencias y libertades del más bello y exquisito de los sentimientos...

Brummel atestiguaba que el amor no era más que una ociosa generosidad sin compensación, una especie de dádiva inútil, sin encanto y sin provecho...

Montaigne habla del amor pasión como de algo lejano e inconsistente. Yo he creído siempre que aquello que cita en sus «Ensayos» y que atribuye a Francisco I, duque de Bretaña, traduce su íntima convicción con respecto a las *mujeres* y, por extensión, al amor... Dice allí: «prefiero que toda la ciencia en la mujer consista en saber distinguir la camisa de los calzones del marido...»

H. Olivera Lavié



EVOCANDO EL PASADO

DE TODOS NUESTROS TEATROS EL CERVANTES RESULTA EL MÁS PROPICIO PARA RECONSTRUIR LAS ESCENAS FAMILIARES DE UNA GLORIOSA GENERACIÓN ARGENTINA.

PASADO para la historia, presente para nuestro patriotismo; pues aun conserva aquella gloriosa actualidad que los libertadores supieron trasmitirle. Aunque las tradiciones artísticas atribuyen al símbolo de la independencia el uso del gorro frigio y de la túnica, nuestra fantasía siempre preferirá la romántica indumentaria y el peinetón de las patricias. Y resulta imposible figurarnos a los próceres despojados del clásico frac.

Es una moda que las generaciones actuales de otros países contemplan indiferentes, porque sólo la conocen mediante la novela o por relatos históricos llenos de angustiosos detalles.

Evocar el pasado durante el cual nuestros abuelos nos reunían la sublime herencia, es una misión siempre interesante y siempre grata.

Entonces había un límite



Y SUFRÍAN CON LOS PERSONAJES DEL MELODRAMA.

en eso de copiar las modas exóticas. Si el nuevo vestir era compatible con la idiosincrasia porteña, se la adoptaba, mejor dicho, se la adaptaba. Por eso las extravagancias del Directorio y del Imperio no pasaron el océano. Únicamente cuando el espíritu de la Revolución Francesa se cristalizó en aquella burguesa fórmula del bonapartismo vino la última moda colonial, cuyo carácter difiere de la europea en muchos pormenores. Tal modo de proceder revela la voluntad firme de resistir *a los yugos* en *todas las manifestaciones* de la vida, es una clara señal de indomable energía.

Ahora, en plena independencia, aceptamos la dependencia suntuaria. Vestimos a gusto de los tiranos de todas las modas.

Entonces se pensaba de otra manera, afortunadamente para nosotros. Puede afirmarse que la adopción incondicional de los trajes excéntricos del *Directorio* y del *Imperio hubiera* sido una rémora en la obra de liberación.

Costumbres sencillas, patriarcales, respetuosas con los ascendientes y con el prójimo; una moral rigurosa que ponía coto al escándalo, fueron las características *de la época. Era una paz aldeana en medio* de la honda tempestad política que enardecía justamente los ánimos.



LA REJA QUE UNÍA Y SEPARABA A LOS ENAMORADOS.

El teatro sufría también esa doble influencia de sencillez y reconcentración heroica. Tampoco aceptábanse las obras sin reconocerlas francamente morales; pero cuando la rectitud daba su *regium exequatur*, la buena gente saboreaba las ficciones teatrales con toda ingenuidad y apasionamiento. Época de melodramas a base de traidores y huérfanos perseguidos, de comedias inocentes y discretas.

Las lágrimas y las risas fáciles, prontas, a voluntad de los actores. Todos en aquel tiempo tenían un corazón sencillo, engañable, como el corazón del paisano que nos pinta Ascasubi en su popular poema.

Y en el amor, en esa comedia melodramatizada de la vida había la misma sencillez casera. Las grandes pasiones dejaban el puesto a esas grandes amistades que constituyen el matrimonio de la gente equilibrada. Conocíanse todos como buenos vecinos, y en las tertulias las mamás tramaban los enlaces que casi siempre hacíanse a su gusto.

Ahora, a un siglo de distancia, aprovechando el arcaísmo que se puso en la construcción del teatro Cervantes, hemos querido evocar el pasado por medio de la fotografía. Véase como los personajes no desentonan del marco.



ENTREACTOS DE AMOR Y GALANTERÍA.

DESPUÉS DE LA PAVANA O DEL MINUÉ LAS PAREJAS CHARLABAN ANIMADAMENTE.

La nueva generación

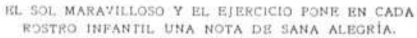
En pleno bosque la risa franca y contagiosa de los niños nos indica claramente el sitio que pensamos visitar, sitio sano, amplio, bañado por el magnífico sol de una mañana tibia, donde se respira a pleno pulmón la brisa pura y aromatizada. Allí el infatigable maestro Rossi imparte sus lecciones a la legión de pibes que siguen alborozados y concienzudamente sus indicaciones. Sabiamente aplicados los métodos de la gimnasia moderna, sin apresuramientos, teniendo sólo una cariñosa y paternal autoridad sobre los alumnos, el maestro Rossi logra obtener resultados maravillosos física y espiritualmente. Es un espectáculo reconfortante que lleva al ánimo la certidumbre exacta del futuro de nuestro país, cuya juventud se entrega de lleno y con verdadero apasionamiento a cultivar todos los deportes. Es así como se realiza el ideal sostenido por el gran pueblo norteamericano cuyo entrenamiento físico es uno de los más importantes factores de su fabuloso poderío. Por eso al contemplar a los niños preocupados en ejecutar cada uno y

SALTANDO A LA CUERDA.



LOS NIÑOS MÁS PEQUEÑOS EJECUTANDO EN CONJUNTO EJERCICIOS DE GIMNASIA SUECA.



EL SOL MARAVILLOSO Y EL EJERCICIO PONE EN CADA ROSTRO INFANTIL UNA NOTA DE SANA ALEGRÍA.



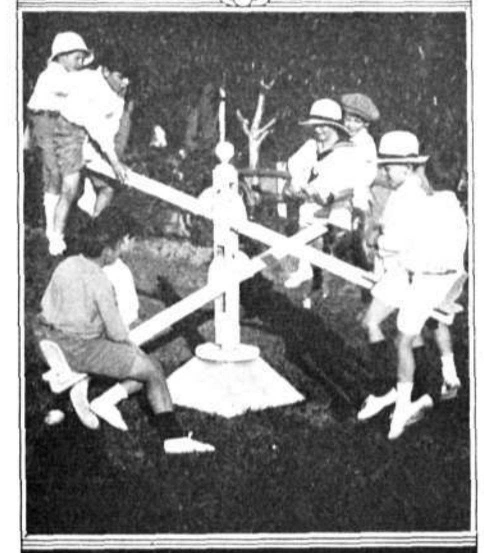
CONJUNTO DE NIÑAS EXCELENTES JUGADORAS DE TENNIS.



GRUPO DE NIÑOS QUE FORMAN VARIOS TEAMS DE TENNIS.

todos ellos con justeza sus movimientos, pensábamos que la generación futura, la que coadyuvará en el engrandecimiento de nuestra nación ha de completar en los stádiums, en los campos de ejercicios físicos, en los institutos cultores del deporte, la educación intelectual recibida en las aulas, con el aporte valioso del ejercicio corporal. En ello radica el anhelo tantas veces preconizado: cerebro sano en un cuerpo sano, amalgama perfecta engendradora del hombre y la mujer aptos. Cuando en nuestra abstracción estos pensamientos nos asaltaban derivados de la observación del momento, somos invitados por el maestro Rossi a presenciar los ejercicios de conjunto, enseñanza final de cada jornada. Alinéanse apresurados los pequeños gimnastas, sonríen los rostros con ese placer que da la salud del cuerpo, brillan los ojos bajo la animación del esfuerzo y hay en cada uno aquella emulación que sugiere al más diestro feliz afán de perfeccionamiento colectivo.

Y como si a nosotros también nos llegara algo del estímulo francamente prodigado a los niños, nos retiramos sintiéndonos más jóvenes, más fuertes, más ágiles.



Y PARA QUE LA ENSEÑANZA METÓDICA NO SEA DEMASIADO RÍGIDA, LOS NIÑOS TIENEN SUS RATOS DE LIBRE ENTRETENIMIENTO.

FOTOS DE ARROYO.



GREGORIO CICARELLI, EN SU CREACIÓN DE MENTABERRY.



CARLOS ROSINGANA, EN «EL LORO», NOTABLE NIÑO BIEN.



CARLOS MORALES, EN EL «GAITA» FERNÁNDEZ.



ENRIQUE GIACOBINO, EN EL TANO «REDOBLONA».

"CUANDO UN POBRE SE DIVIERTE"

EL ÉXITO DEL AÑO EN EL TEATRO NACIONAL

Esta obra ha batido el «record» de entradas de *todos los teatros de la capital durante el* año que termina, y se ha dado el caso único en los anales del teatro nacional de que, en las doscientas y pico de representaciones realizadas hasta la fecha, apareció siempre en boletería el cartelito de «No hay más localidades».



FRANCISCO BUSTOS, EN EL PROVINCIANO MONCAYO.

ALBERTO VACAREZA, AUTOR DEL LIBRO.

E. DELFINO, AUTOR DE «LA COPA DEL OLVIDO».



UNA ESCENA EN EL CABARET MANUELITA POLI, MARÍA TERESA BORDA, GREGORIO CICARELLI Y JOSÉ OTAL.



JOSÉ CICARELLI, QUE HA POPULARIZADO «LA COPA DEL OLVIDO».

En todos los hoteles bars y confiterías de Buenos Aires se toca el mismo tango; en los cabarets y restaurants alegres se baila el mismo motivo musical; se escucha por calles y plazas en todos los labios aquello de «Mozo traiga otra copa y sírvase de algo el que quiera tomar»; todos los pianos lo martilletean. Es que la pegajosa melodía ha llegado hasta el alma misma de la población.

EL AÑO DEL TURF

FULGARÍN, POR CYLLENE Y LA NENITA, EL CRACK DE SU GENERACIÓN (1921).

Ha cerrado el año turfístico su temporada: encabezan la lista de triunfadores el conocido entraineur de la Petite Ecurie, José Betancourt, con 39 carreras ganadas por sus pupilos; el *jockey de la punta*, como ha dado en llamarse a Máximo Acosta, con 65 carreras, y el célebre hijo de Cyllene. Pulgarín, quien ha cerrado su brillante campaña obteniendo además de la Polla de Potrillos y el gran Premio Nacional, cinco carreras clásicas, sumando en total, pesos 183.393.

SEÑOR JOSÉ BETANCOURT, ESTRAINEUR DE LA PETITE ECURIE.



EL JOCKEY MÁXIMO ACOSTA, CON SU HIJITA.

Fotos de Vargas y Arroyo.



Evocación romántica

El poeta

De terciopelo lúgubre vestido
entre viril y triste la apostura,
paseo mi elegancia y mi amargura
en el jardín remoto del olvido.

Surge de mi golilla recamada
mi austera faz romántica y morena,
y bajo el claro de la luna llena
aparece de amor transfigurada.

Un camafeo pende de mi pecho
que yo mismo labré diestro y constante;
en mi izquierdo anular sueña un diamante,
y un topacio en el índice derecho.

Cuelga del cinturón de fino cuero
que oprime mi cintura fuerte y fina,
una pequeña espada florentina
de firme cruz y bien templado acero.

Espada que mató por una rosa,
por unos guantes o por un pañuelo,
espada que mató por odio y celo
en una callejuela misteriosa.

Y así, con este traje, y mi sombrero
que cubre mi cabello ensortijado,
bien puedo ser un príncipe escapado
de una tela del Greco o de Durero.

La amada

Y ahora tú, radiante y donairosa,
como una figulina dieciochesca;
fina y divina como un lirio, y fresca
como una fresca y matutina rosa.

Amplia la falda de celeste raso,
negro el corpiño que tu talle aprieta
y un pelucón nevado que el poeta
concibe indispensable para el caso.

Un lunar tentador juntó a los labios
entreabiertos al brillo de tus dientes;
y como catalépticas serpientes
tus ojos, silenciosamente sabios.

Y así, mi amada diáfana, vestida
por la imaginación del que te ama,
eres la dama, la más bella dama
del más hondo amador que hay en la vida.

Y en este plenilunio triste y suave
que proteje mi pena y tu hermosura,
decimos un romance de ternura
a cuatro manos en un viejo clave.

Después, en un silencio deleitoso,
poblado de sutiles melodías,
con tus manos cautivas de las mías
soñamos, tú divina, y yo dichoso.

Y digo halagos para tus sonrojos
por tu amor y la hora subyugado,
mientras contemplo el cielo reflejado
en las extrañas piedras de tus ojos.



Alfredo R. Bufano



EL NENE



ESCALZA, la pollerita a media pierna y al aire el matorral leonado de su alborotada pelambrera, Santina va y viene por el estrecho patio del rancho y casi al borde mismo de la barranca, tratando de hacer dormir al nene de sus patrones.

«La señora», que está lavando allá abajo, en la playa, y cuyos vigorosos golpes de paleta devuelven multiplicados los ecos de las islas, se lo ha dicho bien claro:

— «Insiguida qui doerme lo nene, se ne pela la papa ¿ne?... e se ne mete la ocha inta lo fueque... ¿ne?...»

Y la pobre Santina, que todavía tiene el cuero cabelludo dolorido en diversos sitios como consecuencia de los rudos tirones que sufriera la víspera, por haber interpretado mal una orden referente a la comida del cerdo, no desea en manera alguna equivocarse:

— «Primero hay que dormir al nene, después pelar las papas... Primero hay que dormir al nene, después, pelar las papas...»

Pero el nene no se duerme... No sabe Santina lo que tiene aquel diantre aquella mañana, pero la cuestión es que no quiere dormirse... En vano lo ha paseado, lo ha mecido, lo ha besado y hasta sacudido furiosamente. El nene, con su carita sucia y su casquete de caspa, sigue tan despierto como un ratón y mirándolo todo, con sus grandes ojos azules pitañosos.

«¡Ah, Santina no le tiene rabia al nene, pero a veces y si no fuera pecado... ¡palabra!... que quisiera que se muriese!...»

El nene constituye hoy por hoy el único obstáculo que le impide ser completamente feliz.

En aquella casa se come mucho mejor que en la suya, y además allí no hay que tejer canastos de mimbre noche y día; pero... ¡el nene es una cosa tremenda!... Primero, porque pesa una barbaridad, porque deja los brazos y la cintura muertos, y después porque fastidia y aburre, porque no permite ni un solo momento de verdadera libertad y porque con semejante carga encima no se puede ni jugar ni hacer nada a gusto...

Su mama dijo, cuando la conchavó con «La señora», hará unos dos meses, que a los nueve años, ella, ya estaba cansada de cargar a sus hermanitos, pero a Santina le parece que los hermanitos de su mama no deben haber pesado lo que pesa este chico de los patrones, porque «de no» y con ese genio que tiene los hubiera tirado al río...

«¿Ah, ah?... ¿Por qué entonces cuando «El señor» viene y lo alza un momentito, dice en seguida?:

— «¡Toma, mochacha, toma... que ne pesa propriamente come uno diávolo!»

«¿Ah, ah?... ¡Y con esos brazotes que tiene «El señor» de remar en el lanchón!...»

Y pensando que si no fuera por aquella porquería de nene que no quiere dormirse, ella podría ya haber pelado las papas, puesto la olla al fuego y hasta hecho quizá una escapadita hasta la playa, desde donde le llega el alegre griterío de los otros chicos de la casa que juegan en el bote, Santina se aventura por el derrumbadero de greda rojiza de la barranca, toda sembrada de esas toscas redondas y blanquizcas, que tanto se parecen a la cabeza del nene, y entre las cuales algunos ceibos raquíticos pugnan aún por afianzarse...

«¡Qué linda que es la barranca para jugar; para bajarla y treparla a saltos, pero sola, sin aquel impedimento abrumador del nene, sola y libre como una oveja o como una cabra...!»

Y Santina, después de echar de reojo una mirada de encono a la carita sucia del nene, cambia a éste de brazo bruscamente, y se aparta con la mano libre los rubios mechones que le caen sobre los ojos.

Es que acaba de ver allí, del otro lado de una de esas profundas grietas que abren las aguas pluviales en la barranca, cierta airosa flor de ceibo que se balancea al borde del precipicio...

Santina no necesita para nada la flor aquélla, más aún, está harta de ver flores de ceibo, como que se ha criado entre ellos, pero sin embargo siente tal comezón de alcanzarla, que en seguida se aplica a ello con sus cinco sentidos...

Pero la empresa es más difícil de lo que le pareció en un principio... A pesar de haber puesto al nene, como un paquete, debajo de su brazo izquierdo y de tener el pie derecho tan al borde de la grieta que siente bajo su planta desmoronarse la tierra, Santina no alcanza a arrancar la flor, apenas si logra tocarla a veces con el extremo de su pequeño y ávido índice...

—«¡Gandísima guacha!...»

Pero en ese mismo instante le parece a Santina que el mundo se hunde bajo sus pies, que el universo entero se derrumba sobre su cabeza...

Y es que el borde de la grieta ha cedido de pronto y la niña con su carga en brazos ha caído y rueda por el fondo en pendiente del precipicio entre un turbión de cascotes...

Pero Santina no da ni un grito, y apenas deja de rodar cuando ya está otra vez de pie, cubierta de tierra es cierto, como una comadreja revolcada por los perros, pero sonriendo hacia lo alto, con más curiosidad que aturdimiento...

Mas en seguida se acuerda del nene, y al buscarlo con los ojos lo descubre allí, muy cerca, boca abajo y medio sepultado entre los terrones del derrumbamiento...

Después, Santina siente como un vértigo de locura.

En vano lo besa y lo sacude; el nene sigue con los ojos cerrados, blando como un trapo y la sucia boquita abierta como la de esos cuises que se ahogan en el río... El nene está muerto sin duda alguna.

«¿Y ahora «La señora»?...»

Y en su aturdimiento, o mejor dicho, en la exacerbación de su orágánico espanto de bestiecilla acobardada, Santina que no mira aquella desgracia sino como un daño, como un gran daño material infligido al interés de sus patrones, sólo se preocupa de eludir cuanto antes y en cualquier forma el tremendo castigo que se le viene encima, y al efecto adopta el procedimiento más primitivo aunque quizá, para el caso, en realidad el más práctico. Huir, ocultarse y desaparecer a los ojos de la fuerza encolerizada y vengativa, como cualquier animal del monte herido y acorralado por los perros...

En el primer momento, tanto la empuja por la espalda la mano del instinto, que ya se dispone a abandonar al nene, allí no más, en el suelo, entre las piedras, como si fuese uno de esos sábalos podridos que arrojan las crecientes sobre la playa; pero después Santina reacciona, y adusta y avizora echa barranca arriba con su carga...

Y cuando atraviesa el patio, apresurada y encorvándose como una ladrona para ir a depositar al nene en su cunita, le parecen los pasos de un gigante que la persigue aquellos grandes y acompasados golpes de paleta con que «La señora» continúa lavando allá en el río...

———

Santina está oculta en un gran matorral de salvia y de zarzaparrilla que cae sobre la playa, unas cinco cuadras más abajo del sitio en donde se encuentra el rancho de sus patrones . . .

La niña ha llegado hasta allí de una sola carrera, porque acaba de ver con tremenda emoción y desde una altura de la barranca como «La señora», dejando de lavar, tomaba el camino de la casa, apresuradamente, casi trotando, como hacen las vacas con cría cuando se acuerdan de pronto del ternerito dormido entre los juncos...

«¿Qué irá a suceder ahora?» Y a la pobre chicuela sofocada de fatiga y estremecida de espanto, ningún refugio le parece seguro, ninguna distancia lo bastante larga como para ponerla a cubierto del formidable estallido que presiente...

¡De buena gana se sepultaría como un caracol o como una anguila entre aquel barro amigo, de la playa!...

Por eso en los primeros momentos Santina, pegada al suelo y aturdida por el martilleo de la sangre en las arterias, no mueve un solo dedo... Le parece que de todos lados llega gente en su busca, hombres y mujeres, furiosos y vengativos que revuelven los matorrales para descubrirla, para hallar y castigar a la infame muchacha que acaba de matar a un nene...

Pero como el tiempo transcurre sin que suceda nada y el gran silencio del sitio obra sedativamente sobre sus alborotados nervios, Santina comienza a deponer el espanto animal que la domina y a sentir en cambio una honda sensación de desamparo y de tristeza, que poco a poco le

inunda el corazón y concluye por hacerla llorar.

«¿Y ahora?... ¿Qué va a ser de ella ahora?... Ya no podrá ir a casa de sus patrones, ni a la de sus padres, ni a ninguna parte... ¿Quién va a perdonarle nunca lo que ha hecho?... ¿Quién dejará de matarla a palos apenas se presente?»

«¡Ah, ah!... ¿Sus padres, que le pegan con la vara hasta dejarle las piernas llenas de listas negras, porque pasó mal un mimbre en un canasto, o porque por descuido dejó que la corriente se llevara el mazo puesto a remojar en el río? ¿«La señora» que casi le arrancó los pelos la víspera porque olvidada, dejó a la mitad del camino el tacho con la comida para el cerdo?...»

¡Ah!... Para cualquier lado que mire en busca de un auxilio o de un amparo, Santina no ve, no puede ver sino ojos fulgurantes de cólera y manos levantadas para pegar, como que la pobre no vió nunca a la gente reaccionar de otra manera...

Su padre le pega a su madre; su madre le pega a ella y a sus hermanitos; «El señor» también le pega a «La señora», según ha podido comprobarlo, cuando se quema «el pesto» de los tallarines, y hasta don Pepín, el capataz del horno, le pegó una vez a su padre en su presencia...

Todos pegan en seguida y por cualquier cosa; el más fuerte al más débil, el más grande al más chico, el más valeroso al más pusilánime; pero de dos, siempre hay uno que pega... ¿Qué misericordia puede aguardar, pues, Santina en el trance en que se encuentra, con la experiencia que tiene y convencida como está de la enormidad de su delito?...

— «¡Caray!... ¡Ni Dios, ni la «Madona Santísima»!... La «Madona Santísima»... La «Madona Santísima»...

Y algo que se inicia como un recuerdo vago de cosa contada chispea un momento en el cerebro de la niña y luego se enciende y lo ilumina con una gran luz de esperanza:

— «¡Oy!... es cierto!... ¡«Madona mía!... ¡Madona Santísima!... ¡Salvamiló!...» ¡Ah, ah!... Su mama... Hace mucho... Santina no recuerda cuánto, pero cierto, ciertísimo... Fué cuando la inundación grande... cuando vinieron a decir que la isla de «Los Carpinchos» se había quedado todita debajo del agua y que los hombres que estaban allí, cortando leña, entre ellos su padre, se debían haber ahogado a la fija... «¡Madona mía, Madona Santísima, Salvamiló!...»

— «¡Ah, ah!...» La recuerda patente a su mama, toda despeinada, de rodillas ante la imagen de «La Madona», que está encima de la cómoda, impetrando a grandes voces:

— «¡Madona mía!... ¡Madona Santísima!... ¡Salvamiló!»...

Y Santina, después de permanecer por espacio de algunos segundos inmóvil y completamente abismada, se pone bruscamente de rodillas y juntando las manos vuelve hacia lo alto sus claros ojos iluminados de esperanza y de fe:

— «¡Sálvame Madona mía!... ¡Madona Santísima, yo te lo pi...»

Pero bruscamente Santina interrumpe su ruego. Ha oído un rumor de pasos sobre la arena y ve en seguida a su padre que, con un gran manojo de mimbres bajo el brazo y caminando distraídamente, va a pasar sin duda casi rozando los matorrales de su escondrijo... y en su apuro por ocultarse, la niña llama la atención del hombre que, sorprendido al principio y al ver aquel movimiento de los yuyos y hasta quizá alguna guedeja leonada e inquietante, se para en seco y hace ademán de recoger una piedra; pero muy luego sonríe reconociendo a su hija:

— «¡Ah, bruta bestia!... ¡Me ha fato paúra!...»

Y extrayendo del mazo una vara de mimbre se allega a la niña, ya ceñudo y ya estremecido de cólera:

— «¿Ma... ¿cosa fa de li?... ¡Sacramento!...»

Al llegar al linde del patio de sus patrones, Santina, en un ramalazo de desesperación, intenta una vez más escapar a la vigilante custodia de su padre echando a correr como una loca; pero éste, avisado, la atrapa de un salto y la vara cimbradora y silbante torna a caer en aguacero de azotes sobre la rubia cabeza, sobre la espalda encorvada, sobre las gráciles piernas desnudas, ya llenas de costurones rojizos...

— «¡Andiamo... Sacramento!... ¡Bruta bestia!... ¡Andiamo!...»

Y dominada por el rigor del castigo y empujada por la férrea mano de su padre, la niña, con los ojos extraviados y sin sentir lo que pisa, camina ya a través del patio cuando una visión estupenda la detiene en pasmo de asombro y la hace caer de rodillas.

«La señora», dando el pecho al nene, acaba de aparecer en la puerta del rancho y ríe ante el espectáculo bárbaro que tiene ante los ojos, con una gran risa perversa que hace sacudir toda su carne...

Al ver la actitud de su hija y tomando aquello sin duda por una nueva rebelión, el padre de Santina vuelve a azotarla brutalmente:

— «Ma... ¿cosa fa de li?... ¡Sacramento!...»

Pero Santina, que parece no oirle ni aun sentir los azotes, arrodillada en medio del patio y alzando las manos juntas por encima de la cabeza, grita con voz aguda y vibrante:

— «¡Madona mía!... ¡Madona Santísima!...»





Tardecita



TARDE rosa que floreces
perfumando en el jardín,
como un rosal exquisito,
tarde ligera de Abril:
¿Por qué no eres más que un alma?...
¿por qué no quedas en mí,
cual un recuerdo soñado?
¿por qué no puedes vivir
y ser la novia que espero,
tarde ligera de Abril?



Mientras subes en las alas
de un celaje, queda gris
el mundo: se ha enamorado...
Tú, flúida te dejas ir,
como si fueses de agua.
¡Oh, tardecita infantil
que pareces un arroyo
que va brillando a morir
por entre orillas de nubes
de un fantástico país!
Barca de oro del espacio,
¿no quieres anclar aquí?



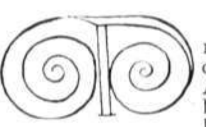
Beso de luz, despedida
tan piadosa, que al partir
eres como una esperanza.
Tienes algo de un jazmín
que se deshoja en un vuelo...
¡Si la vida fuera así!
Una dulzura que sueña
con una dicha sutil,
casi un anhelo que sube,
porque no quiere morir...
Si eres un amor y un alma,
¿por qué te alejas de mí,
y te evaporas volando,
tarde ligera de Abril?

PEDRO MIGUEL OBLIGADO





La locura del capitán Mac Gee

ESDE las encrucijadas de la calle Australia hasta los baldíos del barrio de los amarillos, nadie dudaba en la Dársena Sud que el capitán Mac Gee estaba loco de remate.

Lo que ignoraban todos era el origen de su decadencia profesional. Porque bastaba escucharle durante un par de horas, en las mesillas del bar de Juliette la francesa, incrustado en un recodo de la calle Pedro Mendoza, para convencerse de que era, o había sido, un hábil marino.

Y no era tan viejo el capitán Mac Gee. Podría tener unos cuarenta y cinco años, y su físico hacía pensar en una estatua de bronce empapada en alcohol...

Un negro jamaicano lo acompañaba siempre, como un eco, como una sombra, como un mal espíritu. Un negro sordomudo, que había sido cocinero en uno de los veleros que comandó Mac Gee en su borroso pasado, y que solía trabajar como reemplazante en los figones de Nino el Italiano, en el Dock Sur, o en los restaurantes genoveses de la Vuelta de Rocha.

Mac Gee era, entre otras cosas, un ebrio consuetudinario. No pagaba sus copas más que cuando el negro sordomudo, que se llamaba Jimmy Kingston, le entregaba los centavos ganados en las cocinas de los figones ribereños.

Pero el crédito del capitán Mac Gee era poco menos que ilimitado en las zonas portuarias. Porque en las encrucijadas de los puertos internacionales, llámense Buenos Aires, Montevideo, Trinidad, La Habana o Marsella, los capitanes de barco, aunque estén en decadencia, siempre

gozan de crédito. ¿Acaso uno sabe cuando volverán a mandar veleros o pailebotes de muchas toneladas?

La locura del capitán Mac Gee era singular.

Todos en la Dársena Sur estaban hartos de la historia, contada hasta el cansancio. Bastaba que el pobre Mac Gee bebiera un par de copas y comenzara el relato del hundimiento de la goleta «Miriam» para que todos, desde Juliette la francesa hasta Girini, el dueño del bar Garibaldi, lo dejaran solo, narrando el lejano y borroso suceso a las litografías de las familias reales que adornaban la pared.

El único a quien la historia de la goleta «Miriam» parecía interesar vivamente, era al negro jamaicano.

Como el negro era sordomudo, es de presumir que no oía una sola palabra del relato. Pero parecía seguirlo por los ademanes de Mac Gee, que gesticulaba violentamente, poniéndose de pie, describiendo con detalles lúgubres aquella distante tragedia de las olas.

Si Jimmy Kingston hubiera podido hablar...

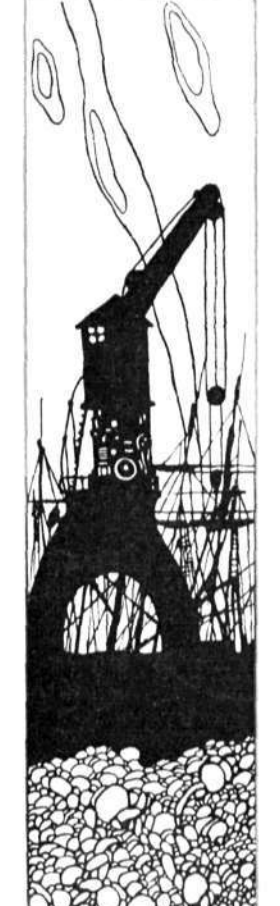
Porque él había presenciado el hundimiento de la goleta «Miriam». Era el cocinero de a bordo.

Mac Gee interrumpíase a veces en su narración, y enjugándose el sudor que corría por sus mejillas, señalaba al africano, y decía al auditorio:

— Este negro lo sabe... Se salvó conmigo cuando se hundió la «Miriam»...

Por espacio de tres años, Mac Gee, el jamaicano y la historia de la goleta anduvieron por la ribera de Buenos Aires, hasta que la leyenda de la locura de Mac Gee fué un hecho reconocido por todos.

Naturalmente, no faltaron espíritus suspicaces que hicieran extrañas afirmaciones sobre la enajenación mental del navegante, y su afán de repetir la historia de un velero de segundo orden que se hundió frente a Fidji hacía muchos años.



Pero eran habladurías, seguramente.

Mac Gee y el negro, si es que algún secreto existía en todo aquello, lo guardaban cuidadosamente. Especialmente el jamaicano...

Fué un mediodía de invierno, en pleno agosto, cuando al capitán Mac Gee le dió el primero de los tres ataques reglamentarios de «delirium tremens», en el bar de Juliette la francesa.

Estaba lloviendo, y el bar hallábase solitario.

Jimmy vió caer al suelo a su capitán, retorciéndose extrañamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma, y creyó que iba a morir.

Juliette la francesa, que estaba dentro, acudió al oir el ruido de las copas que caían, y también creyó que Samuel Mac Gee emprendía el viaje al infierno.

Pero los dos estaban equivocados. Porque Mac Gee reaccionó, y siguió cargando combustible líquido por espacio de quince días, hasta que una mañana de sol, a principios de septiembre, un segundo ataque dió en tierra con el navegante.

Jimmy miró a su capitán, y después dirigió sus ojos relucientes hacia el gran canal de la Dársena Sur.

Estaba entrando un velero, un velero pintado de rojo sucio, con las velas plegadas, arrastrado por un remolcador estridente y afanoso.

En la proa, al lado de un destruido Eolo que hacía de mascarón, leíase en letras blancas un nombre: «Miriam».

Emitiendo ruidos extraños, el africano se ocultó debajo de la mesa, mientras Mac Gee seguía arrojando espuma por la boca.

Juliette la francesa se acercó asustada.

— Los dos están locos — murmuró, enviando en busca de la policía y de la Asistencia Pública.

Samuel Mac Gee ya no deambula por los malecones ni por los chamizos de la Dársena Sur.

Pero cada vez que los parroquianos de la «Campana Azul», del bar Garibaldi, de «Las Armas de Cardiff», del «Droning Maud», del café Dalmacia y los patrones de las balleneras que traen naranjas del Paraguay ven pasar a Jimmy el africano, idiotizado, taciturno y harapiento, recuerdan la historia de la goleta «Miriam». Mac Gee, antes de irse al infierno, la contó por vez última y confesó la verdad.

El había llevado la goleta «Miriam» a la catástrofe, deliberadamente.

Los dos cajones de libras esterlinas que embarcara en Liverpool con destino a un Banco de Melbourne, Australia, le hicieron pensar en un naufragio. Encalló el velero frente a las islas Fidji, saliéndose un poco de las grandes rutas del tráfico oceánico, dejó que se ahogaran sus veintiséis tripulantes, y resolvió esperar un año o dos, a fin de que nadie entrara en sospechas.

Jimmy fué su cómplice.

Pero Jimmy era un negro ignorante, y aunque cocinó durante veinte años en los barcos del mar, era capaz de perderse solo, en el Caribe o en el Mediterráneo, como un niño de dos años en una casa a obscuras...

Después del hundimiento de la goleta «Miriam» empezaron a decirse cosas feas de su capitan, en Suva, la capital de las islas Fidji, en Melbourne y hasta en Liverpool. Sam Mac Gee fué citado por los diarios.

Por eso estaba oculto en las tabernas de la ribera de Buenos Aires, soñando con aquel tesoro siniestro que velaban veintiséis esqueletos de antiguos compañeros, a pocas brazas de profundidad, entre las rompientes.

Ahora Sam Mac Gee estaba muerto. El pailebote «Miriam», matrícula de Helsingfors, surgió ante sus ojos alcoholizados como el espectro de aquella goleta «Miriam», matrícula de Liverpool, que dormía con sus cajones de libras esterlinas y sus esqueletos bajo las aguas azules del Pacífico, desde hacía ocho años. Y el espectro, junto con el whisky, lo mató.

Algunas personas en la Dársena Sur, entre ellas Juliette la francesa, soñaban vagamente con aquel tesoro criminal que yacía al otro lado del planeta, casi al alcance de la mano...

Pero nadie sabía a ciencia cierta donde se había hundido la goleta «Miriam». Solo dos personas podían informar sobre el sitio exacto.

Una de estas personas estaba en el infierno.

Y la otra era un negro idiota y sordomudo que pedía limosna en la calle Pedro Mendoza, desde las encrucijadas de la calle Australia hasta los confines del barrio asiático.







HECTOR P. BLOMBERG

Canción de una noche de verano

Por Rafael Alberto Arrieta



Primera noche de verano,
tu voluptuosa languidez
latía, bajo el duro invierno,
en lo más hondo de mi ser.

Y al escuchar en cada vena
la melodía de tu voz,
y al aspirar en cada sueño
tu aroma, como en una flor,

mi alma y los fríos desmayaban
de voluptuosa languidez,
noche amorosa y femenina,
entre tus brazos de mujer...

¿Eres la misma que encendiera
mi llama, mi divino mal?
¡Cómo tortura y adormece
tu disolvente suavidad!

Siento en el alma la caricia
de tu incorpórea desnudez...
Te aspiro y muero, noche amante,
sobre tu seno de mujer.

¡Oh, noche! Cíñete a mi cuerpo,
hazte pequeña para mí,
quiero escuchar, contra mi pecho,
tu corazón azul latir.

El me dirá si difundido
en tu amorosa languidez,
aspiro el sueño de otra alma...
entre tus brazos de mujer!





LA FIESTA ESPAÑOLA



POR

ALONSO

AMERICA!



SON las nubes que fingen en el horizonte una apariencia de costa? No; aquello es la realidad, América surgiendo al claror de la luna. ¡América!, palabra rítmica, de dulce y misterioso sentido para los corazones esperanzados. Después de la gran guerra es una palabra sinónima de paz. Porque es aquí, en el continente americano, donde los hombres que la terrible aventura desconcertó buscan una nueva vida redentora. Por eso acuden de todos los rincones de la intranquila Europa buscando realizar un sueño de pacífico trabajo. América inicia la tercera fase de su alta misión hospitalaria ofreciéndose a los hombres de buena voluntad. ¡America! exclaman con entusiasta acento los nuevos descubridores, como mortales enamorados de una diosa.



El prodigio de la seda

Un sonriente y cortés vecino de Tokio contóme hace tiempo una leyenda que explicaba el prodigio. A los pocos días, habiendo olvidado el nombre de la heroína, se lo pregunté a una sonriente japonesita, para lo cual tuve que referirle la historia. Asombrada me dijo que aquello era un *uso banari*, es decir, una historia inverosímil, un cuento en el sentido dado a esa palabra en la Argentina. Otras personas confirmaron lo dicho por la bella tokinense. No pude volver a entrevistarme con el simpático cuentero o *cuenta musas*, quien, por lo visto, era todo un poeta o literato, cuyo nombre, el mejor día tal vez figure en la portada de un libro interesante.

La seudo leyenda es así, y la transcribo con la esperanza de que alguien la confirme o la desmienta definitivamente.

Sericaria mori (démosle el nombre científico en lugar del inventado por el aludido japonés) era la Cenicienta de las mariposas chinas. Sus hermanastras iban todas las noches a las fiestas del palacio imperial abandonando a la pobre mariposita. Ella soñaba con ir también al palacio del emperador de los jardines.

Resulta necesario advertir que en aquella época las mariposas se parecían a las aves, esto es, nacían directamente del huevo.

Una noche Sericaria

UNA «MUSMÉ» OBRERA.

EL BANQUETE DE LOS GUSANOS.

DESPUÉS DE LA COMIDA.



les infundió nueva y múltiple vida.

¿No habéis presenciado el sublime y vulgar prodigio? La Cenicienta, convertida en una oruguita negra, se transforma en gusano, y éste fabrica el capullo o palacio donde la Bella Durmiente del Bosque aguarda la resurrección del amor. Como prenda de eterno cariño el príncipe hizo devanar el primer capullo y tejió una bolsita dentro de la que guardaba el retrato de Sericaria.

Así nació la seda. De haber guardado el príncipe aquel secreto no hubieran ocurrido las cosas que sucedieron y siguen sucediendo. Como todas las cosas que caen bajo el poder del hombre, la seda es buena y es mala a

LA SEÑORITA CRISANTEMO ENTRE LA DORADA COSECHA DE CAPULLOS.

LOS GUSANOS CONVERTIDOS EN CRISÁLIDAS QUE EL AGUA HIRVIENDO MATARÁ.

fué al palacio imperial, y por su graciosa modestia enamoró al príncipe heredero. Las hermanastras de la gentil preferida la asesinaron por envidia, pues también hay Caínes entre las mariposas. Al enterarse el príncipe, en lugar de tomarse la venganza por su mano recurrió a la sabiduría de Buda. Buda intervino, pues amaba al príncipe tanto como a todos los seres y todas las cosas. Buda sabe castigar sin castigar; del más monstruoso crimen saca un beneficio para las criaturas. Buda premia y castiga mediante una ley todopoderosa que se llama metempsicosis o transmigración. Extendiendo sus manos sobre las cenizas de la pobre Sericaria, que habían caído sobre una hoja de morera

NIDOS DE CAPULLOS.



HILANDO LA SEDA.

un tiempo mismo. Por algo los budistas japoneses llaman a este bajo mundo *ni no oku yama*, palabras que significan literalmente: las montañas inaccesibles del egoísmo.

La seda es la miel de la vanidad. Por gustarla se cometen hasta crímenes y degradaciones. Pero también es el pan de innumerables humildes. Los hombres en afán de lucro y de lujo asesinan a los descendientes de Sericaria para que no destrocen los capullos. *Torito gozai masu*, es decir: yo deseo tomar, resume esa sed ardiente de dominación tan común en los hombres buenos como en los malos.

A impulsos del deseo la legendaria sericultura japonesa se va transformando con demasiado rapidez. Ya existen fábricas a la europea donde las máquinas aceradas de hilar y tejer reemplazan a los artísticos instrumentos arcaicos. Sin embargo, allí donde el ansia de poderío industrial no imitó a otras ansias de poderío disfrazándose a la occidental, existen los talleres típicamente nipones.

Allí las Mireyas japonesas cuidan en familia la cría gloriosa del gusano; allí se hila y se teje como en los tiempos del Japón impenetrable, del Japón plenamente artístico y pintoresco. Esta industria tradicional se practica como un culto entregada a los cuidados de una cofradía o gremio de obreros habilísimos.

Contemplad detenidamente estas fotos que asemejan copias de cuadros. El observador hallará en ellas inacabables detalles de una vida hermosa. Hasta aquellas que reproducen las banastas donde se acondicionan cuidadosamente los capullos tienen mucho de artísticos.

No es ocasión de detallar cómo las obreras, que parecen mariposas, y los obreros, acurrucados a estilo de gusanos, trabajan la materia prima de donde el lujo de cien modas sacará provecho.

Cantos leves, quejumbrosos, monótonos imprimen ritmo a estas tareas. Parecen salmos que acompañaran la realización del misterioso prodigio. Y los artífices sonríen ante su obra, con esa sonrisa que es un alivio de rudas labores.

UNA RUECA ANTIGUA

Raúl P. Osorio.

PELICULAS

La CASTIZA VERBENA

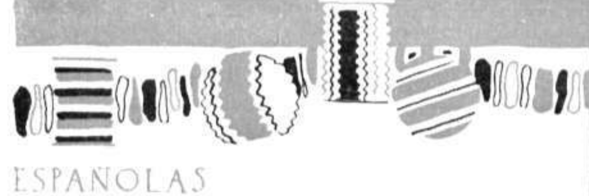
Recientemente ha sido filmada en Madrid la obra maestra del género chico. La adaptación cinematográfica, hecha a base de lindas mujeres y de fiestas populares, obtuvo un gran éxito, pues importa un triunfo del madrileñismo neto. El castizo sainete, aunque despojado de



«TAMBIÉN LA GENTE DEL PUEBLO TIENE SU CORAZONCITO Y LÁGRIMAS EN LOS OJOS Y CELOS MAL REFRIMÍOS.»



UNO DE LOS MOMENTOS MÁS MUSICALES DE LA VERBENA.



ESPAÑOLAS

DE LA PALOMA

la prosa y el verso magistrales que Ricardo de la Vega escribió, es un vigoroso cuadro de costumbres españolas donde por vez primera el extranjero las verá sin añadidos de abanico y pandereta. *Este film, hecho por artistas hispanos*, es un triunfo de la cinematografía peninsular.



TABLADO DE BAILE ANDALUZ QUE EL FILM HA INTRODUCIDO EN LA OBRA.



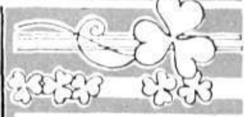
«UNA MORENA Y UNA RUBIA, HIJAS DEL PUEBLO DE MADRID, ME DAN EL OPIO CON TAL GRACIA QUE NO LAS PUEDO RESISTIR.»

Caras y Caretas en Italia

Los Campesinos







EL ARRORRÓ AL REVÉS: EL NENE VELA Y LA MADRE DUERME.

Dijo Federico Garlando que Italia ha sido y será siempre el país de la belleza, belleza irresistible, inefable, suprema. «El mar suave y azul, los Alpes solemnes y majestuosos, las llanuras ondulantes, los valles risueños, las ciudades con sus monumentos de arte, las aldeas con sus iglesias y sus «campaniles». ¡Cuán rica y variada e inagotable es esa belleza!»

Si se penetra en Italia por el valle de Susa o el de Aosta, o por la vía de los lagos, la del Veneciado o del Brenner, en suma, por cualquier camino que se escoja, en todas partes se ven campos que parecen jardines y, sobre todo, campesinas robustas, contentas, con la sonrisa en los labios. Las campesinas de Italia, esas rústicas flores del campo, bellas como las rosas de los jardines, son para cualquier pintor inteligente y de buena voluntad una fuente inagotable de estudio, y por eso me complace hablar de ellas.



RECOGIENDO HOJAS DE OLMO PARA EL GANADO.

El pintor que quiera fijar en la tela los fuertes rasgos de las bellezas agrestes, no falseados por los cosméticos ni por las paletas del gran mundo femenino, no tiene más dificultad que la elección.

En el valle de Aosta encontrará trajes soberbios; las campesinas de las montañas llevan pantalones, como los hombres. En el Veneto usan grandes sombreros de paja, y tienen tal distinción que parecen auténticas damas aristocráticas. En Lombardía, las famosas *arroceras* trabajan duramente, con el agua hasta las rodillas, y en perpetua lucha con las sanguijuelas y otros bichos acuáticos. En la Liguria, a la orilla del mar, el cuadro es más armonioso: mujeres magníficas se dedican al cultivo de las flores, y se confunden las flores de los jardines con las flores humanas. En Toscana y en la Romagna se ven campesinas activas, laboriosas, dedicadas al cuidado de sus limpias casas. En las Marcas y

en la Umbría costumbres sobrias y mucha elegancia en el andar; las mujeres usan ropa blanca fina y olorosa y tocados inmaculados que aumentan la gracia de sus facciones. En los Abruzzos, la tierra de D'Annunzio, mujeres morenas, ojos magníficos, cutis trigueño, cabellera abundante.

Sin embargo, no todas las campesinas se prestan para servir de modelo a los pintores; casi todas las que lo hacen proceden de Saracinesco y *Anticoli*, en la provincia de Roma



CAMINO DEL MERCADO. MIENTRAS EL ESPOSO TRABAJA LA TIERRA.

UN IDILIO CAMPESINO EN AMALFI, FRENTE AL MAR.

LAS MEJORES NODRIZAS VIENEN DEL CAMPO.

DOS BELLEZAS DE PALOMBARA (ROMA).

fuertes, vigorosas, trabajadoras, activas, apasionadas, capaces de recorrer a pie treinta o cuarenta kilómetros con la mayor desenvoltura.

En el Lacio, las mujeres son algo macizas, como las de Montecelio; van escotadas, así las jóvenes como las viejas, y usan trajes vistosos. En la provincia de Caserta y en el valle del Mari es donde se ven quizás los más hermosos ejemplares de campesinas de toda Italia:

En los contornos de Nápoles hay un tipo característico de campesina: pequeña, muy viva, todo fuego, como si tuviese lava en la sangre. Lo mismo puede decirse de las sicilianas, que tienen los ojos todavía más negros y el cutis más obscuro y cuya vivacidad es también proverbial.

RAFAEL SÍMBOLI



LOS ULTIMOS MODELOS DE PARIS

AMARANTE

ELEGANTE VESTIDO DE «CHARMEUSE» AMARANTE ADORNADO CON PRECIOSOS BORDADOS; EL CINTURÓN ES DE «CHARMEUSE» BLANCO; ÚSASE PARA ESTE VESTIDO, COMO COMPLEMENTO, UN LARGO COLLAR DE AZABACHES.

EL CASTAÑERO



ENTRE los tipos populares europeos que la inmigración no ha logrado implantar en estas tierras, hállase al vendedor de castañas asadas. La gente latina aquí congregada puso en manos del almacenero la tradicional misión de ofrecer al público ese prehistórico, harinoso y dulce pan. En Europa, desde la era de Maricastaña, el castañero es un técnico especialista popularmente conocido y apreciado. No trabaja todo el año: abre su negocio el día de los Difuntos y lo clausura por Navidad. Las artes pictórica y fotográfica encuentran en ese tradicional tipo pintorescos modelos.



LA CONGESTION DEL TRAFICO

POR SIRIO

Con sus paquetes va la afanosa
turba corriendo por la ciudad.
Paquetes blancos, paquetes rosa...
todo el muestrario de la famosa
paquetería de Navidad.

Del Juez



El banquete había sido todo un éxito, y ahora el Juez, con nosotros, en su bufete y ante una copa de alcohol hediondo de trementina, comprendía que le tocaba ser locuaz. Juan Cacique, nieto de Rosas y unido al Juez por vínculos de afinidad, simpatía o parentesco, le dió pie para ello con esta pregunta ilimitable:

— Y ahora, Maestro, ¿haremos como Cincinato?...

— Sin duda, muchacho; sin duda. Dejaré en un rincón la espada de dos filos que esgrimí durante veinticinco años, la pavorosa espada de Themis, y cultivaré mi huerto, tierra de nociones que sembraré con semillas de experiencia.

— ¿La cátedra?...

— ¡Bah!... Eso es demasiado estrecho y tan frío como un tribunal; después de jubilarse en la justicia, volver al derecho, sería como enviudar y meterse a fraile. Yo haré periodismo...

— Que es como enviudar y casarse con una bailarina...

— La cortejaré, solamente. Tengo amigos en las direcciones de los diarios; el estilo forense me ha dotado de esa concisión activa y terminante que nos capacita para agotar cualquier tema sin más análisis que el de nuestro mero punto de vista; mis trabajos, pues, escritos en la tranquilidad del club, profundizarán en la mina legal las más actuales vetas de la trivialidad ciudadana, y saldaré así mis cuentas con la sociedad ..

— Ella le es deudora...

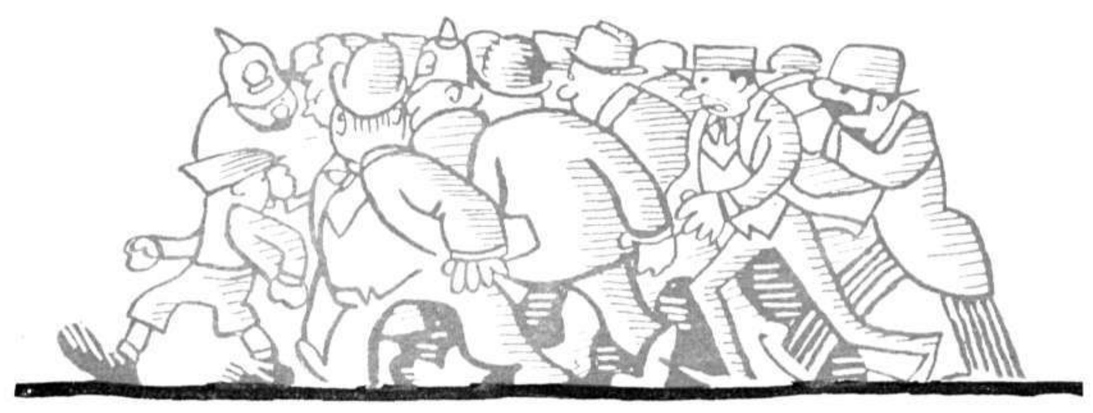
— De simpatía, cuando menos. Yo, siempre en mi fuero civil, he podido apreciar cómo es ésta la rama más ingrata de la justicia. Un magistrado del fuero comercial cuenta los doloridos como un ínfimo cuociente de los agraciados por obra suya, pues aun cuando sólo fuesen uno el condenado y otro el vencedor, es seguro que contadores, síndicos, peritos, tasadores, administradores, rematadores y la mar... comerán de su fallo, cualquiera que sea su sentido. A su turno, un juez del crimen perdona o venga, nunca daña y siempre se populariza. Si le place ser rígido, será un Dracón moralista; si prefiere ser benigno, parecerá un Magnaud humanitario; cuando condena a Crainquebille vela por la sociedad; cuando se obstina en guillotinar a Cabuche se torna en un puntal del ministerio, de la administración, del gobierno. En todo caso, la frecuencia con que se les acusa de venalidad, de cohecho y de prevaricato prueba hasta donde es cierto que ellos tienen en sus manos la vida y la hacienda del ciudadano, poder que contribuye a formarles un concepto de responsabilidad práctica, material y operante que les permite tasar al firme la dádiva con relación a la injusticia que se les exija, y vender sus sentencias por lo que realmente valen. ¡Felices ellos!... Cada uno con su minúsculo codiguito debajo de la axila, vélos, muchacho, navegar viento en popa por las mansas aguas de los balances, éste; por el remanso de la disciplina policial, aquél; y no te alarmes demasiado si alguna vez distingues al timón al más ilustre de los fallidos o a la más comprometida de las beldades.

Pero nosotros, jueces civiles, tan impedidos de hacer verdadero bien como verdadero mal, hacemos doctrina, que es como hacer mayonesa, y los fiscales, que miran bizco, aun vienen a cortárnosla, frecuentemente.

— En efecto, es indudable, Maestro, que la ley escrita se opone pasivamente a la evolución natural del derecho y que éste se hace más elástico por la subsecuente emisión de doc-







trina. Entonces, los fiscales encargados de mirar la letra...

—No, no es eso; si ellos también tienden a hacer idéntica cosa que nosotros; sus vistas y nuestras sentencias aspiran a aparecer en la misma columna del mismo rotativo; cuando se nos oponen es por emulación, o por falta de vinculación personal, simplemente. Nuestros formales enemigos son aquellos que sin ser verdaderos sabios, sin estar doctoralmente adscriptos a ninguna ciencia, se llaman a sí mismos sembradores de ideas; los subjetivadores en el propio temperamento de toda el alma popular, los autodidactas, racionalistas y naturistas; los socráticos y los platónicos, en una generalización, que nunca midieron la disciplina de su paso en los convencionales senderos del jardín de Academo. Llévale nuestro código de comercio a Carlyle, a Ruskin o a George y te lo admitirán sin más adición que algunos consejos sobre moral económica y economía política; preséntale nuestro código penal a Zola, a France o a Shaw, y se limitarán a prologarlo de psiquiatría y de psicología social; pero si te atrevieses a leer nuestro código civil a cualquiera de ellos, el pensador, el artista, el fisiócrata, el liberal, el racionalista y el agitador te lo arrojarían a la cara, asegurándote que en sus míseras páginas la utopia del derecho tradicional ha ido más allá, en absurdo y tiranía, de lo que alcanzó a pretender con de L'Isle Adams, Wells o Bellamy, la utopia de la perfectividad.

—Muy bien, pero observe usted, Maestro, que aquellos espíritus, por demasiado hondos e inquietos, no pueden ser seguidos en su profundidad ni en su movimiento por la masa social que usted regula; sus obras llegan y pasan de moda produciendo, cuando más, revoluciones políticas, pero nunca esas revoluciones morales que afectarían a su «imperium» de Juez. Ellos mismos viven sujetos al fuero general y hasta son en la vida práctica dóciles ciudadanos, por demás sobrios y convencionales.

—Ahí duele, precisamente. Ellos nos demuestran que somos injustos, y nos lo ratifican poniéndose a salvo, sin esfuerzo ni pena, de nuestras injusticias. El burgués que cultiva el honor caballeresco, el valor personal, la posición social, el régimen medioeval de la familia legal, la propiedad adquirida o trasmitida, la persona jurídica y las mil fórmulas y ficciones de derecho común, ese no da dos pasos sin caer de bruces en el código civil e implorarnos que lo levantemos, aunque más no sea para tener el derecho de darse por mal parado y hacernos a nosotros causa de sus mil propias necedades. Pero en cambio, esos que tú llamas espíritus hondos o inquietos, obedecen tan sólo a su agria razón y a su recta naturaleza, están bajo nuestra férula como Epicteto bajo la de su amo; duermen como Gavroche en la panza del elefante-maniquí, y son todavía tan ricos que aun brindan hospedaje a los vagabundos. Ellos cultivan la duda por temperamento y la ironía por educación, son el demonio tentador de los optimistas y su corrección se parece a la prudencia de Mefistófeles cuando, después de enervar el brazo del soldadote para que la pasión lo asesine, huye explicando:

Me entiendo muy bien a veces
con la policía, pero
tratar para nada quiero
con escribanos ni jueces.

—Mefisto es la magia científica, Valentín la tradición feudal, Fausto el espíritu nuevo: ya sabemos, pues, quien debe morir y por cual mano; el drama no puede ser más histórico ni más humano al mismo tiempo.

—Te engañas como un filósofo, y otro te ha dado ya respuesta. Dime, pues, si no son hijos de Fausto y ahijados de Mefistófeles los idiotas que imaginó Renán, indiferentes y regresivos del sumo progreso conquistado por sus padres, y echados como simios para gozar con el último rayo del sol la última hora de su bestial apego a la tierra. El asesinato del espíritu nuevo por la tradición, eso es lo histórico; la traición de Fausto a Mefistófeles, eso es lo humano. La infelicidad de que el hombre se queja no es el hastío del pasado, sino la inquietud del porvenir que le mezclaron los innovadores a la sal que sazona su bocado magro o suculento, y es el sedimento de desconfianza en las instituciones que la obra de aquéllos va dejando en el organismo social, que no las elimina sino con un drástico enérgico, el Héroe, o el Reformador. Ya sabemos que todas las demagogias acaban en un imperio, y que todas las morales cristalizan en una religión, pero para que esta evolución se produzca, para que de Cornelia nazca un César y de Carlota Corday un Napoleón; para que el progreso indefinido no nos vuelva a la naturaleza, en lo político, y al simple fenómeno químico, en lo científico; para que el error y la tiranía cumplan periódicamente su santo ciclo de renovación de ambiciones materiales y de ideales metafísicos; para todo ello es necesario que perdure inmutable un centro de órbita, rienda magnética de cuanto gira a su alrededor y que sin ella se lanzaría al abismo de la recta. Esa rienda soy yo, el Juez, el calumniado Juez civil...

—Con su código civil, por supuesto...

—¡No, mentecato! Con el de procedimientos...

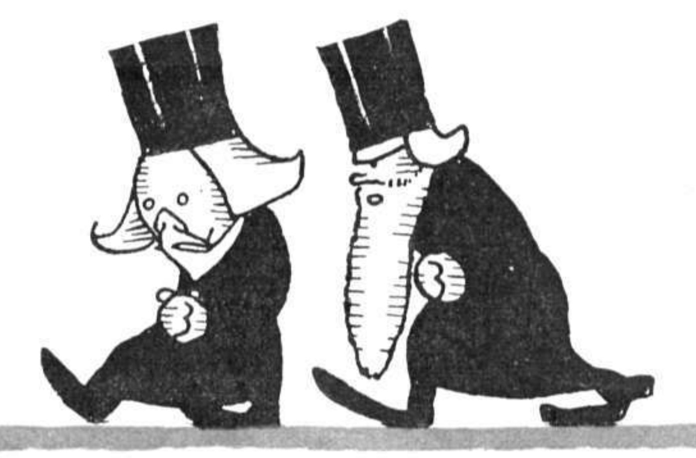
—¿Cerrado?

—¡No, ingenuo!... abierto como... como un libro. ¿No te ha enseñado tu profesor de la materia que una «acordada de los tribunales» y una «jurisprudencia sentada» del Boletín Judicial pueden más que todos los códigos cerrados y que todas las constituciones y cartas magnas? De cuantos pisan el Palacio de Justicia sólo hay un hombre que a ratos perdidos recuerde de buena fe la existencia del Código Civil: el Señor Fiscal de ese fuero, personaje todavía embrionario, que sabe que con el andar del tiempo será Juez, y Camarista, y Miembro de la Suprema Corte, escalafón tan lisonjero éste como para inducir en todas las timideces y en los mayores acatamientos.

—En teoría, eso parece paradoja, Maestro...

—Lo sería si la ley nos viniese del Sinaí, escrita por Javeh y traída por Moisés. El fiscal sería entonces el conservador y el tradicionalista por excelencia, como que Moisés no era

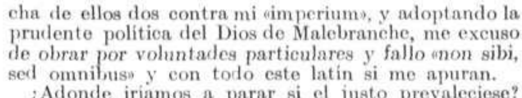




sino el Fiscal de Jehová Juez, y Aarón su oficial de justicia, bastante bien caracterizado por cierto. Pero el *riente espíritu consejero y su ecceoso correveidile* envejecieron y Daniel los sucedió, retórico y argumentista; y Salomón lo destierra a éste ahora, sensual y enciclopédico. Belkiss peregrina a su encuentro, y cuando comprende que cada trescientas y una veces le llegará su turno, lamenta histérica no haberse abandonado desde el primer momento al más ascético y místico de sus conterráneos. ¿Sabes quien es ella? Pues el derecho natural. ¿Sabes quien es éste? Pues el anarquismo, el crimen de orden público a la defensa del fuero privado.

Pero mientras la ley nos venga de la Cámara de Diputados, cuerpo colegiado de doctores fresquitos y precoces (¡así nos han puesto de buenas hasta las numeraciones de los códigos!), el señor fiscal estará expuesto a contaminarse con el espíritu nuevo que sopla a ratos en aquella asamblea. Y como él también es joven y aspirante, o viejo y fracasado, cada vez que surja una ley nueva se despepitará por aplicarla a pasto, precisamente porque no ha tenido ocasión de acostumbrarse a ella y porque ignora que el tradicionalismo y el nacionalismo, fines tácitos de su misión sólo se operan dejando que las cosas queden como están. Pero un marinero desembarca, alquila un rocín y se lanza a escape por la calle Florida. — ¿Por qué galopa? le — pregunta airado el agente de facción. — Para aprovechar el caballo — contesta el fiscal, — digo, el marinero. Es obvio.

Afortunadamente, aquí estoy yo, al quite. Yo concilio la exigencia perentoria del fiscal, no con la exégesis legal, no con la tradición doctrinaria, no con la crítica comparada — que esa es obra del abogado y no mía, — pero con la conducta de la ley, con la tradición de los tribunales, burocrática y aparejadora. Yo opongo el «non sequitur» y el «non possumus», reduzco cada caso al mínimo de derecho y al mínimo de moral; lo elevo al máximo de legislación y al máximo de generalización; y aunque el litigante se empeñe en que yo le sentencie su pleito, y aunque el fiscal me indique en cuales pragmáticas se encuadra, yo no considero sino la lu-



cha de ellos dos contra mi «imperium», y adoptando la prudente política del Dios de Malebranche, me excuso *de obrar por voluntades particulares y fallo «non sibi, sed omnibus»* y con todo este latín si me apuran.

¿Adonde iríamos a parar si el justo prevaleciese? Media docena de individuos apáticos como dioses, virtuosos sin esfuerzo y por simple temperamento, acabarían por adueñarse de la humanidad, por poner a ración mezquina nuestros sensualismos respetables y nuestras vanidades considerables. Para mí, el justo y el injusto valen lo mismo ante el derecho porque valen lo mismo ante la sociedad, y ya sabemos que ante el hecho viven ambos expuestos a contingencias idénticas, que mi prudencia rehusa estimar graves, porque impedido de ser justo no lo estoy de ser «bon prince» hasta el diluvio. Mi conciencia queda tranquila, y me siento buen administrador porque tomo la sociedad como me la dan, y mi misión es fácil desde que consiste en devolverla como la hallé.

— Me horroriza usted, Maestro. Tal como me la denuncian sus conceptos, la justicia civil aparece como una tácita conjuración de letrados, parásita en la civilización.

— ¿Y cuál profesión no es tal? Voltaire denunció la de los sacerdotes, de Volney la de los filósofos; Mars la de los industriales, George la de los economistas, Shaw la de los médicos, Zola la de los burócratas, Marinetti la de los artistas, Guillermo II la de los diplomáticos, von Bernardi la de los militares y el Departamento de Comercio de la Unión Americana acaba de denunciar la de los frigoríficos; mira hasta donde se puede perfeccionar este detalle. ¿Quieres más? Oye, muchacho: vete a dormir que este whisky es detestable y hemos acabado la botella; confía tus dudas a la almohada, y si ellas debilitasen tu resolución de graduarte en derecho y ejercer la magistratura o la abogacía, vuelve mañana a verme, que aquí me hallarás anotando algunas reflexiones propias al margen de las Reglas de Etica Profesional, del 32.º Congreso de Buffalo, U. S. A.

— Como Luiggi Vampa al margen de los Comentarios de la Guerra de las Galias, — me dijo Juan Cacique, en el ascensor.

Pablo Della



Costa (hijo)



Parábola del hombre que poseyó la lámpara

UBO un hombre que llegó a poseer la lámpara de Aladino. De cómo pudo ser, todo se ignora. Porque lo maravilloso de la vida se elabora más allá de las fuentes habituales del conocimiento, y el secreto de las cosas sólo es adivinado por la fe. Acaso la encontrara en el límite más lejano de sabias investigaciones, aun cuando la sabiduría de Fausto no alcanza a presumir el milagro de amor de Margarita sin la diabólica tercería de Mefistófeles. Tal vez fué para su ignorancia una caprichosa oferta de la Fortuna, como en el *cuento del pescador, del cordelero y el espléndido brillante del océano*. Pues lo bueno de las maravillas es que su distribución no está regida por ningún precepto de humana equidad. Las manos del Señor lo mismo se imponen sobre la agonía pálida de la hija adolescente de Jairo, el príncipe, que llaman hacia sí la ronda siniestra y gemebunda de los doce leprosos abandonados en el camino polvoriento. Para consolación de la humanidad, existe una desconocida voluntad que envía a San Francisco hasta la boca del hermano lobo y sella las fauces de la fiera sin utilidad visible para el santo, para el lobo, ni para los hombres. Eso es una maravilla.

El hombre quedó de pie, en el puño la lámpara que tiene como atributo el señorío de las Fuerzas, y pensó:

—Heme aquí en poder del Verbo. Diré quiero, diré sea, y todo será por mí. Nada está más allá de los límites de mi reino y mi mano alcanzará hasta donde llegare mi imaginación. Ciertamente, soy el señor del deseo. Bástame soñar para desear, desear para ordenar. orde-

nar para tener. Soy un vaso de selección escogido a tiempo y colmado en el instante oportuno. La vida es ancha, los años son todavía para mí como un brioso tropel de dóciles corceles obedientes a la espuela fulgurante que ennoblece mi talón de atleta. Mis sentidos están vibrantes y propicios como el aparejo de una nave lista para zarpar. Mis ojos son claros, miran alto y firme; el músculo es ágil y fuerte en mis jarretes mozos. Vengo al modo de un comensal que llegase con los apetitos intactos a la mesa del festín para su placer aparejada. Andemos y deseemos; esto es, vivamos.

Anduvo hasta que su pie holló la cumbre de la montaña donde el glorioso Señor Jesucristo fuera tentado por la astucia de Luzbel. Su mirada abarcó la extensión y la magnificencia de todas las soberanías de la tierra.

— Puedo ser el Sumo Poder — ambicionó. — Los hombres tendrán en mí su dueño todo poderoso y sus miradas no osarán afrontar la púrpura de mis vestiduras. Un ligero temblor de mi índice conmoverá los destinos de una generación. Podré decir al guijarro: — «piedra, sé mi solio»—; y el guijarro tendrá más estima que el diamante y que las esmeraldas. Me será dado ordenar a las aguas de la mar y las muchedumbres de la tierra serán en mis manos como un junco flexible. ¿Quién más alto que yo? Mi ceño obscurecerá el relámpago y el resplandor de mi cólera detendrá la explosión del rayo. Ninguno alcanzará con su frente hasta mis hombros y mi sombra se extenderá como un eclipse planetario sobre la haz de la tierra.

Una vaga ansiedad entreabrió ligeramente sus labios, y se preguntó:

— Mas ¿y después?

Bajó con paso lento el monte y su pie cruzó por aquella llanura que Bunyan llamó el Valle de la Sombra y de la Muerte.

— Podré ser el más amado — dijo. — Vendrán a mi lecho Belkiss la reina y Agar la sierva. Helena enjugará mis cabellos y Margarita me despertará con su beso. Sobre la opulencia de mis alcatifas la desnudez de las hermosas mujeres lucirá como racimos de rica vid, como jugosos y cálidos racimos en la blancura de mis manteles. Mis dientes morderán en ellos y mis manos las acariciarán. A mi paso se estremecerán las vírgenes y pecarán secretamente las matronas; florecerán los lirios y estallarán las rosas. El deseo me precederá bramando y el placer será mi escolta. Pero ¿y después?

Marchó nuevamente; ligera palidez insinuábase en su semblante.

— Acaso me equivocaba — habló otra vez. — Más allá de esta deleznable carne mía están las cumbres espirituales a las que sólo aborda la máxima sabiduría por la máxima voluntad. Puedo ser el gran saber en la absoluta castidad. Para mi pureza clarividente nada velará la combinación armoniosa de las causas lejanas y el desenlace recóndito de las finalidades remotas. Los siglos que fueron serán para mí como un paseo que frecuenté; y las épocas venideras se extenderán rectas y claras ante mis pasos como un camino que se anda con antorchas. He aquí que podré medir el espacio infinito y contar el tiempo eterno. La verdad se dibujará bajo mis ojos como una figura geométrica. Le diré a la ciencia: aprende; y a la muerte: amiga; y al misterio: hermano. Mas ¿y después? Ya alguno dijo: — Aumentar su saber es aumentar su pena.

Anduvo aún hasta que el mar humedeció sus pies fatigados. Hasta sus oídos llegaron como gemidos y en sus orejas retiñeron como carcajadas.

— La humanidad espera todavía — pensó. — Sus manos ensangrentadas abrieron otra vez la senda por donde puede venir el Redentor. Puedo abrevar su sed, saciar su hambre, enjugar sus lágrimas. ¿Dónde está el dolor? Caeré sobre él revestido de la armadura refulgente y en la diestra la lanza que fulmina. ¿Dónde está la angustia? Iré hasta ella con las manos suaves y olorosas como lirios. Si el dolor es hondo como el abismo y la angustia infinita como el campo de las constelaciones, cargaré sobre mis hombros la piedad necesaria para colmarlo y alzarán mis brazos el amor suficiente para henchirla. Diré a la cruz: — Ya sobras. — ¿Pero no habrá todavía un después?

Marchó hasta que el sol ampollaba sus espaldas.

Se dijo entonces.

— La vida es efímera y el hombre como la arruga sutil y fugaz que el viento traza sobre las aguas. Fuera la suprema victoria el vencimiento del tiempo. ¿No nos enseñaron que todo fué y todo dejó de ser? El palacio del rey se alzó en el sitio donde el león rugiera su hambre; y más tarde las bestias apacentaron por los mismos lugares donde el soberano conocía sus mancebas; y más tarde aún se alzaron toros, palacios y cayeron sepultados; y sintieron los escombros pasar sobre su silencio el sordo rumor de los siglos que van, alzan y destruyen las ciudades, los imperios, la arcilla salida de las manos de arcilla de los hombres. Pero mi puño débil osará remachar un hierro en el cuello de la Eternidad. Mi nombre quedará en la tierra como su sal y su substancia, como el calor del fuego en el ascua. Seré y haré. Correré por lo eterno con mi hombro pegado al hombro de los siglos y mi pecho acezará en el camino interminable de los tiempos. ¿Pero acaso alguna vez no retornará al polvo lo que del polvo fué? ¿No es esa la verdad única, imperecedera e inmutable?

Y el hombre, alzando lentamente el brazo, arrojó la lámpara a las aguas del mar.

Esta parábola, como todas, puede ser diversamente interpretada. Tal vez se quiso decir en ella que todo es vanidad y la esperanza el orgullo alentado de lo vano. Y acaso haya que atribuirle solamente la intención de señalar lo absurdo de las maravillas que ponen la lámpara del Sumo Poder en manos que nada hicieron para merecerla y en las cuales es instrumento inútil y potencia estéril. Acaso... Pues de las parábolas y de los pasos en la noche nadie conoce el fin. Por eso los hombres sabios se encogen de hombros cuando se oyen palabras encubiertas y pisadas nocturnas.

VICTOR JUAN GUILLOT

LOS POEMAS DE LAS PARRAS.



LAS UVAS
(ENERO)

No nos apresuremos, no ofrezcamos racimos — que no son aún pendientes de áureos granos opimos.

(SENCILLEZ. AÑO 1921.)

Brillan, entre el verdor de las hojas, opimos,
los granos relucientes de los grandes racimos.
Y advertimos, en cuanto miramos hacia arriba,
que el deseo nos llena la boca de saliva.
Cuando, en las claras noches de febrero, mi hermano
trepe por la escalera solícito y ufano;
y tiendan los pequeños un pedazo de paño
para coger las uvas maduras de este año;
y prepare mi padre jardinero hondas cubas
para quitar el polvo que recubre a las uvas...
Cuando permanezcamos sentados bellos ratos
ante las esferillas puestas sobre los platos,
y se oiga el solo ruido de la succión sencilla
que extrae el zumo grato y evita la semilla;
yo no podré olvidarme de los días lejanos
en que éramos servidos por las maternas manos,
y quizás hacia un grano de substancioso almíbar
ruede indiscretamente una gota de acíbar.



BAJO LA PARRA
(FEBRERO)

Mira como brillan los racimos, novia.
Pletóricos, limpios, verdean los granos.
Henchidos estamos, como ellos, de zumos
embriagantes. ¡Vengan los resecos labios
y de un sorbo beban la dulzura nuestra
que causa embriagueces como un vino sacro!
¿Acaso no somos como dos racimos
que la vida exprime sobre un mismo vaso?
Nuestra sangre y nuestro espíritu portan
dulzores que a toda pena melifican.
Del parral de amor pendemos; la savia
que d'él recibimos es la savia rica,
la exenta de gérmenes nocivos, la única
savia que al humano vaso diviniza.
Rebosantes de ella estamos y prontos
a brindarla para una nueva vida:
¡hijo que vendrás, el día que llegues
traerás forma y alma dulcemente limpias!

TORTURA

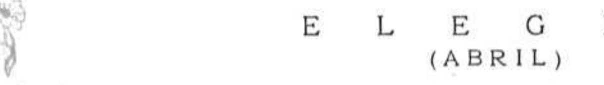


(MARZO)

Mañana los racimos llenarán el lagar.
Las manos que a las vides supieron cultivar
exprimirán el mosto;
y así tendremos vino desde abril hasta agosto.
Una onda de muerte envolverá a las parras,
y se irán, al misterio, a chirriar las cigarras.
Serán, al sol brillando, las amarillas hojas
que arrastra el viento, una música de congojas;
y las ramas, privadas de los áureos pendientes,
se retorcerán como mal heridas serpientes...
Reirán fachas groseras, gozarán manos toscas
y habrá en el patio alegre una orgía de moscas.
Un aroma embriagante ascenderá a lo alto
y un regimiento de ansias se lanzará al asalto
del perfume que asciende en invisibles ondas...

Yo, como en los instantes de tristezas más hondas,
me acogeré al amparo de un obscuro rincón,
a rimar la elegía de la desolación
y a sentir como mueren, sin lamentos, en calma,
en el lagar del tiempo, las uvas de mi alma.

ELEGIA



(ABRIL)

Mes de abril. En la rueca de la Melancolía
teje el alma un sudario... Ya no hay rosas. No penden
racimos de las parras y azulean las venas
en las hojas: aviso de que vendrá la muerte...
¡Pobres vides! Su calmo agonizar me amarga.
¡Decaen con tal nobleza! ¡Mueren tan dulcemente!...
Pronto, quizás mañana, no tendrán ni una hoja
y yo, el hermano de ellas, estaré vivo ¡y fuerte!
Rodará por el patio, al azar, la hojarasca
— ¡un baile de cadáveres! — y al eco de su leve
danzar, el corazón, como un pájaro huérfano,
se amparará en sí mismo, temeroso y doliente.
Cuando llegue la hora de la cena y mi padre
y mis hermanos, lejos de mi amargura, llenen
los vasos con la sangre que se arrancó a las vides,
y rían y discutan las cuestiones de siempre;
yo clavaré mis ojos en el mantel, sin verlo,
y vuelto hacia mi espíritu que en silencio florece
me veré como a un sano parral que se prodiga
porque sí, sin pensar en que vendrá la muerte.
Y paladearé el gozo de saber que a las vides
se asemeja mi vida: da flor, frutos... y muere...

EUGENIO IGLESIAS





I. — Donde se dice quien era Paternóster.

— ¡Cómo! ¿No conoce usted a Paternóster?

Declaré, avergonzado, que no poseía la más vaga noticia acerca de la existencia de tal personaje.

— Sí, amigo. Es un tipo notable. Ya lo verá usted.

Estábamos en la acera del café, bajo el exiguo toldo, en rueda de comisionistas y acopiadores de frutos. En la tarde de fuego el pueblucho era una hornalla. Tomábamos cerveza y más cerveza, con objeto de tener algo que sudar.

De pronto vimos un tropel de chicos desharrapados que, en actitud bélica, rodeaba a un hombre no menos desharrapado. Gritaban los chicos hasta desgañitarse; le arrojaban piedras y puñados de lodo. Alguno, compasivo, a fin de limpiarle del lodo, le echaba encima un balde de agua de la acequia, que, según corría de turbia, más tenía de barro que de agua.

El hombre gesticulaba, amenazador, y hacía ademán de pegar a los pilluelos con la respetable cayada que esgrimía a diestra y siniestra. ¡Maldito el caso que le hacían! Por fin, unos soldados de policía lograron disolver el turbulento grupo.

Libre de la persecución de los pilluelos, el hombre continuó su camino. Uno de los soldados le golpeó brutalmente. Oí que el soldado decía al vagabundo:

— ¿Cuántas veces te voy a repetir que no quiero verte en la calle borracho? Para otra vez irás al calabozo por una semana.

Y, para reforzar su elocuencia, le propinó un puntapié formidable.

El hombre se limitó a replicar:

— *No hago mal a nessuno. ¿Por qué no lleva al calabozo a esos brigantes?*

Y señaló a los chicos que, apostados a una prudente distancia, parecían aguardar el instante propicio para librar nueva y descomunal batalla.

— *Io no hago mal a nessuno. Sono ello, que siempre me están provocando.*

Cuando llegó frente a nosotros, sin aviso previo, a quemarropa, como quien dice, se puso a cantarnos el *Dies irae*. El sujeto aquel tenía una hermosa voz de barítono.

Dies irae, dies illa,
solvet soeclum in favila.
Judex ergo cum sedevit,
quidquid latet adparevit,
nil inultum remanevit...

El tétrico himno de Tomás de Celano, hecho para entonarse en sombrías naves de iglesia, producía un efecto curiosamente extraño allí, en plena calle de un polvoriento pueblecillo de Mendoza.

— ¿Quién es ese tipo? — pregunté al viajante de «Thief y Compañía».

— Es Paternóster, el famoso Paternóster.

Y Paternóster se aproximó a nuestra mesa.

— *Buon giorno per la mattina. ¿No pagan alguna cosa?*

Un policía lo agarró por un brazo.

— Vamos, siga su camino. No moleste a los señores. Y cuidadito con volver a cantar misa en la calle.

Paternóster, que veía desvanecerse la perspectiva áurea de un «vasetto di birra», se alejó a regañadientes, mientras refunfuñaba:

— *¿E per qué no voy a cantar?... No hago mal a nessuno...*

Ya lejos, como si fuese un estribillo, aun repetía la frase, con la obstinación de los idiotas:

— *No hago mal a nessuno... No hago mal a nessuno...*

II. — Donde se historia, sucintamente, la vida de Paternóster.

Paternóster había nacido en Brescia. Su verdadero nombre era Doménico Lastricatto. De niño había sido monago en la iglesia de un convento de dominicos, y de ese cargo, por méritos contraídos en el servicio, fué ascendido a la dignidad de sacristán.

De entonces, de cuando fué «sagrestano», le había quedado la costumbre de cantar latines, que, como se verá, le fué de escasa utilidad en las posteriores etapas de su existencia y que, en aquel pueblo mendocino a donde fué a dar con sus huesos recién llegado a la Argentina, le había valido el armonioso y sugestivo mote con que se le conocía.

A poco de llegar al pueblo, Doménico entró como dependiente en el boliche de un piamontés, viudo, viejo y sin hijos. A la muerte del viejo, quedó Paternóster al frente del establecimiento; y, como los negocios fuesen bien, resolvió casarse con la hija de un su paisano que tenía en las afueras un poco de viña y una bodega.

La muchacha aportó algún caudal, y con ello y lo que había conseguido ahorrar Paternóster en muchos años de economía, pudieron establecer un hotel que fué — cronológicamente, y cualitativamente más tarde — el primer hotel del pueblo. Todavía se pregonan allí las excelencias del *Alloggio e trattoria della citá di Brescia.*

Tres o cuatro años después de establecido el fondín, llegó de Italia un amigo de Paternóster, que había estudiado con él las primeras letras — o sea, las únicas. Venía en lamentable estado de pobreza. Paternóster le ayudó en toda forma: le dió alojamiento en su casa, lo vistió, le buscó trabajo. Procedió con él, en suma, como podía haber procedido con un hermano.

Siempre se les veía juntos a Paternóster y al otro. Si en las noches de verano iba Paternóster con su mujer a tomar el fresco a la plaza, con ellos iba «el otro». Esto, naturalmente, daba bastante que hablar en el pueblo. Hasta que una vez...

Aquí la historia presenta un claro. Nadie se explica por qué una noche, ya de madrugada, Paternóster persiguió a balazos a su mujer y a «el otro». Ocurrió aquello una noche en que Paternóster tuvo la debilidad de ir al «Gran Café Central», donde había una interesante sesión de monte. A fin de que la calaverada quedase en secreto, fué solo. Era quizás la primera vez que salía de casa sin la compañía de «el otro».

¿Por qué ocurrió aquello? ¿Acaso un pippermint de más? ¡Quién sabe!... Las hipótesis más variadas remplazan aquí al relato histórico, no siendo la menos difundida la que admite que Paternóster hubiese sufrido un ataque de locura furiosa. Ello es que desde la noche aquella no se volvió a ver en el pueblo a la mujer ni al amigo de Peternóster.

De manera que...

III. — Continuación de lo anterior, donde se verán los grandes daños que acarrea el funesto vicio de la bebida, llamado por los físicos dipsomanía; lo cual viene del griego.

A partir de la noche trágica y memorable, Deménico Lastricatto se dió a la bebida de un modo brutal. No sólo bebía él: convidaba a cuantos vecinos pasaban frente al fondín. Había allí por las noches tremendas orgías. El pippermint, la hesperidina, el whisky, el gin, el punch, todos los exquisitos néctares extranjeros en que Barracas es pródiga, se deslizaban en chorro continuo por quince o veinte faringes encallecidas; y las turbias aguas del Riachuelo, con la conveniente adi-

ción de aguardiente y anilina, enviaban a los cerebros mortíferos vahos.

Todas las mañanas la policía debía ir a levantar tres o cuatro ebrios caídos en los rincones de la «trattoria»; y menos mal si entre los beodos no había algún vigilante; menos mal si el mismo comisario no había sucumbido a la terrible tentación.

Los negocios de Paternóster iban de mal en peor. Un día le embargaron la casa. Otro, le desalojaron de ella. Quedó en plena calle, bajo el sol cruel, en medio de un informe montón de trastos viejos e inservibles que los usureros no habían tenido a bien embargar. Aquel día, todos sus amigos, todos aquellos a quienes había matado la sed tantas veces, le huyeron como a un apestado. Cuando, rodeado de los polvorientos cachivaches, pensaba a dónde diablos podría ir con sus huesos y su mobiliario, nadie se le acercó. Es decir, se le acercó un individuo, un solo individuo. Pero era un individuo tan pobre, tan vagabundo y tan sarnoso, que nada podía dar. El individuo se acercó con temor, recelosamente. Dirigió a Paternóster una mirada de infinita conmiseración. No pronunció una sola palabra, lo que, por otra parte, hubiera resultado anómalo en un individuo de la raza canina.

Al cabo, el animal se aproximó a un lindo cromo tirado a tres tintas (sin contar la colaboración de las moscas), que representaba "La santa institución del Matrimonio" y era el único recuerdo que Paternóster conservaba de su actuación eclesiástica. El can lo miró muy atentamente, levantó la pata y... Señores: tengamos presente que los perros están demasiado ocupados para leer el «Tratado de urbanidad» que ha inmortalizado a Carreño.

Pero Peternóster, aunque se doliese de la ofensa inferida a tan respetable institución, no se enojó. Antes bien, en aquellos instantes de universal abandono, agradeció al can el silencioso y efusivo homenaje de simpatía.

Después... la historia de Paternóster es una borrachera continua. Tan pronto como obtenía una limosna, la enviaba al estómago bajo forma alcohólica. Dormía en cualquier parte; bajo un árbol, en un quicio, junto a una pirca, donde quiera que le venciesen el sueño y el etílico. A veces se le encontraba durmiendo en el cauce de una acequia, con peligro de ahogarse. Como el hecho se había repetido, a Paternóster le habían pronosticado que moriría ahogado. Paternóster se reía, y con razón. A un hombre que había bebido tantos metros cúbicos de agua del Riachuelo, ¿qué diablos le iba a hacer una acequia de tres al cuarto?

Resumiendo: aquel hombre, que había sido en el pueblo casi un potentado, estaba convertido en un triste andrajo humano. En lo físico, la intoxicación alcohólica le había dado ya el aspecto del borracho típico. Se parecía por modo extraordinario, cuando yo le conocí, a ese ebrio que pintó Velázquez en «Los borrachos» y que, sentado a la diestra del dios jocundo, parece sumido en éxtasis por los vahos del cuenco de mosto que tiene bajo de la faz. Encontré en Paternóster la misma mirada vaga y la misma sonrisa de idiotez que hacen imborrable aquella figura; a punto que se le diría escapado del cuadro genial.

Alterada su razón, del alcohol y de las vicisitudes, le enviaron a un loquero; pero como su folía fuese mansa y de cariz inofensivo, resolvieron los alienistas devolverle al pueblo de su residencia, cuya vida monótona amenizaban sus dislates. De donde se concluye que Paternóster — rigor de las desdichas — no sólo fracasó en su vida como hombre de iglesia, como hombre de negocios y... como hombre, sino también como loco, que es cuanto se puede decir.

Tal es, sumariamente relatada, la historia de Paternóster hasta el momento en que le conocí cantando a voz en cuello el austero himno litúrgico que Tomás de Celano, de la orden de San Francisco, compuso hace siete veces cien años, no precisamente con el fin de ser cantado en la vía pública para solaz de comisionistas y acopiadores de frutos.

IV. — Donde se transcribe un documento cuya importancia salta a la vista.

«Yo, el abajo firmado, médico municipal de este Departamento, bajo juramento de ley, CERTIFICO: Que en el día de la fecha fuí solicitado para practicar el reconocimiento y autopsia del cadáver encontrado por un soldado de policía en el cauce de una acequia en las afueras de esta localidad y que de la identificación practicada resultó ser el de Domingo o Doménico Lastricatto, italiano, natural de Brescia, de 40 años de edad, hijo de Gaetano Lastricatto y de Francesca Giannatasio, sin parientes conocidos en la localidad, y a quien se conocía generalmente por el apodo de Paternóster.

«El cadáver, que fué hallado en posición de decúbito supino, se encontraba totalmente cubierto por el agua, según declaración del soldado Pérez, quien manifiesta que, a no haberse descalzado y entrado al agua, con el propósito, al parecer, de lavarse los pies, no hubiera podido descubrir el cadáver; lo que induce a suponer, a la luz de la sana lógica y de elementales razones científicas, que la muerte de Lastricatto se debió a ASFIXIA POR SUMERSION.

«Con el fin de comprobar o desechar en su caso la hipótesis enunciada, procedí a la autopsia del cadáver; y del examen externo previo, obtuve el siguiente resultado: maceración de tejidos superficiales y erosiones cutáneas en la región post-cervical; idem idem en las regiones sacra y lumbar; equimosis leves en ambas piernas, más acentuadas en la región poplítea.

«Hallé el estómago lleno hasta repleción de un líquido alcohólico o mezcla de líquidos, de ingestión reciente y alta graduación (55º Gay-Lussac). En los pulmones se habían alojado hasta 1.800 cm.3 de agua, que ateniéndome al simple análisis órganoléptico y dadas las circunstancias en que fué hallado el cadáver, no vacilo en creer que era de la acequia. Además, pude comprobar los siguientes fenómenos, típicos en este género de muerte: enfisema hidroaéreo del parenquima pulmonar, cuya repercusión en el sistema circulatorio se traduce por el corazón derecho repleto de sangre y dilatado; circulación del sistema cava inferior y superior dilatado con hígado asfíctico. Tanto el estómago y pulmones como las demás vísceras, se encontraban a la muerte de Lastricatto en buenas condiciones de vitalidad, aunque atonizadas por una avanzada intoxicación alcohólica. Del análisis de la sangre, que practiqué a mayor abundamiento, resultó tratarse de un líquido pobre en fibrina, pero riquísimo en fagocitos. Todo esto me demostró que se trataba de un ebrio consuetudinario; lo que, por otra parte, nadie ignoraba en el pueblo.

«De acuerdo con lo observado en la autopsia y lo aseverado por vecinos de la localidad que durante la noche anterior dicen haber visto a Lastricatto en estado de completa embriaguez, concluyo que la muerte debió producirse de uno de estos tres modos:

a) O el interfecto, caminando por la calle contigua a la acequia, sufrió un ataque de **delirium tremens** *y cayó sin vida en el cauce;*

b) o, por efecto de un desvanecimiento, cayó en vida al agua, lesionándose contra los guijarros del fondo no teniendo fuerza para levantarse, y, en fin, pereciendo ahogado por la gran cantidad de agua ingerida por la vía respiratoria;

c) o, habiéndose quedado dormido al borde de la acequia, rodó hasta el fondo, falleciendo por asfixia, como en la hipótesis inmediata anterior.

«Aun cuando reconozco la extraordinaria importancia que reviste el averiguar cuál de las tres hipótesis es la cierta, declaro verme imposibilitado de aceptar como única ninguna de ellas, por ser las tres igualmente razonables y verosímiles.

«Jefatura Política, fecha del sumario. (Firmado): F. Fernández (hijo), Médico municipal. Hay un sello.

«Es copia del informe original, que corre a fs. 15 del sumario respectivo.»

V, y último. — Donde el autor se permite formular unas breves reflexiones.

Pues, señor: todo es triste en la vida y muerte de Paternóster; triste es haber disfrutado holgada posición económica y caer en mendicidad; triste ser villanamente engañado por aquellos seres en quienes se depositó afecto; triste es morir en suelo extraño, con una acequia por lecho. Pero más triste es pasarse la vida cantando latines para que cuando uno muera nadie se digne obsequiarle con un modesto responso.

Porque de Paternóster puedo decir lo que Goethe dijo de Werther:

Sobre su tumba no oró ningún sacerdote.

Enrique Méndez Calzada



¡Pobre mi prima, tan buena!...

Cada vez que se festeja el año nuevo se me vienen a la memoria todos los años viejos de la vida pasada. ¡Qué hermosa y qué suave y qué amable y qué dulce era la antigua aldea de entonces!... ¡Nada de *rascacielos*, ni de automóviles, ni de escotes bajos y polleras cortas, ni de piernas exhibidas, ni de coloretes, ni de uñas lustradas!... Aquello era hermoso por sencillo, suave por falta de ruidos ensordecedores, amable porque no había envidias y dulce por lo intensamente placentero de la vida.

Eramos pocos entonces; apenas doscientos mil; todos éramos vecinos y nos conocíamos; en los barrios centrales, desde San Martín y Bolívar hasta Buen Orden y Las Artes, flanqueadas esas calles por Belgrano y Córdoba — el macizo de la población — todos los hombres se saludaban, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, porque cada cual sabía la vida y los milagros del vecino, y desde que, siendo esta una ciudad de gente honrada y trabajadora, no había razón para que los habitantes no se estimasen entre sí.

La alta vida social estaba limitada, por decirlo así, al teatro Colón, donde cantaban el tenor Lelmi, la Briol, la Mollo, el barítono Wálter y dirigía el gordinflón de Bassi; después, las muchachas románticas de aquel tiempo iban al teatro de la Victoria, en el que trabajaban la Barreda, Cuello, Cubas y otros actores de drama que hacían las delicias de los sentimentales y de los soñadores de la época. Mar en calma, Buenos Aires se deslizaba tranquilamente, sin sospechar siquiera este desconcertante y terrible apogeo que nos ha invadido y que ha logrado despoetizarnos con sus mirabolantes derroches de lujo, de riqueza, de vanidad, a la cual se mezcla cierto airecillo de fatua impertinecia, producto de una improvisación imprevista e inesperada...





Mi prima era hermosa como un sol — «luz de donde el sol la toma» — como dijo Zorrilla — alta, elegante, con unos grandes ojos negros, curvas mórbidas, paso sereno y ondulante, tez trigueña, nariz admirable, boca fina, hablar discreto. Hubiera sido un espléndido modelo de República Argentina. Me llevaba diez años. Tal vez esa ha sido su y mi única desgracia. Cuando yo era un chicuelo la acompañaba a todos sus paseos. Me llevaba un metro de estatura y yo la miraba alzando los ojos hasta ella con un arrobamiento que no acertaba a explicarme en aquellos días. A medida que fuí creciendo, y cuando ya usaba sombrero de copa, levita negro y pantalón blanco, como todos los jovenzuelos de entonces, ese arrobamiento se hacía más intenso y más serio.

Ella continuaba prefiriéndome *como acompañante* en sus paseos, porque yo le resultaba chistoso, hasta espiritual, lo que halagaba mi vanidad, pero nada más que chistoso.

— Llévame a las fiestas del Pilar, me dijo un día; quiero ver lo que es eso.

El tranvía no llegaba sino hasta las Cinco Esquinas. La calle Larga de la Recoleta, sin empedrar, flanqueada de cercos de pita y de tuna, abrasada por el sol, polvorienta, daba la sensación de los suburbios de un pueblucho de campo; croaban los sapos y se deslizaban las lagartijas entre los yuyos y las plantas; ella caminaba con su habitual arrogancia en la calle sin aceras; para saltar un charco del camino le di la mano y ese día se la oprimí más que de costumbre. Ella no se dió por entendida. Seguramente yo no era más que un hombre chistoso.

Vimos la fiesta; carpas donde se comía asado, se chupaba mate amargo, se bebía alcohol, se tocaba la guitarra y se bailaba hasta altas horas de la noche. Los gruesos y copudos ombúes

de las barrancas de la Recoleta servían de pabellón para los bailadores. El ruido de la fiesta no me emocionó. Yo me sentía un poco ruborizado e incómodo porque mi apretón de manos había sido un fracaso sentimental que me perseguiría como una ignominia por muchos días.

Mi prima se mostró encantada de la fiesta popular. Me habló de ella repetidas veces, señalándome tal o cual pareja amartelada que bailaba, como dormida, una cadenciosa habanera. Cuando me despedí de ella, al caer la tarde, pensé que mi prima era una mala persona.

Los domingos por la tarde mi prima iba a la plaza del Retiro, donde se reunía la gente de buena posición. Frente al cuartel de artillería se instalaba la banda militar que amenizaba con su música las dos o tres horas que duraba el paseo. Cuando llegaba la oración, la gente desfilaba procesionalmente a lo largo de la calle de la Florida, por las dos aceras, hasta la esquina de Victoria, en que se iniciaba la marcha de regreso. Los jóvenes que paseaban la calle admiraban la belleza de mi prima, y por mucho que yo siempre la acompañaba, no se percataban de decirle frases gentiles en mis propias y escasas barbas. Yo les hubiese comido los hígados, como decía el andaluz del cuento, pero no lo hacía porque, para mi prima, yo continuaba siendo un hombre chistoso.

El paseo a la plaza del Retiro fué languideciendo en las costumbres bonaerenses y por arte también de la costumbre fué trasladado a la plaza del Parque. Allí las niñas y los jóvenes iban a pasar las tardes domingueras, bajo los coposos paraísos, al son de las bandas de música y entre las pitadas de las locomotoras del Oeste que atravesaban la plaza entre un enrejado tan artístico como molesto para el tráfico.

En el centro de la plaza había un gran banco circular, que ocupaban habitualmente los viejos de la parroquia: los Martínez de Hoz, los Elordi, los de la Fuente, los Collins, los Castro, etc. Mi prima, orgullosa de su belleza, pasaba una, dos y tres veces delante del Banco de las Camelias, que así le llamaban al grupo de ancianos que allí se reunían, y pasaba tantas veces porque sabía que me disgustaba enormemente que los viejos le dijesen todo género de lindezas admirativas.

Yo continuaba soportando con una paciencia musulmana aquella perversidad femenina, esperando que un día reaccionaría y se daría cuenta mi buena prima que estaba *cometiendo conmigo una verdadera atrocidad*. Debo declarar, a fuer de hombre honrado, que mi prima, si no me hacía caso a mí, tampoco le hacía caso a otros hombres. Y como el mal de muchos es consuelo de tontos, yo me sentía consolado por la indiferencia con que mi prima atendía a sus muchos admiradores. Algo es algo.

Un día se produjo un certamen literario en la ciudad de Mercedes. Eran jurados del torneo el general Mitre, Carlos Guido y Spano, Miguel Navarro Viola, Antonio Bermejo, Estanislao S. Zeballos, Lucio Vicente López y otros. Era el año 79 del siglo pasado, el día de las Mercedes, cuando se realizó la fiesta. A mí me tocó el primer premio de verso, a don Tomás Guido el primer premio de prosa, a Pedro B. Palacios el segundo premio de verso, y a López Lorenzo el tercero. Este último era un distinguido literato español que hacía poco había llegado de su tierra, junto con una hornada de escritores de la madre patria entre los que se hallaban López Benedito, Salvador Alfonso y Manuel Méndez de Andés.

Fuí a la fiesta; leí mis versos y como premio me dieron un pensamiento de oro con brillantes, amén del derecho de elegir la reina del torneo. Debo agregar que el poeta Guido y Spano nunca creyó que mis versos fueran los mejores del concurso, sino los únicos que habían interpretado el tema obligado, que era un canto al progreso.

Orgulloso con mi triunfo fuí a visitar a mi prima. Miró el premio, le mostré el diploma que lo acompañaba y no me dijo una sola palabra que halagase mi espíritu, pero por sus ojos pasó como un relámpago de emoción pasional. Una ola de fuego le coloreó las mejillas rápidamente. El hielo estaba roto; lo vi, lo sentí, lo gocé. Tal vez el cielo estaba abierto para mí y casi le iba a dar un estrechísimo abrazo, cuando mi corazón dió dos pasos atrás, como si estuviera en la pedana de un salón de esgrima.

Desde el apretón de mano de la calle Larga de la Recoleta habían pasado casi diez años. La eterna indiferencia de mi prima había logrado encallecerme el corazón. Yo ya era un hombre hecho y derecho y aquel calor subitáneo de mi prima tal vez no fuera sino una simple ráfaga de vanidad, fugaz, inconsciente, movida por el instinto femenino que vive siempre de sorpresas y de contrastes. Por otra parte, es bueno que agregue que otros ojos amables y tiernos habían comenzado a turbar un poco la tranquilidad de mi vida y que los versos del certamen los había escrito teniendo presentes esos ojos que turbaban mi alma dulcemente.

Pensé también, ¡oh egoismo de la vida!, que mi prima, tan hermosa como era, me llevaba diez años...

Mi prima vivió y murió soltera. Nunca, después de pasados muchos años, hicimos mención de aquella visita. Cuando ambos llegamos a viejos nos frecuentábamos con asiduidad. A diferencia de todas las solteronas, que se ponen hoscas y hurañas, mi prima se modeló un carácter lleno de dulzura y de cariños para todos los que la rodeaban. Ni una queja, ni una amargura, ni un reproche para nadie; una tranquilidad serena, una placidez inextinguible fueron los compañeros amables de sus días postreros.

Como ella continuara sosteniendo que yo era un hombre alegre y chistoso, una vez le dije:

—¿Quieres que te diga un chiste?...

—Bueno... vamos a ver...

—¿No te enojarás conmigo aunque no te resulte?...

—No me enojaré...

—¿Te acuerdas que un día, un solo día en tu vida, te quisiste casar conmigo?...

Aquel mismo relámpago de fuego que pasó una vez por sus ojos, aquel mismo carmín que encendió en tiempo lejano sus mejillas, volvieron a reproducirse en ella como un reflejo de la vida pasada, como una evocación. Cuando su tez volvió a tomar su habitual color pálido, mi prima murmuró dulcemente:

—¡Qué muchacho éste!... ¡Siempre el mismo!...

Y sus grandes ojos de setenta años, que conservaban todavía un átomo de limpidez en el fondo de las pupilas, se entornaron como para ocultar lo que su cabeza de anciana pensaba en aquel instante.

Después, más tarde, entre Navidad y Año Nuevo, aquel cuerpo regio pagó serenamente su tributo a la tierra...

¡Pobre mi prima, tan buena!...







Pablo Della Costa

HISTORIA DE UN CORAZON SENSIBLE

INCIPIT.—

Esta es la *narración de mis* infortunios. Soy, en realidad, un desdichado, y lo soy con totalidad y plenitud. Antes de mi matrimonio hubo un momento en que llegué a considerarme feliz. Tenía entonces veinticinco años, escribía versos y pronunciaba discursos. Las inocentes rotativas supieron de mis expansiones literarias. ¿Te acuerdas, corazón? Ahora soy un náufrago de la existencia, como dicen los novelistas. Y estas amargas reflexiones pueden ser asimiladas a los manuscritos que los navegantes, en peligro de muerte, ponían en alguna botella y arrojaban al mar. Dentro de breves minutos, por voluntad propia, el alma mía ascenderá al reino de los cielos, donde Nuestro Señor la acogerá con benevolencia y cariño. Voy a suicidarme. ¡Adiós, adiós! Perdono a mi esposa y a mi suegro todo el mal que me han hecho. Y a ese hijo mío — que no es hijo mío — le dejo, a falta de otras liberalidades, mi conmovida bendición paternal.

ANIMULA, VAGULA, BLANDULA... —

Pues habrá de saberse que yo tenía un admirador. En los miserables días a que se refieren los primeros capítulos de mi drama, un admirador era un personaje realmente sobrenatural. Entonces todo el mundo se admiraba a sí mismo, lo cual es contrario a la esencia de la admiración, cuya propiedad es proyectarse hacia los otros. Pero yo tenía un verdadero admirador, que era por eso mismo admirable. Se miraba en mis ojos, devoraba mis fantasías literarias, aprobaba mis pensamientos. Recuerdo que en cierta ocasión publicara yo un artículo «de ideas», donde se decían frases ardientes y lapidarias. «La vida es una cosa seria», comenzaba el articulejo; porque mi espíritu, como el de la mayoría de los filósofos contemporáneos, se ocupaba mucho de la Vida. Era el tiempo de la Vida por aquí y la Vida por allá, del triunfo de la Vida, de las armonías de la Vida. Hoy los filósofos hablan del Trabajo y de la Justicia. Nosotros hablábamos de la Vida. Gente económica y moderada, usábamos un solo vocablo en lugar de dos.

Cuando apareció mi articulejo, mi admirador me encerró entre sus brazos. Dejó caer sus cincuenta años — como un símbolo — y su abdomen prominente sobre mi delicado pecho juvenil.

— ¡*Magnífico, sencillamente magnífico*! La vida es una cosa seria. ¡Sólo hoy lo comprendo! No cabe ninguna duda: la vida es seria. Usted llegará lejos, amigo, muy lejos. ¡Adelante, cerebro de oro, corazón de plata!

Después me convidó a tomar café con leche y me habló de su hija.

¡Ah, Dios de los dioses! He ahí una coincidencia singular: todas las etapas de mi carrera por el mundo están vinculadas a alguna orgía de café con leche. Por eso puedo exclamar ante las nuevas generaciones: desconfiad del café con leche. Es lo *mismo* que la mujer: uno no puede adivinar en la hora suprema del amor, como tampoco en el instante en que *se lleva un pocillo a los labios*, si habrá de encontrar en el fondo un terrón de azúcar a medio derretir o una cucaracha.

CIVIS ROMANUS SUM. —

Una vez se me ocurrió dedicarme a la política. Cuando se lo comuniqué a mi admirador, derramó lágrimas de ternura. Yo sentía en mí la presencia del impulso oratorio, y él aprobaba como de costumbre. Me hice oficialista y comencé a pronunciar vigorosos discursos, llenos de citas en latín. El latín ha sido mi debilidad de toda la vida. A mí me parecía que con aquellas citas en latín los discursos se comprenderían mejor. Ahora pienso lo contrario. La experiencia me ha enseñado que cuando uno habla en latín ante personas que lo ignoran en absoluto corre el riesgo de que *no* lo comprendan.

Pero este es asunto para ser estudiado con más detenimiento. Por lo pronto vamos al grano, pues todo escritor que se estime debe tener siempre un grano a su disposición, para ir derechamente hacia él.

Sucedió que me vi en el trance de pronunciar un discurso en cierto biógrafo de mi barrio. Entre las personas notables que ocupábamos el escenario se encontraba, naturalmente, mi admirador. Desde la platea la muchedumbre se disponía, con cristiana resignación, a escuchar a los oradores. Una banda de alquiler poblaba el espacio con sus alaridos de metal.

Después se inició la ceremonia. Adelantóse hasta las candilejas el señor presidente del comité.

— Correligionarios — exclamó, — queda abierto el acto. ¡Viva la patria!

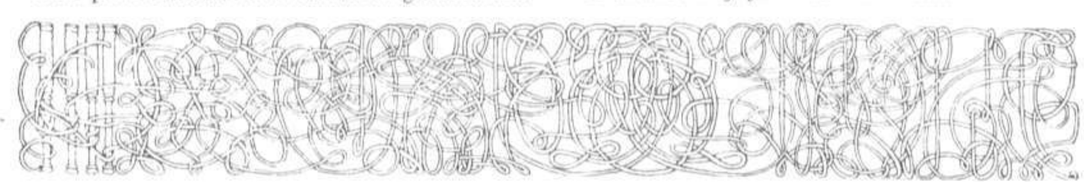
El momento fué conmovedor. El público de pie, como un romano, vitoreaba a los del escenario; los del escenario vitoreábamos al público. Mi admirador tenía entre las suyas, emocionado, mi mano derecha.

Empezaron los discursos. Se habrían ubicado ya alrededor de dieciocho arengas resonantes, cuando el señor presidente anunció mi nombre. Y hablé. Hablé del «anchuroso» Plata, de la economía fiscal, de la instrucción pública. Yo esperaba que aplaudiesen a cada párrafo; pero nadie aplaudía. Sólo mi admirador, en los *momentos más inoportunos* posibles, gritaba como una bestia:

— ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Tiene razón! ¡Este muchacho es un pico de oro!

Al terminar mi conferencia, apenas si unas veinte personas quedaban en la *sala*. En el escenario permanecíamos únicamente mi admirador y yo: él abrazado a mi cuerpo, yo adherido al suyo. El resto de la concurrencia había desaparecido como por encanto. Los infantes de Aragón ¿qué se hicieron?

Mi admirador y yo salimos a la calle.



— Usted tiene un gran talento — me dijo. — El Plata es realmente anchuroso...

En seguida me pagó un café con leche y me habló de su hija.

Post fata resurgam. —

Y fué que algunos días más tarde — ¡oh, Melpómene! — de los lamentables acontecimientos relatados «ut supra», mi admirador me pidió que lo acompañase a un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Se encontraba allí su hija, morando en casa de unos tíos, y él deseaba reintegrarla a su hogar. Me ofreció pagarme el pasaje, y yo — ¡infelice! — me dejé vencer por sus ruegos. Además, era mi único admirador; no podía perderlo.

Una mañana tomamos el tren, previo un café con leche, en la estación del Once.

Ocupamos un asiento en un vagón lleno de gente y de maletas de viaje. El tren marchaba raudo y detonante por las campiñas argentinas. Aquí una huerta, más allá una estancia, un bosquecillo, un arroyuelo...

De pronto me puse de pie, y haciendo equilibrio para no dar con mi humanidad sobre el pavimento, dejé caer estas palabras formidables:

— Señor, amigo mío, sabrá usted que en estas mismas tierras que ahora hollamos se paseaban hace miles de siglos los primeros habitantes del planeta, que eran monstruosos. Aquí también surgió el hombre a la luz del sol y de las estrellas...

Mi admirador se levantó conmovido y solemne:

— Loor al hombre — dijo. — ¡Loor a la cuna de San Martín y de Belgrano!

Los pasajeros se reían a carcajadas.

Fama crescit eundo. —

Decididamente, y como la fama de los antiguos, la mía propia crecía al andar. Porque si al partir de Buenos Aires hacia el pueblecito de la historia mi talento tenía un solo admirador, al regresar hacia Buenos Aires descubrí que tenía dos admiradores. ¡El padre y la hija me admiraban! En el salón comedor ella me lo dijo. Sabía de memoria quince sonetos míos. Me los recitó a gritos, mientras la máquina de hierro trepidaba en el silencio augusto de los campos. Yo nadaba en un océano de rosas; y no sé cómo, por debajo de la mesa, mis rudos botines de becerro se encontraron con sus lindos zapatitos de charol, y todos cuatro se pusieron a conversar allí en el idioma dulce y misterioso...

En tanto que Geraldina — tal era el nombre de la hermosa — repetía mis versos, su padre se mesaba los cabellos como quien acabara de oir las poesías más extraordinarias del mundo.

Y el tren continuaba resonando, sin advertir el suave idilio que se iniciaba en sus entrañas.

Y vi que aquello era bueno.

Y agradecí a Nuestro Señor — cuya existencia me parece dudosa pero necesaria — el regalo de aquel nuevo admirador, de la inefable Geraldina.

Y no doblé mis rodillas, en la sumisa actitud de la plegaria, porque estábamos en el salón comedor y eso hubiera sido a todas luces incorrecto.

Amici, diem perdidi. —

Ya en Buenos Aires, mi admirador y su hija no podían pasarse sin el objeto de sus devociones. Yo tampoco podía vivir sin ellos. Aparte de la atracción que ejercían sobre mi espíritu y mi carne los ojos, la boca y todo lo demás de Geraldina, habíame acostumbrado al incienso, a la perfumada caricia del elogio. Con la intimidad, aumentaba el entusiasmo de Geraldina y de su padre. Mis versos, mis discursos, mis articulejos salían de mi pluma y se clavaban, cual mariposas atravesadas por alfileres, en la memoria del padre y de la hija.

Una noche que les dije, por decir algo: — «La ciencia está en plena bancarrota», casi destapan una botella de champagne. Conseguí detenerlos, evitándoles un gasto excesivo.

Como era el invierno, pasábamos unas veladas deliciosas. Mi admirador leía mis versos en voz alta, en tanto que Geraldina tejía con sus dedos ágiles y finos, iluminado su cabello por la suave luz de la lámpara familiar.

Hasta que llegó el día tremendo e inolvidable.

En la noche de aquel día la tertulia se inició como siempre. Al poco rato mi admirador tuvo que salir a la calle, y se fué no sin antes recomendar a Geraldina que preparase el café con leche, pues regresaría temprano, a tiempo de sentarse a la mesa con nosotros.

Geraldina y yo quedamos completamente solos. Ella se levantó de su asiento, dejó la costura y comenzó a disponer los elementos necesarios para el brebaje. Caminaba de un lado para otro, con su paso menudo, moviendo el cuerpo lleno de gracia y esbeltez.

— Está usted deliciosa, Geraldina — le dije.

— ¡Zalamero!

Luego abandonó su tarea y se colocó tan cerca de mí y me miró con una mirada tan larga, con un deseo tal de abandono, que la tomé entre mis brazos, le besé los ojos y la boca, la senté sobre mis rodillas, y así permanecimos en silencio, afiebrados, perdidos en un mundo irreal y voluptuoso.

Venus impera.

Vox sanguinis. —

Y aquí viene lo trágico.

De pronto una voz siniestra estremeció el espacio y una mano de hierro se crispó sobre mi cuello. Era mi admirador.

— ¡Miserable! — rugió.

— ¡Señor! — contesté todo tembloroso, mientras Geraldina huía precipitadamente a encerrarse en su habitación.

— ¡Usted tendrá que casarse con mi hija! ¡Debe reparar esta falta!

— Señor, usted ha reconocido que yo soy un hombre de talento y que el matrimonio podría perjudicarme.

— ¡Usted no es un hombre de talento: es un sinvergüenza!

No hubo medio de persuadirlo. Le prometí casarme con Geraldina. Además, si no me casaba perdía dos admiradores. Consumé el sacrificio: un mes más tarde, dócil como un corderillo, recorrí también, al igual que otros filósofos incautos, el camino de la vicaría... Y dos horas después de la ceremonia conocí, de labios de mi admirador, la ignorada tragedia de mi vida.

Finis. —

Escuchad, jóvenes ligeros y mundanos. He aquí por qué yo gocé de un admirador como hay pocos.

Antes de iniciar sus relaciones con mi humilde persona, Geraldina tuvo unos amores. El padre de la muchacha no pudo atrapar al seductor y llevó su hija a casa de unos parientes, en el pueblecito de la historia. Allí nació el hijo de Geraldina, que ahora es mi hijo.

Mientras ocurrían estas cosas, mi admirador tropezó con mi sensible corazón. El resto, ya lo conocéis. Fué una farsa.

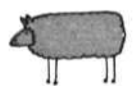
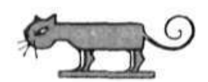
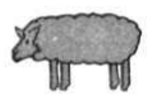
Y heme ahora con un admirador que ya no me admira, y que es mi suegro, con una esposa que me desprecia y con un hijo que no es mi hijo. Cierto que tengo asegurado el café con leche. Pero eso no basta a curar mis heridas. Voy a suicidarme. Antes de cinco minutos me habré destrozado la frente de un balazo...

NICOLÁS CORONADO

ZOOLOGIA DE NAVIDAD

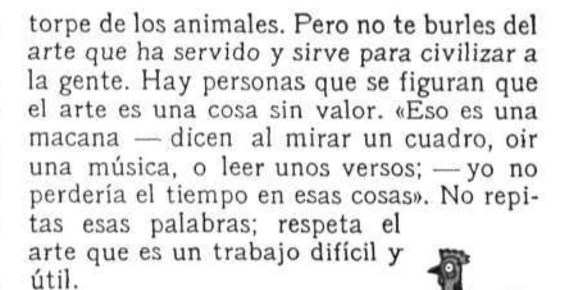


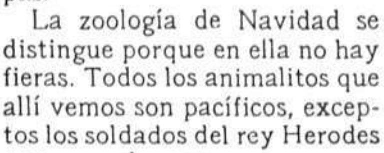
ESTA zoología no es la misma que hemos estudiado hasta ahora. Hay tres clases de zoología: la del Paraíso Terrenal, la del Arca de Noé y la de Navidad. La primera se distingue porque todos los animales vivían hermanados sin que las fieras se metiesen con los animales pacíficos. No había mangas de langosta ni arañas peludas. Los mosquitos no picaban a nuestros padres Adán y Eva. En fin, aque-

llo era como una colección de estampas de animales.

La zoología del Arca de Noé estaba compuesta, como tú lo sabrás, de un casalito o pareja de cada bicho: un león y una leona, un chinche y una chinche, etc. Todos estos casales navegaron sin pelearse unos con otros. ¡Otra colección de estampas!





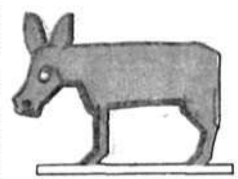
La zoología de Navidad se distingue porque en ella no hay fieras. Todos los animalitos que allí vemos son pacíficos, exceptos los soldados del rey Herodes que en algunos Belenes y Nacimientos se ven degollando a los Inocentes. También se distinguen los bichos aquellos porque el hombre los ha creado sin pedir permiso ni seguir las sabias lecciones de la zoología.

Muchos de mis loctores tendrán a estas horas en un rincón de su casa un lindo Nacimiento. Otros conocerán los Nacimientos de sus amiguitos. Agarrad, pequeños zoólogos, cualquier animal de esa colección, y examinadlo. Hay cabras con patitas de alambre y pezuñas hechas con una bolita de barro. Los caballos de los Reyes Magos parecen matungos de baraja, los camellos son más mamarrachos que los mismos camellos.

Allí la ciencia no manda; manda el arte. El arte y la ciencia son dos cosas que pueden ir unidas ayudándose; pero casi siempre están desunidas. El arte de fabricar muñecos y animalitos para los Nacimientos nada tiene que ver con la ciencia. Y, sin embargo, estas caricaturas resultan lindísimas. A ti, niño, te gustan mucho más que los dibujos y esculturas hechos por los artistas que saben anatomía.

Yo respeto la ciencia, y tú también debes respetarla. Sin las conquistas de la ciencia el hombre viviría peor que el más torpe de los animales. Pero no te burles del arte que ha servido y sirve para civilizar a la gente. Hay personas que se figuran que el arte es una cosa sin valor. «Eso es una macana — dicen al mirar un cuadro, oir una música, o leer unos versos; — yo no perdería el tiempo en esas cosas». No repitas esas palabras; respeta el arte que es un trabajo difícil y útil.

Los niños admiran con entusiasmo esos muñequitos del Nacimiento; los admiran tanto que al fin los rompen, no por pura maldad. En todos los Nacimientos hay siempre gallitos sin cresta, borriquitos sin cola, pastores sin cabeza; pero en cambio no se los comen como a los animales de verdad. Cuando seas grande, niño, te acordarás de los animalitos de barro con los que jugaste en tu infancia, y entonces comprenderás que les debes gran parte de los sentimientos bondadosos que adornen tu alma. Aquellos hombres y animales no se parecen a otros que también sirven para jugar. Me refiero a los soldaditos de plomo. Formando filas de infantería, caballería y artillería te encariñas con un juego espantoso que se llama la guerra. Ni el hombre ni el niño deben tenerle amor a la guerra. Una cosa es cumplir sus deberes de ciudadano preparándose para defender su país si alguien le ataca, y otra cosa soñar con uniformes y terribles carnicerías.



Los Nacimientos y su zoología tienen un gran enemigo: el Arbol de Navidad. Yo no quiero ofender a esos árboles en cuyas ramas hay velitas, caballos, muñecos, pelotas y otros lindos regalos. Un Arbol de Navidad es una maravilla; pero como yo cuando niño no viví a su sombra, prefiero los Nacimientos. Antes de venir a la Argentina





los inmigrantes de otras razas, sólo se conocían los Nacimientos. San Martín, Belgrano, Moreno y casi todos los próceres jugarían indudablemente con los muñequillos y los animalotes de esa montaña al pie de la cual duerme Jesús bajo la vigilancia amorosa de San José y la Virgen, calentado por el vaho de la mula y el buey. ¡Qué lindo es un Nacimiento! Sobre la cuna está el Espíritu Santo en figura de paloma. El Espíritu Santo es el rey de todas las palomas. Por allí hay ángeles. Los ángeles reunen la hermosa figura humana a las alas del cóndor. No son mamíferos ni aves rapaces; por lo tanto, ningún zoólogo puede describirlos, ni yo me atrevería a ese desacato. En los Nacimientos existen numerosos animales. Cada uno de ellos pertenece a variedades que la ciencia no ha clasificado poniéndoles nombres latinos y griegos. Tú los conoces perfectamente a todos mucho mejor que Buffon, Linneo, Darwin, Cuvier y demás sabios naturalistas.





Para terminar voy a contarte las dos cosas más raras que yo he visto en cuestión de zoología de Navidad. Una de ellas era un señor que durante todo el año se entretenía en preparar una montaña que ocupaba toda una habitación. Aquel Nacimiento era primoroso. Había allí un molino movido por el agua, balsitas de veras, puentes, ríos, ¡qué sé yo cuántas preciosidades se amontonaban en aquella montaña! La vidriera mejor provista de juguetes mecánicos es un poroto si se la compara con aquello. El autor del portento no tenía hijos; de modo que nadie jugaba con tan hermosos animales y muñequitos sabios. Los chiquilines de la vecindad y las personas mayores iban a admirar el Nacimiento. ¿A que no te figuras en lo que trabajaba todo el año aquel señor, además de trabajar en la montaña? Pues aquel señor tenía una casa de préstamos donde cobraba el pequeño interés de un real por duro mensual. ¡Un real por duro!, es decir, ¡el 60 % al año!



El otro cuento es más bonito. El padre de unos amigos míos les hizo una montaña de cartón que puso sobre una mesa. Era una montaña linda pero modesta, con juguetes y muñecas inmóviles. Aquel año nos divertimos muchísimo y descabezamos bastantes pastores y animales. Terminada la Navidad guardaron el Nacimiento en el cuarto de los chismes inútiles. Al año siguiente lo sacamos, y vimos con sorpresa que dentro de la montaña había un nidito de ratones. Un nidito hecho con papeles y pajas cuidadosamente roídos donde dormían cuatro ratoncitos... Y ahora, felices Pascuas, simpáticos zoólogos.



EDUARDO DEL SAZ.







DIBUJOS DE MACAYA

LAS NAVIDADES DE SARRASQUETA

COMO CUENTA A LOS AMIGOS QUE HA PASADO LAS NAVIDADES

COMO LAS HA PASADO EN LA TRISTE REALIDAD

DIBUJOS DE REDONDO.


PRECIOS DE
ACEITES PUROS DE OLIVA
EN EUROPA
Calidad Bau — 46 Ptas. los 15 kilos
Cotizaciones en Tarragona "El Comercial", 9-X-21.
Frutado.... de 37 a 38 Ptas. los 15 kilos
Corriente... „ 34 „ 35 „ „ „ „
Seco...... „ 28 „ 29 „ „ „ „
Cotizaciones en Barcelona. "Mercurio", 29-IX-21.
Corriente... 206 Ptas. los 100 kilos
De un año. 244 „ „ „ „
Nuevo..... 265 „ „ „ „
Nuevo esp. 287 „ „ „ „
Cotizaciones en Sevilla. "Revista Comercial". 10-X-21
Corriente... 77 reales la arroba
Corriente, l. 78 „ „ „
Antes de la guerra era de 8 a 10 y ahora es de 25 a 30 por ciento la diferencia de costo entre unas y otras clases de aceite puro de oliva en los mercados productores.
BAU
PURO de OLIVA
Freixas y Cia
Buenos Aires

LA MODA AL DIA

POR LUZ Y SOMBRA

Cierto verano, estando yo en Europa, fuí a descansar en un pueblito de pescadores, a orilla del mar. Allí había encontrado un número muy reducido de veraneantes: un marqués extranjero en compañía de una señora rusa; los dos salían temprano del albergue y regresaban por la noche, evitando trabar toda relación, y envolviéndose en un misterio que originaba curiosas leyendas entre los pescadores y cimentaba nuestra curiosidad. Algunos decían haberlos visto en una isla, allí cerca, arrojando al agua una infinidad de pedacitos de cartas o documentos; otros aseguraban que pesaba sobre ellos la venganza de un potentado. Además, vivían en el albergue dos jóvenes hijos de un príncipe italiano, muy conocido por un raid importante que hizo tiempo atrás; dos matrimonios, uno de 25 años y el otro de 40, pero ligados, según parecía, por vínculos de antigua amistad, y, por fin, una solterona que juzgaba severamente a las otras dos mujeres y les interrumpía cuando aludían a su felicidad conyugal.



¿No os parece, bella lectora, que esta cofia liviana, a rayas color amarillo-oro, anaranjado y rojo, defiende vuestra preciosa cabellera del beso traidor de las olas, y envuelve vuestro perfil con una luz de romanticismo?

Los días se deslizaban azules, en medio de aquella naturaleza estupenda; esta pequeña concurrencia vivía en buena armonía entre una excursión a uno de los pueblos cercanos y un largo baño delicioso en las aguas glaucas. Por la tarde había mucho silencio, mucha tranquilidad. El matrimonio joven bajaba a la playa a juguetear, el otro hacía la siesta, el octogenario cura del país venía a sentarse en una mesa del hotel para hacer un partido de ajedrez conmigo o con la solterona, y no olvidaba, en este último caso, de bajar la cortina que substraía su negra silueta a la mirada de los raros transeuntes.

En aquel paraíso no llegaba ni había diarios; paraíso sin política, sin delitos, sin desvalorización de valores. De haber vivido aquella vida por un año, me hubiera muerto de aburrimiento; vivirla un mes era para mí un reconstituyente.

—

Hasta que un viernes cayó en nuestro paraíso una revista de modas. Entre *aquellas* hojas blancas, punteadas de figuritas a colores, estaba la serpiente que debía envenenarnos nuestra paz, serpiente con forma de mujer en traje de baño.

Un sencillo traje de baño en malla negra con volados en tafletas negro. Vestidito de baño para niña, en jersey colorado, bordado de blanco, y calzoncillos en jersey blanco con rayas coloradas (metraje: m. 0.75 de género colorado y 0.40 de rayado). Capa de género esponja a cuadros (metraje: 2.75 x 1).

Este era como una ancha tira de color violeta, que envolvía el cuerpo formando un mameluco muy original y muy ceñido al talle, completado por una cofia a turbante de color verde-bandera atada bajo el mentón. El contraste audaz de los colores, la morbidez de la línea y su sencillez originalísima, inflamaron de entusiasmo a las dos mujeres y de indignación a la solterona. Las discusiones en breve se hicieron animadas; las esposas trataban de convencer a los maridos, la señorita llamó al octogenario cura a hacer de Paris, que ante el terrible dibujo se santiguó cerrando los ojos; en fin, ya no era posible que el uno mirara al otro sin que saliera, inevitable, el argumento del traje de baño. Era una obsesión. Por la noche yo soñaba dibujos futuristas verde y violeta. Al despertarme, por la mañana, el grito de los pescadores que recogían sus redes llevaba a mi mente la hoja terrible de la revista; al bajar a la playa ya me esperaba este aburrido argumento. Nos encontrábamos antipáticos recíprocamente. La solterona cometía distracciones imperdonables en sus partidos, haciendo enfurecer a su negro compañero; los maridos habían convenido en conceder a sus esposas el traje deseado pero sin cinturón, lo que les había valido la calificación de «imbéciles», porque precisamente el cinturón daba la forma de mameluco a aquella tira violeta.

Por fin, cierta noche en que puestos en hilera regresábamos de una excursión, cantando, en una hora en que el traje-fantasma parecía haber dado tregua a nuestro tormento, la voz chillona de la solterona nos empujó dentro de la realidad:

«Por cierto que no es un vestido para mujeres casadas... y ho-nes-tas...»

Nos sobresaltamos como sonámbulos despertados. Yo miré las estrellas que palpitaban como corazones; miré las dos mujeres que seguían calladas como víctimas, y protestando con todo el entusiasmo que me daba la hora y el lugar, dije:

«Está usted muy equivocada, se-ño-ri-ta. La mujer ha sido creada para hacerse amar; esta es su misión a la cual el deber *impone los confines*.»

Entonces, con el más grande asombro, sentí apoyarse en mi brazo la regordeta mano de la se*ñora más* vieja, que tenía 40 años y pesaba 90 kilos; la sentí hacer una presión afectuosa, y oí murmurar a mi oído: «Gra*cias, amigo*. Ya había adivinado que usted también me ama, y que aprecia mi sacrificio».



Un llamativo traje de baño a rayas blanco-amarillento y negro humo. Otro traje en jersey negro con trencilla bleu roy (metraje: 1.25 x 1.80). Vestidito de baño para nena, en jersey blanco con bordados verdes (metraje: 0.50 x 1.40).



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Qué tal le trata el calor, don Ramón?

— Mal, querido doctor. ¡Hoy, por ejemplo, siento un gran peso en la cabeza!...

Colegio nacional de Concepción del Uruguay

Nuevos bachilleres egresados este año del histórico colegio.

EL cutis, el cutis y siempre el cutis, será el punto básico de la estética facial femenina. Con una piel bella no puede haber rostro feo; y para poseer una tez fresca y lozana como la rosa, y suave y delicada como el raso, no existe otro medio que el uso diario del **Polvo Graseoso**

LEICHNER



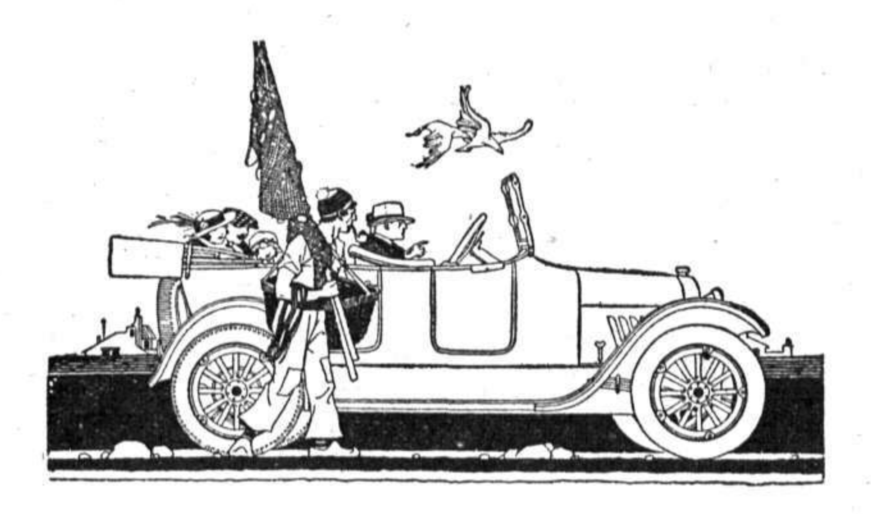
cuyas maravillosas propiedades están demostrando en la práctica que es posible reformar la piel del rostro, llevándola al mayor grado de perfeccionamiento y belleza.

Mendel y Cía.

Bs. Aires: Guardia Vieja, 4439 — Montevideo: Paysandú, 1178

Bachilleres egresados del colegio de la Inmaculada Concepción (S. Fe)





El CHEVROLET es el auto ideal como ayuda fiel para el hombre de negocios, porque ahorra tiempo. En las horas de placer es insustituible por razón de la elegancia de su presencia, el verdadero confort que ofrece y lo económico de su operación.

Devolverá a su poseedor, por medio de sus servicios, dividendos que compensarán con creces la inversión hecha para adquirirlo.

HAMPTON-WATSON & CIA

CERRITO 702 — BUENOS AIRES — U. T., 694, JUNCAL

CORRIENTES Y CORDOBA, ROSARIO — SAN FRANCISCO (F. C. C. A.)

SAN LUIS. — Las nuevas maestras provinciales recibidas de la escuela Lafinur.



El símbolo de resistencia

CUANDO necesite Ud. cadenas busque aquellas que llevan un gigante como signo de su resistencia y duración; estas cadenas están hechas para resistir cualquier exceso moderado del esfuerzo de tracción o de torsión para que han sido calculadas.

Los que usan las cadenas de la American Chain Company, no tienen sino palabras de elogio para esta grande y poderosa organización cada vez que visitan sus fábricas. Les asombran los bien montados laboratorios para el análisis y selección de la mejor clase de materias primas; la rapidez y destreza con que los obreros convierten el metal candente en cadenas de todas formas y tamaños, y la facilidad y precisión con que se mueven las enormes y pesadas máquinas, factores todos que contribuyen a despertar confianza en los productos Acco.

El ambiente de actividad que se nota por todas partes convence desde el primer momento al visitante que esta inmensa organización lucha y se afana trás un constante propósito, que no es otro que conseguir producir un artículo que rinda siempre mejores y más duraderos servicios.

AMERICAN CHAIN COMPANY, Inc.

Los mayores fabricantes de cadenas en el mundo

Oficinas principales de venta:

Grand Central Terminal Bldg., Nueva York, E. U. A.

Dirección cablegráfica: **Amchain, Newyork.** Se usan todas las claves.

Fábricas en Bridgeport, York, Columbus, Braddock, Mansfield, Niagara Falls, Monessen, Adrian, Reading, Terre Haute, West Pullman, Hartford, Waterbury

REPRESENTANTE EXCLUSIVO PARA LA ARGENTINA, URUGUAY Y PARAGUAY:

OTTO EBERSON

MORENO, 508 BUENOS AIRES

Nuevos bachilleres

SAN LUIS. — El rector del colegio nacional, señor Baldino, y el vice, doctor Dominguez, con los nuevos bachilleres de 1921.

LAS ESPIAS DE RUSIA Y SUS PROEZAS

Persuadido de que las mujeres son para esto más listas que los hombres, el pasado régimen ruso no empleaba casi más que mujeres en sus servicios de espionaje, y tenía algunas de ellas en cada una de las ciudades importantes del mundo. Mujeres distinguidas por lo general, y de las cuales nadie sospechaba.

Una de las espías rusas más notables era madame Sitzki, mujer hermosa, de cuna muy aristocrática y de educación perfecta. En Wáshington usaba el nombre de Mlle. Senac. Allí se dedicaba a dar lecciones de francés a los niños de algunas de las embajadas, y aquel puesto le daba muchas facilidades para averiguar cosas que a su gobierno convenía saber. Fué después a Austria. El zar la estimaba mucho por su talento, su perseverancia y su fecundidad de recursos. Un episodio que ocurrió en París puso bien de manifiesto lo que valía esta mujer.

La policía de San Petersburgo había tenido noticias de que se preparaba un atentado contra el zar en la línea del ferrocarril por donde tenía que pasar el soberano ruso en un viaje próximo. Se conocían todos los detalles del complot, excepto el sitio donde había de realizarse el atentado y el nombre del nihilista elegido para ejecutarlo. Se telegrafió a madame Sitzki, que se hallaba en Montecarlo, encargándola que fuese inmediatamente a París y cultivase la amistad del conde M..., que según noticias de la policía rusa era en aquel momento el inspirador y jefe de la colonia nihilista. Mad. Sitzki no perdió tiempo en trabar relaciones con el conde M..., y antes de pocos días se había apoderado de una llave de su casa, lo cual la permitió conocer perfectamente todo lo que traía entre manos. De ese modo pudo saber el nombre del nihilista elegido para hacer descarrilar el tren, y el sitio donde se escondía. La policía rusa tomó la pista del asesino y telegrafió a Mad. Sitzki que no necesitaba ya ocuparse más del asunto; pero ella, con verdadero instinto femenino, creyó que no debía dejar de vigilar al conde M... hasta que el zar hubiera realizado su viaje. La misma noche en que el asesino iba a salir de París para Rusia, Mad. Sitzki había ido a un baile con el conde. Con sorpresa suya vió que un caballero entraba apresuradamente en el salón, llamaba al conde M... y le hablaba unas cuantas palabras. Reconociendo en aquel caballero a un individuo de la colonia nihilista, la espía sospechó que algo había ocurrido que hacía variar el plan en el último momento a los conspiradores. En efecto, algunos momentos después, el conde M... se excusaba de dejarla sola, diciendo que tenía que acudir en auxilio de un amigo suyo que había tenido una pelea con la policía. Madame Sitzki se fué al guardarropa, se echó por encima del traje de baile su abrigo, y bajando apresuradamente y cuidando de que el conde no la viera, se escondió junto a la puerta cochera del hotel donde se daba el baile, y acechando el momento en que el conde subía a un coche, ella se subió a la trasera, y en cuanto llegaron al boulevard y vió un coche de alquiler saltó de su incómodo asiento, tomó el vehículo ofreciendo una fuerte propina al cochero si no perdía de vista al coche del conde y lo seguía de modo que éste no pudiera enterarse de la persecución. El conde entró en un hotel de una calle algo apartada. Mad. Sitzki, en cuanto le vió allí, fué apresuradamente a la primera estación de policía a comunicar con el prefecto, y a los pocos minutos unos cuantos agentes de policía secreta custodiaban el hotel, y no perdieron ya de vista al conde hasta que éste salió acompañando a un individuo que dejó en la estación del ferrocarril, en el tren que se dirigía a Alemania. Claro es que no se perdió ya de vista a aquel individuo, el cual fué preso a su llegada a Rusia. Los nihilistas, sospechando que sus proyectos estaban descubiertos, habían designado a última hora a otro individuo para realizarlo.

La mujer más hermosa de cuantas sirvieron a Rusia en concepto de espías era madame Macaborwitz; bellísima, de gran presencia, ha estado en casi todas las naciones del mundo. Viuda de un agregado militar ruso, conocía al dedillo la política de todos los países.

Madame Midgi-Hune era la espía rusa que durante varios años vigilaba lo que se llama la Riviera, o sean las aristocráticas playas que se extienden entre Niza y Mentón, y donde se reunen por lo general durante el invierno algunos de los personajes más ilustres del mundo. Mujer de muchos atractivos, excesivamente coqueta y maestra en el arte de atraer y de subyugar a los hombres. Estuvo a punto de casarse con lord Howard de Walden; pero ella acabó por darle calabazas, favor que de seguro habrá agradecido mucho el lord cuando se enteró de quien era su novia.

La condesa Korolewitz era otra de las bellezas que han estado al servicio de Rusia, su alta cuna y sus relaciones la hicieron ser recibida por el rey y por la reina, y hasta logró que la duquesa de Devonshire la invitase a pasar una semana en su castillo, donde se reunían una porción de eminentes políticos.

Madame Sitzki, de quien ya hemos hablado, realizó una de sus proezas cuando ya se consideraba segura la guerra entre Rusia y el Japón.

Se enteró de que cierta francesita, llamada mademoiselle Gervais, mujer verdaderamente fascinadora, había ido a Moscú con el propósito deliberado de obtener cuantas noticias pudiera acerca del transporte de tropas rusas a la Manchuria. Madame Sitzki resolvió cogerla en el garlito. La francesa se presentó acompañada de una tía de aspecto aristocrático y llevando excelentes cartas de presentación. Cultivó con preferencia la amistad de un general y del coronel de uno de los regimientos que había de ser de los primeros en salir para Oriente.

En un baile, Mad. Sitzki observó que Mlle. Gervais concentraba sus fuegos en el general, al cual tenía ya enamorado. El ruso la llevó a cenar, y la espía observó que la parisiense empezó a divertirse cambiando copas con el general a cada momento, después de haber bebido un sorbito. El militar estaba encantado con aquello, y Mad. Sitzki comprendió que el jugueteo debía tener por objeto el echar en la copa alguna substancia que adormeciera, aunque fuera momentáneamente, al militar. Su sorpresa fué grande cuando vió que la francesa no hacía nada de lo que ella sospechaba. Sin embargo, al final de la cena el ruso pareció ponerse algo malo, y la francesa le condujo a un gabinete y empezó a hacerle oler el frasco de sales que llevaba en el bolsillo. La espía no creyó discreto entrar en el gabinete; pero en el momento en que el general, algo repuesto, pidió su coche y mademoiselle Gervais se precipitó al guardarropa con intención de irse también, madame Sitzki la siguió, y acercándose a una princesa de una gran familia rusa que encontró al paso, le dijo una palabra al oído.

La espía exclamó entonces en alta voz:

—¡He perdido mi broche de rubíes!

—Pues entonces — dijo riéndose la princesa — haremos lo que los caballeros cuando están jugando a las cartas y alguno de ellos echa de menos la cartera. Vamos a registrarnos unas a otras.

La parisiense se puso pálida, pero no dijo ni una palabra. El registro empezó por la princesa en persona, y fué muy minucioso. Registróse después a otras rusas que había en el guardarropa, y por último le tocó el turno a Mlle. Gervais, la cual hizo un movimiento rápido con el cuello y con el busto, y después se adelantó sonriendo hacia las rusas encargadas del registro.

En aquel momento, madame Sitzki observó que en el suelo, en el sitio donde había estado parada la francesa, había un sobre de aspecto oficial. Se precipitó sobre él, y vió que iba dirigido al general y que tenía todas las trazas de proceder del gabinete particular del zar.

—¡Oh! Mlle. Gervais — dijo, — el general K... no le perdonará a usted el descuido con que deja en el suelo los papeles que le ha confiado.

Mademoiselle Gervais tenía demasiado talento para darse por enterada.

—¡Papeles a mí! — dijo riéndose. — De seguro que el general K... sería la última persona del mundo que confiara en estos días secretos militares a nadie, ni aun a una rusa, y yo no soy más que una muy humilde aliada de un país amigo.

—Mademoiselle Gervais — exclamó entonces la princesa, — siento mucho que se vaya usted tan pronto de Rusia.

—Muchas gracias, princesa — contestó la parisiense; — pero ya he estado demasiado tiempo en Moscú.

—¿Se va usted en el primer tren?

—Sí, princesa.

Y así lo hizo.





La gente que insiste en obtener el mejor vino de mesa, pide

TRAPICHE

BENEGAS Hnos. & Cía. Lda.

Sociedad Anónima
Industrial y Comercial

771 - FLORIDA - 771
:: Buenos Aires ::

Unión Telefónica
1752 y 7365, Avenida

Cooperativa Telefónica
3708, Central

P. Germino

Escuela normal de maestros

SAN LUIS. — El director de la escuela, señor Magallanes, y el inspector, señor Lugones, con los nuevos maestros egresados en 1921

TOLSTOI ESPEJO DE RUSIA

(De "L'Opinion.")

Tolstoi se hacía el "mujik" y no conseguía disimular ni al hombre de genio bajo la blusa ni al gran señor: tres personajes reunidos más o menos bien bajo el mismo vestido, pero igualmente rusos. Gorki, dijo en unas notas publicadas hace poco en la "Nouvelle Revue Française": los guardaréis en vuestros anaqueles si sois verdederos conocedores de almas.

En Gaspra, Crimea, donde el joven novelista vivió familiarmente con Tolstoi, éste hablaba sin discreción a los admiradores que tenía cerca de él; "¿Me ama usted?" preguntaba. El interrogado si era un partidario de sus ideas, se ponía la mano sobre el corazón para contestar. Gorki respondía: "No, yo no siento afecto por usted". O también: "No, ahora no lo amo a usted". Para saborear toda la sal de un diálogo semejante, imaginad una carta de Racine a Boileau: "Soy de usted, señor, afectísimo", etc. Tolstoi decía al primer llegado: "Ama usted a su mujer". Y un día quiso que Gorki le contase sus sueños. Nada de cumplimientos, ni de fingimientos, allí la cortesía nada tenía que ver...

Si era despiadado para las preguntas era, al contrario, muy reservado en las respuestas, como un sabio. Gorki le preguntaba si pensaba tan mal de los médicos, como su héroe de la Sonata a Kreutzer. Y Tolstoi: "¿Tiene usted gran interés en saberlo? — Gran interés. — Entonces no se lo diré a usted".

Entonces el viejo filósofo se ponía a sonreir y se frotaba los pulgares de una manera aldeana. Era, nos dice Gorki, semejante a un dios pagano y ruso, sentado sobre un trono, bajo un filo dorado.

En realidad tenía más de un secreto que decir cuando se trataba de arte, y que ocultar cuando se trataba de filosofía.

Parece que Tolstoi en ruso quiere decir: "fuerte". León el Fuerte valientemente daba sus opiniones literarias, aun las que tenía acerca de su obra que compara a la Ilíada. De paso daba útiles consejos fruto de una feliz experiencia. Por ejemplo: "Nosotros decimos el papel del individuo en la historia y el aldeano dice: usted no puede ocultar una anguila en un saco". O bien: "Usted, Gorki, salta como un gallo, sobre todo lo que encuentra y siempre quiere tapar con una pintura confeccionada por usted las hendiduras que advierte. Recuerde usted lo que dice Anderssen, lo dorado se gastará, la piel del cerdo permanecerá". Confesadlo, es agradable reconocer a pesar del modo bárbaro de decir, un principio clásico y la comparación de Boileau entre el oropel de Tasso y el oro de Virgilio.

Pero sin confesarlo, sino por alusiones, León el Débil que dudaba de sus ideas religiosas y sociales, soñaba con el martirio para imponerlas al mundo, anciano despótico. En el fondo de su pensamiento velado entrañaba el nihilismo más radical que jamás haya llenado de desolación el cerebro de un hombre, una desesperanza irremediable, el sentimiento del abandono universal, la negación de todas las afirmaciones. Encarnaba en su grande alma todos los defectos de una nación. Su nebulosa doctrina de la no actividad, de la no resistencia al mal, era hija del fatalismo mongol; su anarquismo manifestaba esencialmente, aun en su principio, el genio vagabundo de los eslavos. El Estado Ruso ha sido fundado como el azar y mecánicamente por las fuerzas unidas de los varegas, los tártaros y los bálticos. A la ley occidental, a sus trabajos, a su esfuerzo creador, a su voluntad de vencer por una resistencia invencible los males de la vida, Tolstoi ha opuesto: "reflejado en él con magnificencia el viejo excepticismo de la aldea rusa".

Así, repito, habla Gorki, ¡y qué luz repentina tan grande arroja sobre la revolución! La palabra ha podido desunir los miembros de la patria rusa porque ha fingido prometer a cada uno; se ha reído en la nariz de los doctores, clérigos o laicos, y tirado por su lado sin preocuparse del resto. Hasta que el reclutador del ejército rojo apareció, habiendo reemplazado por la pena de muerte, por cualquier motivo, la ya olvidada nagaika.

EUGENIO MARSAN.



TALCO PARISIEN

BORATADO Y PERFUMADO

Es el complemento obligado de toda toilette.

Suaviza y da blancura al cutis.

Hace desaparecer toda clase de sarpullidos o irritaciones, calma en seguida el ardor después de afeitarse.

Refrescante y delicioso después del baño, conveniente, sobre todo, para la delicada piel de los niños.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA, 215

sus secciones y en toda buena farmacia y perfumería.

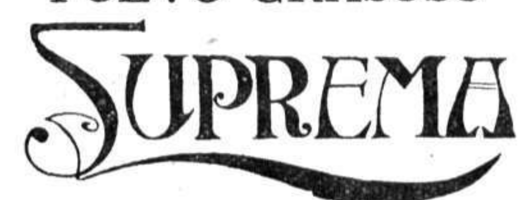
Nuevas profesoras

SAN LUIS. — Las nuevas profesoras de corte y confección recibidas en 1921 de la escuela profesional.

GRATIS

Para que todas las Señoras y Señoritas conozcan la alta calidad e indiscutible supremacía del insuperable

POLVO GRASOSO



tenemos a su disposición, para ser pedidas por correo,

1.250.000 muestras gratis

de este excelente polvo de tocador.

No cobramos absolutamente nada por estas muestras y las enviamos libres de porte a toda dama que la solicite, a cualquier punto de la República.

El Polvo Grasoso SUPREMA es finísimo y de perfecta adherencia. Posee, además, un delicado aroma, embellece el cutis y lo proteje contra los rigores del tiempo.

Las cajas de Polvo Grasoso SUPREMA

se venden en todas partes a......... $ 1.10 m/n. c/u.

Pida su muestra gratis hoy mismo.

SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES

PRODUCTOS SUPREMA

P. BURS & Cía.

Bolivar, 1725 - Buenos Aires

Escuela normal de maestras

SAN LUIS. — Las alumnas de 4.° año, 1.ª división, egresadas de la escuela normal como maestras, después de rendir pruebas de competencia a satisfacción de los profesores.



LO QUE VA DE LA SEMANA

OTOÑOS Y PRIMAVERAS



SI no fuera por el hecho que las fiestas vienen a ser casi una de las características más... características de nuestro país, no crean que me disgustaría mantener la costumbre de las fiestitas familiares en ocasión de los cumpleaños.

Son fiestas simpáticas, sencillas, enternecedoras, que afirman y tonifican la autoridad de un padre de familia... Y, con los tiempos que corren, es bueno quedar apegados a las viejas costumbres, honrar al padre y a la madre como manda el decálogo.

Vendrá día también en nuestro país en que, gracias a la insistencia de los que no se cansan de presentar al Congreso el proyecto sobre divorcio, tendremos por fin el dichoso divorcio; luego habrá un entrevero de divorciados y divorciadas, hijos quienes, para buscar a su señora madre, tendrán que recurrir a la oficina del Registro Civil con objeto de saber con quién dicha señora se halla casada en el momento de efectuar las averiguaciones.

¡Suerte que soy viejo y que confío en cerrar los ojos definitivamente antes de presenciar semejantes espectáculos!...

Bueno: tanto como viejo no; pero, vamos, tampoco soy joven.

Que aparento muchísimo más, eso sí, unos veinte años más, por lo menos. Pero desde el año de gracia 1869 hasta la fecha, si la aritmética no es una opinión, saquen la cuenta, son 52 primaveras.

Un hombre no es viejo a los 52 años, como no lo es a los 60, ni a los 70 tampoco y... si vamos a ver, casi no lo es a los 80.

De 60 para arriba se dice que un hombre está todavía en «buena edad.» Fíjense en el «todavía» y me dirán si me falta bastante antes de alcanzar el... «todavía».

Es la discusión que tengo a menudo con los que me conocen superficialmente y se atreven a decirme: «¡Imposible, hombre!... ¡Sea franco!... ¡A quién va usted a dar a entender estas cosas!...»

¡Y como no puedo pasearme con el certificado del Registro Civil en el bolsillo, claro que protesto!

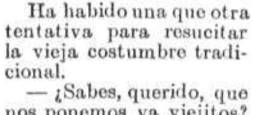
¿Qué interés tengo en mentir? ¡Si se tratara de niñas bonitas que manifestaran sus dudas y si yo fuera disponible... no digo lo contrario!

¡Pero hace rato que me contrataron por el espacio de 99 años!...

Como les decía, aparte de estas consideraciones de índole subjetiva, hay otras de carácter objetivo. En familia somos... ¡espérense!... ¡uno... dos... somos siete!... Somos siete y los años, por turno... los cumplimos todos.

Siete fiestas, amén de las nacionales, de los domingos, de las otras incluídas en el calendario cristiano, los centenarios, las fiestas improvisadas por el asesinato de uno que otro gobernador de provincia...

¡Son un disparate!... En un país de trabajo como el nuestro hay que limitar la tendencia a transformarnos en «carnaval nation», y por mi cuenta he empezado a suprimir unas cuantas, sin decretos ni nada, simplemente dejándolas caer en el olvido, empleando la táctica del silencio y la indiferencia.



Ha habido una que otra tentativa para resucitar la vieja costumbre tradicional.

—¿Sabes, querido, que nos ponemos ya viejitos?

—¿Por qué?

—El día tal cumplo los 49...

—¡Pues me alegro, me alegro!... ¡Te veo sana y muy buena... Muy bien, muy bien... ¡que Dios te conserve por muchos años!...

—Muchas gracias...

Naturalmente que me doy cuenta del alcance de este preaviso, pero en seguida me pongo a pontificar sobre la crisis y... «lasciate ogni speranza»... como decía ese otro señor cuyo centenario también hemos celebrado, si Dios quiere, con toda felicidad.

Un centenario ese que por lo menos ha puesto en evidencia una cosa que nadie sospechaba: la cantidad enorme de gente que ha leído la Divina Comedia... Lo que resulta tanto más raro cuanto que por el hecho mismo de que hay tantos hijos de italianos casi nadie habla el idioma de Dante.

—A mí nunca me regalas nada — insiste la de los 49. — Este vestidito de verano lo llevo desde hace dos años, lo he arreglado ya un par de veces, es tiempo de ponerlo a un lado...

—Y se pone...

—Hay unos géneros tan bonitos ahora... ¿Sabes? La señora de Rosbif se los hace venir de Europa y salen baratísimos... Se los trae un camarero de a bordo... A ti no te costaría nada hacértelos traer... Conoces a tanta gente... Con el cambio resulta una friolera.

—Es que la señora de Rosbif se los hace traer no porque conozca a los camareros de a bordo, sino porque les dará el importe de la friolera...

—Claro, que no se los van a regalar...

—Bueno, bueno...

Dos palabritas que quieren decir mucho y nada, según el punto de vista del que las pronuncia y del que las escucha.

Pues bien; el otro día me tocaba a mí cumplir los 52 y, para no derogar una línea de mi sistema de conducta, me hice el olvidadizo. Ni almorcé en casa siquiera, con el pretexto de que no tenía tiempo de ir y venir. Pero por la noche, naturalmente, no podía faltar a la cena.

Resulta que un amigo tuvo la ocurrencia de obsequiarme con unos ochocientos ravioles, acompañándolos con una tarjetita de felicitación. El pobre quiso manifestarme su agradecimiento por haberle publicado en un diario la noticia muy importante de su completo restablecimiento después de un fuerte resfrío. El hombre sabe cual es el camino de la celebridad.

Pues mi vieja me dió la noticia con una tonadita algo agria.

—¿Sabes, querido?, francamente se me había pasado de la memoria que hoy es tu fiesta... Como no dices nunca nada y estas costumbres de los cumpleaños se han perdido en nuestra casa... La familia de Hilarión ha querido molestarse, así que... haremos la fiesta esta vez a pesar tuyo con estos ravioles...



—¿Ah sí?... Muy bien... ¡Pero lo hubieras invitado, caramba!...

—Pero, hijo... ¿Y qué iba a prepararle?... No te has dejado ver en todo el día...

—Bueno, bueno... ¿Y quién los ha traído?

—Un mensajero.

—¿Le has dado siquiera unos cincuenta centavos?

—¡Qué esperanza! Cincuenta centavos!... ¡Qué espléndido!... A mí me estás regateando esos pocos pesos para comprarme el vestidito de verano, pero quieres que regale cincuenta centavos a un mensajero que trae unos ravioles... Le di veinte centavos y gracias.

En fin, las pequeñas nubes que se habían asomado en el horizonte matrimonial quedaron aplastadas bajo el peso de una dosis más que regular de ravioles al jugo.

—Ese Hilarión es un buen amigo...

—Muy bueno... atento... Y fijáte que los ochocientos ravioles los ha hecho la señora de Hilarión, la pobre. ¡Qué trabajo!...

—Esa, ¿ves?... Esa es una mujer que vale plata...

—¿Y yo no hago lo mismo?

—¡Anda!...

—Es que me duele acá, me duele allá, tengo las venas varicosas, el riñón flotante... ¿Si no, cuando era sana?... Tenés razón en quejarte. Hay que saber lo que cuesta criar a los hijos.

—No te enojes, no te enojes. Bueno. Ha de haber un par de botellas de espumante. Tráiganlas.

Hubo una ovación ruidosa, aplausos, gritos...

—¡Qué rico abuelito!... ¡Qué lindo papá!...

El más pícaro de los nietos dijo:

—Yo «quielo» con mucha «epuma»... ¡A mí me da llenito, llenito «atacá»!

—Vamos... ¡Sosiéguense!... Siéntense todos... ¿Comprenden?

Estuvimos de sobremesa largo rato y, mientras charlábamos forjando proyectos para el porvenir, se me acercó Dominguito, el primero de los nietecitos, y me echó los brazos al cuello hablándome al oído.

—Abuelito... abuelito...

—¡Qué tienes!... Cuidado, no me ensucies con los botines...

—Es que quiero decirle una cosa a usted solo.

—Bueno, bueno... Háblame a mí sólo... ¿qué hay?

—Yo no tengo mucha plata, ¿sabe?; pero hace ya dos meses que voy juntando de a cinco y de a diez centavos. Para su día quería hacerle un regalo y le he comprado un lápiz... Aquí está.

Era un lápiz con su estuche, en forma de escopeta, de metal blanco.

—¡Muchas gracias, hijo! ¡Qué lindo! ¡Muy lindo! Me lo voy a colgar de la cadena del reloj y lo voy a guardar siempre como recuerdo tuyo... ¿eh? ¡Pobrecito!... Dame un beso... ¡Así!... ¡Otro!... ¡Otro!

Los demás estaban observando la escena y yo me di cuenta muy pronto que andaban complotando algo.

La más chica de todos, la niña mimada de la casa, había quedado como petrificada por la sorpresa.

Ella, que no hacía otra cosa que prodigar caricias al abuelito, que tenía única y exclusivamente el derecho de sentarse sobre mis rodillas sin que yo protestara, se había dejado ganar por Dominguito.

Afortunadamente tuve la prudencia de no excitar celos con frases, que hubieran sido lo mismo que un fosforillo encendido y arrimado a las hojas de un papel de diario.

Si hubiese dicho por ejemplo:

—¿Han visto? Dominguito se ha acordado del abuelo. Ha hecho ver su cariño como ha podido. Son pensamientos gentiles que se agradecen en el alma... Aprendan.

¡Entonces que lloriqueo el de los unos y de los otros! Pero, como digo, fuí prudente.

A los pocos minutos vino la niña mimada y desalojó a su hermano, que por caso excepcional se había sentado sobre mis rodillas. Tenía el índice de la derecha en los labios entreabiertos y una cara de vergonzosa y mortificada. También ella quiso hablarme al oído.

—Abuelito, abuelito... Yo también tengo algo para usted. Me hice «plestar» veinte centavos de «Enrique»... ¡Tome!

Y me dió una pistolita de esas de bazar, con un par de cajas de cebas.

—¿Le gusta?

—Magnífico.

Y no tuve más remedio que manifestar mi entusiasmo tirando desesperadamente contra blancos imaginarios.

—¡Pím, púm, pám!... ¿Has visto?... Ya se murió... ¿Todavía no se ha muerto?... ¡Ah pícaro!... Esperate... ¡Pám, pám!

Pero resulta que los demás hermanos se reían a carcajadas y yo creo que la chica se dió cuenta de que el obsequio no era como para un hombre de mi edad.

Entonces empezó a llorar a mares:

—¿Qué hay? ¿Por qué lloras?

—«¡Po... po... polque me hacen bu... bu... burlas»!...

—¿Quiénes?

—Do... Do... Dominguito y Toti... to.

—¿Ah sí? ¡Ahora vas a ver!...

Y tomé una actitud amenazadora, como quien está por adoptar medidas muy serias.

Estas pequeñas escenas sirven más de lo que uno piensa para darse cuenta del carácter de los chicos y averiguar sus tendencias.

—Pero, hijita, si tenemos un arma a mano... Que te parece si le metiéramos un par de balazos a esos sinvergüenzas, ¿eh?... ¿Los tiramos?

—No, no... No «tile», abuelito... Hágale totó como me hace a mí mamita, pero no muy «fuelte» como me hace a mí mamita.

—Entonces hacélo vos, ¿eh?... Vengan para acá ustedes dos señoritos que se burlan de esta monadita... Vengan...

Los dos se presentaron ofreciéndose con admirable emulación a recibir el castigo. Yo agarré la mano de la chica para ayudarle a pegar fuerte, pero la pobrecita era ella que me sujetaba, temiendo que realmente le hiciéramos daño.

Los niños se iban rascando cómicamente las partes tan... enérgicamente castigadas, y la nenita empezó a reírse mientras todavía las lágrimas le caían gruesas como perlas a lo largo de las mejillas.

Naturalmente tanta humedad, esa verdadera inundación, trajo sus consecuencias, y tuve que poner muy de prisa un dique a otras secreciones, que no provenían de las glándulas lacrimales y que debido a la respiración iban formando pompas, que no eran precisamente de jabón.

Hubo amnistía general y Totito aprovechó la gritería que se armó para escurrirse sin ser visto, salir a la vereda y entrar en el almacén de enfrente.

Regresó muy campante y, con el mismo ceremonial de los otros, se me acercó:

—Vea, abuelito, me va a disculpar si no he podido hacer gran cosa en ocasión de su cumpleaños. Aquí le traigo estos caramelos... ¡Mucho más que nos gustan a todos!...

Para la edad que tiene, no puede ser más práctico el hombre. ¡Promete el pícaro!... ¡Qué les parece!... «¡Mucho más que nos gustan a todos!»

DE MI DIARIO



Dr. A. VACCARI

Escuela normal de maestras



SAN LUIS. — El director de la escuela, doctor Ojeda, y las nuevas maestras egresadas en 1921.

DE "EL VALLE DE JOSAFAT."

VIRGILIO

Me parece muy justa la observación de Goethe en las *Conversaciones*, cuando dice que la lectura de *Dafnis y Cloe* deja a Virgilio un poco disminuído. La famosa miel de la versificación virgiliana es miel, sin duda; pero tiene un cierto regustillo farmacéutico... Precisemos más todavía: Virgilio nos trae de nuevo a la boca, de cierto modo, las sensaciones de sabor, olor y consistencia de las mejores emulsiones de aceite de hígado de bacalao. «Es casi una golosina», se dice de estas emulsiones. «Es casi un cristiano», se dice de Virgilio. ¡Enormidad de un *casi!* Virgilio no fué un cristiano. Tampoco supo ser buen pagano como lo es el libro de Dafnis y Cloe, con todo y su carácter de obra de decadencia... Virgilio es un esclavo.

Eugenio D'Ors.

LA JUSTICIA EN UN CUENTO

El viejo y el mendigo.

Rodeado el tío Blas de gente,
Dijo: — «Vaya un cuento ahora»;
Y ya iban tres cuartos de hora,
Cuando él iba en lo siguiente:
— «Aunque *pobre*, el juez prudente
Le hizo justicia al momento.»
Y un *pobre* que oía atento,
Dijo al tío Blas con malicia:
— «¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento*».

Ramón de Campoamor.

El orgullo que come vanidad cena desprecio. Si el orgullo desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza.

Franklin.



Estas muchachas divinas
que, como todos los años,
a tomar tónicos baños
van a las playas marinas,

ven que del agua del mar
el contenido salino
puso áspero el cutis fino
que ellas quieren conservar.

Y con tal preocupación,
cuando de bañarse acaban,
van a su casa y se lavan
con **REUTER**, que es el jabón

que, usándolo diariamente
en su aseo personal,
puso en su cutis ideal
la tersura permanente.

Alumnos graduados de maestros en la escuela normal de Corrientes



Señoritas J. Alessandrini, E. Cadenas, J. M. Soto, F. Gómez, M. S. Ruiz Díaz, A. Ramírez, O. Lucero, Y. Crudele, C. Aguirre, E. Acosta, C. Méndez y E. Del Giorgio, y señores A. Espíndola, J. A. Alvarez, con el director, vicedirector, secretario y regente profesores Modesto T. Laites, José Virasoro Villagrán, José Mauvecin y Alejandro Cabeza.

GREGUERÍAS

Perece que en sueños se nos va a morir el corazón, como un obrero que se rebelase a cumplir sin descanso una jornada de día y noche en el fondo de una mina lóbrega y húmeda, húmeda de sangre...

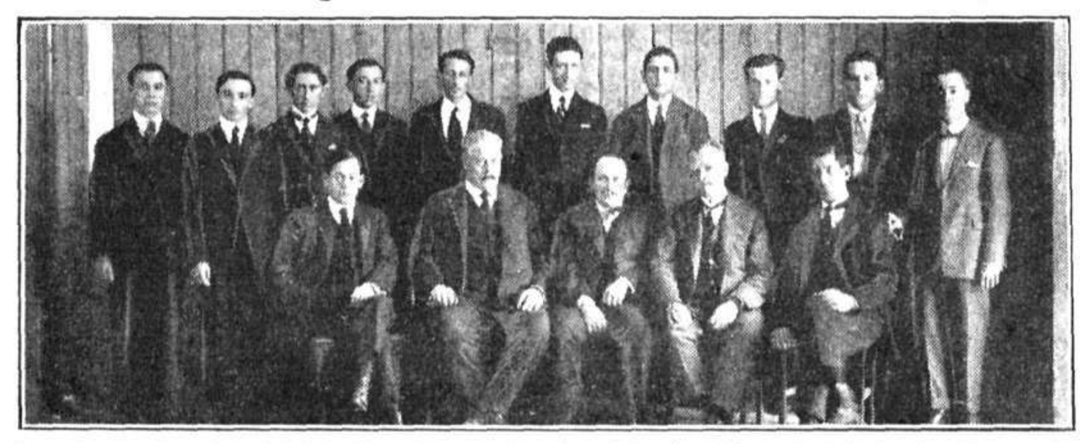
Las lenguas fiambres, empavonadas de escarlata, distraen en los escaparates de las reposterías como algo burlesco, sarcástico, ensañado y difícil de comer... Son cosas digna de estómagos crueles y de coquetas sádicas, como aquellas que pedían las cabezas de los santos degollados para pincharles la lengua con alfileres de oro... ¡Oh! dan el mismo escalofrío que dan otras lenguas frías.

Después de una noche dificultosa, trabajosa, llena del dolor de hacer, de hallar, de explorar, nos levantamos, no habiendo dormido más que cuatro horas, con los ojos chicos y fundidos y una barba nazarena que pica, que escarabajea y que escuece... ¡Y nos habíamos afeitado ayer ¡Cómo habremos tirado hacia afuera de nuestra vida, de nuestras facultades, de todo, de todo, para tener estas barbas tan crecidas!

Se teme siempre que el sastre no pueda hacernos el traje hasta que pase la estación para que se necesitará; se teme con una sufrida resignación, pues si eso es desolador para uno, el sastre nos hará comprender, compugido y con lágrimas en los ojos, que para él lo ha sido aun más, y le perdonaremos.

R. Gómez de la Serna.

Peritos mercantiles egresados de la escuela S. de C. de Concordia (E. R.)



Los profesores señores Gerardo Victorin, Martín Beñatena, doctor Juan J. González, Alejandro P. Rolland y Cicero Baltar con los alumnos Armando Revello, Luis Fornasari, Simón Kreimer, Enrique F. Moulins, Angel Pisani, José Briglia, Pedro Jaimovich, Leonidas Yacubsonhn, Luis Seublinsby y José Domínguez.

LOS TRONCOS SECOS

Estoy viendo ese pobre tronco seco que, todas las tardes, a sol poniente, se llena de pájaros. El sol, dulcemente, le dora lo gris, y entonces es un venir bullicioso de alas de colores a todas sus ramas. Y no sé qué belleza melancólica tienen los troncos secos entre la verdura del jardín.

Es la primavera: la vida se engalana de hojas, de flores y de música; sólo el árbol seco está negro y frío. Y es como un muerto que se llenara todo de canciones. Ved; el sol le dora lo gris dulcemente; y en la música iluminada de amarillo, una primavera fantástica parece que cubre el tronco de brotes verdes... Pero todo cae. Hace frío. Hace sombra. Brilla una estrella...

Estoy mirando el pobre tronco seco todo lleno de pájaros que cantan...

Juan R. Jiménez.

Cualquiera tiranía, proceda de quienquiera, nos parece ya, cuando menos, una locura; y en materia de locuras yo no sé que haya ninguna conveniente, y sólo recuerdo de una simpática, la locura que conduce a la espiritual Ofelia camino de la muerte, risueño su hermoso rostro, vestida de blanco, los cabellos de oro entretejidos con rosas, el delantal lleno de flores y cantando frases de amor; la que, por el contrario, se viste de sombríos colores, aparece cargada de instrumentos de tortura y lanzando excomuniones y amenazas marcha tras del crimen, ésa, proceda de quienquiera, religión, ciencia, política, a más de perjudicial es horrorosamente antipática.

Angel Pulido.



LAS partidas de tennis tórnanse más agradables y amenas cuando se tiene a mano un refrescante seguro, agua PURA que no ofrezca peligro alguno, no importe la cantidad que se tome, aún durante la traspiración que subsigue al juego agitado.

⊠ ⊠

EL agua mineral natural de mesa "SALDAN", el noble producto de las Sierras de Córdoba, es bacteriológicamente pura, ligeramente efervescente y sumamente agradable al paladar, muy superior a las aguas extranjeras por su frescura y cualidades radio-activas.

⊠ ⊠

DURANTE el estío no debe faltar en ningún hogar el agua "SALDAN" y siempre es prudente llevar unas botellas al campo de sports, pic-nics, etc., en garantía de la salud.

⊠ ⊠

Pídala a su proveedor y en todos los Restaurants, Bars, Clubs, Almacenes y Farmacias.

LANFRANCHI y Cía.

Establecimiento Saldan. Sierras de Córdoba

VILLA ALLENDE, F. C. C. C.

AGUA MINERAL NATURAL

SALDAN

SALDAN

Depositarios para la ciudad de Rosario:

Asurmendi y Fernández

Calle San Lorenzo, 880

DEPOSITARIOS PARA LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES:

J. F. MACADAM y Cía.
302, Balcarce, 326 - Buenos Aires

MURRAY y Cía.
Chiclana, 130 - Bahía Blanca

LOS DOS METODOS



ANTAÑO.—Para preservarse de resfriados, toses y bronquitis se usaban capas, bufandas, chales, cobertores, paraguas, etc.

HOCAÑO. — Con tomar **Alquitrán-Guyot** es suficiente.

El uso del **Alquitrán-Guyot,** tomado en todas las comidas en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán-Guyot, desconfiad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y a *fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán-Guyot.**

A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán-Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al bies, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega, de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

FLORES DEL INGENIO

UNA LUZ QUE SE APAGA

De noche, las lanzas de luz caen de las ventanas sobre los jardines, hiriendo a la noche; y con las lanzas de luz, las sombras, acaso queridas, y risas y músicas también; y a veces el silencio. Se ve la sombra de una viejecita sentada en un sillón, o la de un hombre que está leyendo, los codos en la mesa y la frente apoyada en las manos; la de unos cuantos niños, que también apoyados en la mesa, juegan, o la de una madre joven que duerme a un bebé. En las ventanas altas, sólo la luz; alguna tan alegre que parece desafiar toda melancolía y todo misterio, alguna amarillenta, alguna apenas roja. Cuando se va por una calle triste, y en una ventana se apaga una luz, es como si de golpe se nos muriese una ilusión. Recuerdo una ventana, un negro anochecer de noviembre; la habitación estaba oscura y sola; pero había lumbre en la chimenea, y un gran gato blanco junto al hogar.

Pasando de noche por algunas ciudades desconocidas, cruza el tren sobre un puente; y hay en la sombra grandes edificios con todas las ventanas iluminadas, como de ascuas de oro, y la luz de todas cae sobre el agua negra del río, y hace una gran fiesta para los ojos, en la obscuridad de la noche...

G. Martínez Sierra.

MADRE CASTILLA

Quizá tu misión ha terminado, madre Castilla. Tal vez el porvenir está reservado a nosotros, hijos de las costas, hijos del Mediterráneo. ¡Quién sabe si los renuevos de Andalucía y de Levante heredarán mañana tu fuerza y tu genio director, y serás en España como una madre anciana, impedida, extinguiéndose dulcemente en el hogar creado por sus hijos!... Pero las ramas y las hojas, los frutos y las flores por tu savia alimentadas, no renegarán nunca del sagrado tronco, y si lo hicieran, es porque habrán perdido memoria y corazón...

Yo también, hijo del Mediterráneo, llevo dentro de mí tu santo amor, madre Castilla. Deudor me creo, noble tierra de mis antepasados, de tu espíritu y solar. Mi corazón está henchido de tus alientos religiosos y caballerescos; mi espíritu, golondrina de climas soleados, recuerda el nido de tus casas solariegas; amasado fuí con la tierra de tus surcos, y en el fondo de mi andaluz espicurismo hay una raíz de viejo sarmiento castellano... Fuiste grande y señora por ti misma. Si hoy necesitas de nuestros brazos, madre, no tengas miedo de apoyarte en ellos; los hijos que te rodean mirarte han de amor, pues tu sangre llevan y tu espíritu tienen, el espíritu y la sangre de la patria española...

Ricardo León.

UN GRAN ARTISTA

Hace mucho tiempo, allá por el siglo XV, en Francia, un artista expresó la sensación de lo que se desvanece. Hablo del pobre Villón. En una de sus baladas, el poeta preguntaba qué se había hecho de tanto príncipe y tanto magnate como fatigaban la fama. Y tenía un recuerdo cariñoso para el buen rey de España.

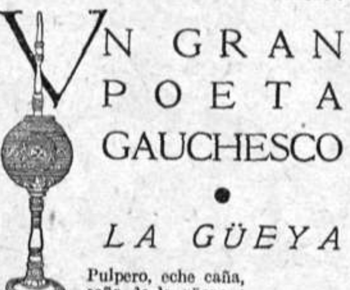
Helas! et le bon roy d'Espaigne
Duquel je ne scay pas le nom?

No se acordaba el doloroso poeta del monarca español. Vuestro nombre, señor, está grabado — indeleble — en el corazón de muchas gentes. Entre sollozos de gratitud, vuestro nombre ha sido repetido en las más opuestas tierras de Europa. Os acercáis ahora a este busto del hombre a quien quisisteis, del hombre a quien quisimos — busto labrado por la piedad y por el arte, — y sois con este gesto delicado de ahora, como antes con vuestros actos generosos, la majestad regia, secular, que sabe ser humana".

Azorín.



José A. Trelles. «El viejo Pancho».



UN GRAN POETA GAUCHESCO

LA GÜEYA

Pulpero, eche caña,
caña de la güena,
yene hasta los topes ese vaso grande,
no ande con miserias.

Tengo como un juego
la boca de seca,
y en el tragadero tengo como un ñudo,
que me ahoga y me apreta.

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
no me dicen algo que me dé coraje
pa echar esto ajuera...

Hoy de madrugada
yegué a mis taperas,
y oservé en el pasto mojao po el sereno
yo no sé qué güeyas...

Tal vez de algún perro;
pero ¡de ande yerba!
si al lao de mi rancho no tengo chiquero,
ni en mi casa hay perra...

Dentré, ya mi china
la encontré dispierta...
Pulpero, eche caña que tengo la boca
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
pa que usté lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra.

Con eya mi rancho
ni al cielo envidea...
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido
que he visto unas güeyas...

JOSÉ A. TRELLES.
(El viejo Pancho).

Una extraordinaria composición de "El viejo Pancho".

«José A. Trelles — escribe Alberto Zum Felde en su «Crítica de la Literatura Uruguaya» — español de origen, avecindado en los pagos de Canelones, la región más agrícola y, por tanto, menos gaucha de la república, ha acriollado bien su carácter y aun su tipo.»

Tales afirmaciones del culto crítico deben ser observadas, pues que implican el grave hecho de tomar, por causa, lo que no es sino un efecto. Resulta claro: no es ese ni ningún otro español quien se parece al gaucho: son los gauchos los que se parecen a los españoles, sus ascendientes directos. De tal modo, que podríamos citar crónicas del campo manchego en los cortijos que no difieren de páginas inspiradas en el fogón de las estancias. Hasta palabras que en las ciudades españolas no se usan, como por ejemplo, «jeme», son comunes a los manchegos, a los andaluces y a los gauchos. Aquéllos dicen, como éstos, que van a «manear» un caballo.

En fin, no nos prodiguemos en estas minucias cuasi eruditas, cuando urge presentar a José A. Trelles, a quien el propio crítico rebatido considera como el autor de «los mejores versos criollos de esta época».

Dejemos al propio bardo hispanocriollo que nos trace su historia en forma donosa:

Arribó a esta América siendo muy niño y, por lo tanto, sin sueños de ambición.

A los siete años era periodista y fabricante de estampillas para cartas de amor. Preparaba, con carbón en polvo, papel de calcar, y en menos tiempo del que emplea un cura cuerdo en cantar el «Dies irae» en funeral de cinco pesos, tiraba tres ejemplares (para tres únicos subscriptores, que no pagaban y que posiblemente no sabían leer) de un *semanario* que salía una vez por mes Con el producto de las estampillas postales pagaba el cartero que distribuía entre la grey infantil cartas amorosas y que un día sí y otro también recibía un plus de patadas en parte muelle. A la altura de su brazo no había en la villa pared enjalbegada que no profanara con monos *prerrafaelistas* su pecadora mano; mano que tallaba en madera Cristos con gesto más rebelde que el de Cepeda, y que escribía bastante mejor que Iturzaeta. Pero en la cabeza no había quién le hiciese entrar ni conjugaciones ni logaritmos. Como a Macaulay, resultábale indigerible la ciencia de Pitágoras. Lo que no obstó para que le obligaran a cursar la carrera de comercio y *doctorarse* perito mercantil. ¡Para después, en vitandas distracciones, *poblar* de monos y cuartetas ripiosas las márgenes del «Diario» y del «Mayor»! Y llegó a América. Y, para adormecer la *morriña* hereditaria, se dió a los versos como hubiera podido darse a la bebida. Y alternando las funciones del estro con los quehaceres del hortera, no ganaba para *manguitos*, pero atiborraba de *cascotes* un periódico que veía la luz en Chivilcoy allá por los años 1876 y 77. Epoca crítica en la que, vacilando entre irse a la Pampa en busca de *Martín Fierro*, o rendirse al yugo de la civilización, optó — no sin honda pena — por lo último, y se vino al Uruguay. Donde, mientras *barbaba*, escribió medio millón de renglones desiguales, que leyó él solo y quemó el fuego misericorde, no salvándose otra cosa que un poema, «Juan el loco», que le publicó su hermano del corazón y maestro, el malogrado poeta Orosmán Moratorio, y del que no tuvieron conocimiento las autoridades, porque no se sabe que haya estado recluído en Vilardebó (el autor, se entiende). Un año antes de casarse se trasladó a la provincia de Río Grande, donde permaneció cuatro años regenteando una casa de comercio. Y tuvo ocasión de convivir con la gente del campo, estudiar sus costumbres y mezclarse a sus faenas ganaderas. Todo lo que había de determinar más tarde sus preferencias literarias. Retornó a Canelones en 1887, sentando sus reales en el Tala— que él llama irónicamente «su Arcadia» — y antes de revelarse grafómano irredimible en la prensa departamental, en cuyas columnas polemizó con curas y seglares, escribió para cuadros de aficionados: «Crimen de amor», drama en dos actos y en verso, que obtuvo un éxito *clamoroso*; clamoroso, no en el sentido que equivocadamente atribuyen a este adjetivo nuestros jóvenes oradores, sino en su verdadera acepción de conjunto de voces lastimosas o plañideras; ya que lloraron en su estreno hasta las humildes candilejas; «Un drama en palacio», en dos jornadas y en verso; «Caída y redención», comedia en dos actos y en prosa; «Colón», drama histórico en dos actos y en verso, y los sainetes «Los veteranos», «Spyonkojo», «El falso Otelo», «Pepiyo», «Idilio fulminante» y otros. Todo inédito, por fortuna, y, para mayor tranquilidad, definitivamente juzgado por el diente de los avisados roedores. Desde noviembre de 1894 a marzo de 1897 publicó, valiéndose de un «cyclostyle» en que derrochó paciencia y habilidad caligráfica, ochenta y tres números de «El Tala Cómico», periódico semisatírico y semiilustrado que no dejó títere con cabeza en el departamento y sirvió de ensayos para sus posteriores críticas literarias, *bastante* menos brillantes que las del insigne «Clarín», pero no menos demoledoras que las del bueno de Valbuena. Y desde julio de 1899 a enero de 1900, veintitrés números de «Momentáneas», con *tricomías* que daban las doce. En este periódico aparecieron sus primeros versos criollos, iniciándose con ellos una de las modalidades de su temperamento literario: la que había de proporcionarle, andando el tiempo, popularidad y consagración superiores a sus humildes merecimientos... Exigencias económicas que minaron el alcázar de sus sueños, sometiéronlo al imperio de las realidades dolorosas, y sintiendo que algo faltaba a su capacidad para no caer vencido en la lucha por el mendrugo, cursó la carrera del notariado, alternando el estudio del derecho con sus lecturas favoritas. Y en sus horas de ocio, ahondando, ahondando en las profundidades de su corazón, donde el recuerdo de una realidad o de una quimera solía vibrar una que otra vez dolorosamente, siguió escribiendo versos criollos que, un editor magnánimo, después de publicar su drama de costumbres nacionales: «Guacha» — que puede seguir considerándose inédito, — coleccionó en un breve tomo: «Paja Brava».

«En «Paja Brava» — dice Zum Felde — hay dos autores: el que se confunde con los demás aficionados al género gauchiparlista y el que se destaca de los otros, por sentir, hondamente, al paisano de verdad, al de nuestros días, y expresarse con sencillez verdadera, exenta de todo caracoleo en el pingo dominguero de la retórica.»

Hubiéramos deseado decir una porción de cosas justas sobre José A. Trelles, más conocido, como poeta gauchesco, por el pseudónimo de «El viejo Pancho», pero resulta que Zum Felde agotó el tema en su último interesante libro.

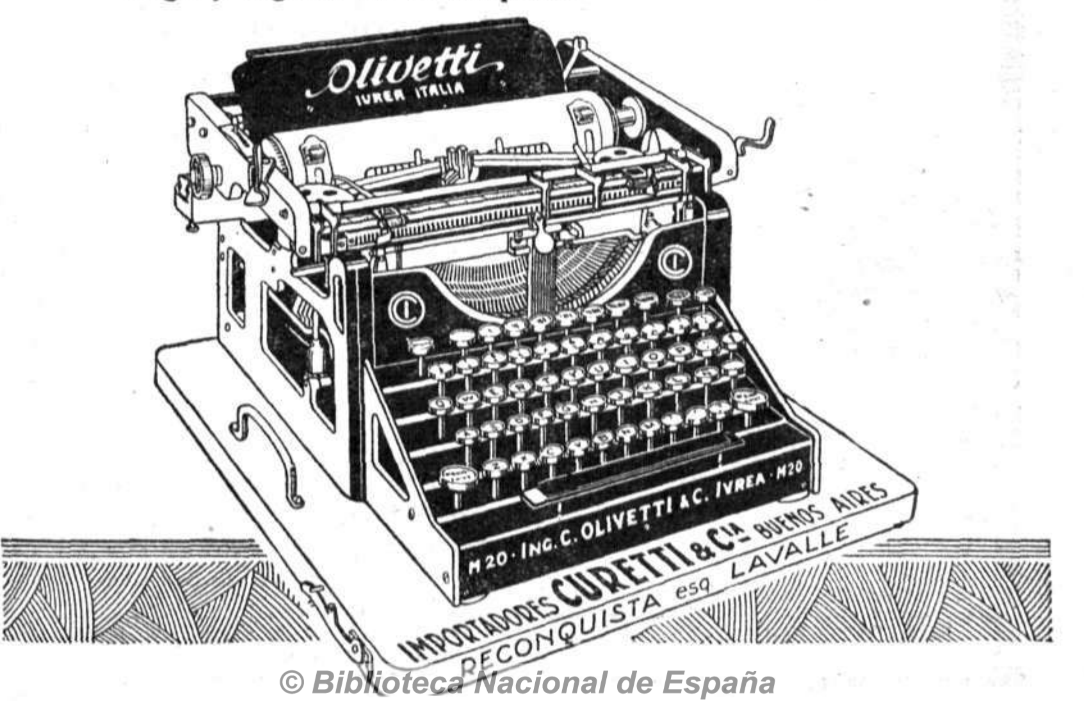
ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.

Montevideo, 1921.



Vd. ha modernizado todos los útiles de su escritorio, pero todavía usa máquinas de escribir de modelos del siglo pasado.

Adopte la moderna **"OLIVETTI"** que es la única máquina para oficina completamente estudiada en el siglo **XX**; y con ella podrá aplicar los más modernos sistemas de escritura mecánica que aseguran mayor y mejor trabajo al dactilógrafo y un funcionamiento más largo y regular de la máquina.



Colegio normal nacional de Goya



Nuevos maestros egresados este año del colegio nacional de esta localidad.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

La mujer está destinada a los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa un rosado crepúsculo, brillando sobre las sinuosidades obscuras de la inteligencia; mancha, penetrando hasta los abismos de nuestro corazón, y ciñendo con su aureola melancólica y santa todas nuestras mas febriles y exaltadas pasiones.

Moderar los ímpetus demasiado fuertes de los hombres; decir con afectos tiernos su corazón despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho pero venturoso nido del hogar, tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Estas alas vibran por las alturas inaccesibles de la ambición o del poder.

Lo dulce, lo tierno, lo gracioso, forman otros tantos círculos donde su natural hermoso se lanza como a un centro de gravedad. Mas por lo mismo que la mujer es así tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la ambición se arraiga en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más vehemente que la ambición de los hombres.

Las mujeres husmean muy de lejos el peligro y tienen presentimientos reveladores, capaces de adivinar el secreto más oculto y descomponer el plan más arreglado.

Una mujer manchada por la inquina o el crimen es capaz de todo, y a todo se arriesga. Al bajar una grada se rueda fácilmente al abismo; por eso conviene educar su corazón en la familia y en la escuela, desde los primeros años de su vida.

EMILIO CASTELAR.





NO ES NECESARIO SABER MUCHO

Con la Máquina Automática de tejer géneros de punto puede Vd. hacer en pocas horas de trabajo: Medias, Calcetines, Camisetas, Calzoncillos, etc., en lana, algodón, hilo, seda, etc., sin costura, tipo inglés.

SEA Vd. DUEÑO DE Vd. MISMO

Trabajando en su misma casa, cómodamente, posea Vd. "LA AUTOMATICA", podrá vivir desahogadamente y ganar de $ 5 a 6 todos los días. Nosotros le ayudaremos para que se independice

UTILIDADES SEGURAS

Compramos todas las medias que Vd. haga con "LA AUTOMATICA", proporcionándole también los hilos para hacerlas. En el Catálogo «C 2», que remitimos gratis a quien lo solicite, encontrará usted los precios que pagamos por la hechura de cada par de medias y las utilidades que usted puede obtener en esta forma.

EN CUANTO Vd. CONOZCA EL MANEJO, QUE SE APRENDE FACIL, EMPEZARA SU GANANCIA

PRECIO: MAQUINA completa, con todos los accesorios **$ 360 m/n**

Pida hoy el catálogo "C 2" a los únicos y exclusivos representantes en toda Sud América.

J. PASCUAL NIGRI É HIJOS,

CANGALLO, 1180, Buenos Aires - República Argentina

"YACO"

ANECDOTAS Y CURIOSIDADES

UN CASO DE FRESCURA

Hallábase en una humilde aldea de Normandía y en la única posada del lugar el célebre pintor León Bonat, cuyos retratos se pagaban espléndidamente, cuando uno de los campesinos que había allí le dirigió la palabra.

—Seguramente que el señor es un rico hacendado de las cercanías.

—No — dijo el artista. — Soy un pintor. Mi oficio es hacer retratos.

—¡Ah! — exclamó sorprendido su interlocutor. —Precisamente mañana es el santo de mi mujer; si me hicierais un retrato para sorprenderla...

—No hay inconveniente — contestó Bonat, sonriendo.

—Pero entendámonos. ¿Cuánto me va a costar el retrato?

—¿Cuánto piensa usted pagar? — le preguntó Bonat alegremente.

—Pues... Un franco cincuenta.

—Convenido.

Y el pintor tuvo la humorada de tomar el lápiz y hacerle un retrato que causó la admiración de los compañeros del original.

El campesino pagó y se fué con sus amigos, y, al pasar por delante de la ventana abierta cerca de la cual estaba el pintor, oyó este fragmento de conversación:

—¡Mira que está propio tu retrato!

—Sí, pero he sido un tonto. Si hubiera regateado un poco se lo hubiera sacado por un franco.

EL MENSAJE DE NAPOLEÓN

La cosa que más divierte a los cómicos es darse bromas en la escena. De estas burlas en familia habla el periódico "Comedia" contando una muy graciosa. Se representaba en un teatro de París una comedia de argumento napoleónico, y Febvre, ex-decano de la Comedia Francesa, que acaba de morir, decidió poner en aprieto al colega que personificaba al gran soldado corso. Este, en la escena final, debía leer una proclama a las tropas, que su jefe de estado mayor, Berthier, le entregaba ceremoniosamente. El actor que a Napoleón representaba, por una de esas perezas propias de todos los cómicos en casos parecidos, no había aprendido de memoria la tal proclama, sino que la leía en el papel, efectivamente. Febvre arregló, pues, que aquella noche la "proclama" no estuviese escrita en el papel, sino que éste fuera en blanco. Y he aquí lo que sucede. Berthier entra en escena, se inclina frente al Emperador y le entrega el rollo. Napoleón lo extiende, se da cuenta de que está en blanco, palidece, pero no pierde el ánimo. Fulminando con la mirada a su Mariscal, improvisa de este modo. "Mariscal Berthier: pensé haber llegado al límite de mi reconocimiento a vuestros servicios, haciéndoos Mariscal de Francia, Príncipe de Wagram, Gran Cruz de mi Aguila Imperial. Pero no basta. Os reservo el honor supremo de leer la proclama que hoy dirijo a mis ejércitos victoriosos". Y le alarga el rollo. Berthier palidece a su vez, pero con no menos rápida inspiración, contesta: "Majestad: verdad es que me habéis colmado de beneficios, pero dignaos recordar que yo salí de las bajas capas sociales, y soy analfabeto". Y le devolvió el papel. Nuevo embarazo de Napoleón. Pero entonces se vuelve a la Emperatriz, y le dice: "Señora, leed vos. Saliendo de vuestros labios, la proclama será mejor aceptada por mis bravos soldados". La actriz no era una tonta cualquiera, se mordió los labios, y dijo: "Majestad: me siento confusa teniendo que declinar este honor... pero el sol de Wagram me ha cegado con su brillo glorioso". "Caramba", murmuró Napoleón, viendo que todas las puertas de escape se le cerraban. Y agregó luego, alargando la proclama a un ayudante: "Llevadla al general Cambronne. Puede que algún día le haga falta este glorioso papel".

¿Cuál es su fisonomía al terminar su trabajo diario?

A la hora de finalizar sus tareas comerciales es cuando pueden presentársele asuntos de mayor importancia que a cualquier otra hora del día; es ese el momento en que usted requiere mejor presencia, y es entonces cuando puede preocuparlo la forma de haberse afeitado esa mañana.

Cualquier jabón para la barba lo hará afeitarse en una forma aparentemente perfecta durante algunas pocas horas; pero si usted quiere conservar durante todo el día la frescura del reciente afeite, debe recurrir al **Williams**

El jabón **Williams** facilita afeitar la barba más dura y rebelde, suavizándola, proporcionando al cutis cierta elasticidad, de modo que no ofrezca resistencia ni irrite la piel al pasar la navaja.

En esta forma la apariencia de su rostro será tan buena al terminar sus negocios como al abandonar usted su casa por la mañana recién afeitado.

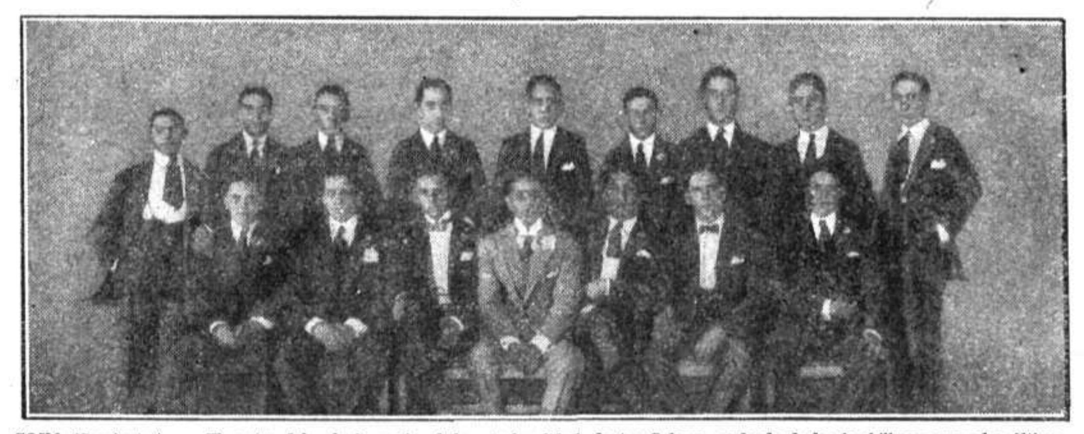
De venta en todas partes

Agentes: MAYON Ltda.
1245, A. de Mayo, 1257, Buenos Aires



Fab.: J. B. WILLIAMS Co.
Glastonbury, U. S. A.

Nuevos bachilleres



GOYA (Corrientes). — El rector del colegio nacional de esta localidad, doctor Galarza, rodeado de los bachilleres egresados últimamente.

DE "EL VALLE DE JOSAFAT."

CHATEAUBRIAND

La inglesa cursi que, confortablemente arropada en una gabardina impermeabilizada, muy siglo XX, suspira por las costumbres del siglo XII, nos procura una imagen — caricatural, pero muy fiel — del alma de Chateaubriand.

Chateaubriand es quien se sirve de los peores instrumentos del ochocentismo para cantar las nostalgias del antiguo régimen.

¡Oh Profeta, degenerado en parlamentario! ¡Oh Cruzado, disminuído hasta periodista!... Poco o mucho, tu paradoja, que es tu lacra, se extiende a todo el parlamentarismo tradicional que la continuó.

Clama contra esto, admonitoria, la voz de un de Maistre: «Hacer la contrarrevolución no es hacer una revolución contraria; es lo contrario de la revolución»... Así habríamos podido decirte a ti, Chateaubriand, gentilhombre, Conde del Ruido-del-Mar: «No era preciso hacer un siglo XIX contrario; era preciso hacer lo contrario que el siglo XIX».

Eugenio D'Ors.

El género de vida domina al pensamiento y determina la voluntad. Es una verdad que no debe jamás perder de vista todo el que quiera comprender algo de los fenómenos políticos y sociales. Luego, si se quiere establecer una sincera y completa unidad del pensamiento y de la voluntad, es preciso fundarla sobre iguales condiciones de vida, sobre la comunidad de interés.

Bakunine.

Un poco repetido varias veces hace mucho.

Franklin.

¡Nuestras Afirmaciones Plenamente Corroboradas!

Studebaker 1067

Overland	462	Dodge	372	Buick	287
Chevrolet	213	Case	99	Cadillac	72
Oldsmobile	47	Nash	42	Essex	36
Hudson	38	Chandler	22	Paige	21
Oakland	21	Cleveland	7		

ESTAS cifras representan los automóviles inscriptos en 49 ciudades y pueblos del interior de la República Argentina, según informes que acabamos de recibir.

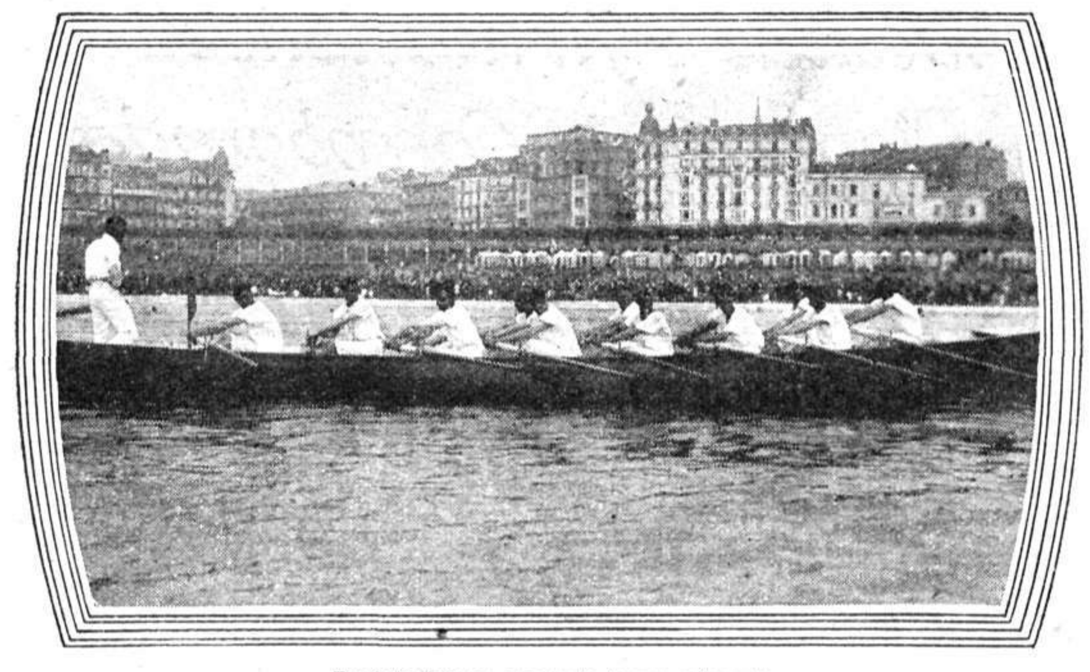
SEMANALMENTE recibimos nuevos informes fidedignos de las municipalidades del interior de la República, y a medida que nos lleguen nos será grato ampliar la información, publicando las cifras correspondientes.

UNA estadística completa detallando no solamente las marcas mencionadas sino varias adicionales como asimismo las ciudades y pueblos respectivos en que se hallan inscriptos, está en exhibición en nuestros escritorios y a disposición de toda persona interesada.

QUÉ mejor prueba podría pedirse de que el STUDEBAKER rinde más servicio, da más satisfacción, y representa más valor real por su precio, que cualquier otro automóvil que le haga competencia?

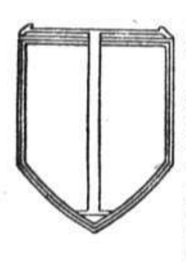


The Studebaker Corporation
of America
Avenida de Mayo, 1235. — U. T. 5935, Riv.
BUENOS AIRES



Una de las traineras al momento de empezar la regata.

REMEROS VASCOS



ODOS los años, al final del estío, se disputan en San Sebastián unas regatas a remo. Nada de jóvenes deportistas; no se trata tampoco de esas *yolas* ligeras y muy barnizadas que obedecen al menor movimiento de las manos. Son regatas formidables, fatigosas y duras, entre pescadores rudos y fornidos que tripulan barcas de gran eslora, llamadas traineras.

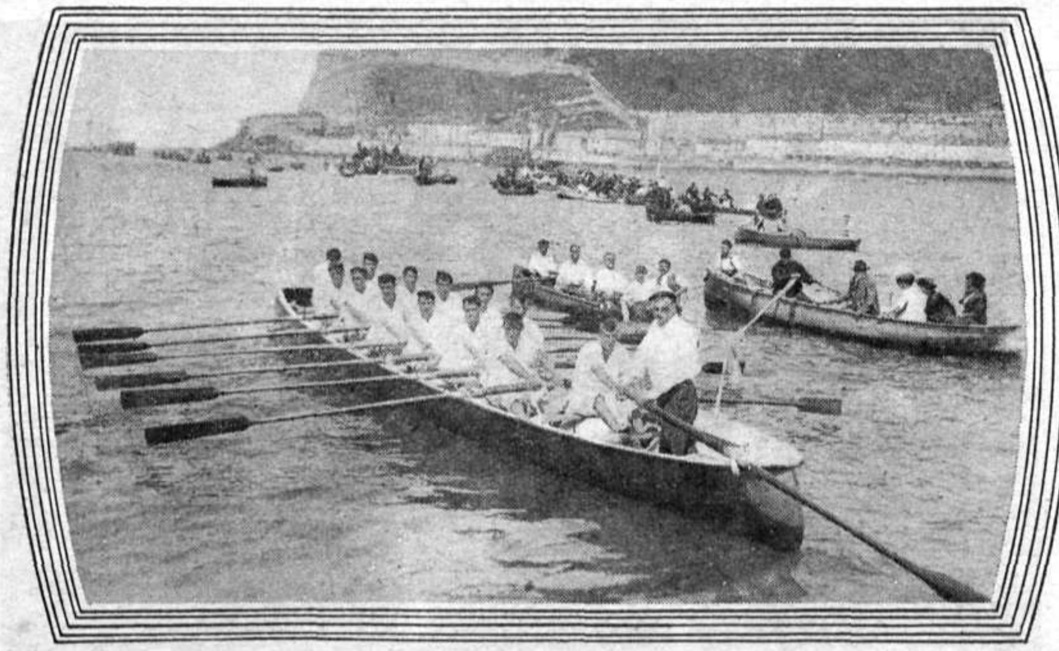
Casi todos los pueblos de la costa sienten la ambición de poner en actitud de combate una lancha, con remeros propios. El incentivo de la regata no puede ser más fuerte: los premios en dinero representan sumas importantes, y además existe el premio de honor, consistente en una gran bandera de seda que los vencedores conducen en triunfo a su pueblo nativo, para depositarla ceremoniosamente en la casa del ayuntamiento o en la nave principal de la iglesia.

Todo esto hace de la regata de traineras una lucha popular, emocionante y clamorosa. Los remeros, dos meses antes, ensayan con toda regularidad y sin faltar un día, con intención de poder llegar perfectamente entrenados. Y el día del campeonato se congrega en San Sebastián una muchedumbre enardecida, que trepa a las alturas, se aglomera en los malecones y salta a los bateles y a los vaporcitos. La bahía es un hormiguero de pequeñas naves, clamorosas con el fragor de sus sirenas y los gritos de los bateleros. Por entre esa muchedumbre marina, que abre una ancha calle, las traineras combatientes cruzan como exhalaciones.



La arrancada.

Puede ocurrir que un pueblo, más afortunado o mejor dotado que los otros, gane el premio de honor varios años seguidos, con una insistencia que produce en los demás tanta estupefacción como envidia. El pueblecillo de Orio, uno de los más insignificantes de la costa guipuzcoana, ha sido campeón en varias regatas seguidas. Su triunfo despertó una viva curiosidad. Un poco supersticiosamente se hablaba de los remeros de Orio como de hombres hercúleos, gigantescos, invencibles en toda lucha de fuerza. Pero este año han salido derrotados. Los remeros del puerto de Pasages han destruído la leyenda de los gigantes de Orio. No



La trainera vencedora.

eran gigantes, sino hombres simplemente robustos como los demás.

¡Con qué júbilo, que bien podría llamarse homérico, se llevaron la bandera de honor los remeros de Pasages! Era el triunfo de la fuerza y de la agilidad. Era algo que evocaba en algún modo la delirante victoria de los campeones en los Juegos Olímpicos, allá en la remota y clara Grecia. Los remeros veían al pueblo en masa rompiendo en un gran aplauso, trémulo en una interminable gritería. Todos salían a recibirlos, hasta los más ancianos, hasta los enfermos. Y cuando, al fin, la gran bandera de seda fué extendida y tremolada a la luz del sol, las mujeres lloraban de alegría.

Más tarde, según la moda del país cantábrico, todo aquello terminó en un larguísimo banquete pantagruelesco, más digno acaso de Beocia que de Atenas...

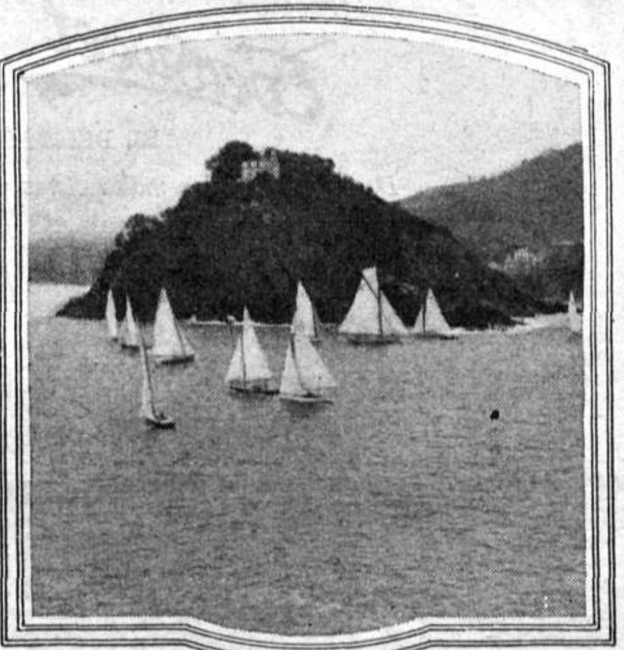
Debo advertir que la pesca a remo ha desaparecido casi completamente en la costa cantábrica. Sólo algunos humildes bateles tripulados por ancianos o chicos salen a pescar a fuerza de remos. Los barcos de vapor han hecho inútiles a los forzudos remeros de antes, y los pescadores encuentran más seguro y más rápido el poder dirigirse a las remotas *calas* en un buque humeante. La máquina va desterrando poco a poco las actividades pintorescas que la obra de los siglos había acumulado entre los hombres.

El barco de vela arrastra una vida precaria. El remero resulta cada día menos necesario... Era ayer, como quien dice, cuando las galeras de afilada proa y de embanderados mástiles corrían a impulso de los remos. Toda la cultura egipcia, griega y romana todos los afanes de las Cruzadas; todo el movimiento comercial y guerrero de los normandos, los venecianos, los pisanos, los genoveses y los aragoneses, tuvieron como principal motor el remo. ¡Cuántas tragedias de cautivos se han desarrollado sobre los bancos de las galeotas medioevales! ¡Cómo han chorreado sangre las espaldas de los infelices remeros bajo el látigo del cómitre, en las audaces correrías de los piratas berberiscos!

Hoy vivimos bajo el reinado de la máquina. ¿Es fecunda en formas poéticas? ¿Hay una poesía intensa, profunda, delicada, en el vertiginoso maquinismo de nuestra civilización? Difícil decirlo. Unicamente sabemos que la contemplación de un blanco buque velero en plena mar nos llena el espíritu de altas sensaciones estéticas, y que nos arrebata la emoción cuando miramos arrancar la pequeña nave a impulso de los juveniles y ardientes remeros.

JOSÉ M.ª SALAVERRIA

San Sebastián 1921.



En el lugar de la lucha. Algunos espectadores utilizan lindos balandros.

Primeras profesoras en letras recibidas en Tucumán



En el año de 1921 se han recibido de profesoras en letras la señorita María Luisa Colom, señora Teresa D. V. de Chillida, y señoritas: Julia del Moral, Adela Cisterna, Victoria Rolla, María Zoila Fernández, María Clementina Castro y Nélida Olea.

FLORES DEL INGENIO

LA AMISTAD BASE DE LA FELICIDAD

Era en mi primer juventud un alma solitaria, romántica, triste si queréis. Huía del mundanal ruido, creído que iba en pos de la felicidad. Amaba la Naturaleza con un amor egoísta. La ideaba para mí solo.

Una tarde, generoso el astro rubio con sus efluvios de luz, hacía que Natura toda palpitara de vida y juventud. Somnoliento, la mente divagando, rodeado del simbólico verde de las hojas, mi vista divisó una endeble planta que, airosa, se erguía en torno de una gallarda palmera. Pensé entonces que esa débil trepadora, a no ser por el esbelto tronco, quizás se arrastraría por el suelo, como un pájaro sin alas, abatido, que oculta su vergüenza con la muerte. Pensé también en las otras almas solitarias que, como la mía, tristes vegetaban en el mundo. Entonces me dije: la Naturaleza nos enseña a vivir.

¡La amistad! He ahí la palmera por la cual ascenderemos a regiones exóticas, donde una nueva vida de sociabilidad nos hará fuertes y airosos como la sensible planta que, creciendo en torno de la gallarda palmera, parecía desprenderse del majestuoso azul del cielo. ¡Y busqué esa amistad! ¡Y la encontré!... Primero unos amigos, luego otros; y así viviendo, así confraternizando, alcancé a comprender que la amistad es la escala por la cual se asciende a la felicidad. Que la amistad es el aliciente de las almas tristes y sufridas, y que como el fénix de la fábula, cae, se levanta, se debilita, se yergue y vence. ¡Pero nunca muere! Resurgiente siempre como el ave inmortal sobre las cenizas, no puede expirar porque no sabe mentir.

¡La amistad! flor que, siempre fresca, perfuma y embellece nuestra existencia; lazo hercúleo que une los corazones con un compañerismo invulnerable; hada benéfica que hace menos egoísta al mundo y acerca más y más a la humanidad; fuente maravillosa que, como una nueva acadina mitológica, dispensa la virtud de conocer la sinceridad; panacea que consuela nuestras aflicciones, que hace simpática la vida y une las almas en dulce parentesco. ¡Salve! ¡oh soberana y siempre bendita amistad!

FIDELÓN.

LA PRIMAVERA DEL MUNDO

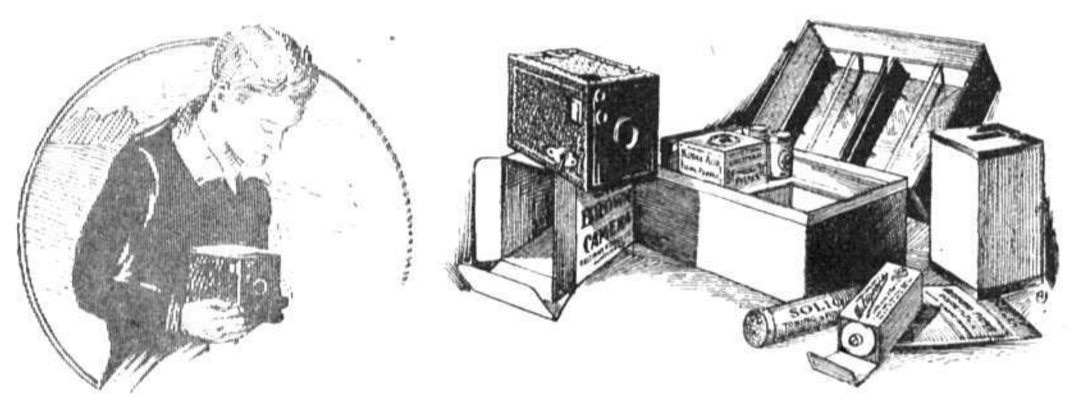
El pensamiento, como la naturaleza, tiene sus primaveras. Aquel primer día de la humanidad, en que Dios tiñó los espacios con el primer rayo de luz inmortal, se ha repetido en el tiempo. El primer capítulo del Génesis es como el amanecer de la humanidad. La tierra se mece palpitante de gozo en los espacios, recibiendo el aliento del Creador, como una flor de mayo que abre su cáliz a las caricias del aura. Y después el Génesis de las ideas nunca se pierde. En sus páginas se ve amanecer la imaginación y se siente la pura savia del frondoso árbol de la vida. Así esa primavera inmortal cubre aún todas las generaciones que han cruzado por el Oriente. El Oriente es la primavera del mundo.

E. CASTELAR.

CASTICISMO

Don Juan se encuentra al mismo tiempo fuera de la Iglesia y fuera de los nuevos ideales de la vida, y esto es más importante que su calaverismo, gallardía y conquistas, meros accidentes debidos a su prestancia, su riqueza y su influencia de señorito aristocrático; pero no es la actitud de don Juan la de la masa del pueblo español, desde que se perdió la antigua fe y no consiguió tampoco enamorarse de los nuevos ideales, al punto de que ha podido decirse, por lo menos, con apariencias de justicia, que para él no han pasado ni el Renacimiento, ni la Reforma, ni la Revolución.

RAMIRO DE MAEZTU.



UN REGALO MUY APROPIADO Y UTIL PARA AFICIONADOS A LA FOTOGRAFIA

EQUIPOS BROWNIE N.º 0 y 2 con todo lo necesario para sacar buenas fotografías

compuestos de:

N.º 0 1 Cámara Brownie N.º 0.
1 Rollo de Películas Kodak N.º 127.
1 Lámpara Kodak a vela.
2 Cubetas bull's Eye 8 ½ × 11.
1 Tubo Revelador especial Eastman.
1 Paquete 1/4 libra Fijador Acido Kodak.
1 Prensa Eastman 6 × 9.
1 Paquete (2 docenas) Papel Solio 6 × 9.
1 Tubo Viro Fijador. Solio............. $ 16.—

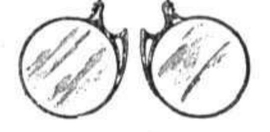
N.º 2 El mismo, pero con cámara Brownie N.º 2 y todos los accesorios „ 22.—

Le brindamos la oportunidad de adquirir excelentes gemelos por un precio muy moderado.



Gemelos para Campo, Marina, Carreras, etc.

de gran luminosidad y largo alcance. Completos con su cordón, buen estuche de cuero con correa. . . . . $ 30



PRIMER INSTITUTO OPTICO OCULISTICO

LUTZ, FERRANDO y Cía

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

Suc: ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - MAR DEL PLATA

Profesoras de pintura

TUCUMAN. — Las nuevas profesoras de pintura egresadas de la Academia de Bellas Artes, con su profesor el señor Honorio Mossi.



En la Moldavia septentrional, entre Pietra y Folticeno, en un monte, no lejos del río, contémplanse los restos de una antigua plaza llamada Niantz, de cuyos restos pocas piedras permanecen en pie. La ciudad, de segundo orden, que se extiende al pie del referido monte, ha sido construída casi en su totalidad con las piedras de la soberbia fortaleza antigua.

En otros tiempos dicha plaza gozaba de gran celebridad. Fué considerada como inexpugnable mientras residió en ella Esteban, el poderoso príncipe de Moldavia. Había luchado el príncipe en cincuenta batallas y casi nunca había vuelto sin heridas, pero después de cada victoria levantaba una iglesia para mostrar al cielo su gratitud.

Un día se sostuvo una reñida batalla, y desde lo alto de la fortaleza pudieron seguirse todas las peripecias del combate. Hacía algún tiempo que el aspecto de la lucha era cada vez más desconsolador para Esteban; hubiérase dicho que la fortuna en los combates se disponía a abandonarle.

En la plaza habían quedado dos mujeres; la esposa y la madre de Esteban. La princesita dejaba correr las lágrimas a lo largo de sus mejillas rosadas, encuadradas por su magnífica cabellera rubia, y ora contemplaba la llanura con la mirada fija, ora escondía el rostro bajo el velo, llena de angustia y de terror, para no ver nada de lo que ocurría.

Muy distinta era la actitud de su compañera. Permanecía en pie altiva, junto a la princesa, y miraba a lo lejos sin hacer movimiento alguno, sin decir una palabra.

Bajo sus cejas negras, enérgicamente fruncidas, brillaban sus ojos grandes y obscuros, que juntamente con la nariz muy arqueada daban a su fisonomía ligera semejanza con la del águila; un velo de finísima seda cubría su cabellera negra de reflejos azulados, sujeto debajo de su barba prominente.

Su boca algo grande tenía los labios muy plegados, y cuando se sonreía dejaba ver dos hileras de dientes de blancura deslumbradora que realzaba sus facciones. Vistiendo suntuoso traje de seda, había permanecido allí durante todo el día sin tomar alimento alguno, con los ojos constantemente clavados en el mismo lugar; de vez en cuando ponía su hermosa mano en el hombro de su nuera y la decía algunas palabras para devolverla el valor y la firmeza; su voz era fuerte e imperiosa; con todo, no conseguía consolar a la joven, presa de horribles congojas.

Llegó un momento en que el aspecto del campo de batalla fué tan alarmante que la ansiedad venció a todo otro sentimiento. Por minutos la distancia se iba acortando entre los combatientes y pronto pudo verse que Esteban se hallaba reducido a defenderse.

—¡Madre mía, le van a matar!

—¡Esteban vencerá antes de concluir el día!

La fe y la gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras detuvieron las lágrimas de la joven.

De pronto se oyó el rumor creciente de un caballo al galope y poco después llamaron a la puerta de la plaza.

—¡Es Esteban! Estoy segura. Voy a abrirle la puerta.

La madre alejó a la princesa su nuera con ademán imperioso. Luego descendió lentamente.

—¿Quién llama? — preguntó sin abrir.

—Esteban, vuestro hijo.

—¿*Mi hijo*? ¿Y quién eres, forastero, para pretender entrar de este modo en la morada de mi glorioso hijo?

—Madre, abridme. Soy yo mismo. Estoy vencido. Los turcos me persiguen. Mis heridas vierten abundante sangre.

—No puede ser hijo mío quien habla así. Serás algún desconocido. Mi hijo sólo volverá después de la victoria. Está lejos de esta plaza y con valiente brazo rechaza a los enemigos de su país. Tú, joven forastero, que tan cruelmente quieres atormentarme al tomar el nombre de hijo mío, ten en cuenta que no te refugiarás aquí, ya que no sabes vencer; vuelve al campo de batalla en busca de una muerte heroica; entonces podré ser una madre para ti y regaré tu sepulcro con mis lágrimas.

La princesa cayó de rodillas e intentó convencerla con sus súplicas, pero la madre le impuso silencio con un ademán.

Esteban había doblado la cabeza bajo el peso de la vergüenza y del dolor Pero pronto echó hacia atrás su larga melena y tocó el cuerno, que llenó las tinieblas de sonidos capaces de resucitar a los muertos y de arrastrarles en pos de su hueste. Entonces su ejército derrotado volvió a formarse, a rehacerse en buen orden y en filas compactas. Con la rapidez del ciclón, bajó la montaña y se precipitó sobre sus enemigos, que, seguros del triunfo, habían roto ya sus filas. En poco tiempo fueron derrotados y el eco de la batalla resonó cada vez más lejano.

El viento traía a los oídos de las mujeres gritos de victoria que hacían palpitar sus corazones de alegría.

Y otra vez tocó Esteban el cuerno lanzando al aire un son de victoria.

Los vencedores se pusieron en marcha hacia el castillo, cuyas almenas iban perdiéndose en el cielo estrellado.

En el acto se vieron correr en el interior de la plaza y en todas direcciones luces y antorchas, y apresuráronse los preparativos para una brillante recepción.

Al pie de una colina se oyó el galope de un caballo.

Esteban apareció a la cabeza de sus guerreros.

Apenas vió a su madre se apeó y arrodillándose ante ella dijo:

—Madre mía: a vos os debo esta victoria.

Entonces por vez primera los ojos de aquella mujer varonil se humedecieron de lágrimas y sus labios se estremecieron, mientras el héroe abrazaba a su esposa radiante de júbilo.

—Tú me hubieras abierto la puerta — murmuró él.

—¡Te amo tanto, Esteban, y estaba tan inquieta!...

—Sí — contestó él en voz alta, — pero mi madre me ama todavía más que tú.

Y brillaban luces y antorchas en el castillo y las almenas iban perdiéndose en el cielo estrellado.



Noche Buena

En esa fiesta sus alegres niños, rodeando el simbólico arbolito, recibirían regocijados las deliciosas



TORTAS BAGLEY

Gustan a grandes y chicos. Se elaboran tan sólo con materias primas seleccionadas.



TE BAGLEY

N.º 1. Etiqueta roja.
N.º 2. Etiqueta azul.

Es el preferido de las familias

Probarlo es adoptarlo

Nuevas maestras



TUCUMAN. — Primeras maestras egresadas del colegio del Huerto, curso de 1920.

HANDEL CHOPIN SCHUMANN MOZART WAGNER HAYDN BEETHOVEN


Victrola IX
Roble o caoba, $ 270


Victrola VI
Roble, $ 125


Victrola X
Roble o caoba, $ 430


Victrola XVI
Roble o caoba, $ 930

La música de los grandes autores

puede ahora disfrutarse en su misma casa, y todas las veces que usted desea, tal como la presentan los primeros maestros del canto o de la instrumentación.

Sea de

CIEN o MIL

pesos,

RECUERDESE

que

EL REGALO

más

COMPLETO,

pues

DELEITA

a todos

EN CASA,

es una

Victrola y Discos

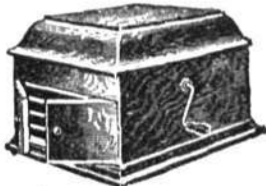
elegida

en las cómodas salas de

Cassels & Co.

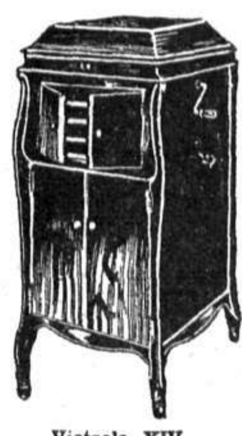
Desde 1897, lo mejor siempre.

AGENCIA VICTOR **271 MAIPU**


Victrola VIII
Roble, $ 190


Victrola IV
Roble, $ 90


Victrola XI
Roble, $ 520


Victrola XIV
Roble o caoba, $ 750

Colegio de la Merced

TUCUMAN. — Las nuevas maestras egresadas este año del colegio de la Merced, las que han sido muy felicitadas por sus profesoras y por sus amigas.



UNA COPITA

Siempre que no se abuse de la copita que es costumbre tomar antes de comer, para «abrir el apetito», nada hay de criticable en ello; al contrario: el aperitivo tomado a esa hora es estimulante y activa la digestión.

Debemos convenir, sin embargo, que muchas veces se hace uso de los aperitivos sin necesidad, y sí, sólo por placer.

A estos últimos (a los que por placer toman el aperitivo), nada tenemos que decirles, pero no así a los que por necesidad lo toman, es decir, a aquellos que quieren en verdad estimular su apetito.

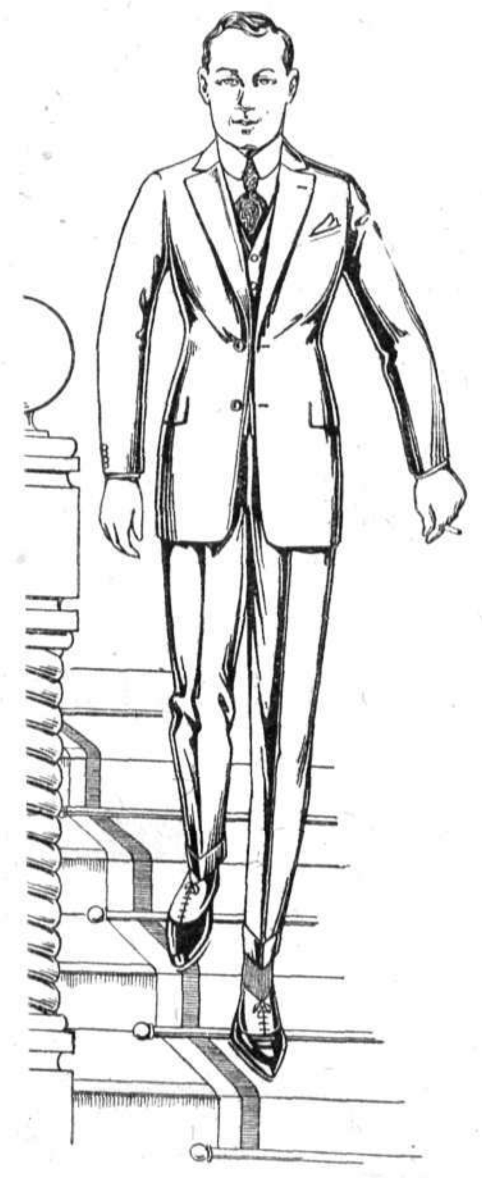
A ellos les recomendamos el FIBROL.

Y les recomendamos el FIBROL porque es al par que un buen aperitivo (estimulante del apetito) un tónico reconstituyente, que da vigor, carne, sangre y fuerzas necesarias para vivir sano, contento y sin temor a las enfermedades.

Y este resultado se obtiene con el FIBROL, tomando un par de meses al año una copita de él antes de cada comida.

El FIBROL se encuentra en todas las farmacias y vale $ 3.50 el frasco.

El Cuidado de los Detalles Hace la Perfección.



Los trajes de medida de la CASA M. ALVAREZ son verdaderos primores porque cuidamos todos los detalles, desde la calidad del casimir hasta los botones.

***

Nuestros cortadores son artistas genuinos, de larga experiencia y de reconocida y bien probada habilidad; y sobre todo no descuidan detalles.

***

Si Vd. es exigente y desea vestir elegantemente, pero sin afectación, la CASA M. ALVAREZ puede satisfacerle plenamente.

***

Encargue sus trajes a la CASA M. ALVAREZ y quedará encantado no sólo de la distinción de nuestros modelos y del trato amable y servicial de nuestros empleados, sino también de la modicidad de nuestros precios.

***

ENVÍANSE MUESTRAS Y PRECIOS AL INTERIOR.



NO TENEMOS SUCURSAL.



Demostración de los alumnos recientemente egresados de la Facultad de Letras, dada en honor de los profesores de la escuela.

DE "GASPAR DE LA NOCHE"

EL FANFARRÓN

«Mi mostacho de buídas puntas se parece a la cola de la tarasca; mi ropa es tan blanca como un mantel de taberna, y mi jubón no es más viejo que los tapices de la corona.

«*Al ver mi garbo tan jarifo*, ¿imaginaría alguien jamás que el hambre alojado en mi vientre tira en él — ¡torturador! — de una cuerda que me estrangula como a un ahorcado?

«¡Ah! ¡Si de esta ventana, donde arde una luz, hubiera caído solamente en el ala de mi chambergo una cogujada asada en vez de esta flor marchita!»

Esta noche la plaza Real, a la luz de las linternas, está tan clara como una capilla. «¡Cuidado con la litera!» «¡Limonada fresca!» «¡Almendrados de Nápoles!» «¡Déjame, rapaz, que pruebe con el dedo tu trucha en salsa! ¡Picarón! ¡Tu pescado de abril carece de espinas!»

«¿No es esa la Marion Delorme en brazos del duque de Longueville? Tres perrillos la siguen ladrando. ¡Hermosos diamantes tiene en los ojos la joven cortesana! ¡Hermosos rubíes tiene en la nariz el viejo cortesano!»

Y el fanfarrón se pavoneaba con el puño sobre su cadera, codeándose con los paseantes y sonriendo a las que paseaban. No tenía para comer; compró un ramo de violetas.

Luis Bertrand.

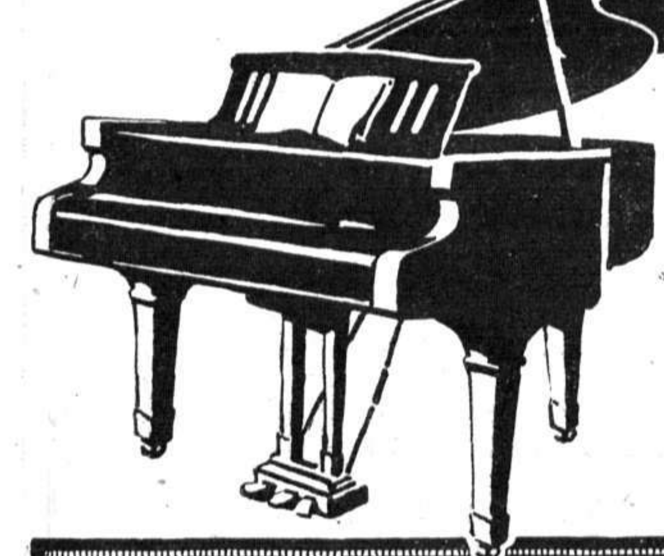
Si no tuviéramos defectos, no nos complaceríamos en anotar los de los otros. — *La Rochefoucauld.*


NAVIDAD!
Reunidos en el hogar en tan fausto día, qué placer más grande puede sentir la madre que ver a sus hijos robustos y hermosos que ella misma ha podido criar al pecho gracias a la
AFRICANA
EXTRACTO
DOBLE
El mejor extracto de malta
Agencia Johnson Ltda.

VALIOSOS OBSEQUIOS

PIANOS Y AUTOPIANOS

LAS MEJORES MARCAS



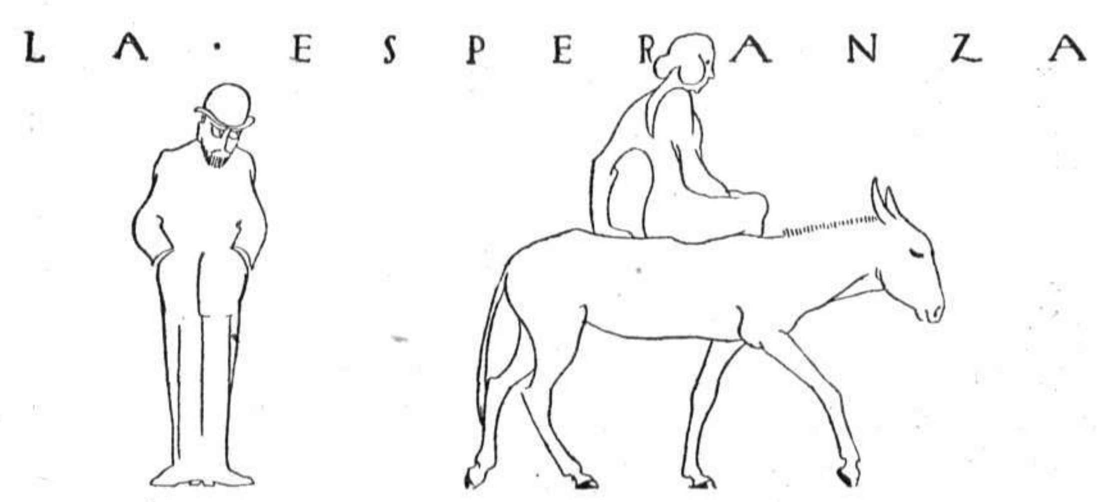
VENTAS A PLAZOS

BREYER

FLORIDA 414 - Bs. AIRES


FONOGRAFOS
y GRAMOFONOS
LAS MEJORES MARCAS
PARA-SALA
PARA HALL
PARA VIAJE
CRÉDITOS
DECCA
PATHÉ
VICTOR
BLUEBIRD
Regalos
útiles y
prácticos
para
Navidad
Año
Nuevo
BREYER
FLORIDA 414
BUENOS AIRES

LA · ESPERANZA



La mayor parte de las aguas medicinales son muy antiguas. Brotaron del seno de la tierra en épocas remotas y tienen a su favor sus méritos propios y el prestigio de la tradición.

No así las de Fuente-cálida, que son modernísimas.

Un día se sintió un terremoto en una de las sierras más ásperas de la península; se formaron anchas grietas en el terreno, y al cabo de poco tiempo cada grieta era la boca de un manantial.

Y la casualidad, y algún análisis que otro, practicado por médicos o químicos de la región, vinieron a demostrar que los nuevos manantiales eran eficacísimos para enfermedades diversas y principalmente para la tisis.

En efecto, las nuevas aguas hicieron en pocos años curas prodigiosas. De tal suerte, que a vivir en los siglos menos descreídos que el nuestro, en vez del nombre que hoy tiene la fuente principal, y que, como queda dicho, es el de Fuente-cálida, hubiérase llamado Fuente-milagrosa.

Pero la ciencia moderna es grandemente prosaica, y a la substancia milagrosa del manantial ha sustituido dos cuerpos simples de la química: el ázoe y el azufre, como notas dominantes; sin contar con otras muchas notas armónicas de otros diferentes cuerpos, porque los manantiales de Fuente-cálida parece que son riquísimos en elementos minerales.

Ello es que Fuente-cálida se hizo célebre en pocos años y la más noble sociedad de tísicos y tuberculosos de la península, y aun del extranjero, acudieron llenos de esperanza a mineralizar sus decadentes y blanduchos organismos.

No en un todo como miembro de esta sociedad elevada, sino como individuo modesto de la burguesía media, acudió también al generoso manantial don Angel de Alcocer.

Al pronto nadie fijó la atención en el nuevo bañista o en el nuevo tísico, ni él hizo tampoco nada para que en él se fijasen.

Después, ya le conocía todo el mundo en el establecimiento, no por su nombre, sino por el mote de *el Sabio triste.*

Si era sabio, en toda la extensión de la palabra, no podemos asegurarlo, aunque después hemos sabido que era un hombre de mérito; pero que era tristón, tímido y retraído, no cabe duda.

Siempre andaba por los rincones, leyendo o meditando. Se mostraba poco comunicativo, no acudía por las noches al salón de conciertos, ni por la tarde paseaba en compañía de otros bañistas.

Casi de continuo iba solo, buscaba los sitios más separados y agrestes; sobre la hierba o sobre las rocas se sentaba o se tendía y dejaba vagar en rededor su mirada pálida y distraída.

Hemos dicho que era retraído, pero esto no significa que fuese adusto; su retraimiento más procedía de timidez o de tristeza, que de odio u hostilidad al género humano.

Con los niños y con los animales era comunicativo y cariñoso; tanto, que algunos bañistas no le llamaban el sabio tristón, sino *el amigo de los animales.*

Digamos, para terminar lo poco que podía decirse de don Angel, que era hombre de unos cuarenta años, aunque representaba algunos más:

Que en su juventud habría sido guapo, y hasta poético, y que en el momento actual, por más que vistiese modestamente, algo daba a entender en ciertos pormenores de indumentaria que allá en otro tiempo habría sido un joven elegante y de buena sociedad.

Se murmuró que fué poeta, y aun poeta aplaudido. Actualmente era profesor de física y estaba amenazado de una tuberculosis incipiente, que era la que le había traído a Fuente-cálida.

Cuando se supo todo esto, que fué todo lo que pudo saberse, ya nadie se ocupó más de don Angel, y se le abandonó a su tristeza y a su insignificancia.

Ni era molesto, ni era bullanguero, ni era murmurador, ni era gran personaje; por lo tanto, no había para qué ocuparse de él.

Pero cierto día ocurrió una cosa extraordinaria en el establecimiento. El corderillo habíase trocado en fiera. Algunos bañistas, al pasear por los alrededores, habían encontrado a don Angel convertido en un verdadero demonio y en lucha espantosa con un pobre borrico.

Aunque a decir verdad no fué lucha, sino encarnizamiento de un verdugo contra una víctima. El borrico huía, llevando en la boca un manojo de hierba, y le perseguía frenético don Angel con los ojos inyectados de sangre, la boca con la contracción de la ira, en la mano un bastón, con el que sacudía sobre las redondas ancas del pobre animal, y en la garganta gritos que parecían maldiciones unas veces y otras veces insultos al borriquillo.

Al pronto nadie creía la noticia, que fué, como ahora se dice, el acontecimiento del día y la comidilla de la noche en el salón de conciertos entre señoras y caballeros, que reían a carcajadas por lo grotesco de la escena y por lo inesperado también, y porque, además, la risa ayuda en gran parte a la acción terapéutica de las aguas medicinales.

Era lo imposible, era lo ridículo y fué preciso que don Tomás, hombre de edad avanzada, formal y verídico, repitiese la historia para que los bañistas la creyesen.

Pero ¿por qué, por qué don Angel, que era un verdadero ángel de bondad, se había encarnizado de aquel modo, él, el amigo de los animales, contra aquel animal inofensivo?

En el fondo de semejante sainete debía agitarse una tragedia, por lo menos un drama; acaso era en compendio toda la historia de don Angel. Y, en efecto, la historia de su vida entera venía a reflejarse en aquella lucha desatinada del hombre y del borrico, al cual, dicho sea entre paréntesis, fué don Angel arrepentido y confuso al día siguiente a dar explicaciones endulzadas con algún terrón de azúcar.

Don Tomás, que tomó empeño en descubrir el secreto de aquella cólera repentina, consiguió, a fuerza de paciencia, hacerse amigo de don Angel, y más tarde, cuando ya volvieron a Madrid, le refirió el profesor de física la historia de su juventud, de sus luchas, de sus esperanzas, de sus desengaños, y,

por último, la causa de su enojo contra el borrico, a quien tan desaforadamente apaleó en un momento de locura.

Empecemos por esta escena final, modestísima, ridícula casi; pero que simbolizaba en su tosquedad campesina toda la existencia, o mejor dicho, toda la juventud de don Angel.

En el centro de la escena, imagínese el lector una noria de las antiguas, de las de cangilones de barro, que suben llenos de agua y bajan vacíos, como subimos por la vida, llenos de esperanza y bajamos boca abajo, sin una gota de líquido, secos y desesperados, hasta caer otra vez en el centro de la tierra.

Al engranaje de la noria iba unida, como de costumbre, una palanca, y al extremo de la palanca estaba encinchado un pobre mulo que daba vueltas sin cesar.

Pero por mulo que fuese alguna inteligencia tenía, la necesaria al menos para comprender que aquellas vueltas podrían aprovechar al hortelano, que utilizaba el agua de la noria en el riego de sus huertas; pero que a él no le aprovechaban ni poco ni mucho y, en cambio, le fatigaban los músculos y le molían los huesos.

El resultado de estas consideraciones era que el mulo se detenía con frecuencia. Y entonces el hortelano, para no tener que estar constantemente apaleando a su caballería, tuvo una idea ingeniosa, aunque, a la verdad, no era nueva, ni por ella le hubiese concedido privilegio el gobierno.

Y fué que del eje vertical de la noria sacó otra palanca o brazo, a cuyo extremo colgó un haz de hierba, de modo que viniera a quedar suspendido delante de la cabeza del macho, pero a cierta distancia. Invención que produjo efectos maravillosos, sobre todo cuando nuestro hombre tomó la precaución de tener a su macho hambriento todo el día.

Porque el animal sentía hambre, veía oscilar a poca distancia la hierba; para alcanzarla, estiraba el cuello y echaba el cuerpo hacia adelante, es decir, que daba vueltas a la noria; pero como al mismo tiempo giraba también la palanca que sostenía la hierba, jamás podía morder en ella.

Esto era lo que presenciaba don Angel, sentado en un ribazo y pensando filosóficamente que en aquella noria pobre, tosca y rechinante; en aquel macho hambriento, y en aquella hierba, verde y jugosa, que el movimiento de rotación balanceaba, se venía a simbolizar toda su vida, con sus tristezas, sus luchas, sus esperanzas, y tanta y tanta crueldad y tanto desengaño de la suerte como sufrió el pobre en su casi estéril juventud.

Y al mulo de la noria y al don Angel del ribazo, es forzoso agregar otro tercer personaje, un borrico, listo y bien mantenido, que andaba en libertad por un prado próximo.

Con lo cual llegamos al punto culminante de la tragi-comedia.

El mulo, rendido de fatiga, se detuvo.

El manojo de hierba quedó inmóvil, siempre a la misma distancia de la hambrienta boca del animal. Y, aprovechando aquella parada, el borrico del prado se acercó lenta y tranquilamente y empezó a comer los tallos y hojas más desprendidos del haz en los mismos hocicos del fatigado y desesperado mulo, concluyendo por arrancar el haz entero.

Aquí fué donde perdió la paciencia don Angel. Recuerdos crueles, hondas desesperaciones, muchas lágrimas de dolor, muchos gritos ahogados en largas noches de vigilia, acudieron en tropel a su memoria. La sangre le subió al cerebro, los ojos se le inyectaron, perdió el dominio de sí mismo, no vió lo que le rodeaba, sino otro cuadro bien distinto, porque todo se le transformó.

El círculo de la noria era el círculo en que había girado su existencia, siempre el mismo, siempre seco y estéril; aquel mulo no era un animal cualquiera, era la imagen fiel de don Angel, porque don Angel no era orgulloso, más bien era humilde y no se sentía humillado al compararse con aquella bestia de trabajo; antes bien se había dicho a sí mismo muchas veces: "¡Pero qué bestia eres, Angel!"; aquel trabajo era como el suyo: penosísimo, siempre estéril para sí, siempre jugoso y destilando riego fecundo para los demás; aquel haz de hierba, tan verde, tan lustrosa, era como el símbolo rústico de sus esperanzas, que también eran verdes, porque es el color propio de toda ilusión que ante nosotros flota y que nunca alcanzamos.

Y aquellas esperanzas tenían un nombre, uno solo: se llamaban Adela, una chica preciosa, de quien estuvo enamorado don Angel en aquellos tiempos en que se llamaba Angelito, y en que así le llamaba ella con su voz dulcísima.

Por ella trabajó Angel como un desesperado durante seis o siete años; por ella fué periodista, fué poeta, fué autor dramático, y alentado por aquella esperanza y por aquella mujer, obtuvo algunos triunfos que duraban un día y una noche y que luego se desvanecían en la nada. Roca que rueda al fondo y que él tenía que subir a la cresta constantemente.

Por ella, agotadas sus fuerzas, marchito o fatigado su ingenio; cerrado el horizonte del arte por desengaños, desdichas y malos amigos, se lanzó a la ciencia como hubiera podido lanzarse al fondo de un pozo; y bregando, y bregando, y presentándose a unas y otras oposiciones, al fin obtuvo una cátedra de 12.000 reales.

Y llegado a este punto se detuvo jadeante, como se había detenido el mulo de la noria, y ofreció su mano blanca o morena, que esto no se sabe a punto fijo, a su adorada Adelita.

Pero ¡ay! que la niña tenía otras aspiraciones más en armonía con su hermosura.

Ello fué que se presentó de pronto un nuevo pretendiente, don Anacleto. Hombre de cincuenta años, corpulento, feo, calvo y riquísimo.

El no había dado nunca vueltas a la noria como Angel, él vagaba libremente en carretela. Y llegó y venció; y Adela fué suya, ni más ni menos que había sido del borriquillo del prado el haz de hierba tan penosa y tan estérilmente perseguido por el pobre mulo de la noria.

Por eso, al transformanse el mundo exterior, a los ojos de don Angel también se había transformado el borrico, con sus largas orejas y sus redondeces de bestia bien mantenida, en el propio don Anacleto, y ésta fué la transformación más espontánea y, por lo tanto, menos difícil que tuvo que realizar la sobreexcitada imaginación del antiguo poeta; y he aquí por qué, sin saber lo que hacía, cediendo a instintivo impulso, saciando antiguos rencores y tomando estrepitosas venganzas, había apaleado al borrico mientras éste huía por el prado llevándose entre los dientes, como en asnal estuche, el jugoso manojo de hierba.

En substancia, esto vino a decir don Angel a don Tomás cuando llegó el día de las amistosas confidencias, y aun agregó lo que sigue:

Mire usted, amigo don Tomás, el lance fué grotesco, lo reconozco; estas visiones mías han sido soberanamente ridículas; pero en el fondo el símbolo campestre no puede ser más exacto. Lo ha sido hasta el fin. Porque yo le quité al borrico el haz de hierba y se la llevé al mulo, y el mulo no la quiso; sin duda la hierba estaba marchita por el sol de todo el día y mascullada por el borriquillo, y de este modo le repugnaba lo que antes le apetecía; debía ser un mulo dotado de sentimientos delicadísimos.

Pues bien; esto me pasó a mí.

En los últimos días de mi estancia en Fuente-cálida, llegó Adela, viuda y rica, y, según decían los bañistas, todavía bastante guapa, aunque yo no era de esta opinión.

Doña Adela, que ya no era mi Adelita, se mostró conmigo atenta, cariñosa, y, sin vanagloria, puedo decir que hasta insinuante estuvo.

Pero yo he sido siempre una pobre bestia del trabajo, más bestia que el mulo de la noria, y, como él, encontraba aquel verdor de mis ansias y de mis esperanzas marchito y mascullado por el borrico en libertad, y que don Anacleto me perdone la comparación.

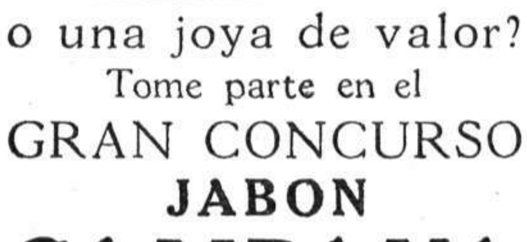
En este punto don Angel, melancólico y resignado, dejó a don Tomás para irse a su gabinete a seguir estudiando ciertas experiencias sobre atracciones y repulsiones eléctricas.

De todo este drama, tan prosaico, tan grotesco, pero en el fondo tan doloroso, los bañistas de Fuente-cálida no vieron más que la paliza propinada al borrico, y no pueden quejarse, porque en la realidad de la vida esto es lo que muy pocas veces suele verse.

JOSE ECHEGARAY

COLONIA ALVEAR (Mendoza). — Personal docente y alumnas de la escuela "Hogar Agrícola", que en el desarrollo de su misión han obtenido éxito completo.





o una joya de valor?

Tome parte en el

GRAN CONCURSO

JABON

CAMPANA

Es un concurso tan fácil que está al alcance de todas las inteligencias.

La prueba le servirá de distracción y estímulo.

Ofrecemos **600 premios** muy prácticos para el hogar.

Pídale las **bases** a su proveedor.

Visite nuestras

EXPOSICIONES

Galería Güemes y Sarmiento, 541

El JABON CAMPANA es insustituíble para lavar la ropa bien y económicamente.

Con 1/2 kilo de JABON CAMPANA se lavan más piezas de ropa que con igual cantidad de las otras marcas.

Si es usted una de las pocas que no conocen el JABON CAMPANA, cómprelo hoy mismo y haga la prueba.

Cuídese de las imitaciones.

LAS PALMAS PRODUCE Co.

Reconquista, 314 Buenos Aires



Enlaces



Señorita Catalina Larralde con el señor Domingo J. Ospital. — Lomas de Zamora.



Señorita Helena Duleau con el señor César A. Viola. — Capital.



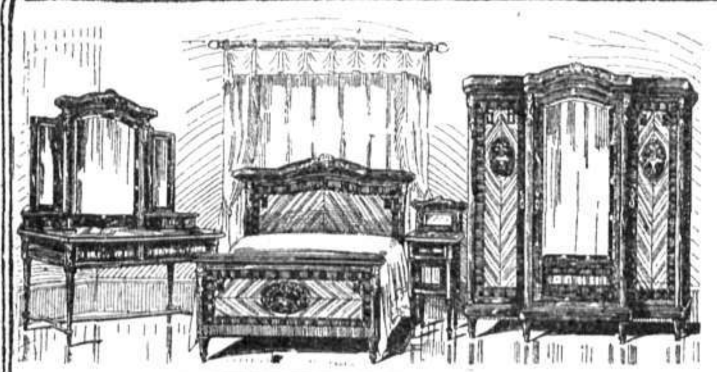
Señorita Mercedes Secanell con el señor Raimundo Casals. — Rosario.



Bernasconi - Chiesa. — Adrogué.

Muebles SIRLIN Hnos

Corrientes 1172-80 Bs As

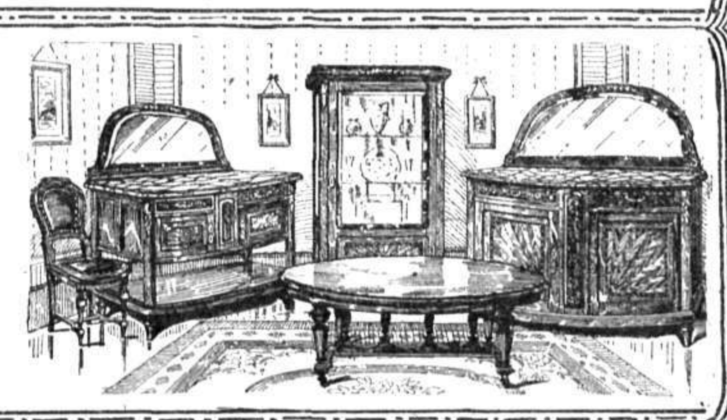


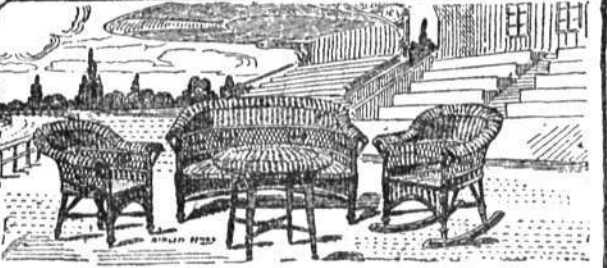
N.º 488. — **JUEGO DE DORMITORIO** en cedro, caoba o roble macizo con marquetería decorada y fileteada, aplicaciones bronce y herrajes, lunas biseladas; compuesto de 1 ropero 1.60 metros frente, 1 mesa toilet, 1 cama 2 plazas 130 centímetros ancho, con elástico reforzado, 2 mesas luz con repisas y 2 sillas fantasía, precio de gran reclame.

$ 600

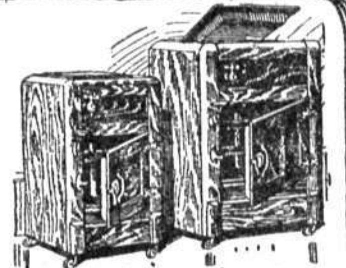
N.º 557. — **COMEDOR** de cedro, caoba o roble, marquetería decorada y fileteada, aplicaciones bronce; compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, forma bombee, mesa ovalada con caballete, 6 sillas asiento y respaldo tapizado en búfalo y 2 columnas fantasía, precio de gran reclame.

$ 735





N.º 402. — JUEGO de MIMBRE tupido, artículo muy reforzado, compuesto de 1 sofa, 2 hamacas, 2 sillones y 1 mesa. Muy recomendable. El juego completo...... $ **7.0—**



HELADERAS norteamericanas importadas en roble con depósito para agua. Formato chico....... $ 75.—
Formato mediano........ » 95.—
Formato grande......... » 115.—

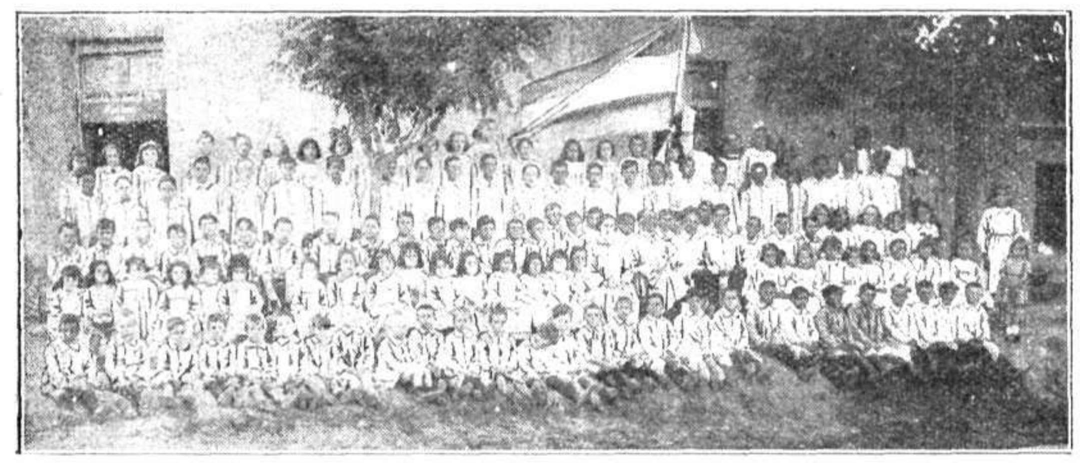
Folletos de mimbre

Camas de bronce liquidamos desde $75.-

Solicite catalogo esclusivo de camas de bronce

Pidan nuestra ultima edicion del catálogo general Nº8

Fiesta escolar



COLONIA ALVEAR (F. C. O.). — Personal docente y alumnos de la escuela nacional N.º 14 que clausuraron el curso escolar con una artística velada.

EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

No es posible emplear el mismo sistema para educar a todos los niños, pues el que para unos es bueno, para otros puede dar malos resultados. El carácter y las costumbres se heredan no sólo de los padres, sino también de sus antecesores, aun hasta de la segunda y tercera generación.

El niño de mal genio, egoísta o avariento, que se abstrae de los juegos inocentes, requiere una atención especial, y no se aconseja reprenderle sus faltas sino más bien estimular las buenas cualidades que puede tener, animándole al bien y enseñándole a dominarse.

Muchos niños desean con frecuencia proceder bien, y lo harían si supieran cómo. Con tacto y perseverancia se puede dominar la voluntad de un niño, mas nunca por esfuerzos casuales. El amor y cuidado de los padres puede hacer mucho hacia el buen desarrollo físico y moral de un niño.

Hay niños que pueden distinguir el bien del mal, pero otros tienen sólo una idea confusa sobre este punto. El niño, como es natural, sigue sus inclinaciones sin ocuparse mucho de cosas útiles, y éste es un punto en que se hace esencial la dirección de sus padres.

Cuando se trata de un niño embustero, se necesita de gran vigilancia y discreción para hacerle perder esa mala cualidad, la cual puede llegar más tarde a pervertir su carácter moral. Se aconseja no sorprenderlo ni demostrarle desconfianza, sino al contrario, ayudarlo a decir la verdad y hacerle ver el interés que uno se toma por él.



LECTURAS INFANTILES

"EL CHIQUILIN ADOLFO"

POR

ADELIA DI CARLO

Tiranizaba Rosas. Extraños sueños se desenvolvían en la mente de don Carlos María. Huir inobservado; pasar a la otra ribera; estimular a los expatriados... ¡Al menos sabría lo que aquéllos intentaban realizar!... La obscuridad, la duda... ¡oh! ¡ya no podía más!... La vida no era soportable para él en aquella forma. ¿Qué sucedería al final?... ¿Un arresto y una condena? La muerte, en suma, nada más que la muerte. ¡Bien poca cosa!

Se abandonó a su proyecto; calculó y previó la doble suerte, las favorables y las contrarias eventualidades. Y las horas que el viejo reloj repetía de cuando en cuando pasaban inadvertidas sobre su cabeza.

Lo que más le disgustaba era ver a las gentes recluirse cada día más en sus casas. ¿Por qué no salían? ¿Es que ya no creían en la liberación?... ¡Ah!, no creer... no esperar más... ¡Estúpidas! Tomar a lo serio los rumores que hacía circular la mazorca...

Y retornaba cada vez con más fuerza a su proyecto y su corazón se encendía de nuevo fervor. Se sentía tan diferente; sus miembros le parecían ligeros, elásticos, prontos a desatarse. Experimentaba la ilusión de un extraordinario vigor.

Claro y fácil le aparecía finalmente su plan de trasladarse a Entre Ríos y luego a Montevideo para conocer la opinión de los rebeldes. Pensó que la noche sería la más propicia para descender a la ribera, después de arregladas las cosas lo mejor posible. Como no confiaba mucho en su memoria, tratándose de acontecimientos recientes y de observaciones menudas, anotó en una libretita que llevaba siempre con él lo que le interesaba no olvidar.

Se levantó del sillón en que estaba sentado junto a su escritorio, miró al río, suspiró y tomó luego los anteojos para escrutar mejor lo que ocurría en la calle.

En aquel momento el maestro de banda dió la señal para comenzar, y poco después, en la plaza desierta, resonaban las notas de una marcha militar. Era la banda que obedecía a los mandatos de la mazorca y que una vez por semana desarrollaba sus conciertos en la plaza, sin auditorio, salvo el que lo componían, en algunas ocasiones, unos cuantos federales. Las casas de los contornos — en su mayoría habitadas por unitarios — permanecían mudas, y las ventanas herméticamente cerradas.

Carlos María experimentó una tremenda sacudida. Sus nervios siempre en tensión vibraron dolorosamente: el corazón saltó en un espasmo y una ciega cólera le ofuscó la razón.

— ¡Canallas! ¡Canallas!... — gritó como si pudieran oirlo. — ¡Se atreven a tocar en vísperas de Navidad, en nuestra plaza llena de recuerdos sagrados, mientras tantos hermanos se debaten en la prisión o en el destierro, mientras tantas vidas útiles y nobles han sido tronchadas! ¡Hacen oir sus conciertos como una burla, como un escarnio a los que no sabemos someternos al tirano, mientras agoniza en nuestra alma la más sagrada esperanza!... ¡Canallas!...

Como un loco, delirante se lanzó a la calle bastón en mano. Los raros transeuntes se detuvieron a mirarle, pero ninguno osó afrontarlo. El no veía a nadie. Parecía alucinado. Al llegar al centro de la plaza se arrojó furibundo sobre los músicos tirando golpes a ciegas, a derecha e izquierda. Pocos fueron golpeados, porque bien pronto Carlos María no pudo propinarlos. Antes que los mazorqueros, vueltos del estupor le fueran encima; antes que detrás de un balcón cerrado, alguna voz se hiciera oir para dar razón a Carlos María, el infeliz caía de bruces contra el suelo, y no se movió más.

Esta rápida escena fué presenciada desde una ventana por el pequeño Adolfo, un hermoso chico de doce años de edad, hijo de Carlos María.

Adolfito, educado en la corriente de ideas de su padre, era un unitario entusiasta. El prematuro fin de aquél le indujo a engrosar las filas opositoras antes de la edad necesaria para la lucha. Y fué así que se le confiaron los mensajes más importantes, las misiones más delicadas, en la seguridad de que las cumpliría con celo e inteligencia. El «chiquilín Lemos», como le llamaban, era constantemente vigilado por las hordas del tirano. El «chiquilín» sabía que su libertad y su vida estaban en peligro, pero no se daba cuidado por ello.

Un día Adolfito fué comisionado a llevar un parte a Urquiza, y, entrada ya la noche, el adolescente partió del Tigre en compañía del negro Manuel.

Para Rosas nada había oculto. Supo el viaje del «chiquilín Lemos» y ordenó a dos mazorqueros que trataran de apoderarse de aquel niño y le dieran un buen escarmiento. El «chiquilín» viajaba en una barca velera ajeno a toda persecución y sólo pensaba en la libertad de sus compatriotas y restablecimiento de las leyes y de los derechos pisoteados por el tirano y sus secuaces. Recordaba a su padre, evocaba a su madre que tierna y solícita le había dejado partir como otras veces. Y rápidamente tuvo el presentimiento de que no volvería a verla... Sintió una gran tristeza, y por la primera vez tuvo la tentación de retroceder ante la ardua empresa...

Cuando la barca de alas blancas pasó junto a una de las islas del delta los mazorqueros, que aguardaban agazapados con el arma al brazo, hicieron fuego. El «chiquilín Lemos» bogó hacia la costa y se cobijó bajo los sauzales que tendían sus ramas en actitud protectora.

....

Allí fué encontrado a las pocas horas, tendido sobre el espeso césped, con una herida de bala en el corazón.

El río creció y los sauces transidos de pena mojaron su ramaje en las aguas. Una ninfa recogió la sangre vertida y salpicó todas las plantas de la ribera. Ceibos, rosas y achiras que en esas orillas crecen, tienen por eso tonos sangrientos.

Y cuando el sol al día siguiente iluminó la trágica escena, los sauces continuaban llenando el río con sus lágrimas, mientras las flores abrían sus corolas rojas por la sangre inocente vertida la noche antes...

Cuentan que desde la muerte del «chiquilín Adolfo» los ceibos tienen puntuaciones iguales a la de la carne herida y que sus corolas semejan a los labios en actitud de protesta...



Nuevos bachilleres

SANTA ROSA (Pampa). — Los primeros bachilleres egresados del colegio nacional de esta localidad, después de haber dado unos exámenes brillantísimos.





En la playa,

después del baño, es cuando los veraneantes más apetecen los reconfortantes y deliciosos sandwiches y platos fríos improvisados en dos minutos con

Fiambres y Carnes Preparadas

Armour's Veribest

Salames, Salamines, Queso de Chancho, Galantina, Pata de Cerdo Rellena, Bondiola, Jamón del Diablo, Paté de Foie, Salchichas Oxford, Corned Beef, Jamón Crudo "York", etc.

Estos exquisitos alimentos preparados, son igualmente imprescindibles en toda clase de fiestas al aire libre, picnics, excursiones, etc.

Con estos alimentos de alta calidad y pureza garantizada, se sirven en un instante los manjares más delicados, suculentos y nutritivos.

Pida estos Productos en todos los Almacenes y Casas Mayoristas

FRIGORÍFICO ARMOUR DE LA PLATA S.A.

SECCIÓN VENTAS: Ing. HUERGO esq. HUMBERTO I - U. T. 5215, Avda. - C. T 535, Sud

BUENOS AIRES

Notas varias



Señor Fidel R. Alsina, nombrado recientemente profesor suplente de Matria Médica y Terapeútica de la Facultad de Medicina.



Doctor Raúl de Miguel, obsequiado con una medalla por los vecinos de Arias.





Señor Dalmiro Corti. Señor Federico F. Falco.

Nuevos profesores en química de la Universidad de La Plata.



Señor José Pedro Alvarez.



Señor A. González Revilla.

Ganadores del primer premio en el concurso dramático del teatro Apolo.



Señor Rodolfo Zanni, que ha dado con éxito una audición de sus composiciones musicales.

Señor Dionisio R. Zárate, nombrado Inspector General de la Municipalidad de Santa Fe.







$ 1.40 la caja $ 2.00 el tarro

Navidad, Año Nuevo y Reyes

L. AUBERT y Cía.

concesionarios de los PRODUCTOS BRISSAC, saludan a su distinguida clientela con motivo de estas fiestas, deseándoles un feliz año nuevo.

No hay mejor obsequio para una dama que un frasco de exquisita esencia; su perfume embriagador deleita a cuantos nos contemplan.

El JABÓN, la CREMA HIGIÉNICA, la LOCIÓN AMOUR-VOLAGE, LOCIÓN LUNE D'AMOUR, LOCIÓN PRINTEMPS FLEURI, y el exquisito POLVO GRASOSO

Brissac.

son artículos que no deben faltar en el tocador de toda dama elegante.


Loción "PRINTEMPS FLEURI"

Unicos Concesionarios de los Productos BRISSAC:

L. AUBERT y Cía.

JORGE NEWBERY, 3443-55
Unión Telef 2045, Belgrano

En Asunción (Paraguay): TOMAS CARO, Presidente Franco, 512. En Montevideo (República Oriental del Uruguay): RICARDO L. ALONSO, Rondeau, 1440-42.

EN VENTA EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS Y PERFUMERIAS


Loción "LUNE D'AMOUR"

Loción "AMOUR - VOLAGE"

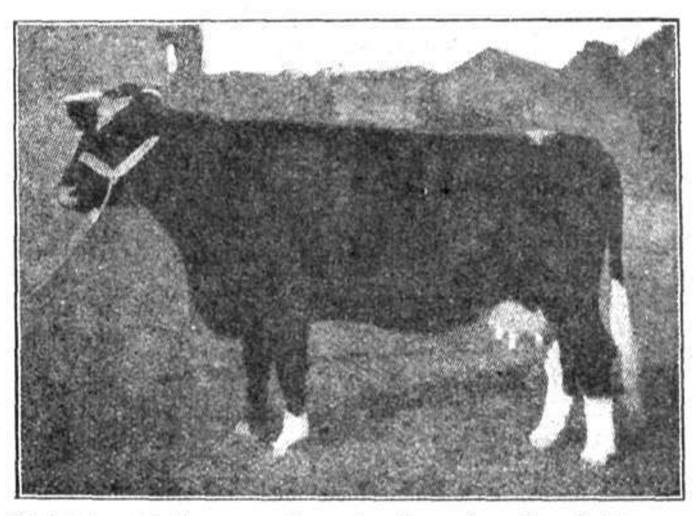
Maestros egresados de la escuela normal mixta de Posadas (Misiones)



Señores Gustavo Dachary, Avelino Gallardo, Ezequiel Leira (director interino), León R. Naboulet (profesor) y Justino Figueredo, y señoritas Vicenta Gómez, Amelia Ramírez, Lilí López, Nemesia Quiroga, Eloísa Rosas, Dora J. Ruiz, María E. Gómez, Estela Funes, Yira Viñas e Isabel Maidana.

criadores de Shorthorn de dos usos

sino vigilar por producción de leche.



Otro tipo de vaca de dos usos, que ha ganado varios premios en Gran Bretaña y que ostenta el pelo tan anhelado por los tamberos de la Argentina.

no importa de que *familia* procedan. Siguiendo este plan, y por pruebas continuas, se puede formar un rodeo acreditado, siendo este un punto a que yo personalmente he llamado la atención en más de una oportunidad y en ocasiones en que he estado examinando rodeos e inspeccionando los registros de rodeos particulares en el Herd Book particular de los ganaderos.

En casi todos los rodeos Shorthorn de este país hay buenas lecheras, vacas que dan mucha leche y que pueden ser consideradas como animales de utilidad doble. No son difíciles de hallar, pero se necesita inteligencia para seleccionarlas, como también para criarlas a fin de lograr la unión de carne y leche, que son las dos miras que, unidas, forman el ideal del ganadero.

En la formación de los registros de sus rodeos los ciradores argentinos harían bien en agregar una casilla en que anotaran la calidad de las lecheras, pues estas anotaciones serían útiles y provechosas cuando el país empiece su comercio como exportador de animales Shorthorn de pedigree.

Los criadores de animales Shorthorn de utilidad doble en Canadá quedan a veces en duda en cuanto al lugar a donde deben buscar *un toro* apropiado. Según las anotaciones oficiales hechas en ese país que sirven para orientar a los criadores, aquéllas muestran que veinticinco toros Shorthorn tuvieron dos o más hijas que cumplieron con las exigencias del registro. De estos toros diecinueve son de pura raza Escocesa y los otros seis son hijos de toros Escoceses. Este hecho demuestra que los toros Escoceses puros e hijos de toros Escoceses puros, pueden ser utilizados con éxito en rodeos utilizables para dos fines. Este es un hecho de mucha importancia porque es sólo utilizando padres de más o menos reconocido mérito como productores de carne que podemos mantener las cualidades de ambos fines en el Shorthorn.

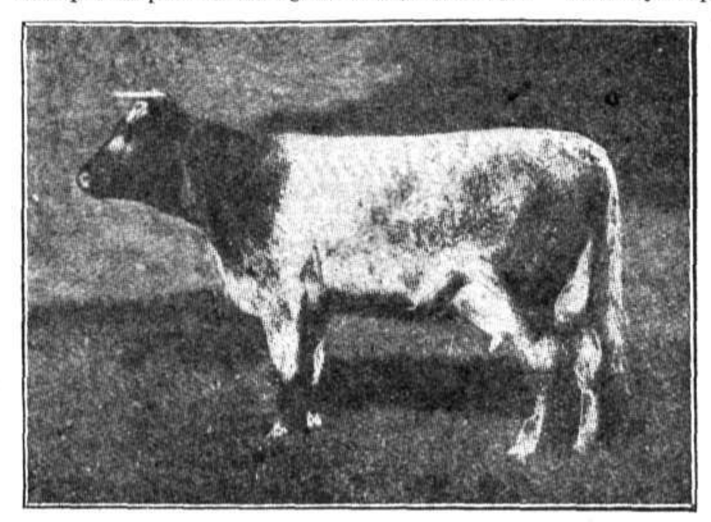
Si el *hombre que va en busca de un toro para* encabezar un rodeo que servirá para producir carne y leche, y no puede conseguir uno que sea hijo de una buena lechera, o que no pueda pagar lo que vale, todavía le queda otro camino. Puede ir a un criador de confianza, cuya palabra le merezca fe y elegir un toro que sea producto de alguna vaca garantida por el dueño, como un animal de leche abundante. Si la vaca es de buena presencia y su ternero muestra señas de estar bien alimentado por la madre, se puede elegir con bastante confianza. Aquí en la Argentina las vacas no son ordeñadas a mano, pero se pueden juzgar los méritos de una vaca notando de que manera alimenta a su ternero.

«El hombre que quisiera hacer del Shorthorn una raza exclusivamente *lechera perdería su tiempo* y malograría material bueno». Estas son las palabras del práctico canadiense sobre la raza...

El que quiere especializar en la granja debe elegir una raza reconocida como apta para ese fin, y no perder su tiempo malogrando una raza que es buena productora de carne. Pero hay muchos granjeros en Canadá quienes, por las circunstancias, inclinaciones u otras causas, no pueden o no quieren especializarse en el trabajo de granja, pero quieren tener una vaca que produzca una cantidad regular de leche y tener un ternero que puede ser engordado para el matarife. En otras palabras, estos granjeros no quieren tener una vaca para la granja, sino una vaca que sirva para dos fines a la vez.

Para llenar las necesidades de aquéllos, ninguna raza servirá mejor que la Shorthorn, que se ha distin*guido por sus cualidades lecheras* desde que fué conocida. Criadores notables de Shorthorn como Tomás Bates y Amos Cruickshank dieron mucha importancia a *las cualidades* lecheras de sus vacas y se deshicieron de muchas buenas vacas por el solo hecho de ser malas lecheras. Un número de los principales criadores de Shorthorn hoy comparten la opinión de que una notable producción de leche no está reñida con la producción de carne. El conseguir los records mundiales de producción de leche o competir con las razas conocidas *como propias para la granja* es otro asunto en absoluto, y aquel que se empeña en hacer esto con Shorthorns, está sacándolos de su esfera y dañando seriamente a la raza. Este es el punto de vista de «Dominion Shorthorn Breeder's Association», de la cual es presidente, el señor W. A. Dryden, de Brooklyn, Ontario, y secretario-tesorero, el señor G. E. Day, de Guelph, Ontario. Esta misma opinión me fué expresada por el señor Roberto Bruce, fallecido últimamente, mientras conversábamos en el Plaza Hotel después de haber actuado en el Jurado de Palermo.

Geo. G. Peters



Una vaca capaz de producir y alimentar o una buena lechera o un buen novillo.



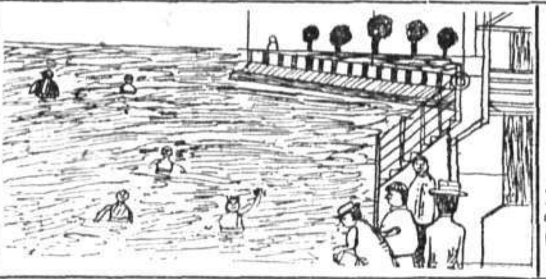
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso Infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1004 — «¡Caras y Caretas!» MARÍA ALIDITA GARMENDIA.



1005 — En el balneario municipal. ALBERTO PALLO.



1006 — «¡Careta a veinte!» A. HÉCTOR CATTANOZZA.





1007 — Un buen compañero. LIDURINA LASTRA.



1008 — Bartolo, el de la esquina. CARLOS BAIGORRIA.



1009 — Los productos de la chacra de mi tío. RAÚL MÉNDEZ.

De los dibujos publicados durante el mes de noviembre han resultado premiados los siguientes números: 963, 964, 968, 969, 970 972, 974, 975, 980, 981 y 984.

NO SALGA DE VIAJE

No salga de viaje sin llevar consigo **Dentol**, el rey de los dentífricos.

El **Dentol** (agua, pasta o polvo) es un dentífrico a la vez sumamente antiséptico y dotado del más agradable de los perfumes.

Creado a base de los trabajos de Pasteur, destruye todos los malos microbios de la boca; impide también y cura las caries en los dientes, así como las inflamaciones de las encías y garganta.

En pocos días da a los dientes una blancura deslumbrante y destruye el tártaro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

Aplicado puro, con algodón, calma instantáneamente los dolores de muelas más violentos.

El **Dentol** se encuentra en todas las casas de importancia, en donde se venda perfumería, y en las boticas.

Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

Palacio de los Juguetes

LA GRAN JUGUETERIA DE MODA

CARLOS PELLEGRINI, 340

Sucursales: **"CASA BURLANDO"**

CORRIENTES, 961 — SUIPACHA, 254

Tenemos el más estupendo surtido de Muñecas, Juguetes mecánicos, Rodados, y toda clase de juguetería.

PARA NAVIDAD Y REYES

OFRECEMOS

a precios sumamente económicos, CAJONES surtidos de Juguetes muy bien seleccionados y revisados:

N.º 1	Cajón para	varón	(22	Juguetes)	$ 10.—
N.º 2	»	»	(27	»)	» 20.—
N.º 3	»	»	(15	»)	» 20.—
N.º 4	»	niña	(24	»)	» 10.—
N.º 5	»	»	(18	»)	» 20.—

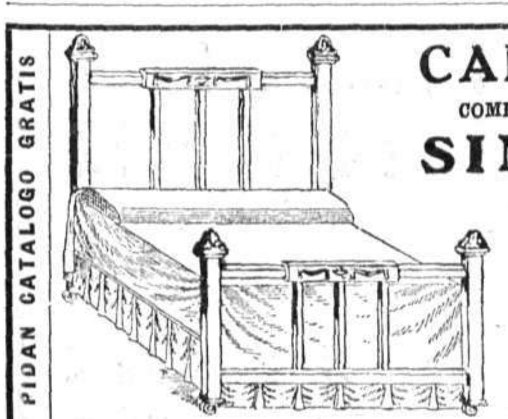
MANDAMOS a cualquier punto de la República libre de flete.

ACEPTAMOS giros postales, bancarios y órdenes de pago.



CAMAS DE BRONCE

PIDAN CATALOGO GRATIS



COMPREN DIRECTAMENTE EN LA FABRICA DE

SIMON GUTMAN

Casa Central y Talleres:
CANGALLO, 1700, esquina R. PEÑA
Unica Sucursal: 881, CANGALLO, 881
BUENOS AIRES
Colores inalterables para estancias y balnearios

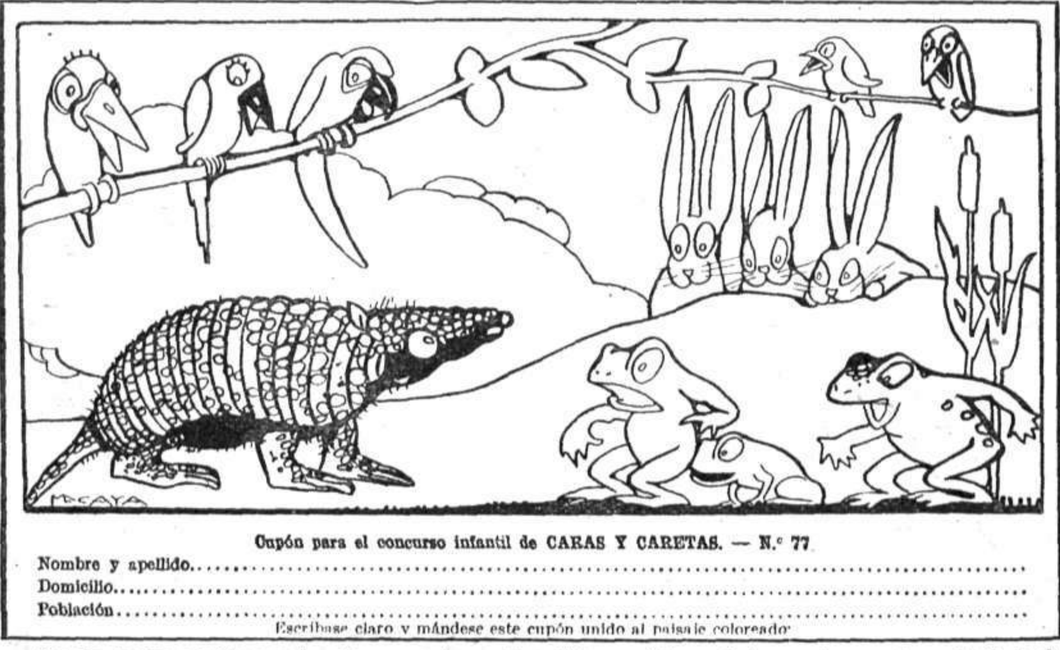
IMPORTANTE. — Mencionando este aviso haremos un descuento del 20 % únicamente hasta el 7 de Enero próximo.

PIDAN CATALOGO GRATIS

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 77

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 76, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Angulo (h.), Tomás C.
Arbelaiz, María Margarita.
Andrés, Vicente Rodolfo.
Alonso, Margarita.
Arocena, Elina.
Aphalategui, Matilde.
Alicade, Amadeo.
Antonini, Angel.
Arizmendi, Pepita A.
Bosio, Albertito Héctor.
Bertani, Edith.
Bohle, Eduardo.
Buzzelli, Cándida.
Bianchini, Sofía.
Begino, Bernardino.
Barrio, Santiago.
Caballé, Ramón.
Carlos, Julián.
Canzonetta, Vicente.
Canitrot, Casimiro.
Calabrese, Oriente.
Castañer Murga, Jorgito.
Casset, Alberto José.
Cruellas, Jaime.
Carbonara, Julia.
Cután, Carlos.
Cabral, Elisa J.
Cirigliano, Yolanda.
Córdoba, María T.
Dávison, Carmen Lía.
Diessler, Alberto.
Draperi, Juan.
De Piero, Elvira.
Décima, Francisco.
Esteves, Emilia F.
Elder, David.
Echeverría, Francisco.
Fabro, Evelina.
Frachetti, Aníbal.
Gernino, Gianella Czias.
Garrone, Magdalena.
Galdo Boado, Ascensión.
Genuardi, Carlos.
Galarza, Luis J.
Gnocchi, Alberto.
Gómez, Mario M.
Ganduglia, María Esther.
Habegger, Estela.
Hernández, Jorgelina.
Induni, Julia.
Jusem, Roberto.
Jurado, Cristóbal.
Kosak, Fernando.
Libera, Francisco.
Loza, J. C.
Lema Conde, Sara Beatriz.
Leguizamón, Julio.
Melicchio, Adrián.
Monza, Carlitos.
Marco, Nélida De.
Mira, Mabel.
Méndez, Valentín.
Muñoz, Francisco.
Morano, Daniel.
Momeño, María.
Moyano Centeno, Luis R.
Orlandini, Adelaida.
Oroz, Guillermo.
Ortiz, Eugenia.
Palazzolo, María.
Poletti, Amelia.
Petrignani, Rafael T.
Polito, Emma.
Posse, Helena B.
Postilla, José.
Pobesel, Atilio A.
Pozas, Elina María.
Quartino, Bambo.
Redondo, Juan.
Rittman, Regina.
Rima, Pablo.
Rubio, Emilio M.
Recalde, Rogelito.
Rosenbrock, Horacio.
Schiapparelli, Francisco.
Schneiter, Adela E.
Silambra, Rómulo F.
Senesi, Fanny.
Salleras, Juan P.
Tembourg, Alberto S.
Trillo, María Margarita.
Vaccaro, Zulema.
Vazzoler, Jorge.
Vassolo, Juan Alfredo.
Vettosi, Marcos.
Velázquez, Alcira R.
Wheeler, Violeta Isabel.
Zapata, Dolinda.
Zarlengo, Manuel.
Zabizarreta, Cuco.

Los niños premiados residentes en la Capital, deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 27 y 28 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.



Progresiva o Instantánea

50 AÑOS DE EXITO
aseguran su eficacia

El AGUA SALLES Progresiva devuelve al cabello y a la barba su color primitivo: rubio, castaño o negro.

La INSTANTANEA les da color moreno o negro.

Tan naturales son estos matices que es imposible apercibirse que los cabellos y la barba se han teñido.

Bastan una o dos aplicaciones sin lavado de la cabeza ni preparaciones. EL AGUA SALLES es absolutamente inofensiva y su eficacia pronta y duradera.

En Bs. Aires: Depósito General: **Paraná, 182.** *En Montevideo:* **Sarandí, 429**

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO — 73, RUE TURBIGO — PARIS

YACO





Un cañón carcomido o desgastado, por poco que sea, es muchas veces la causa de haber errado el blanco perdiendo tal o cual prueba del concurso, o de haber vuelto de una excursión de caza con el zurrón vacío.

El desgaste del cañón del rifle es ocasionado por la oxidación que produce esa mezcla perjudicial usada en los fulminantes de los cartuchos. Pero después de 50 años de incesantes esfuerzos, la U.S. CARTRIDGE Co. ha logrado perfeccionar en los CARTUCHOS y TIROS (US) un fulminante que evita en absoluto la oxidación y corrosión del cañón. Esto significa una duración mucho más larga para su rifle y la conservación de su buena precisión y seguridad. Usando solo CARTUCHOS y TIROS (US) le será a Vd. fácil guardar siempre limpio su rifle.

Pídalos a su armero y si no los tiene, diríjase a

NATIONAL LEAD Co.
Sección Armería
25 de Mayo, 158 - Buenos Aires
Representantes de la U. S. CARTRIDGE Co.



Festival de Gimkana a beneficio de la escuela del Huerto, que preside la señora Echesortu de Rouillón, el que tuvo lugar en la Sociedad Rural.

Niñas que tomaron parte en la carrera del arco, la que fué ganada por la niña Marull Machain.



EL MISTERIO DE BRIGHTON

I

— ¿Le gusta a usted la vida del mar? — preguntó desde su rincón el viejo del piolín, con la boca llena de pasas, su postre de todos los días. — No hablo de Ostende ni de Trouville, sino de las honestas playas inglesas, con serenatas en las calles, excursionistas de a cinco chelines ida y vuelta, y departamentos amueblados muy sucios, en que por la luz del hall le cobran a uno un chelín los domingos y seis peniques los demás días. ¿Le gustan esas modestas playas?

— Prefiero cualesquiera otras...

— Yo también. Sin embargo, uno de nuestros *agujeritos baratos*, nuestro Brighton nacional, me gustó mucho durante una semana, cuando fué procesado Eduardo Skinner, acusado de un delito grave.

«No sé si recuerda usted el caso de Francis Morton, uno de los personajes más notables de Brighton, que desapareció un día tan completamente como la *mosca* debajo del cubilete de un escamoteador. Era rico, bien casado, tenía una linda casa, hijos hermosos, y desapareció...

«Francis Morton vivía con su mujer en una de las grandes casas de la plaza de Sussex, en Brighton. Su esposa era conocida por su *americanismo*, sus comidas elegantes y sus hermosos trajes de París.

«Pertenecía a una de esas familias norteamericanas multimillonarias que tan amablemente proveen de esposas ricas a los nobles de Inglaterra. Algunos años antes se había casado con Morton, por puro amor. Sin embargo, él no era ni buen mozo ni distinguido; tenía el tipo de un industrial robusto y honrado.

«Las costumbres de Morton eran muy regulares; iba a Londres todas las mañanas y volvía por la tarde en uno de esos «trenes de los maridos», que en Francia tienen un nombre irónico. Así, en su casa, todos se quedaron estupefactos cuando, el viernes 17 de marzo, no lo vieron regresar a comer.

«Hales, el mayordomo de la casa, comprobó que la señora estaba muy inquieta y comió poco.

«En la noche, tampoco llegó Morton.

«A las diez y media, un muchacho fué mandado a la estación a preguntar si habían visto a su patrón en la tarde, o si en la línea había ocurrido algún accidente.

«El muchacho interrogó a varios empleados, al subjefe de estación y a dos policiales. Todos declararon que ese día Morton no había ido a Londres. En ningún momento lo habían visto en la estación. En la línea no había ocurrido accidente alguno.

«Llegó la mañana del sábado 18 y el correo no trajo carta de Morton.

«La señora de Morton, toda llorosa, desfigurada por una noche sin sueño, telegrafió a Londres, al portero del gran edificio de la calle Cannon, en donde estaba el escritorio de su marido. Dos horas después llegó la respuesta: «No he visto al señor Morton ni ayer ni hoy».

«Por la tarde todo Brighton se había impuesto de la extraordinaria desaparición.

«Pasaron tres días, y ningún rastro de Morton.

«Este era tan conocido en Brighton que fué fácil establecer precisamente que no había salido de la ciudad. En efecto, nadie lo había visto en la estación y, precisamente la mañana de su desaparición, había tenido lugar una gran reunión de los jóvenes ciclistas de la ciudad, de manera que le habría sido casi imposible pasar por los caminos en algún vehículo sin haber sido visto y reconocido.

«Al principio los diarios tomaron la cosa con buen humor. «¿En dónde está Morton?» llegó a ser una pregunta-chiste, que se hacía en todas partes y a todo el mundo.

«El público creía que, en el fondo, no se trataba sino de un trivial caso de un marido que se había ido de juerga; pero cuando pasaron tres días sin que Morton reapareciese, cuando se vió que su mujer se enfermaba de pena, la inquietud reemplazó al buen humor.

«Empezó a hablarse de crimen, porque se había dicho que el caballero desaparecido había salido para Londres con una gran cantidad de dinero. Luego corrieron rumores de escándalo, referentes a la señora de Morton y a su pasado.

«En su deseo de encontrar a toda costa a su marido, había revelado cosas imprevistas a los detectives.

«Pero el jueves los diarios publicaron esta información: «La policía allanó hoy la casa de pensión Russel, en la avenida del Rey, y tuvo la suerte de encontrar al señor Morton, precisamente a tiempo para salvarlo. Nuestro distinguido conciudadano fué robado y encerrado en una pieza de esa casa el viernes 17. Cuando fué encontrado, se hallaba en un estado espantoso de inanición. Estaba fuertemente atado a un sillón; un chal espeso le envolvía la cabeza, amordazándolo y ahogándolo a la vez. Era ya tiempo de que se lo socorriese. Sólo gracias a su robustez ha podido el señor Morton resistir a las privaciones y horrores de esos cuatro días de encierro. Ha sido llevado a su domicilio, y nos es grato poder anunciar que el doctor Melish, que lo atiende, declara que pronto quedará restablecido, si es bien cuidado. Nuestros lectores se impondrán con placer de que nuestra policía, siempre hábil y activa, ha descubierto ya al autor del abominable secuestro.»

II

— No sé por qué este caso me atrajo desde el primer momento — continuó el viejo, poniendo un poco de soda a su vaso de leche. — No ofrecía nada de extraordinariamente misterioso: ¡un vulgar caso de robo! Pero yo esperaba, yo presentía algo más complicado, de modo que tomé el tren para Brighton.

«La policía declaraba que tenía una pista; sabía a quien había sido alquilada la pieza de la pensión Russel. Al tomar la pieza, unos quince días antes, el inquilino se había inscripto como Eduardo Skinner.

«Veinticuatro horas después de mi llegada a Brighton



EL ACUSADO, EDUARDO SKINNER, TENÍA ASPECTO VULGAR: RUBIO, UN POCO COLORADO, ÑATO, LIGERAMENTE CALVO, TENÍA COMO MORTON EL AIRE DE UN BUEN HOMBRE DE NEGOCIOS.

se sabía que ese Skinner acababa de ser detenido en Londres, acusado de haber secuestrado al señor Morton y haberle robado diez mil libras esterlinas.

«Pero lo que dió repentinamente un interés sensacional al asunto fué ésto: Morton, contrariando las previsiones más elementales, se negaba a entablar acusación!

«Naturalmente, el fiscal la entabló de oficio y citó a Morton como testigo.

«Nada ganó, pues, Morton con su negativa; pero se comprende cómo se excitó la curiosidad del público.

«Todo el mundo se preguntaba por qué Morton quería echar tierra al asunto. ¿Porque se había hablado de su mujer, o porque, como decían algunos, había sido terriblemente amenazado?

«Confieso que yo estaba bastante intrigado cuando asistí al interrogatorio del acusado y de los testigos.

«El acusado, Eduardo Skinner, tenía aspecto vulgar: rubio, un poco colorado, ñato, ligeramente calvo, tenía como Morton el aire de un buen hombre de negocios.

«En cambio, la señora de Morton, sentada cerca del juez, estaba bellísima y muy elegante.

«La policía relató cómo se había descubierto a Morton en la pieza de la pensión Russel y detenido a Skinner en el hotel Langham, de Londres. El acusado se había dejado tomar tranquilamente, pero protestando ser inocente y declarando que, a pesar de tener algunas relaciones de negocios con Morton, no sabía nada de su vida privada.

«El inspector de policía Buckle declaró que Skinner le había afirmado que ni siquiera sabía que Morton vivía en Brighton; pero dos testigos juraron que lo habían visto con Morton a las nueve y media de la mañana del día del secuestro.

«Contrainterrogado por el abogado de Skinner, Buckle acabó por reconocer que el preso le había dicho únicamente que no sabía que Morton fuese uno de los habitantes de Brighton, pero que nunca había negado haber estado con él.

«Los testigos a que se había hecho alusión eran dos comerciantes de Brighton que conocían a Morton de vista y lo habían visto el viernes 17 por la mañana paseándose con el acusado

«El abogado de Skinner no preguntó nada a los testigos. Se comprendió que el preso no negaba la afirmación de éstos.

«Otro inspector de policía, Hactick, contó cómo había sido encontrado el desgraciado Morton, después de varios días de pesquisas. Fundado en ciertos datos proporcionados por la señora Chapman, dueña de la pensión Russel, el jefe de policía de Brighton había enviado a Hactick con algunos agentes a la casa de pensión. La puerta de la pieza tomada por Skinner estaba cerrada; la forzaron y encontraron a Morton casi sin conocimiento, atado a un sillón con varios metros de cuerda; un espeso chal de lana le envolvía la cabeza y ahogaba los gritos del pobre caballero. Pero el inspector agregó que a su juicio Morton había debido, primero, absorber algún narcótico, y después, al despertar débil y enfermo, atado y amordazado, no había podido ni hacerse oir ni desatarse, a pesar de que había sido apresuradamente atado. El médico legal y el doctor Melish dijeron que lo habían encontrado bajo la innegable influencia de un narcótico, y también terriblemente agotado por la falta de alimento.

«El primer testigo importante fué la señora Chapman, dueña de la pensión Russel, a cuyas indicaciones debía la policía haber encontrado a Morton.

«— El acusado, dijo la señora Chapman, se presentó en mi casa el primero de marzo. Quería una pieza amueblada barata, sin pensión; la alquiló por quincenas y me dijo que frecuentemente se ausentaría por dos o tres días. Dijo que era agente viajero de una casa importadora de te. Le mostré una pieza en el tercer piso, porque no quería pagar más de doce chelines por semana; y como le pedí algunas referencias, me pasó tres libras esterlinas y me dijo riendo que bastaba como referencia el pago de un mes adelantado. Agregó que si después yo no estaba contenta con él, podría pedirle la pieza.

«— ¿No le preguntó usted el nombre de la casa cuyo agente viajero dijo ser?

«— No se me ocurrió; como me pagó un mes adelantado... Al día siguiente llevó su equipaje y tomó posesión de la pieza. Me pareció que trabajaba mucho. Siempre se quedaba en Brighton el sábado y el domingo. El 16 me dijo que iba a ir a Liverpool por varios días; esa noche durmió en la casa y el 17 salió temprano, llevando una valija.

«— ¿A qué hora salió?

«— No puedo decirlo exactamente, contestó la señora Chapman, vacilando... Me parece que serían las nueve, agregó... Como no estamos de temporada y no hay casi nadie en la casa, no tengo ahora sino una criada. Ella y yo estábamos en el hall del primer piso cuando más o menos una hora después de la salida del señor Skinner, sentimos que alguien abría la puerta de la casa, la cerraba violentamente y subía. — Es el señor Skinner, dijo María. — Sí, él es; creía que se había ido hace rato, contesté yo. — En efecto, salió, replicó la criada, y como dejó su pieza abierta, ya la arreglé. — Vaya a ver si es él, María. María subió al tercer piso y volvió a decirme que era Skinner; había subido directamente a su pieza; María no lo había visto; pero lo oyó conversar en la pieza con otro caballero que lo acompañaba.

«— ¿Pero no puede usted precisar a qué hora salió el acusado de la casa definitivamente? preguntó el juez.

«— No, señor juez; porque después de eso salí y no volví sino a medio día. Subí entonces al tercer piso y vi que el señor Skinner había cerrado su puerta, llevándose la llave; pero como María había arreglado ya el cuarto, no me preocupé de ello.

«— ¿Y naturalmente, no oyó usted ruido alguno en el cuarto?

«— Ninguno, ni ese día ni los siguientes; pero el jueves por la mañana nos pareció, a María y a mí, oir en el cuarto ruidos extraños. Al principio creí que sería la celosía movida por el viento; pero escuchando con más atención, nos dimos cuenta de que eran gemidos. Aterrorizada, mandé a María a buscar la policía.»

«María, la sirvienta, confirmó la declaración de su patrona.

«— Yo creí que era el señor Skinner, dijo. Yo no lo vi entrar, pero cuando subí oí en su cuarto voces de hombres.

«— ¿Supongo que no se pondría usted a escuchar?» preguntó el juez.

«— ¡Oh! sí, señor, respondió María inocentemente; pero no pude comprender lo que decían. Uno de ellos hablaba fuerte y parecía que discutían.

«— ¿El señor Skinner era el único que tenía llave de su cuarto y de la puerta de calle? ¿Nadie habría podido entrar en la casa sin llamar?

«— Nadie, señor».

«El asunto iba mal para el preso. La acusación, naturalmente, era ésta: Skinner encuentra a Morton, lo lleva a su pieza, lo asalta, lo pone en la imposibilidad de defenderse, le da un narcótico, lo ata y lo amordaza, y por fin le roba todo el dinero que llevaba, es decir,

según ciertos documentos que luego verá el juez, diez mil libras esterlinas en billetes de banco.

«Pero el punto misterioso del asunto y que el juez procuraba esclarecer, erá éste: ¿Por qué Mortón no acusaba al individuo que no solamente le había robado sino que casi le había hecho sufrir una muerte horrible?

«Morton estaba demasiado enfermo para presentarse a declarar; el doctor Melish le había prohibido terminantemente toda fatiga y toda emoción; pero le habían tomado declaración en la cama, y los hechos que revelaba eran sorprendentes y enigmáticos.

«La declaración de Morton decía así:

«Me veía obligado a pagar una gruesa suma de dinero a un hombre a quien no conocía y no había visto nunca. Era un asunto de mi mujer, exclusivamente. Yo no era sino un simple intermediario, porque nos había parecido mejor que yo diese los pasos necesarios. Mi mujer no me comunicó las exigencias del individuo en cuestión mientras le fué posible; pero al fin se resolvió a decírmelo todo y resolvimos que lo mejor era pagar. Escribí, pues, a ese individuo, bajo el dictado de mi mujer, que estaba pronto a entregarle diez mil libras cuando y en el sitio que indicase. Recibí una carta, con sello de Brighton, en que me decían que se me esperaba el 17 de marzo, a las nueve y media de la mañana, frente al almacén de paños de Furnivol, en la calle West, y se me pedía que llevase las diez mil libras en billetes de banco.

«El 16 mi mujer me dió un cheque por diez mil libras, que cobré en Londres, en el banco Berston.

«Al día siguiente, 17, a las nueve y media, me encontré en el sitio designado. Se me acercó un individuo que llevaba un sobretodo gris, un sombrero hongo y una corbata colorada; me preguntó mi nombre y me pidió que fuese hasta su casa, en la avenida del Rey. Yo lo seguí. No cambiamos una palabra. Se detuvo delante de la pensión Russel, abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo, y me rogó que lo siguiese a su pieza, en el tercer piso. En cuanto estuvimos en el cuarto, cerró la puerta con llave; no me inquieté, porque no llevaba conmigo sino las diez mil libras que debía entregarle. Ninguno de los dos dijo nada.

«Le di los billetes y en silencio los guardó en su cartera.

«En seguida quise salir y me dirigía a la puerta, cuando me sentí acogotado por detrás mientras me aplicaban a la nariz y a la boca un pañuelo saturado de cloroformo. Me defendí como pude; pero tuve que respirar el cloroformo y luego perdí el conocimiento.

«Me parece, sin embargo, recordar que cuando todavía me defendía débilmente, el hombre dijo: «Es preciso que sea usted muy idiota, querido señor. ¿Creía usted que yo iba a dejarlo salir tranquilamente para que fuese a avisar a la policía? Conozco la maniobra; pero ahora nada podrá usted hacer hasta que yo haya salido de Inglaterra. Ya vendrán a socorrerlo. Todo va bien». Casi inmediatamente después, perdí del todo el conocimiento.

«Cuando volví en mí, estaba atado en un sillón y amordazado; no tuve fuerzas ni para gritar; me sentía espantosamente débil y enfermo.»

«Conocida la declaración de Morton — siguió diciendo el viejo del piolín — toda la atención se concentró en su mujer, que debía concluir de aclarar el misterio.

«La mujer de Morton, cuyo rostro atormentado indicaba bien cuánto había sufrido y cuán humillada se consideraba al ver su nombre mezclado en un escándalo, declaró que el hombre de que se trataba había estado antes mezclado a su vida en forma susceptible de desacreditarla a ella y a sus hijos.

«El relato que hizo la mujer de Morton, sollozando en su fino pañuelo de encaje, fué muy patético:

«A los diez y siete años se había casado secretamente, en Estados Unidos, con un aventurero que decía ser el conde Armando de la Trémouille, un canalla de lo último que, después de haberle robado dos mil libras y algunas alhajas, la abandonó un buen día, previniéndole en una carta que se iba a Europa en el vapor *Argentina* y no volvería hasta pasado algún tiempo.

«La pobre mujercita amaba a ese pícaro, pues la semana siguiente, cuando supo que el *Argentina* había naufragado, pereciendo probablemente todos los pasajeros, tuvo mucha pena.

«Felizmente su padre, un opulento fabricante de Chicago, ignoraba toda la culpable historia de su hija.



MARÍA, LA SIRVIENTA, CONFIRMÓ LA DECLARACIÓN DE SU PATRONA.

Cuatro años después la llevó a Londres, en donde se casó con Morton.

«Llevaba, desde hacía seis o siete años, una vida completamente feliz, cuando un día recibió una carta escrita a máquina y firmada Armando de la Trémouille, en la cual, después de grandes protestas de amor infinito, se contaba una historia conmovedora.

«El conde había sufrido durante años en una isla desierta a la cual pudo llegar después del naufragio del *Argentina*. Al fin pudo llegar a tierras más hospitalarias, en donde tuvo que trabajar para juntar el dinero necesario para tomar un pasaje a Inglaterra.

«Una vez en Inglaterra, había podido averiguar en donde estaba su querida mujer, y se hallaba dispuesto a hacerla olvidar lo pasado y ser un buen marido.

«Lo que siguió fué conforme a lo que podía esperarse. De una parte, una mujer bastante tonta, y de la otra un gran pícaro. Los resultados no podían ser sino ventajosos para éste...

«Durante algún tiempo, Morton lo ignoró todo.

«Su mujer le escribía al conde, le suplicaba, en recuerdo del pasado, que no intentase volver a verla. El, de su lado, se dejó convencer fácilmente... gracias a algunos giros que recibió por intermedio de la oficina postal de Brighton.

«Por fin un día, por casualidad, Morton encontró una de las cartas del conde de la Trémouille...

«Ella se echó a los pies de su marido y se lo confesó todo. Morton miró el asunto como hombre de negocios, fríamente, prácticamente. Amaba mucho a su bella y rica esposa y quería guardarla: el conde de la Trémouille parecía dispuesto a dejarla tranquila mediante una indemnización; y la señora de Morton, que manejaba exclusivamente su fortuna, estaba resuelta a pagar lo que fuese necesario para evitar el escándalo... Ella se imaginaba que podían meterla en la cárcel por bigamia...

«Morton escribió, pues, al conde de la Trémouille diciéndole que su mujer consentía en pagarle diez mil libras, con tal de que desapareciese para siempre; y le prevenía que toda nueva exigencia de su parte haría moverse a la justicia, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Morton agregaba que, en ese caso, el asunto concluiría mal para el chantagista, pues él, Morton, no vacilaría en defender a tiros la tranquilidad de su hogar, seguro como estaba de ser absuelto por el jurado.

«Se concertó la cita, y Morton salió de su casa a las nueve de la mañana del 17 de marzo, llevando las diez mil libras en el bolsillo.

«El juez y el público habían seguido anhelosamente la declaración de la mujer de Morton, que se había ganado la simpatía unánime de todos por el valor con que había recomenzado su vida después de una



¡OH! ¡NO! DE NINGÚN MODO. ¡ESE HOMBRE NO ES EL CONDE DE LA TRÉMOUILLE!

falta de juventud. Además, la mujer de Morton era en Brighton ejemplo y modelo de todas las virtudes conyugales.

«Pero no recuerdo nunca haber visto, en ningún asunto, producirse una sorpresa tan grande como la que provocó, de repente, una respuesta de la señora de Morton.

«El juez, después de haber oído su relato, le preguntó:

— «Señora, ¿quiere usted examinar al preso y decirme si reconoce usted en él a su primer marido?

«Y la mujer de Morton contestó tranquilamente:

«— ¡Oh! ¡No! De ningún modo. ¡Ese hombre no es el conde de la Trémouille!

III

«En respuesta a otras preguntas del juez, persistió en declarar que jamás había visto al acusado.

«Quizás no sería sino un intermediario...

«Las cartas estaban todas escritas a máquina, pero firmadas Armando de la Trémouille, y la firma era *absolutamente idéntica* a la firma de las cartas que la señora de Morton conservaba de su primer marido, escritas antes de que la abandonase.

«— ¿No se le ocurrió nunca, preguntó el juez sonriendo, que las cartas podían ser falsas?

«— Imposible que fuesen falsas, contestó la señora Morton terminantemente, porque *nadie* estaba al corriente de mi unión con el conde de la Trémouille. ¿Cómo, tan lejos del país en que esa unión se efectuó, habría podido alguien estar tan bien informado? Además, si alguien hubiese conocido al conde bastante íntimamente para imitar bien su firma y para aludir a cien detalles conocidos solamente por mí y el conde, por qué ese alguien habría esperado más de seis años para su *chantage*?

«El razonamiento de la señora de Morton era, en realidad, lógico...

«A los pocos días Morton mejoró y pudo ir personalmente a declarar. Se imaginará la sensación causada por ese anuncio.

«Morton, que declaró en ausencia de su mujer, estaba pálido, enflaquecido, tenía los ojos hundidos, y se apoyaba en el brazo del doctor Melish. Declaró que nada tenía que agregar a su anterior declaración escrita.

«— ¿Quiere usted, le pidió el juez, examinar al acusado y decirme si reconoce usted en él a la persona que lo llevó a la pensión Russel y lo ató y amordazó?

«Morton se volvió hacia el preso, lo miró, y contestó:

«— No; no es el mismo. Yo conozco a ese caballero; algunas veces lo he encontrado en Brighton y en Londres; pero no es mi agresor.

«— ¿Está usted seguro? preguntó el juez, sorprendido.

«— Juro que no es el mismo, afirmó Morton solemnemente.

«— ¿Jura usted que no es el mismo? ¿Cómo era entonces el hombre que lo atacó?

«— Alto, delgado, moreno, con cejas espesas y barba corta. Hablaba inglés con ligero acento extranjero.

«El preso, bajo, gordo, un poco colorado, no podía ser el hombre descrito por Morton.

«La acusación tambaleaba...

«Se derrumbó completamente cuando el abogado de Skinner hizo comparecer a cuatro testigos que declararon bajo juramento que a las nueve y cuarenta y cinco de la mañana del 17 de marzo el preso se hallaba en el tren expreso de Brighton a Victoria. Esa coartada precisa, después de la declaración de Morton, tuvo como consecuencia que Eduardo Skinner fuese puesto inmediatamente en libertad.»

....

Aquí se ruega al lector que interrumpa la lectura y procure buscar por sí mismo al culpable.

....

IV

El viejo del rincón sacó del bolsillo su piolín, que todavía no se lo había visto.

Seguramente en otra parte había hecho algún relato, porque el piolín estaba lleno de nudos; empezó tranquilamente a deshacerlos; eso quería decir que pronto me aclararía el misterio.

— Y bien ¿qué piensa usted de todo eso? — me preguntó.

— Estoy dudoso. Me parece que el fondo de la historia del pretenso Armando de la Trémouille puede ser verdadero. Si no pereció en el naufragio del *Argentina*, ha podido volver para explotar a su mujer y engañar a todo el mundo.

— ¿No ve usted que contra esa teoría hay dos puntos muy fuertes? — preguntó el viejo hablando entre dientes, con los cuales ayudaba a sus flacos dedos a deshacer un nudo rebelde.

— ¿Qué puntos? Yo no los veo.

— Primero, si el chantagista hubiese sido el conde de la Trémouille resucitado, ¿por qué se habría contentado con diez mil libras cuando podía exigir mucho más de una persona que, después de todo, era su mujer legítima, que es extremadamente rica y podía asegurarle una buena renta para el resto de sus días? Ese aventurero era seguramente un seductor profesional, un buen mozo capaz de decidir a todo a las mujeres...

«Todos los amigos de Morton saben que su mujer tiene bien apretados los cordones de su bolsa; sin embargo, ella misma declaró que durante su primer matrimonio hacía por la Trémouille los mayores sacrificios de dinero que le era posible hacer... Y luego, el conde, consciente de su poder, no se habría quedado a la distancia, habría procurado acercarse a la señora de Morton, enamorarla otra vez, recuperarla en cuerpo, alma y dinero. No olvide usted que ella tiene el manejo de su fortuna.

«Hasta es probable que no hubiese vuelto a ver sin emoción al hombre que había sido su primer amor, tanto más cuanto Morton, como ya he dicho, es todo lo contrario de un don Juan, con su cara y su figura de vulgar hombre de negocios. Pudo haber ocurrido lo peor... En todo caso, la señora de Morton se habría encontrado mal defendida contra esa resurrección del pasado... Y luego ¿a qué escribir las cartas a máquina?»

— Probablemente — argüí — por algún motivo sin importancia. Quizás la Trémouille estaría de dactilógrafo en alguna parte.

— La policía no se preocupó de eso. Mi experiencia personal me permite afirmar que cuando, en asuntos de esta clase, figuran cartas escritas a máquina, son casi siempre falsas. Es muy fácil imitar una firma; pero es extremadamente difícil imitar una letra en toda una carta.

— Entonces, usted cree que...

— Lo que creerá usted mismo si sigue la línea deductiva formada por los puntos seguros del asunto. Primero: Morton desaparece y es encontrado como

usted sabe. Un hombre llamado Skinner es acusado. Morton, aunque en situación de poner a Skinner fuera de causa inmediatamente, declarando, como lo hizo después, que ni se parecía a su agresor, se contenta con negarse a acusar. ¿Por qué?

— Estaba enfermo, y no sabía exactamente lo que pasaba. Tal vez, pensando en su mujer y sus hijos, quiso evitar el escándalo.

— Sin embargo, estaba lo suficientemente bien para negarse a acusar y para declarar desde la cama. Tampoco podía ignorar que el fiscal acusaría de oficio... Me parece que se hizo un poco el enfermo.

«Y después, ¿cómo es que nadie lo vió en compañía del hombre moreno?»

— No lo vieron si no con Skinner.

— Sí, a las nueve y veinte, en la calle West, lo que daba tiempo a Skinner para tomar el tren de las nueve y cuarenta y cinco, después de haber recibido las diez mil libras y entregado las llaves de la pensión Russel.

— ¡Imposible!

— ¿Por qué imposible? Protestó el viejo agitadísimo. La policía declaró que Morton había sido *atado apresuradamente*, circunstancia que desde el principio me dió la clave de todo...

«Es muy fácil a cualquiera sentarse en un sillón, atarse y amordazarse de manera verosímil, pero que, después de todo, parecerá *apresurada* a la policía.»

— ¿Pero cómo un hombre de la situación de Morton habría podido representar esa extraordinaria comedia?

— El motivo es muy sencillo. ¿Cuál era y es la situación de Morton? Es el marido de una mujer varias veces millonaria; pero sin su consentimiento no puede disponer ni de un penique de esa fortuna. Ella, después de la terrible prueba de su primer matrimonio, se casó, evidentemente por miedo de ser explotada, con un hombre que no es muy seductor. Sostiene ella la casa en un pie muy brillante, pero no da a su marido sino muy poco dinero para el bolsillo. Morton ve, al alcance de la mano, lleno de rabia, una fortuna que no puede tocar, y si la policía hubiese observado un poco su vida privada en Londres, sobre todo después del *asunto*, habría visto que Morton tiene gustos dispendiosos y poco confesables.

«Un día encuentra en algún escondite las cartas del «conde Armando de la Trémouille» a su mujer, y no tarda mucho en comprender el partido que puede sacar del hallazgo, del cual no le habla a su mujer; pero le escribe una carta a máquina e imita la firma del conde. El pez muerde el anzuelo... El buen marido recibe por correo, con un nombre supuesto, una suma de dinero, y repite varias veces y siempre con éxito la operación. Gracias a los detalles que le dan las cartas del conde, da carácter de verosimilitud a sus cartas a máquina.

«Su buen éxito aumenta la audacia de Morton; busca un cómplice, un hombre atrevido y sin escrúpulos, y encuentra a Eduardo Skinner. Se resuelve a dar un gran golpe.

«El plan es muy sencillo. Skinner alquila la pieza de la pensión Russel y estudia las costumbres de la dueña y de la sirvienta, que están casi solas porque ya pasó la temporada. Luego, para que alguien se fije en él, Skinner anda un trecho por la calle Wes con Morton, le da las llaves de la pensión y recibe de él las diez mil libras, que pondrá en sitio seguro. En seguida, corre a la estación, para tener una coartada.

«Entre tanto, Morton va a la pensión Russel y gracias a las indicaciones precisas de Skinner, entra en el cuarto de éste. Una vez allí, se encierra, habla en voz alta, imitando una conversación... y usted sabe lo demás.»

— Pero su estado de debilidad era positivo cuando fué encontrado, observé.

— ¡Eh! Eso no fué lo menos hábil del asunto. Después de haber esperado veinticuatro horas (sabía que no irían a buscarlo antes), el mismo Morton se dió una fuerte dosis de opio o de cloral. Sin duda, *bromídea*, esa terrible y poderosa droga que los boticarios venden sin receta, en lo que hacen mal. Quizás, como no había comido, la droga le produjo a Morton un efecto más violento que el que había esperado, tal vez estuvo a punto de quedarse atado en el sillón hasta irse al otro mundo; pero pudo hacer oir algunos gemidos. No se sabe bien este aspecto del asunto. En todo caso, la idea de la droga fué una idea feliz...


AHORA MORTON SIGUE HACIENDO SU PAPEL A MARAVILLA.

«Ahora Morton sigue haciendo su papel a maravilla. Bajo pretexto de que su mujer, aunque no condenable por bigamia según la ley inglesa, tiene de todos modos un primer marido vivo, vive en Londres, en un lindo departamento, y no visita a su mujer sino por la tarde; pero pronto volverá a su hermosa casa de Brighton, y le aseguro a usted que no se volverá a oir hablar más del conde de la Trémouille.»

... El viejo del piolín ha desaparecido.

En verdad, he buscado en vano otra solución al que la policía sigue llamando todavía el «misterio de Brighton».

E. ORCZY



EL FIN DE UNA CIUDAD

Mais le front n'avait plus ses roses de lumière,
Mais rien ne battait plus dans le sein adoré,
Qui versait sur le monde à son matin sacré
Tes flots brûlants et doux, ô Volupté première!

Leconte de Lisle.

POR HUGUES REBELL

La ciudad de Zur, edificada en el centro de una inmensa llanura, levantaba, bajo un cielo eternamente azul y entre el oro glauco de las frondosas arboledas, las torres de sus palacios. En otro tiempo había sido la ciudad más célebre del mundo; y una multitud de poetas y de trovadores, populares antaño, olvidados hogaño, habían escrito su historia y cantando sus maravillas.

De los tres millones de hombres que la habitaron al principio, ya no quedaban, por tanto, sino cien individuos, únicos descendientes de la población más numerosa, únicos herederos de las más grandes riquezas.

Esa centena de nababos vivía tranquilamente sin detestarse y sin amarse. Aunque, en realidad, todos tenían la misma posición y la misma fortuna, uno de ellos — último vástago de la dinastía zuriana — continuaba, nominalmente, siendo rey. Los demás veneraban en él el recuerdo de una antigua y noble familia y eso era todo; pues como la ciudad estaba demasiado aislada de las otras ciudades del universo y como sus vecinos vivían en la más perfecta armonía, nunca tuvo necesidad de organizar un ejército ni de pronunciar una sentencia.

Cuando los países de Europa eran aún completamente bárbaros, Zur era ya un país completamente civilizado, más civilizado que nuestro mundo contemporáneo. Los progresos de la industria y de la ciencia habían proporcionado a sus habitantes un bienestar material completo y perfecto: los zurianos no tenían necesidad de trabajar para vivir *holgadamente. La inteligencia adquiría sin esfuerzo*, gracias a la simplificación de los métodos, las nociones universales. Y lo que sabían les bastaba para no desear aprender lo que ignoraban. El desarrollo a la popularidad de la ciencia había dado por fruto la igualdad; las carreras y los oficios habían desaparecido y las grandes fortunas ganadas por los hombres primitivos seguían intactas en el fondo de las arcas. Nadie compraba nada, puesto que nadie tenía necesidad de cosa alguna.

Un día el viejo rey, patriarca de aquel rebaño de afortunados, reunió a sus cien súbditos alrededor de una mesa bien servida, creyendo que su título le daba ciertos derechos y que su cetro imaginario era útil a la ciudad. Cuando el banquete estaba a punto de terminar y mientras todo el mundo se llevaba a los labios las últimas copas, el monarca, cuya frente estaba adornada de una corona de diamantes y cuyo cuerpo estaba envuelto en un manto de púrpura, levantóse y dijo:

— Ya comienzo a sentir que la hora de mi muerte se aproxima ¡oh buenos amigos míos!... Yo habría querido que esta fiesta tuviese por objeto la consagración de un nuevo rey, hijo mío y representante de mi raza; pero vosotros sabéis bien que el vientre de mi esposa Ierta fué infecundo. Escoged, pues, vosotros mismos, al que deba sucederme, para que yo pueda tener la dicha de bendecirlo con mis manos, de entregarle mi cetro y de coronarlo con mi corona.

Al oír estas palabras, los noventa y nueve tributarios del viejo rey comenzaron a gritar confusamente.

Al fin una voz dominó el barullo:

— ¿Qué necesidad tenemos de elegir tu sucesor?... El pueblo de Zur muere con tu dinastía. Mira a tu alrededor y verás a tus últimos súbditos. Entre nosotros no hay un solo niño, ni siquiera un joven, porque nuestra raza debilitada por el vicio y por el trabajo de nuestros antepasados no puede ya retoñar.

La medicina, con su impotencia vanidosa e hipócrita, nos ha proporcionado los remedios para curar la enfermedad y el dolor del cuerpo, pero no ha sabido ni renovar nuestra sangre ni convertir en seres nuevos y valientes los seres viejos y gastados.

— ¿Qué importa — replicó el rey — que nuestro pueblo muera con nosotros? Vosotros viviréis aún muchos años, durante los cuales os será necesaria la autoridad de un monarca.

— No — contestó el hombre. — Zur no necesita nada y lo único que sus habitantes desean es morir. Tú lo sabes bien: nosotros podemos hacer, sin trabajar, que la tierra produzca los frutos mejores; nosotros podemos preparar, en un instante y sin fatigarnos, los manjares más exquisitos, pero nuestro gusto y nuestro olfato están estragados. Nuestros palacios están llenos de oro y de pedrerías, pero ni el reflejo de las joyas ni el color de los tapices halagan nuestra vista. Nosotros hemos llenado de fardo los restos de nuestras mujeres y de perfumes sus cuerpos y de ungüentos sus cabelleras; nosotros hemos empleado todos los filtros para despertar en ellas la voluptuosidad dormida, pero las caricias nos hastiaron y los besos más ardientes nos parecieron siempre fríos. Nosotros conocemos los misterios de la bóveda azul y podemos leer en sus astros luminosos la historia futura de la atmósfera, de la cultura y del organismo; nosotros sabemos lo que hay bajo nuestras plantas y lo que hay sobre nuestras cabezas, pero nuestra *indiferencia es mayor que nuestra sabiduría*... ¿Y sabes por qué, oh rey? Porque no esperamos nada. Si creyéramos en el misterio; si el pasado fuese más obscuro y el porvenir menos claro; si tuviésemos deseos y esperanzas, recuerdos e ilusiones, nuestra vida sería más amable; pero hemos desgarrado el velo que cubre el arca de los secretos y hemos encontrado vacío el fondo. No conocemos el sufrimiento ni la pobreza, pero tampoco conocemos la fe en el temor ni la pasión y por eso lo único que deseamos es morir...

Estas últimas palabras fueron repetidas por cien bocas.

De pronto el rey habló:

— No me quedan sino algunos instantes de vida; conducidme a la torre de mi palacio para que mis ojos cansados puedan, antes de cerrarse para siempre, mirar a Zur otra vez.

El sol derramaba su áurea luz sobre los jardines; las palmeras se destacaban sobre la superficie cenicienta de la necrópolis. El rey se acordó entonces de lo que había leído en las antiguas crónicas sobre esa ciudad llena antaño de mercaderes, de soldados, de hetairas y de caballeros; la gran población muerta apareció un momento ante su vista; obscurecida ya por el velo de la agonía, y sus párpados se llenaron de lágrimas.

Sus vasallos se habían arrodillado a su alrededor, después de depositarlo sobre un lecho de oro.

... El viejo monarca lanzó el último suspiro...

Entonces los noventa y nueve zurianos restantes rompiendo el engarce de sus sortijas, absorbieron el contenido... Y todos dejaron de existir casi al mismo tiempo que su rey, borrando así el secreto de su civilización y de sus dolores...



Como el agua de la fuente de eterna juventud...

es, para la belleza femenina, el producto de tocador que antaño fué un secreto de Mme Bernard de Récamier, y que sólo en contados círculos aristocráticos ha venido empleándose después.

LA fórmula según la cual se prepara ha venido a nuestras manos, y así podemos ofrecer el maravilloso producto públicamente, en beneficio de la belleza de todas las damas.

EL producto RECAMIER (líquido) es la vida de la epidermis. Todos sus componentes son saludables y estimulantes. Bajo su acción muere la raíz del vello superfluo y éste cae, dejando límpido el escote, los brazos, las manos y la cara. RECAMIER higieniza la piel, adquiriendo ésta la suavidad y frescura de los pétalos de una delicada flor.

RECAMIER alisa las arrugas y grietas de la piel, contrayendo los poros muy abiertos y eliminando la excesiva grasitud del cutis, los espinillos y toda otra afección y la piel marchita. Así, suavizando el cutis prontamente, le confiere un aspecto lozano y la blancura inmaculada natural de la casta azucena, conservando en todos los semblantes la frescura juvenil.

LAS aplicaciones del producto RECAMIER son sencillísimas; en el lujoso INSTITUTO del mismo nombre se hacen aplicaciones gratis a todas las damas que se surten de uno o más frascos. El INSTITUTO RECAMIER ofrece únicamente ese producto, porque la superioridad del mismo es indiscutible.

A quienes lo soliciten, por carta, por teléfono o personalmente, se les envía el elegante carnet explicativo RECAMIER. Solicítelo Vd. o pida un frasco del producto.

EL producto RECAMIER es la fuente de eterna juventud. Toda dama debe usarlo.

INSTITUTO DE BELLEZA

Libertad, 264
U.T. 4450, Libertad



Buenos Aires

Atendido por señoritas e instalado en varios salones interiores, planta baja.

Aguas de Colonia

Destiladas sobre flores

Nora — Duc — Jardy — Oldman — Kendal — Reims — Le Sancy

"LE SANCY"
Simple. (Frasco verde)
Ideal para el baño
Fco. grande.. $ 3.70
» medio... » 2.20
» cuarto.... » 1.50
» chico..... » 0.45
"LE SANCY". Ambrée. (Frasco blanco). Deliciosa para el tocador.
Fco. grande.. $ 5.70
» medio... » 3.30
» cuarto.... » 2.—
"LE SANCY" Loción. De rica e inconfundible fragancia, $ 2.90

"REIMS"
De perfume selecto.
Frascos:
Grande..... $ 10.—
Medio..... » 6.70
Cuarto...... » 3.90

"KENDAL"
Exquisita y suave
Frasco grande, a pesos....... 5.80
Loción..... $ 3.60

"OLDMAN"
Semejante a una finísima loción por su delicado aroma.
Frascos:
Grande..... $ 3.70
Medio...... » 2.20
Cuarto....... » 1.50
Chico......... » 0.45

"JARDY"
Antiséptica y Desodorante
Frascos:
Grande..... $ 4.70
Medio...... » 2.90
Cuarto....... » 1.90

"DUC"
Unica por su delicado aroma.
Fco. grande $ 5.80

Se venden en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

NOTA: Los precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de 1 litro, y 10 centavos los demás.

OTRA: Los precios de estos productos en la República del Uruguay son los mismos que se publican aquí, reducidos a oro uruguayo.



Polvo de Nieve
"LE SANCY"
De perfecta adherencia y rico perfume. Basta por sí solo para dar a la tez un notable encanto juvenil. La caja........ $ 1.70


Polvo de Nieve
"NORA"
Preparado con los ingredientes más finos, puros y costosos, expresamente para las damas que desean dar a su cutis el tono perlado de la más admirable belleza natural.
La caja...... $ 4.75



Polvo Líquido
"KENDAL"
Une a sus descollantes cualidades como factor de belleza la ventaja de poder ser aplicado sobre el escote sin que manche el vestido. El frasco.... $ 3.60





"NORA"
Extra fina. Fco.
Grande... $ 7.50
Medio.... » 4.50
Cuarto..... » 3.—



BLAS L. DUBARRY

458, Medrano, 478. Bs. Aires.
1575, Defensa, 1585 - Montevideo



Polvo de Nieve
"JARDY"
En su esmerada elaboración se emplean los más finos y seleccionados ingredientes, que tanto contribuyen a hermosear el cutis femenino. Su perfume es delicioso. La caja, a pesos....... 2.50

Estos Polvos de Tocador se preparan en los tonos: Piel Natural, Rachel, Morocho y Rosado.

Talleres Gráficos de Caras y Caretas